



# NUESTRO EJERCITO

REVISTA MILITAR

AÑO I

ABRIL DE 1938

N.º I









EFEMÉRIDES PATRIÓTICAS  
19 de julio de 1808. «Los vaqueros de Bailén.»

## SUMARIO

ARENKA AL EJÉRCITO POPULAR  
por Pedro Garfias

UNIDAD, DISCIPLINA Y FIDELIDAD  
A LA CAUSA DEL PUEBLO

TEXTO DE LA DECLARACIÓN MINISTERIAL  
DIRIGIDA A TODOS LOS ESPAÑOLES POR EL  
NUEVO GOBIERNO DE LA REPÚBLICA INME-  
DIATAMENTE DESPUÉS DE SU CONSTITUCIÓN  
LA SEGUNDA GUERRA DE INDEPENDENCIA  
ORGANIZACIÓN DEL TERRENO

por el Teniente coronel Cerdón  
(Subsecretario del Ejército de Tierra)

EL PROBLEMA TÁCTICO DE CADA MANDO  
por el Coronel Estrada (del Estado Mayor Central)

EL GENERAL MIAJA  
por Corpus Barga

EL CUIDADO Y LA CONSERVACIÓN DE  
NUESTRAS ARMAS

EL SOLDADO ES UN HOMBRE  
LAS DOCTRINAS MILITARES DEL FASCISMO  
ALEMÁN

por el Coronel Goluviev

MOTORIZACIÓN Y TRANSPORTE  
por el Mayor García Val

OPERACIONES DE NOCHE  
LOS COMISARIOS DE BATALLÓN Y  
DE COMPAÑÍA EN LAS OPERACIONES  
OFENSIVAS

JUAN MARTÍN «EL EMPECINADO»  
por Antonio Machado

EXPLORACIÓN  
PROBLEMAS PRÁCTICOS DE TIRO CONTRA  
AVIONES

por el Capitán Victorino de Grado  
(del Estado Mayor del Ejército del Aire)

EL COMBATE NAVAL DEL CABO DE PALOS

LA LUCHA DEL PUEBLO CHINO POR SU  
INDEPENDENCIA NACIONAL

LA PROPAGANDA ENTRE EL ENEMIGO  
COMO SE ORGANIZA UNA ESCUELA  
DIVISIONARIA

NOCIONES DE TOPOGRAFÍA

«LENIN EN OCTUBRE»  
por F. S. Mantilla

SISTEMAS DE ENSEÑANZA PRÁCTICA DE  
ELEMENTOS DE TÁCTICA DE INFANTERÍA  
75.178 SOLDADOS LIBERADOS DEL  
ANALFABETISMO

NUBES FASCISTAS SOBRE LAS  
DEMOCRACIAS

LOS SERVICIOS EN LA GUERRA  
por el Mayor Ortega

DISPOSICIONES OFICIALES



# A R E N G A A L E J É R C I T O P O P U L A R

por PEDRO GARFIAS

Soldados de España, soldados,  
que no soldaditos de plomo y de cera.  
Soldados del pueblo  
de hierro y de piedra.

Amasados con barro de España,  
con los ríos de España en las venas,  
con el viento de España en los hombros,  
¡de la España nuestra!

Milicianos por dentro,  
soldados por fuera,  
con la llama que empuja  
y la disciplina consciente que frena.

Albañiles, canteros, mineros,  
campesinos hinchados con triple raíz en su tierra,  
militares leales, hermanos  
en España, la vieja y la nueva,  
la de siempre  
¡la nuestra, la nuestra!

Soldados de España,  
ordenados en largas hileras,  
apretados en haces compactos,  
al aire el triunfo de las bayonetas...

¡A la vida feliz del futuro  
que espera,  
del mañana que empieza!

Adelante, soldados de España,  
¡que ya España es nuestra!





EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON  
**JUAN NEGRÍN**

Presidente del Gobierno de Unión  
 Nacional, Jefe de los Ejércitos de  
**TIERRA, MAR Y AIRE**

de la República Española, que conduce con mano firme y segura al pueblo español por el camino vigoroso de la resistencia hoy, del ataque arrollador e incontinente mañana, para salvar a nuestra Patria del yugo infamante de la colonización extranjera.

*«Mientras haya un puñado de tierra nuestra; mientras haya un pecho en que palpita un corazón español; si está en juego el porvenir de nuestra tierra, se sucumbe o se vence. Y SE VENCERÁ.»*



*«Cada día de resistencia es una batalla que internacionalmente podemos apuntar a favor de nuestra causa, porque la heroicidad de nuestros soldados ha dado al traste con cábalas y planes que urdían a nuestra costa.»*



*«Sabemos lo que significa una guerra. No se nos puede negar experiencia. Somos pacifistas; pero para poder ser, además, pacíficos, necesita España un potente EJÉRCITO, en el AIRE, en el MAR y en la TIERRA, que haga que se nos respete.*

*Sabemos lo que cuesta un Ejército; pero hemos aprendido también lo que cuesta no tenerlo.»*

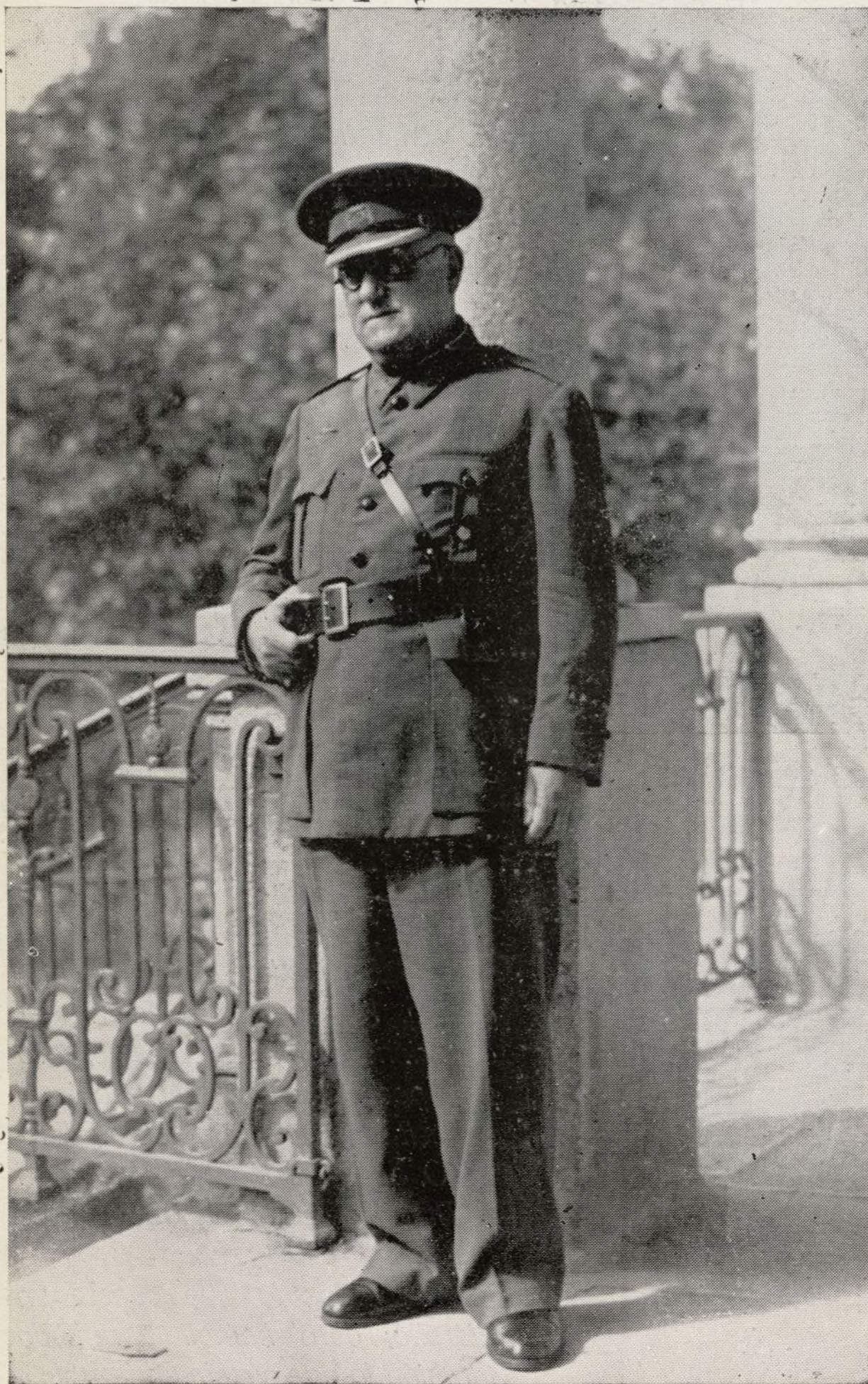
JUAN NEGRÍN



18 de julio de 1936

18 de julio de 1936

# EL GENERAL MIAJA



DEFENSOR ILUSTRE DE MADRID

**D**OS años de titánica lucha contra extranjeros y españoles guiados por el terror de un puñado de militares traidores, han puesto de manifiesto nuestras grandes reservas morales, motor de la voluntad de vencer y del magnífico esfuerzo creador de nuestro Ejército e industria. Valor, abnegación, sacrificio, amor a la independencia nacional y libertades del Pueblo, fueron siempre cualidades de nuestra raza, que si en ocasiones vivieron adormecidas no fué por su indolencia, razón que suele esgrimirse, sino por la apatía de gobernantes y políticos quillosos que demostrando desconocer al Pueblo, no supieron, o no quisieron llevarlo a la meta de su destino.

Contemplando hoy la obra realizada desde el 18 de julio de 1936, bajo la dirección del Gobierno de la República y traída bajo del Pueblo Español, nuestro espíritu se conforta de satisfacción, adquiriendo mayor fe y voluntad en la victoria, base esencial, firme y segura para la reconstrucción moral y material de la Patria por todos los buenos españoles, que una vez más sabrán sufrir los rigores de la posguerra y con su trabajo y esencias morales demostradas en esta lucha, conseguir una España fuerte, de grande y sincera convivencia social.

Al saludar por medio de la revista NUESTRO EJERCITO al combatiente de la trinchera, del mar, del aire, del taller y del campo, lo hago confiado en que por el esfuerzo de todos, el año próximo seamos ciudadanos pacíficos que vivamos de nuestro trabajo, pero que España sea respetada como se merece y que con la experiencia sufrida, fácilmente podrá conseguirlo.

EL GENERAL  
JOSÉ MIAJA





*El Presidente  
de todos  
los catalanes  
a los  
SOLDADOS  
de la  
PATRIA*

*En las horas más trágicas de esta lucha, el Presidente de Cataluña percibe en el alma vuestros sentimientos; en las de triunfo, comparte vuestra satisfacción. Apliquémonos todos a evitar las unas y a posibilitar las otras. Lo conseguiremos mientras nuestra fe no desfallezca y mientras nuestra resolución de luchar hasta el fin se mantenga, como hasta ahora, inquebrantable.*

*LUIS COMPANYS*



A LOS DOS AÑOS DE GUERRA

# ESTA ES NUESTRA FE

por el General VICENTE ROJO, Jefe del Estado Mayor Central del Ejército de la República

¡Dos años de guerra! Desatada ésta por una ambición y hecha posible y larga por el egoísmo de los pueblos dispuestos a hacer de nuestro suelo mercado colonial donde saciar su hambre de pan y de imperialismo, ha llegado a ser el crisol donde el verdadero pueblo español y el auténtico Ejército de la República se han fundido para crear una sola aspiración y un solo ideal que, por ser de todos y ser nacionales, humanos y justos, han de darnos la victoria.

Creemos en la victoria. Esta es nuestra fe. La que tuvimos en las horas amargas y en los momentos fáciles de nuestra lucha; la misma que en dos largos años resistió sin quiebra los duros embates, que parecían irresistibles, de las realidades de nuestra guerra; la que pudo y puede sostenerse vigorosa y erguida porque se apoya en profundas y hermosas creencias que tienen sus raíces en la Historia, en las virtudes raciales de nuestro pueblo y en las vastas promesas que ofrece nuestro Ejército en embrión.

Creemos en la victoria porque sabemos que la vitalidad de los pueblos no radica en el oropel y en las formas externas de su organización y de sus ritos, sino en las virtudes populares; nuestro pueblo las conserva más vigorosas y más sanas que ningún otro, y en nuestra zona, en la España leal, se practican sin máculas de influencias extrañas. Los que aprendimos que los pueblos no perecen por débiles sino por viles y participamos en la obra de defender sus libertades populares, sacando de nuestra debilidad energías sin límite, podemos esperar confiados el triunfo.

Creemos en la victoria porque sabemos que la fortaleza de un ejército no se mide por el número de sus hombres ni por la cantidad de sus cañones ni por la calidad de sus obras de fortificación, sino por el vigor moral de sus gentes, por su deseo de batirse, por su espíritu de sacrificio. De la fortaleza moral y del espíritu de sacrificio de nuestro pueblo y ejército hoy no dudan propios ni extraños, aun en medio de los reveses.

Creemos en la victoria porque tenemos fe en nuestro Ejército Popular, al que vimos nacer y al que hemos visto batirse antes y después de poderse llamar Ejér-



cito. La confianza en su triunfo nos la da la contemplación constante de esta cruel experiencia de dos años. ¿Experiencia cuajada de desastres? No. Mienten quienes lo afirman; porque nuestro Ejército, lo que puede llamarse así, no ha sido vencido aún. Nuestros hombres conocen los reveses de Málaga, del Norte, de Aragón, de Talavera y del Maestrazgo; pero cuentan en su haber las victorias de la Sierra y de Aragón, de Madrid, de Pozoblanco, de Las Rozas y el Jarama de Guadalajara, de Brunete de Belchite y de Teruel. Experiencias todas vigorosamente aleccionadoras cuyas enseñanzas tenemos el deber de explotar sabia y urgentemente. Es cierto que el enemigo gana terreno; pero ganar terreno, si puede ser aspiración de mercaderes no lo es de caudillos; y ganar el terreno de la Patria después de haber arrasado sus ciudades y devastado los campos para que hombres de otros pueblos y otras razas vengan a reconstruirlas y colonizarlos, no es siquiera aspiración de mercaderes sino de esclavos. Pese al terreno perdido, que sabremos reconquistar, nuestra victoria política y militar de dos años estriba en haber podido y sabido sostener la guerra ese tiempo contra fuerzas muy superiores, contra una organización rigurosamente técnica, contra los mandos más expertos de nuestras guerras

del protectorado, contra unidades y jefes extranjeros ensoberbecidos por sus triunfos o por su técnica, contra tres Estados abrumadoramente superiores en materia de guerra, contra Estados Mayores flamantes de ciencia y pedantería, y también contra la diferencia de unos pueblos corrompidos por el egoísmo que han encontrado más fácil que pueda ser desmembrado el país que tiene, por su Historia, por su moral y por el vigor de su raza, abrumadora de gran potencia. Por eso, si contemplamos la abrumadora desigualdad que hemos tenido que sostener la lucha vemos el balance actual de los resultados (de un lado victorias militares que nada decisivo han servido al enemigo de otro mayor unidad, mayor fortaleza, mayor voluntad de vencer), podemos perar confiadamente nuestro triunfo.

Tenemos fe en nuestro Ejército porque éste ha sabido encontrar los caminos del orden, de la disciplina y de la instrucción y los sigue sin reservas mentales; se ha hecho sólido, coherente y fuerte; y que ha sabido hacer de sus diversos ideales políticos una sola aspiración y un solo ideal que forman un mismo anhelo común a todos los combatientes: la libertad del pueblo y la independencia de la Patria, las cuales son, en suma, el anhelo del pueblo todo.

Esta es nuestra fe, soldados, comisarios y jefes. Creemos en la victoria y en la virilidad de nuestro Ejército Popular para conseguirla, a pesar de todas las adversidades, pues en nuestra lucha no cuentan los reveses más que para aumentar la fe que tenemos en los destinos de la Patria. Los grandes procesos históricos, escritos por la fuerza de las armas, no los escribieron nunca ejércitos sin ideales o encerrados en la rutina. La fe en la victoria, la fe en nuestro Ejército y la fe en los grandes destinos de nuestro pueblo, sólo nos darán el triunfo sobre las hordas italoalemanas que invaden nuestra tierra y la prostituyen, sino que nos permitirán escribir la página más grandiosa y trágica de nuestra historia, al lograr nuestro sacrificio que salga el pueblo español de una larga decadencia de siglos para seguir un camino de libertad y de progreso. Estad seguros de que hemos de lograrlo porque esta es nuestra fe.



# En este 18 de Julio

**D**ESDE hace dos años, nuestro heroico pueblo, con su Ejército Popular en vanguardia, viene resistiendo con bravura sin igual los sufrimientos y sacrificios de una prolongada guerra, impuesta por el fascismo alemán e italiano.

En el transcurso de estos dos años hemos atravesado — y hoy más que nunca — por momentos muy difíciles. Hemos sufrido graves quebrantos y adversidades. Los invasores nos han arrebatado importantes ciudades y regiones de España, creando últimamente a la República una situación militar y política muy difícil, con el corte del territorio leal en dos pedazos.

En cada uno de estos momentos peligrosos, nuestro pueblo, no sólo ha tenido que hacer frente a la derrota militar, sino que también ha tenido que reaccionar enérgicamente contra las maniobras que venían del exterior y contra las flaquezas o maniobras capituladoras de algunas gentes tímidas y cobardes de nuestro lado. En cada uno de estos momentos, estas gentes pensaban y se movían como si todo estuviera acabado, como si el pueblo español no tuviera más salida que rendir las armas.

Sin embargo, han transcurrido dos años y el pueblo español continúa en pie, cada día más vigoroso, dispuesto a continuar el combate hasta conseguir la victoria. Y continúa con esta firmeza, porque se lanzó al combate con la idea, grabada a fuego, de asegurar su libertad y su independencia, costase lo que costase.

Nuestra guerra es una guerra de independencia nacional. La sublevación desencadenada el 18 de julio de 1936 por los generales fascistas, levantados contra el Poder y la autoridad de la República, no hubiera durado mucho tiempo si no se hubiera transformado inmediatamente en una invasión extranjera abierta.

El golpe traidor de estos generales sublevados fué aniquilado rápidamente en la mayor parte de las ciudades de España, incluidas las principales: Madrid, Barcelona, Valencia. La República, a pesar de la amplitud de la traición, tenía medios suficientes, apoyada principalmente por el entusiasmo y el heroísmo del pueblo, para aplastar la sublevación en todas partes.

Pero los primeros envíos de cañones, tanques y aviones alemanes e italianos, servidos por técnicos de estos países, las compactas unidades de moros y legionarios traídos a toda prisa a la Península, dieron a los sublevados una vida que se les extinguía. Y como a pesar de esta ayuda continua, la fortaleza de Franco se tambaleaba y Madrid, objetivo ansiado, no caía, llegaron en masa a nuestro país nuevos centenares de cañones, de tanques, de aviones; los cruceros alemanes e italianos se acercaron a nuestras costas para bombardear nuestras ciudades y desembarcar las unidades más granadas y escogidas de los ejércitos regulares de Alemania e Italia. Y fueron italianos y alemanes los que tomaron Málaga y asolaron el Norte. Y por la acción decisiva de estas fuerzas extranjeras, la España leal se encuentra partida en dos y la independencia de nuestra patria más seriamente amenazada que jamás.

El amor a la independencia de la patria es lo que ha hecho y hace que frente a cada adversidad, el pueblo español se crezca y ponga en pie nuevas fuerzas para el



por

**FRANCISCO ANTÓN**

trabajo y para el combate, levantando constantemente barreras contra los invasores.

De ahí que, en las fábricas, nuestros obreros, a pesar de la criminal política de «No Intervención», que nos niega el derecho a adquirir los materiales para nuestra defensa, a pesar de los incesantes bombardeos sobre las fábricas, a pesar de las dificultades de todo orden en que se desenvuelven, trabajan sin desfallecer y mejoran la producción, realizando toda clase de sacrificios.

De ahí que en el campo, mientras que millares de campesinos jóvenes empuñan las armas para defender la patria invadida y las tierras se ven privadas de su esfuerzo, los que quedan y sus mujeres, junto con las madres, las mujeres y los hijos de los que se han ido, acuden a cubrir su puesto, para que la cosecha no se pierda.

De ahí también que nuestro glorioso Ejército aumente y se fortalezca con nuevos millares de valientes hijos de España. Y que las hazañas del Ejército del Centro, defensor de Madrid, encuentren ahora una magnífica repetición en el de Levante, el que precisamente en estos días, por su resistencia indomable, recibe abundantes testimonios de adhesión y cariño de todo el pueblo español.

De ahí, finalmente, que la unidad del pueblo español progrese con ritmos alentadores. El Frente Popular se fortalece y consolida. Las dos grandes centrales sindicales del proletariado español, la U.G.T. y la C.N.T., establecen un pacto de unidad de acción y en el desarrollo de su trabajo diario, preparan las condiciones para su unidad futura en una sola Central. Los Comités de enlace entre el Partido Socialista y Comunista se desarrollan, y el trabajo común de los militantes de ambos partidos va venciendo los obstáculos que se interponen en la creación del partido único del proletariado. Y se constituye el Gobierno de Unión Nacional, en el que participan todas las fuerzas populares de España, Gobierno que lanza al país y al mundo entero el programa de unidad y de lucha de todo el pueblo español, para asegurar la independencia de España y su futuro, libre y progresivo.

Esto no es aún lo que hace falta. Los

dos años de guerra que han pasado revelan que, al lado de estos indudables progresos, existen aún debilidades que es preciso corregir con gran rapidez. Principalmente estos dos años de guerra han enseñado que, sin un Ejército fuerte, disciplinado, unido, con una gran capacidad de combate y con un poderoso espíritu, derivado de su profunda conciencia política y popular, no es posible hacer frente con toda eficacia a los duros ataques de los ejércitos invasores.

El Ejército ya lo tenemos. Pero hace falta perfeccionarlo constantemente. Y a esta tarea hay que dedicar los principales esfuerzos. A pesar de los deseos de todos, todavía la unidad de nuestro Ejército no es tan firme como se precisa. El espíritu de colaboración y de ayuda mutua entre las unidades no es lo suficientemente sólido. Aun quedan algunas unidades que son todavía cotos un poco cerrados. Y cuando, como en el momento actual, es más necesario que nunca preparar con toda intensidad, política y prácticamente a nuestros soldados, para que vayan firmes como el acero al encuentro de los duros combates que se avecinan, se pretende equivocadamente poner limitaciones al trabajo político entre los soldados, desconociendo que el profundo y arraigado carácter popular de nuestro Ejército no puede permitir esta clase de limitaciones, porque precisamente en esta actividad intensa y creadora reside su mayor fuerza y eficacia.

Nuestros jefes y comisarios deben tener siempre bien presente que de la unidad de nuestro Ejército y del trabajo incesante entre nuestros soldados depende el que en vez de derrotas se cosechen victorias y que sólo con un Ejército unido, con el mismo espíritu de colaboración y de esfuerzo hasta en la última de sus unidades, se puede combatir con posibilidades de victoria.

Atacada España rabiosamente por potencias extranjeras que quieren repartírsela y esclavizarla, un deber único obliga a todos los españoles que aman a su patria y quieren verla libre y próspera: Unirse estrechamente para luchar encarnizadamente, a fin de arrojar a los invasores.

Esta unidad tan amplia que desborda los límites actuales, para incorporar a la lucha activa a todos los españoles que aman a su patria, a los que tardaron en comprender el carácter de nuestra lucha y lo van comprendiendo ahora, aquí y en la otra zona, puede y debe realizarse sin demora.

La tarea es inmensa y tiene que ser realizada por todos los españoles honrados. El programa son los trece puntos del Gobierno de Unión Nacional presidido por el doctor Negrín. Todo lo que aun nos falta para vencer, tiene que salir de ese programa y de esa unidad. Con esa unidad nacional tan amplia, con la única preocupación de asegurar la independencia de España y la existencia de la República democrática, mejoraremos la capacidad de nuestro Ejército, aumentaremos el trabajo y la producción de nuestras fábricas y de nuestros campos, atraeremos a nuestro lado una mayor y poderosa ayuda de los que fuera de nuestras fronteras miran cada día con mayor inquietud y preocupación el desarrollo de la guerra en España. Y LA INDEPENDENCIA DE NUESTRA PATRIA INVADIDA SERA SALVADA.



# Los Comisarios en el Ejército de Independencia de España

Por su conducta, por su trabajo, por la labor que ha realizado, el comisario se ha conquistado un puesto en nuestro Ejército Regular. Los elogios que se hagan del comisario—justamente merecidos—no excluyen, por supuesto, la condenación de debilidades o el recalcar la necesidad de modificar una línea de acción cuando la experiencia lo aconseje. Pero siempre, como balance glorioso, quedará en la historia de nuestra guerra—la más honda, más fuerte y más significativa de toda nuestra vida, como nación independiente—el comportamiento abnegado, ejemplar, lleno de sacrificio y renunciación, de la inmensa mayoría de los comisarios, de esos hombres que han hecho que el comisario llegue a ser una pieza inseparable de nuestro Ejército.

Surgió el comisario, aun cuando no se le llamase así, en los momentos iniciales de la lucha de todo el pueblo español contra los militares traidores a la Patria y a sus propios compromisos sublevados. Fué el brote vigoroso y espontáneo de la propia conciencia política y ciudadana de nuestro pueblo. Acaso en ello se advierta su máxima fuerza y su amplia significación. Pero tiene también tradición y solera histórica en la vida de nuestro pueblo y en la de la humanidad.

No creo yo que para justificar la existencia del comisario en nuestro Ejército sea preciso recordar el papel que los comisarios han jugado en otras guerras, muy parecidas a la nuestra. El papel que han jugado, por ejemplo, los «delegados del Comité de Salvación Pública» en la Revolución francesa, de donde arranca, puede decirse, la idea de la incorporación de hombres de condición civil y ciudadana al Ejército para el desempeño de funciones de vital importancia, para mantener en todo momento en alto la moral combativa de las fuerzas, para ejercer una máxima vigilancia, para velar por el cumplimiento de las directrices y normas de la dirección política de la guerra, que la da el Gobierno, o, como en el caso de la Revolución francesa, el Comité de Salvación Pública, «para estimular, fomentar e intensificar el odio contra el enemigo, para reforzar la vigilancia», y así sucesivamente. O el papel, de tan predominante importancia, que han jugado los comisarios políticos en la Revolución rusa, en la que llegaron, incluso en muchos casos, a tener la dirección de las operaciones.

Entre nosotros se han dado, en más de una ocasión, casos análogos. En el asalto, por ejemplo, a Cerro Rojo, cayó el coman-

dante que mandaba las fuerzas. Y un comisario acudió inmediatamente a ocupar su puesto. En la difícil situación que se presentó cuando un jefe militar de la 43 División abandonó a los soldados—pasándose más tarde al enemigo—, un comisario supo cumplir con su deber y mantener la moral, el espíritu combativo y la decisión inabitable de resistencia hasta que se nombró un nuevo jefe para la dirección de las operaciones. Hay muchos casos así a lo largo de nuestra guerra. Los suficientes, desde luego, para justificar la afirmación hecha anteriormente de que el comisario ha venido a convertirse en pieza inseparable de nuestro Ejército.

Pero es que también en nuestra propia historia nacional tiene el comisario solera y tradición. ¿Cómo habríamos, si no, de calificar a un hombre como el alcalde de Móstoles, o a una mujer como Agustina de Aragón? Y no son casos aislados ni mucho menos estos de personas de la población civil, incorporadas a la vida de lucha infatigable y sin desmayos contra el invasor, agitadores de la movilización ciudadana, organizadores de la defensa, propulsores de la moral, creadores de un gran espíritu de combate.

Es el comisario producto genuino de las guerras eminentemente populares. Es el aglutinante que plasma las mejores y más nobles virtudes de un pueblo que se dispone para la lucha, contra sus eternos enemigos y contra los que vienen de fuera, para oprimirlo, colonizarlo, explotarlo y esclavizarlo. En nuestro Ejército, es el comisario, en suma, la expresión del carácter profundamente popular—es decir, político—y ampliamente nacional—es decir, patriótico—que anima a todos nuestros combatientes. Con su actuación, el comisario realza y reafirma las dotes más excelentes de nuestro pueblo combatiente, y prepara y asienta sólidamente las condiciones de la victoria. Nuevamente es, desde este punto de vista, el sostenedor y el continuador de nuestra mejor tradición.

Madrid y Guadalajara, Pozoblanco y Brunete, Belchite y Teruel, Cataluña y Levante, han venido a demostrar, en el curso de nuestra guerra de independencia nacional, que los españoles no renuncian, ni a su Historia, ni a su dignidad, ni a su derecho a una existencia de trabajo y libertad. En estas jornadas de gloria y de sacrificio reviven los hechos gloriosos de Gerona, Zaragoza, Madrid, Bailén, Arapiles. No tiene objeto calar más hondo. Siempre sería igual si se manifestaran las condiciones

precisas para que el pueblo dé expresión libre a sus sentimientos de soberbia grandeza.

Tenemos, a lo largo de nuestra guerra, motivos suficientes para sentirnos orgullosos de la conducta y la actuación de los comisarios. Cada uno de esos centenares de comisarios muertos y heridos desde el 18 de julio de 1936 es un motivo de honda satisfacción. Es, no obstante, algo de importancia muy superior. Impone una obligación tremenda a todos los comisarios, para vencer dificultades y decaimientos, para superar obstáculos e inconvenientes, para luchar contra viento y marea, teniendo siempre la mirada fija en estos hombres que lo han dado todo por el pueblo, por la causa, por España, por la República.

Si a veces, por incomprendiones o por recelos, porque no siempre a todos nos es dable calibrar por igual la magnitud y grandeza de un momento dado o de una misión determinada, los comisarios tienen que luchar con más dificultades que las que se originan en la propia vida de combate, su deber y su obligación están en hacerlo como aquel comisario Del Prado, que sólo llegó a ser comisario después de muerto. Tenía en su haber una ejecutoria ejemplar, tan larga como nuestra guerra contra el fascismo y la invasión. Pero para el batallón en que prestaba servicios se nombró a otro, que no llegó a incorporarse cuando entró en combate, en la dura batalla de Teruel. Del Prado, sin ser comisario, continuó en su puesto. No abandonó a sus hombres. Y dos balas acabaron con su vida de héroe en el momento en que hablaba, como él sabía hacerlo, a sus hombres. Se le concedió el nombramiento como comisario de batallón, a título póstumo y en atención a su heroica conducta.

Así tienen que ser todos los comisarios. No serían, de otro modo, auténticos representantes del pueblo y de su Gobierno de Unión Nacional.

Deber fundamental del comisario es volver la mirada constantemente hacia su pasado, de heroísmo y abnegación, de consecuencia en el trabajo, aun frente a dificultades que otras personas de temperamento menos recio y formación menos sólida consideraban insuperables, y, por lo tanto, inabordable. Cuando los comisarios hallaron a Madrid sin defensas ni fortificaciones, sin armas con que combatir la invasión, rodeada de toda clase—y en abundancia—de elementos modernos y mecanizados de combate, no volvieron la mirada hacia su espalda para buscar el ca-

mino de la huida. Miraron a sus hombres, los llenaron de coraje, decisión y odio hacia los invasores, y templaron su ánimo para la lucha más extraordinaria de toda nuestra Historia. El fascismo y la invasión se estrellaron contra las puertas de Madrid. Aquellos pelotones de comisarios—improvisados muchos de ellos—a quienes el pueblo, con su espléndida y abundante ingeniosidad, calificó de «bomberos», jugaron acaso el papel de mayor relieve en la defensa de Madrid. Con los corazones de los españoles se alzaban murallas donde no existían, se hacían antitanquistas y se aglutinaba la voluntad de resistencia que llenó de gloria, en España y en el mundo entero, a nuestra invicta capital.

Los comisarios crearon una disciplina donde no la había, formaron el mando único donde sólo existían unidades, llenas de arrojo, eso sí, pero disgregadas, sin fuerza para resistir las hordas de mercenarios de la invasión, y pusieron a disposición del Gobierno, los jefes y el pueblo entero, un instrumento de victoriosa resistencia. Al mismo tiempo, y como contraste de la obra inmensa de los comisarios, merece—para estímulo de los propios comisarios y de todo nuestro pueblo y nuestro Ejército—destacar las condiciones que condujeron a la pérdida del Norte. Allí, los comisarios actuaron en un ambiente que les era hostil; se les veía con recelo, se restringía su campo de acción, se impedía que trabajasen, porque los sentimientos del pueblo, unido en la resistencia contra el invasor, ligado por una aspiración única y común—aplastar al enemigo—tuviesen realización. Y ya vemos a dónde condujo esta política.

En todos los combates, en los dos años que van de guerra, hay para los comisarios, para los mandos, para los oficiales y para los soldados, lecciones y experiencias en qué fundamentar y apoyar la conducta futura. Para los comisarios—que es, ahora, lo que a mí me interesa principalmente—, acaso lo más importante sea la organización eficaz y amplia de su labor presente y futura. Las improvisaciones que tuvieron forzosamente su función en los momentos iniciales, deben dejar paso al método.

Precisamente porque nuestro Ejército ha alcanzado ya un grado espléndido de desarrollo, capacitación, disciplina y valor combativo, el comisario debe considerarse como en el comienzo de una nueva etapa, no como si se encontrase en la fase de finalización de sus tareas. Y tener siempre en cuenta que el espíritu y los sentimientos que animan a nuestro pueblo y a su Gobier-

no de Unión Nacional son los de la unidad y el reconocimiento y gratitud hacia todos los que se distinguen con su conducta y acciones valerosas e inteligentes, dondequiera que se hallen o cualesquiera que sean o puedan ser sus filiaciones políticas y sindicales.

Al mismo tiempo que el comisario tiene todavía como misión muy importante el fomentar el odio contra los invasores y los enemigos de nuestro pueblo, tiene también que dedicar parte fundamental de su trabajo a que sea más firme la unidad, más honda la disciplina, más profunda la capacitación, más amplio el sentimiento de lo heroico, más atenta la vigilancia. A todo esto se han dedicado los comisarios. Pero a todo ello se deben dedicar ahora con acentuado tesón.

La obra iniciada en el campo del deporte, la higiene, la cultura, etc., es igualmente un punto fuerte de partida para más amplios designios. En un solo año—en el 1937—, gracias a la labor de los comisarios, más de 75.000 soldados de nuestro Ejército aprendieron a leer y escribir. En nuestras filas militares no debe existir un solo hombre que no sepa leer y escribir, y no sienta amor al estudio, y no practique el deporte. Así, los comisarios cumplirán uno de los mandatos del Gobierno de Unión Nacional, velando por el mejoramiento de nuestra raza.

Para continuar y acusar los resultados prometedores de jornadas como las de Guadalajara, el Camino Viejo de Zaragoza y otras, donde la propaganda produjo grandes estragos en las filas enemigas, el comisario debe acrecentar, ordenar y encauzar los esfuerzos y las iniciativas hacia la intensificación de la propaganda, tanto en el campo propio como en el enemigo. En el nuestro, para fortalecer la unidad, reforzar la disciplina, hacer que las órdenes del mando se cumplan, crear miles de nuevos cuadros para nuestro Ejército, rodear a nuestros soldados de las máximas garantías, en refugios, fortificaciones, puestos sólidos de vigilancia, estimular para que se multipliquen, con sistema y regularidad, los actos de heroísmo y abnegación. Y en el enemigo, para convencer a los españoles que luchan contra nosotros—los auténticos defensores de España—de la necesidad de volver las armas contra los que se aprovechan de ellos para vender nuestra independencia, saquear nuestras casas, robar las riquezas de nuestro suelo y subsuelo, condenar a los españoles a un régimen futuro de guerras—en beneficio de intereses extraños—y esclavitud.

por B. F. OSORIO TAFALL  
Comisario General del Ejército de Tierra



Misión del comisario, junto a nuestros soldados y jefes y en la campaña destinada al enemigo, es tener constantemente presentes las características fundamentales de nuestra guerra, al ansia de independencia de nuestro pueblo. Grande, inmensa, es la labor que ha realizado en estos dos años de guerra. De proporciones infinitamente mayores es la que le espera para días y meses sucesivos. Y en ella, sin perder jamás de vista la necesidad de preparar siempre políticamente a los soldados para la resistencia y el combate, ha de dedicar toda su experiencia, capacidad, fervor antifascista y cariño a nuestro pueblo y a nuestros soldados, a que el sentimiento de lo heroico y el genio para la organización se plasmen en una sola finalidad: que el comisario se haga plenamente acreedor al aprecio, la estimación y la gratitud con que ya se le distingue.

Las condiciones que hicieron célebre, por haber dado con ella la vida, la consigna del comisario Belmonte, deben considerarse superadas. Nuestro pueblo y nuestro Gobierno—las dos cosas que el comisario representa en el Ejército—quieren que no se deje al enemigo ni un palmo de terreno al cumplirse estos dos años de guerra. Belmonte murió heroicamente para demostrar que el comisario era el primero en avanzar y el último en retroceder. En adelante, los comisarios morirán, si es preciso, para demostrar que nuestro Ejército no retrocede ya. Y que con la resistencia enconada se está superando rápidamente la etapa que conducirá al desarrollo de una fuerte política de conquistas que han de culminar en la expulsión, de nuestra Patria, de todos los invasores, del fascismo extranjero, enemigo de la paz, el progreso y la cultura.



# ¡SOMOS ESPAÑOLES!

A la democracia española siempre le ha costado trabajo asomarse a las ventanas fronterizas. El Pirineo nos parecía muy alto y muy ancho el Atlántico, para levantar la voz, temiendo que una vez apagado el eco de las últimas pisadas de nuestros conquistadores se nos preguntara: ¿quiénes sois vosotros? Quizá hubiéramos podido responder en todo momento, pero nos daba miedo. ¡Nos considerábamos tan poco ante los grandes pueblos en marcha!

Pero hoy no. Tenemos derecho a asomarnos sobre los Pirineos y a gritar muy alto, y si alguien nos pregunta quiénes somos, diremos que españoles; es decir, los hombres que están defendiendo las libertades del mundo. De esperar es, que los avergonzados en esta ocasión, sean los vecinos, que por evitarse complicaciones se presentan ignorantes y — perdida la medida de su ignorancia — no saben que les están arrebatando la libertad y el derecho a llamarse hombres.

La España leal a la Constitución y fiel a los mandatos del pueblo, ha levantado un valladar de pechos valerosos, no ante el enemigo de dentro — que es muy pobre enemigo, — sino ante el invasor totalitario que toma a nuestro pueblo como el primer peldaño de una escalera, que asciende a planos de ambición imperialista. O el peso de nuestra razón hunde la escalera o a su pie quedará muerto el invasor. De las dos maneras la Democracia europea se habrá salvado por nuestra cuenta y a costa nuestra, sin que hayan traído al haber de nuestra liquidación dramática, ni una sola partida de colaboración debida.

Ya veis cómo podemos asomarnos hoy a las ventanas fronterizas y gritar muy alto: ¡somos españoles!

La República española, al advenir en 1931, perdonó vidas y pucheros. No obligó a nadie a servirla con detrimento de anteriores juramentos, que hubiera sido obligar con detrimento del honor personal. Quizá fuera esta conducta el primer ejemplo que se ha dado en un cambio de régimen. Los militares que el 18 de julio traicionaron a la República le habían jurado fidelidad por su libre decisión — dos veces traidores los que a dos juramentos fallaron — y hoy puede asegurarse con prueba documental, que en el segundo perjurio contaban ya con la colaboración extranjera.

Ningún componente de este conglomerado conoció al pueblo español. Tomaron su sueño de siglos como síntoma de muerte y el pueblo, al despertar, ha demostrado que conserva las dos virtudes con que se durmió: valor para defenderse del enemigo y atacarlo, y comprensión para reconstruir su propia vida. El que lo dude, venga a la España leal y verá en la vanguardia de la lucha el heroísmo de los hijos que la defienden y en la retaguardia, la inteligencia puesta al servicio del orden.

No bastó, como en otras ocasiones, el levantamiento militar para dominar al pueblo; bastó para mejor decirlo, el levantamiento militar para despertar al pueblo y el pueblo mostró su primera virtud, la de saber defenderse. Al margen de un Gobierno que en unas horas había quedado sin los resortes del poder, pues le fallaron



por ANTONIO VELAO

Ministro de Obras Públicas de la República

todas las fuerzas coercitivas de la autoridad, el pueblo solo, armado con palos, con piedras, con unas escasas armas que no sabía manejar, sin mando que le dirigiera y lo que es más grande, sin guía que lo estimulara, clavó los pies a las mismas puertas de las ciudades y oyendo el llanto de sus hijos detrás y el clamor de un Ejército delante, entre los escombros del propio hogar, contuvo la avalancha y le dijo al mundo que la dignidad no la pierden los hombres dignos.

En el primer intento, el pueblo quedó vencedor. Hubieran bastado unos días para liquidar la traición, pero vencida ésta, recibió el auxilio, más o menos encubierto, de la invasión extranjera y entonces el pueblo español, supo convertirse en Ejército, para que el día de mañana se le consienta seguir siendo pueblo y aquí mostró su segunda virtud, la de saber construirse. No había soldados y de cada rincón del terruño salía uno; no había jefes y hoy salía un jefe de un pastor, mañana salía otro de un albañil, al otro de un catedrático y así, en esta comunidad del ideal se fundieron los labradores, los ingenieros, los poetas, los médicos, cuanto era entraña del pueblo y cada uno se colocó en su sitio, como las piezas de un puzzle, que sueltas son un montón de nada y acopladas, forman este bloque defensivo de la libertad del mundo.

Los creyentes pueden decir: es un milagro. Los científicos dirán: es una técnica. Los que creemos en el pueblo decimos: ¡es España! y no le quitamos la razón ni a los creyentes ni a los científicos.

De poco le hubiera servido al pueblo construir un Ejército si no hubiera construido también un pueblo. Y lo ha hecho,

sólidamente, como se construyen los verdaderos pueblos, no en la molicie y en la abundancia, sino a fuerza de sufrimientos con todas las inmensas privaciones que la guerra le impuso, secándose los ojos que nadie tiene derecho a ver llorar, restañándose las heridas del corazón.

Los que hemos recorrido el calvario de España, empujados los cuerpos por la obligación y dejando atrás pedazos del alma, como jalones de nuestro camino de peregrinación, sabemos bien de esta formación del pueblo.

En agosto de 1936, Madrid era un pueblo que empezaba a efervescer, pero en su fondo, focos de esta efervescencia eran, cafés, teatros y cervecerías. En octubre el pueblo se preparaba a la defensa, todo Madrid era un conjunto movilizado y en noviembre, era ya un pueblo heroico.

A principios de 1937 Valencia se ofrecía como un pueblo al margen de la guerra, fácil al aprovechamiento de los desalmados, que nos recuerdan que hay guerra, por los beneficios que le sacan. Mirad hoy a Valencia y veréis un pueblo en orden, sufrido y abnegado, ajustado a todas las privaciones, valeroso, dispuesto a los mayores sacrificios.

Barcelona en el mes de marzo de este año sólo sabía que a Occidente y a mucha distancia, tenía un frente de guerra: el frente del Este, que no le había dado ocasión para intranquilizarse; al Sur, libres sus comunicaciones con la huerta valenciana; al Norte los Pirineos abiertos a la civilización, que tan cara le es, y a Levante este mar que para nosotros es espejo de lealtad aunque unas millas más lejos se ofrece el reflejo de la traición. En menos de quince días conoció la guerra; conocerla y adquirir moral de guerra, fué cosa de horas. Pueblos de la retaguardia que hayan sufrido como éste, habrá muchos, pero más que él, ninguno y ¡qué admirable su espíritu de sacrificio! ¡Qué extraordinaria la capacidad de resistencia!

¿Quién ha hecho el milagro? El pueblo con la decisión de ser libre.

¿Quién ha canalizado el ansia popular? La democracia.

El ejercicio de esta democracia ha sido el único resorte para aplacar rencores, para apagar injusticias, poner coto a demasías, que si irremediables en toda subversión, convertidas en sistema revolucionario, conducen a las masas por el camino de la anarquía. La democracia ha formado el Ejército que defiende al pueblo y como este Ejército es carne del mismo pueblo, nadie mejor que él para defender sus derechos.

La democracia es hoy, en la ciudad, el orden que defendemos y en la vanguardia, el primer soldado que se impone al invasor.

Y aquí de nuestro orgullo, el Destino ha designado a la democracia española el papel de defensora de las democracias europeas. La democracia española sabrá cumplir su destino aun contra todos los intereses que la reacción ha tejido alrededor de las otras democracias.

Entonces, será el mundo el que se asome a nuestras ventanas para decirnos: ¡Españoles, salud y gracias!



# Los trece puntos de la República

Desde el comienzo de la rebelión militar se produjeron en España, paralelamente, dos hechos que han rendido importantes consecuencias.

Uno, la campaña de calumnia y difamación organizada por los facciosos, con el auxilio de los diplomáticos desertores de su deber y con la propaganda de la prensa reaccionaria internacional, y otro la corriente de unidad interior que, en ascensión constante, se impuso a los intereses particularistas de las organizaciones sindicales y de los partidos políticos.

Trabajo, y no flojo, ha sido el de invalidar y destruir las leyendas difamatorias, tanto por los resortes eficaces que utilizaba el enemigo, cuanto por la tradicional altivez de nuestro pueblo que, al sentirse calumniado, reaccionó como en otros momentos históricos, envolviendo en el mismo desdén a los calumniadores y al público asombrado y engañado que les daba crédito.

Tampoco tuvo fácil camino la unidad del esfuerzo español. Durante mucho tiempo los partidos antepusieron posibles problemas de posguerra, basados en una rápida paz victoriosa, a los de la guerra larga y difícil, expuesta a las más duras alternativas.

Ambas gravísimas dificultades fueron, por fin, remontadas. La unidad sindical y política encontró, en el Comité renovado del Frente Popular, su órgano natural de expresión, y la campaña injuriosa de los facciosos quedó desnuda de la cabeza a los pies.

El momento psicológico de articular y promulgar los fines de la guerra había llegado. Antes, cualquier declaración programática habría carecido del pleno asentimiento colectivo de las fuerzas políticas y sociales del país y de una acogida benévola en el exterior. Ahora, no. El primer éxito de la declaración oficial de los fines de guerra, a nombre de España, fué, pues, evidentemente, el de la oportunidad. Mayor espanto me causan los gobernantes que se retrasan que los que se anticipan, aunque en las manos de unos y otros se malbaraten, por lo general, todas las empresas políticas. Duele confesarlo, pero es lo cierto que el saber hacer encuentra mejores modos de expresión en el hombre azotado por el vendaval de la calle, que en el prisionero de su vida interior, ágil sólo para la especulación doctrinal aplicable a mundos y tiempos imaginarios.

La oportunidad de una declaración política no es, por sí misma, factor exclusivo del éxito. Pueden malograrse los efectos por la desproporción entre los fines que se propongan y los medios que se utilicen. En este caso el conjunto reflejó las previsiones gubernamentales. Es por ello que sin hipérbole cabe atribuirle la eficacia que el país deseaba y la necesidad exigía.

Acierto esencial. Los fines de guerra se mantienen en el marco estricto de la Constitución republicana. Ni lo rebasan ni lo reducen. A muchos les sonará a música nueva esta ratificación de las declaraciones constitucionales del año 31, pero es que la Constitución tan denostada algún día, goza hoy del prestigio del bien perdido, y en todos los corazones vive anhelante el deseo de su recobro.

¿Se reduce tal estado de ánimo a los españoles que pueblan el territorio leal? No. Sin alardear de perspicaces, es visible que el retorno a la legalidad constitucional tiene en el campo enemigo numerosos partidarios, que han contrastado en el yunque de la realidad los errores y flaquezas de su vieja fe. Quizá la hora de la demostración esté aún lejana, pero cuando llegue y el pueblo español sea consultado, con toda clase de garantías, al objeto de fijar definitivamente su destino político, el deseo de pacificación, subyacente en la conciencia general, estallará clamoroso, rubricando la previsión y perspectiva histórica de los gobernantes



por DIEGO MARTINEZ BARRIO

Presidente de las Cortes Españolas

tes republicanos. Cualquier otro intento, opresivo y parcial, al dejar la pugna sangrienta en pie, carecería de eficacia. España está luchando, más que por la conservación de las cosas presentes, por la conquista del porvenir, y de modo singular por la base jurídica de equidad que reconozca las realidades políticas, económicas y espirituales del pueblo.

Ese sentido es el que fluye principalmente de la declaración de los fines de guerra, proclamados por el Gobierno de la República. La existencia de España, hogar independiente e inviolable de todos los españoles, y la permanencia de su régimen político al servicio del interés general.

A la adhesión entusiasta del país se ha unido el aplauso de la opinión extranjera. Se sabe ya lo que queremos y a dónde vamos, sin que campaña alguna maliciosa pueda escamotear o difuminar la verdad. Triunfo resonante de unos métodos de gobierno que han sabido articular con sencillez y claridad los deseos y la voluntad inequívoca del pueblo español, proclamándolos a la faz del mundo en el instante que todos los ojos estaban preparados para mirar y todos los oídos abiertos para oír.

He aquí una gran batalla política ganada y una etapa, la más fundamental de la guerra, desarrollada y cubierta.



# El Quinto Regimiento del 19 de julio

por ANTONIO MACHADO

Es frecuente pensar que los hechos ingentes de la Historia, para aparecérseles como tales, han necesitado el transcurso de muchos años y que, sin la perspectiva del tiempo, nos sería difícil verlos. Esto es cierto —en parte—, porque toda visión requiere distancia. Pero no podemos aceptarlo como verdad absoluta, sin exponernos al peligro de dejar pasar estos hechos sin reparar en ellos, incapacitándonos para verlos más tarde en lejanía. Muchos pretenden cegar para no ver el incendio, y piensan que podrán más tarde describirnos sus vivas llamas, merced al análisis de las cenizas. No. Nuestro deber de hoy es ver lo actual como podamos, y pintarlo como lo vemos, sin que nos apesadumbe el pensar que otros pudieran verlo mañana mejor que nosotros. No olvidemos tampoco que los ojos futuros cegarían para estos hechos, si nuestros ojos se hubieran empeñado hoy en no verlos. Otro: En la boca del león muerto hacen panales las abejas; mas de la fuerza del león no hemos de juzgar por esos panales.

\*\*\*

«El Quinto Regimiento». Mucho mejor todavía que me sonaban, siendo niño y estudiante, las palabras «tercio viejo de Flandes», o las evocadoras de hechos de la antigüedad clásica, como «falange macedónica», suenan hoy a mis oídos de viejo estas dos voces: «quinto regimiento», de suyo tan inocuas, pero, por obra de la historia que estamos viviendo, tan cargadas de significación que, «sin ellas», no podríamos señalar nada profundo y verdadero en la guerra de España, la guerra actual que a todos apasiona.

Huelga decir que el Quinto Regimiento, en su acepción estrictamente militar, no existe ya: él mismo fué, voluntaria y abnegadamente, a fundirse y a disolverse dentro del gran Ejército Popular de la República. Pero, con mucha más razón que los viejos monárquicos gritaban, al fallecimiento de sus soberanos: «el rey ha muerto, ¡viva el rey!», muchos de nosotros, al saber que ese grupo de héroes, dando una prueba sublime de disciplina y de modestia, se integraban a una más vasta organización militar, que él mismo había contribuido a formar, gritamos conmovidos: ¡viva el Quinto Regimiento!

\*\*\*

El Quinto Regimiento es el nombre con que el Partido Comunista Español popularizó el instrumento de lucha, consagrado a combatir al fascio, desde el mismo día (19 de julio) en que fué fundado, en una reunión inolvidable, a que asistieron los comandantes: Carlos, Castro, Barbado, Heredia; algunos miembros del Partido Comunista: «Pasionaria», José Díaz y Francisco Antón. Tal es la célula fecunda, destinada a convertirse muy pronto en perfecto organismo.

El Quinto Regimiento fué, en verdad, popular desde sus comienzos. El pueblo, con certero instinto, lo hizo suyo, lo acogió con amor y entusiasmo. ¿Por qué? La respuesta es fácil: el pueblo — en el pueblo entramos todos, sin distinción de clases, cuantos sentimos el destino común a los hombres de nuestra raza — sabe muy bien lo que nace para la vida, y lo que nace destinado a la muerte. En esto no suele engañarse. Ello explica muchos aparentes milagros de la Historia. El 2 de mayo un



motín callejero, llevaba dentro toda nuestra guerra de la independencia: el movimiento arrollador que hizo palidecer, primero, y que abatió más tarde el poder del primer capitán de su siglo. La salida de Juan Martín de su oscuro pueblo, seguido de dos hombres, es un comienzo tan humilde como fecundo de la gesta inmortal de nuestros guerrilleros. El Quinto Regimiento — no lo olvidemos — que nace con 500 hombres en los primeros días de la guerra, se disuelve en enero de 1937 con 139.000 hombres, repartidos y encuadrados en los frentes de Madrid, Extremadura, Andalucía y Aragón... ¡Todo un ejército fiel al modesto nombre de su origen! ¡Todo un ejército que nace en el pueblo, el pueblo lo nutre y acrecienta, y al pueblo se reintegra, una vez creado como perfecto organismo de combate, sin que ni en un solo momento de su historia gloriosa se prestase a ser un instrumento en manos de la ambición.

El primer comandante en el Quinto Regimiento fué Enrique Castro; siguióle — en el orden del tiempo — Enrique Lister; el comandante Carlos J. Contreras fué desde su fundación el comisario político. Entre sus jefes figuran también: Modesto Guillote, «El Campesino» (Valentín González), los hermanos Galán, los coroneles Moriones, Heredia y Burillo; los tenientes coroneles: Nino Nanetti y López Tienda, muertos heroicamente; Gustavo Durán, Toral... Cito no más estos nombres gloriosos, porque así cumple a esta breve noticia, prefacio de un trabajo más extenso que me propongo hacer; pero deploro al citarlos no haber aprendido a escribir en bronce.

\*\*\*

En la barriada norte de Madrid y en la calle de Francos Rodríguez, amplia vía moderna de la ciudad, en cuyas últimas casas se otea el austero paisaje del Guadarrama, tenía el Quinto Regimiento su casona de rojo ladrillo. Allí residía su Comandancia. Algún día, cuando Madrid se reconstruya, no sabemos qué nombre tomará esa calle; pero seguramente allí comenzará un nuevo Madrid, con parques de pinos y encina-

res, que no termine hasta llegar a un gran balcón frente a la sierra, la sierra donde el viejo Madrid escribió con sangre dos palabras imperiosas: ¡No pasarán!

Dice José Herrera Petere, en su reciente y admirable epopeya de la guerra «Acero de Madrid» (muy otro acero, en verdad, que el medicinal que se administraban las damas opiladas en tiempos de nuestro Lope de Vega) que hubo de ensancharse la puerta del cuartel rojo de la calle de Francos Rodríguez. Salían de allí, dice, expediciones para todas partes, mas no por eso quedaba silencioso el cuartel. Había colas en él para alistarse, para recoger armas, para hacer la instrucción. «Colas para dar, para darlo todo, y para no pedir nada: las colas más generosas del mundo».

Sí, tiene razón Petere. Y con él hemos de estar acordes muchos de cuantos escribimos hoy sobre la guerra. Por fortuna, pasaron los tiempos en que los hombres de pluma preferían cohonestar con el ingenio lo estrambótico — disfrazar la tontería humana para que los tontos no la reconozcan por suya — a aceptar con sincero aplauso una verdad bien señalada, que habla a la conciencia de todos. Fué aquello, en efecto, un río generoso, una humana corriente altruista. Y fué corriente y cauce (el Quinto Regimiento), ímpetu popular, frenado por un concepto de la disciplina y de la eficacia no menos popular.

Convendría no olvidar nunca, cuando se habla de la obra del pueblo, toda la parte que en ella pone la inteligencia y la cautela. Cuando se evoca al río popular, apenas si se piensa más que en sus posibles desbordamientos. Se olvida el amplio y flexible lecho por donde corre, sus esclusas y compuertas y las acequias, regatos y ataneos que conducen y distribuyen sus aguas. Se piensa que lo popular en España es la anarquía, en el sentido peyorativo de esta palabra. Yo he pensado siempre precisamente todo lo contrario. Siempre creí que, sin la más directa intervención del pueblo, nada completo, nada fuerte, nada orgánico y vital podríamos realizar. Lo anárquico en España es siempre «señorismo», en el mal sentido — si alguno hay bueno — del vocablo. En el Poema de Myo Cid, esa gesta que escribió un hombre de la altiplanicie de Castilla fronteriza con los reinos moros de Aragón, no hay más señoritos propiamente dicho que los Infantes de Carrión, yernos de Rodrigo, los «héroes» del «Robledo de Corpes». Contra ellos luchamos, como creo haber demostrado en otra ocasión. Todo lo demás, empezando por el «Campeador», es pueblo, hondamente pueblo y, por ende, el elemento constructor y fecundo de la raza.

\*\*\*

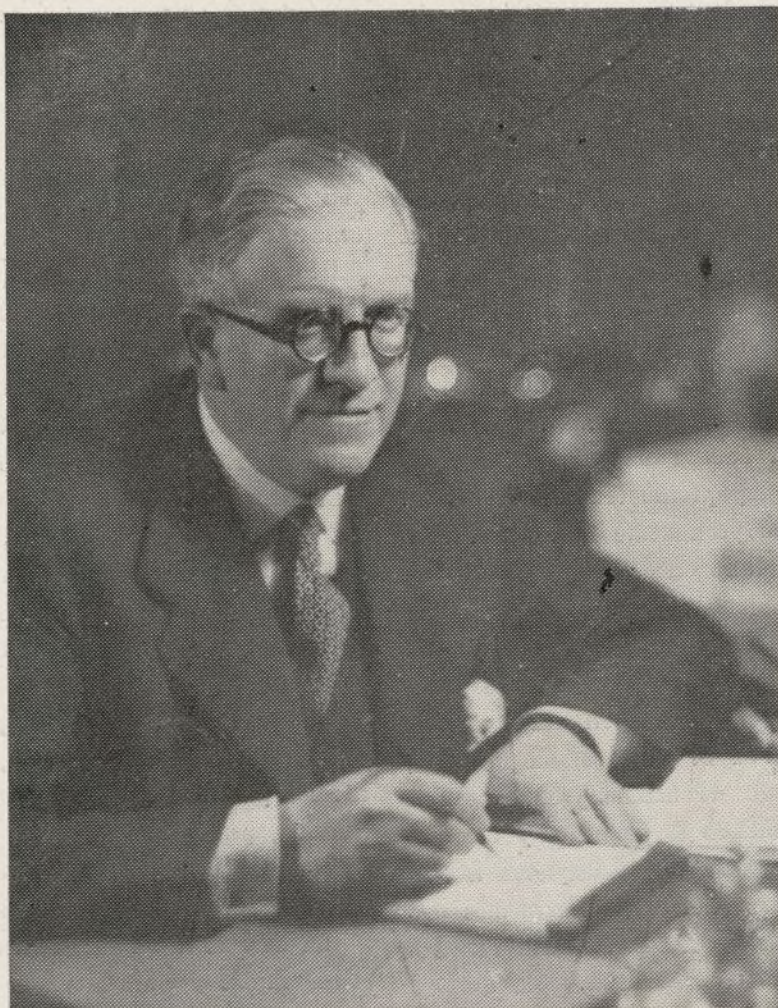
El Quinto Regimiento surge de una iniciativa del Partido Comunista español, pero el Partido Comunista español (os habla un hombre que no está afiliado a él y que dista mucho en teoría del puro marxismo) es una creación españolísima, un crisol de las virtudes populares, entre las cuales figura nuestro don de universalidad y nuestra capacidad de amor más allá de nuestras fronteras. Nada tan español, nada tan popular —reparadlo bien—, nada tan sinceramente nuestro como esa honda simpatía, como ese amor fraterno que sienten hoy España, la España auténtica, por

(Termina en la pág. 42.)



# El valor de la resistencia en el orden internacional

**L**a resistencia en Levante ha modificado totalmente los cálculos de quienes basaban su política de estrangulación de España sobre la inminencia de nuestro colapso vertical. Hoy día ya nadie habla seriamente en el extranjero del fin de la República. En la gran Prensa de fuera más inclinada a favorecer el juego de los que, siendo incapaces de hacer frente por sí mismos a la política de agresión de los Estados totalitarios, y poseídos de un frenético temor a la guerra, quisieran ver terminado, de la manera que fuese, el mal llamado conflicto español, se admite con melancolía, que la resistencia republicana ha venido a entrecruzarse en todas las previsiones interesadas sobre un próximo fin



por JULIO ALVAREZ DEL VAYO  
Ministro de Estado de la República

de la contienda, a base de nuestra capitulación. En cambio las muchedumbres que en todas partes sienten con nosotros y ven, en la lucha del pueblo español por su independencia ¡y en su victoria!, la única salvación de un mundo aterrorizado por la táctica de la violencia y del chantaje, saludan en nuestra resistencia el signo alentador de que al fascismo se le bate, y se le hace retroceder, cuando hay un pueblo decidido a todo, antes que a capitular.

Es el admirable Ejército Popular, clavado en sus trincheras; vendiendo a precio de centenares de bajas enemigas cada palmo de terreno que en caso supremo no haya más remedio que ceder; aguardando impientemente la hora de saltar en avalancha arrolladora sobre los ejércitos de invasión, el colaborador más valioso del ministro de Estado en sus esfuerzos de mejorar la situación internacional de la República.

Resistir, es quebrar las maniobras malévolas de

nuestros enemigos directos o encubiertos y la insensatez de aquellos que, sin serlo, han sido incapaces de adoptar una posición en consecuencia con sus propios intereses vitales como nación. Resistir, es acelerar la llegada de la hora en que, quiéranlo o no, la única solución internacional del grave problema europeo planteado en España, sea el triunfo de la República. Resistir, es ganar tiempo para que la evolución tan visible e innegable de la opinión pública en Inglaterra, como en otros sitios, alcance la pujanza necesaria para imponerse a la miopía de la política de concesiones y de retroceso. Resistir, es asegurar el momento en que los centenares de miles de españoles de la zona rebelde que están

con nosotros, y a quienes la invasión extranjera española cada día más, vean desmoronarse todo el tinglado artificial del franquismo roído por la traición, la ausencia del ideal y el deshonor. Resistir, es el hundimiento irremediable, en plazo de meses, de la retaguardia rebelde. Resistir, es ganar cada día una batalla en el plano internacional.

Cada mañana al entrar en el despacho del Ministerio de Estado lo primero que leo es el parte ampliado del día anterior. Y si la resistencia se acentúa, y si a un ataque que le haya permitido al enemigo conquistar una cota, ha seguido otro contraataque nuestro que lo haya desalojado de ella, yo inicio mi trabajo seguro de que cualquiera que sea el juego contrario de la debilidad o de la perfidia internacional, quien lleva la dirección de la política exterior de la República tiene en su mano esa arma formidable de la resistencia.

Resistir es, en una palabra, ganar la guerra.



# Formación y capacitación de nuestros mandos

El ministro de Defensa Nacional en su último magnífico discurso ha subrayado claramente, como una de las causas determinantes de nuestros pasados fracasos militares, la falta de mandos en el Ejército español y explicado cómo la República se ha lanzado vertiginosamente a la tarea de procurárselos. Las Escuelas centrales del Ejército y las de los frentes han puesto manos a la obra con audacia y decisión; paralelamente el Ministerio de Defensa efectúa sistemáticas corridas de escalas que elevan a los puestos de la oficialidad y jefaturas inferiores a las leales y capacitadas clases del antiguo ejército injustamente preteridas por una absurda legislación protectora de castas, no absolutamente desterrada hasta la fecha; por último, las recompensas por méritos de guerra llevan también a los puestos de mando a los soldados y clases que han demostrado frente al enemigo su mayor valor y capacidad. La combinación de estos tres sistemas empieza ya a lograr buenos mandos para el Ejército republicano; afirmamos que muy pronto tendrá cuadros insuperables. Autoriza este optimismo consciente la razón fundamental de que, por el empleo de tales sistemas, los cuadros se están formando por verdadera selección de los mejores soldados y clases de los frentes, en vez de constituirlos, como antaño, con individuos, niños generalmente, sin otro mérito que el de poseer la cultura superficial que les había permitido adquirir la posición económica de sus padres. Si nosotros, hasta ahora, no habíamos logrado la formación de mandos suficientes ni eficientes, ha sido porque, subestimando el problema y enfocándolo con timidez e incomprensión, no supimos explotar a fondo la cantera inagotable de nuestros heroicos combatientes **CAPAZ DE PROPORCIONAR MANDOS ABSOLUTAMENTE SUPERIORES A LOS DE NUESTROS ENEMIGOS.**

Tal afirmación cualitativa se sustenta en consideraciones históricas y filosóficas que se oponen a la pretensión de superioridad de los mandos de casta relativamente a los populares, supervalorizando erróneamente los primeros por la supuesta posesión, mas aparente que real de técnicas adquiridas en años de estudios en determinados centros, de espaldas a la práctica. Ese concepto es sólo, en último término, la repetición actual de ideas ya expuestas por los años de 1793, refiriéndose a los jóvenes mandos de la Revolución Francesa, salidos en su mayoría del Pueblo y elevado en los frentes a la oficialidad y al generalato, antes de su oposición efectiva sobre los campos de batalla de Europa a los supertécnicos oficiales y jefes de los ejércitos prusiano y austriaco, quienes, a pesar de su cientifismo, fueron derrotados por los mandos populares en cientos de combates; supone tal tesis la superficial creencia de que el arte militar es o puede ser una especie de divino y hereditario monopolio de determinada casta, edificado a base de reglas fijas y científicas, en vez del lógico y sencillo producto de las clases sociales al ascender históricamente en el transcurso de los siglos. La Historia nos dice que son los generales y los oficiales de las clases ascendentes de los Estados que, agitados por convulsiones guerreras, se mueven siguiendo una línea de progreso, de avance social frente a los conglomerados reaccionarios nacionales y extranjeros, los que ganan las batallas. Ello es lógicamente debido, en esencia, a que estos mandos tienen el sentimiento y la capacidad intelectual

para lo nuevo y por eso residen en ellos la audacia y la iniciativa y a ellos se deben siempre las nuevas formas de la estrategia.

La necesidad de mandos es manifiesta, pero nuestras posibilidades de obtenerlos son, como hemos visto, ilimitadas, ya que los poseemos en potencia; el problema es capacitarlos con rapidez y en gran número.

A resolverlo han tendido las disposiciones del ministro; las ordenes emanadas de su autoridad mientras, por una parte, elevan quintuplicándolo el número de los alumnos de las Escuelas centrales de las armas, futuros oficiales, crean, por otra, en las brigadas, divisiones, Cuerpos de Ejército y Ejércitos, centros de instrucción de clases y de capacitación de mandos en los que el número de alumnos debe ser el mayor posible, **CONDICION QUE NUESTROS MANDOS DEBEN CUMPLIR ESTABLECIENDO ENTRE ELLOS UN VERDADERO PUGILATO PARA LOGRAR EL MAXIMO EN SU UNIDAD Y LA SELECCION MAS DEPURADA, VENCIENTO TODA RESISTENCIA, FALSAMENTE EGOISTA, A PRESCINDIR DE BUENOS ELEMENTOS EN LOS FRENTES PARA LLEVARLOS A LAS ESCUELAS O MANTENERLOS EN ELLAS HASTA LA FINALIZACION DE LOS CURSOS, SEAN CUALES FUEREN LAS CIRCUNSTANCIAS MILITARES DEL MOMENTO.**

Los oficiales y los jefes profesionales, por otra parte, por elevada que sea su categoría, han de considerar como de honor los puestos del profesorado en las escuelas y centros de instrucción, pensando que de su labor entusiasta y abnegada y de su trabajo constante e inteligente dependerá, en gran parte, la obtención de próximas victorias españolas.

La enseñanza en las escuelas y centros habrá de ser forzosamente rápida y eminentemente práctica, pero sin olvidar por ello la necesidad de atender en aquella a estas tres ramas: **la física** que logra dar agilidad y endurecimiento al cuerpo; **la técnica** que enseña la habilidad para manipular los medios materiales, y **la táctica** que hace conocer la adaptación de los medios al terreno y al enemigo. Pero **SOBRE ELLAS, PREFERENTEMENTE**, las escuelas y centros han de dar a los mandos o futuros mandos **LECCIONES DE PREPARACION MORAL**, lecciones de disciplina práctica; obediencia activa en el conjunto y en el detalle; informe veraz, desapasionado, objetivo; trato con los su-



periores y subordinados, modesto, firme, graciable, sin arrogancias ni familiaridades; unidad inquebrantable entre los componentes del Ejército; valor, abnegación, resistencia a la fatiga, espíritu de sacrificio, etc., como condiciones primordiales.

**TODA LA ENSEÑANZA DEBE ESTAR PRESIDIDA POR ESTA IDEA: DESARROLLAR POR MEDIO DE LA CRITICA Y LA CONTROVERSA OBJETIVA EL ESPIRITU DE INICIATIVA EN NUESTROS MANDOS;** el arte de la guerra no está encerrado en la estrechez de los reglamentos militares; no existen dos combates iguales y las situaciones militares presentan una diversidad infinita de características y detalles imposibles de prever y por ello, en cada caso, será preciso adaptar lo reglamentario al hecho vivo y, en ocasiones, ser **inventor** de nuevas reglas, lo que sólo se consigue por el más amplio desenvolvimiento de la personalidad. Los profesores deben tener muy en cuenta la sencilla verdad, que la rutina hace olvidar con frecuencia, de que son las batallas las que hacen los reglamentos y no los reglamentos las batallas.

De este modo, en un mes, o en cuarenta días, no haremos técnicos perfectos, cierto; pero si oficiales y clases capaces de conducir a sus hombres en el combate y de educarlos; educar es ni más ni menos que disciplinar.

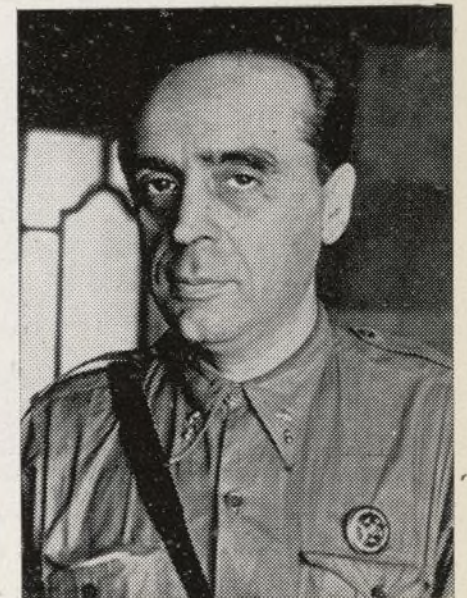
El perfeccionamiento en la capacitación de los altos mandos de cada ejército, ha de lograrse realizando con tesón los ciclos de conferencias ordenados completándolos con ejercicios sobre el terreno. Los jefes de grandes unidades han de ser forzados por los de Ejército, si precisa, a dar conferencias frecuentes a sus oficiales y clases, con asistencia de la mayor cantidad de mandos posible sobre temas de táctica y de empleo de las armas y servicios. Otro tanto habrán de hacer los jefes de dichos servicios. No ha de haber comandante general o principal de Artillería, por ejemplo, que no haya explicado a sus compañeros en varias intervenciones el empleo de la Artillería, las posibilidades y servidumbres de los materiales artilleros, la cooperación y el enlace con las otras armas, etc.; ni comandante general o principal de Ingenieros que no haya disertado sobre organización defensiva del terreno, sobre el empleo y misiones específicas de los zapadores, sobre construcción y utilización de los refugios, sobre colocación y construcción de alambradas, sobre destrucciones...; ni jefe de división o brigada que no haya expuesto sus



por el Coronel

**ANTONIO CORDON**

Subsecretario del Ejército de Tierra



ideas referentes a planes de fuego, aplicándolas al terreno de su unidad, a empleo de las armas de acompañamiento, a explotación de los informes, etc.; ni jefe de los Servicios Sanitarios que no explique la misión de los mismos y las reglas de higiene elementales; ni jefe de Estado Mayor o componentes del mismo que no hayan explicado el cometido del Organismo a su cargo o el de sus diversas secciones, etc. Los jefes de grandes unidades o servicios se verán así obligados a aprender utilizando el mejor de los métodos conocidos: el de enseñar. Estas conferencias habrán de ser lo menos parecidas posible a las clásicas conferencias literarias sin crítica ni controversia, huyendo en ellas de las generalizaciones para basarlas en la experiencia de hechos conocidos por la mayoría de los oyentes, debiendo, en nuestro concepto, desarrollarse en dos sesiones; la primera, de exposición, a cargo, naturalmente, del conferenciante; la segunda, más larga, **de crítica y discusión** por los oyentes de lo escuchado en la sesión anterior.

La lectura moderada y elegida es otra fuente de enseñanzas para los mandos superiores (y en general para todos los mandos) que éstos deben esforzarse en utilizar en la medida de lo posible. ¿Qué libros habrán de formar su pequeña biblioteca? Pregunta es esta de difícil contestación en los límites de un artículo. Los de historias de las guerras y los ejércitos son útiles, pero no indispensables. La mayor parte de los mariscales y generales de Bonaparte no habían leído un solo libro de Historia y ganaron batallas a sus eruditos oponentes. Los que posean espíritu crítico, los que se sientan con fuerzas para no dejar ahogar su imaginación e iniciativa por los relatos de las hazañas ajenas, los que tengan afición a estas lecturas, deben practicarlas. En lo referente a doctrinas de guerra, resultará útil la consulta de los clásicos del arte militar como Napoleón, Clausewitz, etc.

Los textos oficiales, reglamentos, instrucciones, etc., no pueden faltar entre las obras del jefe, así como publicaciones referentes a las armas en que no se sirva y a los ejércitos extranjeros.

También resultarán muy útiles para los mandos los manuales sobre higiene y psicología.

Ha que entenderse bien que la lectura sólo será verdaderamente provechosa si el jefe que la practique se impone para efectuarla un método de trabajo habituándose a pensar, a razonar por su cuenta, más que en aprender lo escrito.





*El Coronel MATAALLANA, Jefe de Estado Mayor de los Ejércitos de la Zona Central, saluda, en el segundo año de guerra, a "Nuestro Ejército"*

*La guerra, gran campo de experimentación, plantea incesantemente problemas de carácter técnico militar, muchos de ellos interesantísimos.*

*Divulgarlos, hacer pensar sobre ellos, despertar en los mandos el deseo constante de superarlos y orientar debidamente sobre sus posibles soluciones todo ello en forma amena y atractiva, es hacer obra constructiva y eficaz.*

*Por eso yo saludo con todo cariño a esta revista magnífica que al recoger estas inquietudes presta un admirable servicio al Ejército Popular, a la guerra y a la causa de la República.*



EL CORONEL

# HIDALGO DE CISNEROS

JEFE DE LA GLORIOSA AVIACIÓN ESPAÑOLA

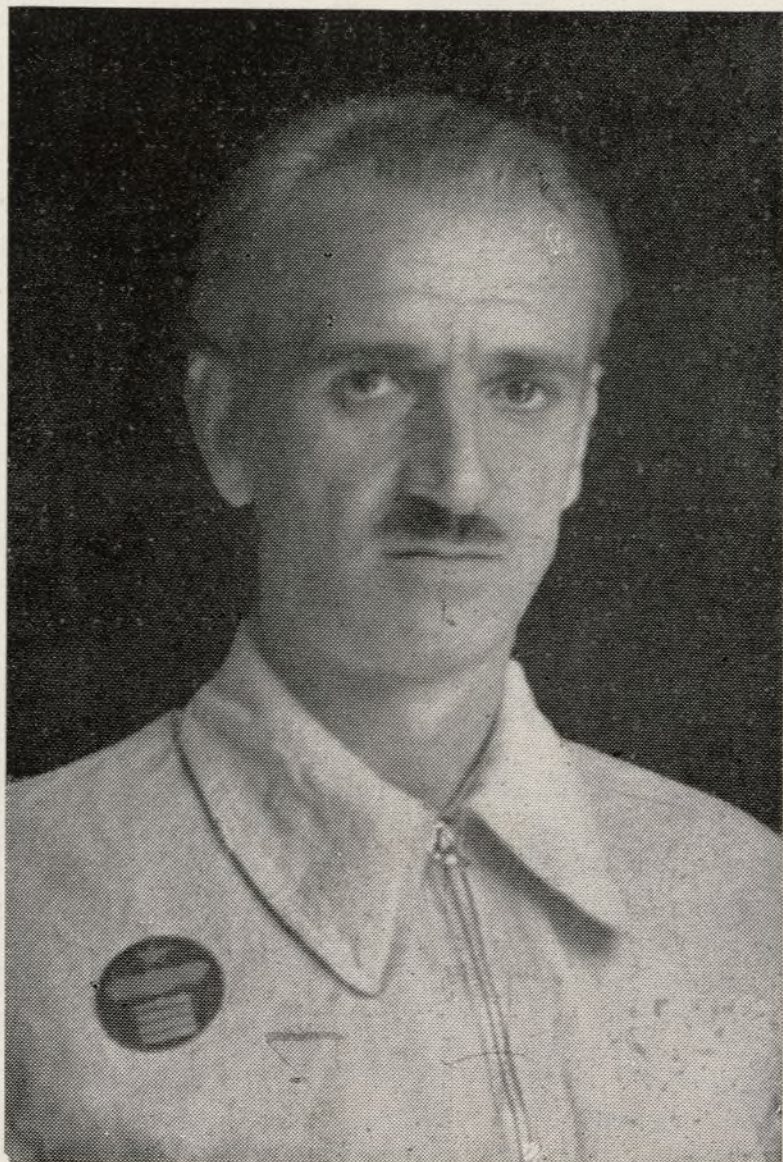
DICE:

**A**L entrar en el tercer año de guerra, quiero dirigir un saludo en nombre de las fuerzas del aire a todos los combatientes de nuestro Ejército. Tratar de explicar en unas cuantas líneas la gran labor llevada a cabo durante estos veinticuatro meses, además de ser casi imposible, sería en estos momentos dar facilidades a nuestros enemigos: el día no muy lejano en que veamos nuestro país libre de ejércitos extranjeros, podremos hacer oír al mundo entero nuestra obra; entonces podremos explicar cómo hemos tenido que trabajar y cómo hemos luchado para vencer las dificultades que se nos presentaban. Orgullosos podemos estar y orgullosos estarán nuestros hijos de nuestra obra. Nunca pasó España por un peligro tan grande como el actual de desaparecer como nación, y no solamente la hemos defendido sino que sabremos mejorarla. Un pueblo que ha sabido crear un ejército, una marina y una aviación capaces de vencer a los ejércitos extranjeros que luchan contra nosotros, sabrá, el día que esta guerra termine, convertir en realidades los ideales por los que ahora luchamos.

Estas fuerzas armadas compuestas por españoles, mandadas por jefes españoles y que con tanto entusiasmo luchan por la independencia de España, no forman ni formarán nunca una casta especial, pues saben que han venido del pueblo, que son del pueblo, y éste es su mayor orgullo.

Los compañeros del ejército de tierra pueden estar seguros de que los aviadores conocen perfectamente su valor y están orgullosos de ellos. No olvidéis que estos jóvenes aviadores, verdaderos héroes, que son el asom-

bro de todos los que conocen su labor, están reclutados en las filas de nuestro Ejército; nadie puede venir a los cursos de pilotaje si antes no ha cumplido un corto tiempo luchando en las trincheras; por eso a nadie tiene que extrañar que cada día sean más fuertes los lazos que unen a los ejércitos de tierra y aire, siendo su origen el mismo, luchando juntos por un mismo ideal y estando unidos por el mismo entusiasmo para defender la integridad e independencia de nuestra España.







# EL ESPÍRITU PILOTO DE GUERRA

por el  
**Teniente  
Coronel**

**Carlos  
Núñez  
Maza**

**Subsecretario del  
Ejército del Aire**



La aviación española puede decirse que ha nacido con esta guerra.

Antes, pocos elementos — casi inútiles para la lucha armada, buenos quizás como material para aprendizaje y entrenamiento —, constituían los medios para fabricar pilotos y hasta para fingir una escala del aire, en la que a pesar de figurar algunas fuertes individualidades, no tenía eficiencia posible ni seguro poder combatiendo.

Languidecía nuestra aviación en hostezo continuado. En ocasiones, algún raid, más o menos afortunado, preparado con tiempo y medios precarios, ponía en tensión nuestros nervios y a nosotros en trance de pensar que contábamos con una fuerza poderosa y auténtica. ¡Claro espejismo de esperanza! Tras aquel éxito o fracaso, que subrayaba si acaso la tenacidad y consecuencia, amén del arrojo de sus autores, volvía nuestra aviación a hundirse en la monotonía y diaria realidad desconsoladora de nuestros aeródromos, a la penuria de medios materiales, a las diarias cortapisas, a aquel «Bayardismo» grotesco que ponía en algunos militares de otras armas, una mueca despectiva ante la eficiencia y la importancia del arma nueva.

Hombres, sin embargo, de excepción; trabajadores incansables, curiosos de ciencia, enamorados de la matemática, aislados, tenaces y consecuentes, guiaban día a día el esfuerzo de su vida por los derroteros del descubrimiento, del laboratorio y del cálculo, y al amparo de las miserables consignaciones oficiales para su labor, hacían que su nombre fuese para los que llevaban su uniforme, un blasón de orgullo. Fuera de estos consoladores remansos y de la labor de perfil individual a la que, a pesar de

todo, lograban imponer su sello las voluntades trabajadoras de algunos hombres, en la vida oficial los «peros» y los obstáculos se multiplicaban para todo, y en aquel ambiente, saturado de «no conformismo», a ritmo con la tormenta política de los años últimos, entre sacrificios, silencios, rencores y desconfianzas, fué muriendo poco a poco el espíritu y el entusiasmo, si organización como aquella pudo tenerlo alguna vez.

Y vino la guerra — de cuyos orígenes saben bastante los pechos españoles —, y hubo que hacerlo y organizarlo todo: truncada la vieja organización casi nada funcionaba y posiblemente la aviación, llena de inéditas promesas guerreras, había de ser un medio muy poderoso en la lucha desatada. Y así fué, y es así.

Después de la Guerra Grande, la ciencia aplicó sus ecuaciones y sus leyes a la aviación.

La aviación se diferencia de la Marina por su posibilidad de acción en tierra, y de las armas de tierra, por el hecho de que si para éstas el fuego es un medio de hacer posible el movimiento, para la aviación el movimiento es el medio de hacer posible y eficaz el fuego. Se diferencia profundamente en sus posibles misiones, en el medio en que actúa, en la preparación técnica de su personal, en la forma peculiar de su despliegue y sustancialmente en la manera de combatir.

La Aviación, cooperando unas veces con el Ejército, otras con la Marina, en frentes activos, en misiones de defensas de territorios, introduciéndose, recorriendo la re-

guardia enemiga, si bien en las directivas de su empleo debe recibir las inspiraciones del mando integral que dirija la guerra, en su organización y en la ejecución de las misiones que en estas directivas se le asigne, en sus servicios, etc., precisa de una autonomía absoluta y de un mando propio que pueda lograr el máximo rendimiento en la bien lograda resultante de todos los factores que intervienen en una orden dada a una Unidad Aérea.

Los progresos de los aparatos en velocidad, en altura, radio de acción, en su capacidad de ofensa y defensa, las diferencias esenciales con las demás fuerzas armadas, no concedidas de un modo explícito hasta entonces por las autoridades militares, nos obligaba a simultanear con la conquista de estos reconocimientos la urgente labor de organización y la vigorosa lucha contra la aviación invasora.

Todo se fué logrando a medida que la realidad acudía a imponerse, desnudando los problemas, y el entusiasmo y la necesidad, más que la competencia, nos ayudó a resolverlos y a lograr la debida comprensión de nuestros compañeros de Mar y Tierra.

Se crearon unidades, surgieron mangos, se fundaron escuelas, se montaron laboratorios y talleres, multiplicando por mucho lo existente, se improvisaron campos, servicios de transmisiones, de observatorios, se crearon industrias y fábricas que no existían, se adaptaron otras a su nueva misión, se produjeron en cantidades no conocidas hasta entonces y en tiempos mínimos, pilotos, observadores, radiotelegrafistas, bombarderos, etc., etc., y, por fin, obreros que reciben en talleres y escuelas una instrucción especializada, que nació aquí, en la tierra casi virgen de curiosidades aviatorias, quizás la única nación de Europa donde la aviación, poco vulgarizada, era todavía para el gran público una cosa misteriosa. Y de ese gran público nació todo lo que hay hoy; en la gran masa española estaba escondido, soterrado, latiendo en deseos, ese cúmulo de posibilidades que son horas de vuelo de combate en la hora presente. Del entusiasmo por el arma nueva, que ardía en el gesto de los que llegaban a inscribirse como voluntarios en el servicio, se sacaron, en gran parte, las realidades que halagan al hombre de la República cuando nuestra aviación cruza su horizonte.

¡Casta magnífica de luchadores, bravura y brío naturales y sin gestos, la de aquellos hombres que acudían de las oficinas, de las fábricas y de los campos, abandonando liberales profesiones, dejando colgada la carrera universitaria a medio terminar, y la familia y el cómodo destino, para ocupar su puesto de peligro en el aire! A estos hombres — españoles — se debe nuestra aviación — española — de hoy. En escuelas — españolas — se formaron. En aulas que presidía nuestra bandera republicana — española —, escuchaban las lecciones que

técnicos — españoles — con un hondo sentido del deber, vestían de relieves ante su atención llena de promesas, y así estos «rudos», estos «mejicanos», estos «extranjeros rojos», nacidos en España, han escrito páginas de arrojo en este capítulo de Historia española que grabaron en el cielo, con las curvas geométricas, largas, finas, ondulantes y agresivas de sus aviones de guerra.

Estos primeros hombres fueron los sembradores del nuevo espíritu de la aviación.

Luego vino el trabajo — que espanta mirado desde la cima de los dos años pasados —, una labor abrumadora, unas horas borrachas de cálculos y de números, de afirmaciones y de ensayos, con el precipicio de la responsabilidad y el fracaso a los pies, pero ya la aviación estaba modelada, echado a puñados el blando entusiasmo sobre la armazón articulada del conocimiento.

Y se completó luego. Y se hará más aún, porque de la aviación de ayer quedaban aquí los hombres aquellos de los laboratorios, los del frío entusiasmo reglado y soñador, y aquellos otros que llevaron siempre en el alma el sueño de una patria libre, comprensiva y maternal, y los que juraron en los días jóvenes de Academia hacer honor a la promesa de ser fieles, y la cumplieron; y los que tenían hambre y sed de justicia; y los humildes, los que paso a paso de las filas del Ejército se elevaron con doble esfuerzo venciendo todos los obstáculos y todos los prejuicios hasta lograr su fin; los que han hecho que las alas de su emblema fueran luego sobre la guerrera veterana un reproche y un estímulo y un grito de dignidad acerado y punzante como un laurel.

Y todos han sabido, con una camaradería llena de comprensiones, conjugar el mutuo entusiasmo obedeciendo y mandando, y así aquellos hombres vinieron a nutrir de sangre nueva, en un entronque entrañable, lo que merecía ser salvado en el envejecido tronco de lo que fué la aviación aquella, que mató la infamia.

Han traído a la nuestra — cuando en son de rebeldía y de muerte se alzaron «con todo», en España, los que «todo» lo tuvieron siempre; cuando en son de conquista invadieron España, esos hombres que viven y respiran bien, apopléticos o jactanciosos, tras las bridas de las apretadas mordazas hitlerianas y fascistas — la roja oleada so-

berbia de su entusiasmo guerrillero, la vocación decidida de ir a la lucha en cometido peligroso y difícil, su deseo de sacrificio por ver crecer y madurar en nuestra tierra la posibilidad de una vida verdadera, de una Patria libre.

Y aquí están, a lo largo de los meses, otros nuevos aprendiendo con un ardor continuado su cometido, calladas sus voces entusiastas, su coraje tornado en esfuerzo de trabajo, su dinamismo joven hecho disciplina, su grito vengador, faena, disparo y martilleo. Sembrando fe y cosechando espíritu.

Muchos, hecha tierra la noble ofrenda de su sangre, han jalonado de sacrificios este suelo mártir y en él se han fundido. Y así es la tierra más nuestra hoy.

Con esta sangre mártir ha nacido a la República una aviación que vive con su espíritu. Ahí está, presente todos los días. Le crípa el puño la indignación del que se sintió injuriado y vendido en nombre de no se sabe todavía qué risueñas promesas de una redención imperial; le crípa el puño su fortaleza, su tesón, su soberbia española, y la conciencia de su fuerza al servicio de la más noble causa; la independencia de la Patria. Porque es inútil que pretendan escamotear la causa legítima, la razón suprema con que nos revolvimos ante el rendaje incivil que las facciones se aprestaban a ceñirnos.

El carácter de esta lucha no lo fija la ideología de unos determinados grupos políticos, no; al amparo de la ofensa, ante la monstruosidad del crimen, han nacido unos ejércitos en la tierra, en el mar y en el aire, que luchan por su Patria vendida y quieren volverla a la riada de civilidad donde un abril risueño de voces y de luz le llevó su fe democrática, fiando el amparo de su derecho, no en las armas, sino en la ciudadanía, es decir, en el esfuerzo continuado de los hombres de todos los tiempos, por la convivencia de todas las ideas.

¿Quién puede tremolar más alta enseña de espiritualidad?

¿Qué son ante la bandera nuestra los pendones bordados de anacronismos y de emblemas negadores y hostiles?

Cañamazo de colorines de idearios muertos de puro podridos. Chafarrinones que sueñan con ser vibración y son sólo apetitos larvados, de imperios zarzueleros, hi-

laza sangrienta de todas las leyendas que han perpetuado—simulando historia—las tristezas de un pueblo que no han dejado crecer por las supersticiones y la violencia, hechas norma y razón.

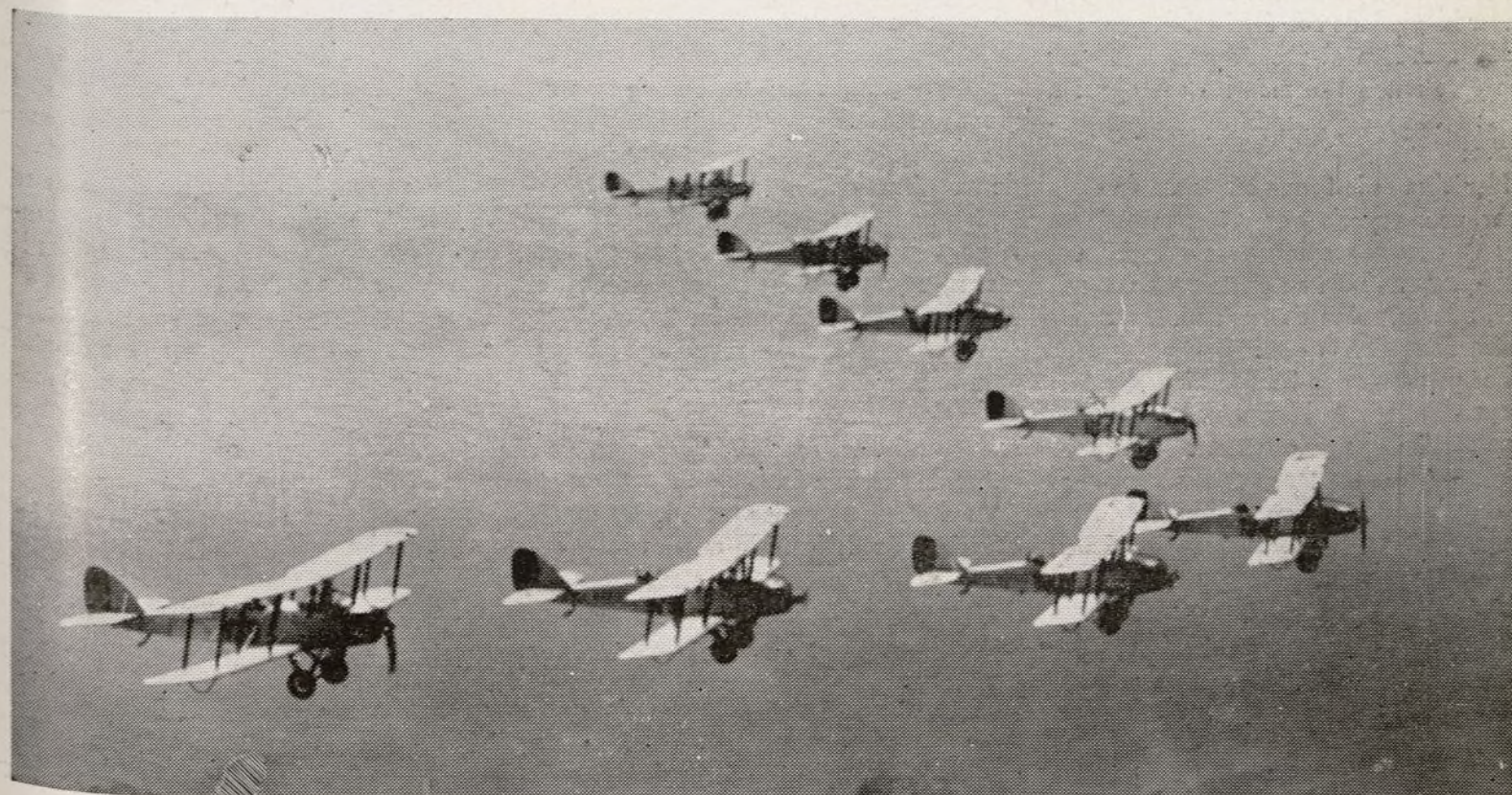
Hoy lucháis, ¡facciosos!, contra la vida y contra el libro y por eso no nos venceréis; la aviación republicana tiene una razón de ser. ¡Impedidlo!, para que la razón suprema de la Patria siga viviendo y el español, de cara a la humanidad y al porvenir, valiente y alta la frente, libre de la telaraña de ese pasado vuestro, hosco y tradicional, que se asusta del hoy, sólo porque es nuevo, como en aquellos siglos imperiales y rezadores, en que fueron mentira la fe irracional y el imperio sin cimientos. Lucha con espiritualidad nueva, renovada todos los días en el aire, por los libres caminos del mañana industrioso, por una realidad viva que es nuestra tierra invadida, dolorosa y sangrante, con un grito en la garganta que representa el triunfo de la españolidad.

Ningún pueblo hizo más. Escritas con tinta de claudicaciones están las últimas páginas de la historia europea que nosotros llenamos dignamente de amapolas de sangre. Hasta vencer.

Encontró por fin su pulso la Patria presa de tópicos y frases en la raíz viva de su eterno afán de libertad. De ello es prueba la estrecha colaboración fraterna de la aviación con todas las armas de tierra y mar de su mismo origen alto y popular, nacidas de la dignidad y el entusiasmo, de la más alta estirpe ciudadana.

Y triunfaremos mañana. A pesar de todo y contra todo, que el libro, el tiempo y las ansias de mejoramiento llenan de esperanza las conciencias hermanas de todos los pueblos de la tierra.

Y en ese mañana de paz, España, pecho de choque, centinela de alma heroica y despierta, habrá de sentir frescas siempre las heridas que hoy hace la metralla extranjera en la carne de sus hijos víctimas de inconfesables ambiciones, y sabrá vivir generosa y abierta el día nuevo, pero siempre vigilante, dispuesta eternamente a todos los sacrificios por conservar su herencia de libertad. Y en ese mañana no habrá que olvidar lo que aprendimos hoy, «sabemos lo que cuesta un Ejército, pero sabemos también lo que cuesta no tenerlo».





# LA MANIOBRA

## INTERPRETACION Y ANALISIS DE SU CONCEPTO

Ningún concepto tan sugestivo para el militar que de veras sienta su profesión como el concepto de maniobra. Quizá por lo mismo que los tratadistas, sin descontar los más insignes y hasta los verdaderos genios de la guerra, nunca se han puesto de acuerdo sobre lo que la maniobra es, se mantenga este concepto en la penumbra de lo misterioso, dotado de un singular poder de atracción y ofreciéndose a las mil interpretaciones que quieran darle los filósofos de la ciencia bélica.

De la palabra maniobra, como de la palabra vida y tantas otras de uso normal y casi continuo en nuestras habituales relaciones, no existe una definición exacta. Pero, así como no por ignorar lo que en el fondo y en su propia esencia es la vida dejamos de vivir, tampoco por desconocer en sus justos límites y caracteres lo que es la maniobra, prescindimos de ella, y al hacer la guerra, bien o mal, mejor o peor, maniobramos; y en ciertos momentos, alcanzamos la seguridad intuitiva de haber maniobrado.

Lo que importa es maniobrar ajustándose a una interpretación clara y concreta de lo que entendemos por maniobra, y tratando de justificarnos, con el mayor rigor posible, esa interpretación. No para dirimir las eternas discusiones de los tratadistas sobre el concepto, ni mucho menos para pretender haber dado con él ni exhibir una solución definitiva al problema ni la mejor, sino para rendir una modesta contribución a este estudio, exponemos nuestra interpretación:

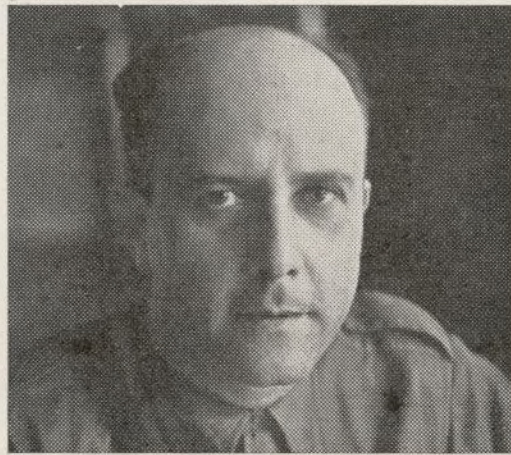
Maniobra es la forma o manera de combinar, en el espacio y en el tiempo, los medios de acción propios, para cumplir una misión determinada en cierta situación militar, esto es, sobre determinado terreno y contra determinado enemigo.

Por perseguir una finalidad indeclinable, el cumplimiento de la misión, la maniobra tiene sentido y, por lo tanto, es necesaria.

Por ser la forma de combinar los medios de acción, requiere el conocimiento de estos medios y de su empleo (estrategia, táctica y técnica); y ella misma es acción.

Por desarrollarse en determinado terreno y contra determinado enemigo, reclama el conocimiento y análisis de estos dos importantes factores.

Por ser el modo de cumplir la misión, ya que no se concibe otra manera de cum-



por el Coronel

**MANUEL ESTRADA**

Jefe de la Sección de Informaciones  
del Estado Mayor Central

plirla que combinando los medios propios, es el eje de la decisión, del acto volitivo del mando, y tiene algo de vital.

Por engendrarse dentro del marco de la misión, abarca todo el campo de la iniciativa.

Por ser la forma o manera de hacer la guerra, ya que no se comprende otro modo de hacerla que ajustándose a misiones o situaciones concretas, es la esencia de la guerra misma y de todo el arte militar; y debe basarse en la aplicación de los principios y leyes que inspiran este arte consagrados por la experiencia de muchos siglos.

Por depender de factores tan distintos de una situación a otra y, por consiguiente, tan mudables, como misión, medios, terreno y enemigo, no puede sujetarse a normas fijas y juega en ella papel preponderante la intuición.

Y por ser el fin de la guerra vencer y, para vencer, destruir la moral del enemigo, la maniobra debe combinar también las fuerzas morales, considerándolas como un medio de acción más.

Analicemos ahora las precedentes consecuencias que derivan de nuestra interpretación del concepto de maniobra, puestos los ojos especialmente en la realidad de nuestra campaña y en el propósito de extraer enseñanzas al enfocar con aquella interpretación esta realidad.

La maniobra es necesaria. En nuestra lucha por la independencia de España, hemos

derrochado espíritu de sacrificio, abnegación y heroísmo; pero hemos maniobrado poco y no siempre hemos maniobrado bien. El enemigo lo sabe y se jacta de usar más y mejor de la maniobra. Bien es verdad que para sus maniobras de ruptura dispone de mayor suma de medios materiales; para las de envolvimiento y explotación, de mayores medios de transporte, con los que multiplica sus columnas motorizadas; y para todas, de un número considerable de técnicos nacionales y extranjeros, que permite establecer y asegurar la combinación de medios de arriba abajo, hasta en las más pequeñas unidades, y de apurarla hasta sus últimas consecuencias. Pero lo que importa es crear y fomentar en nuestros mandos el espíritu de maniobra y el convencimiento de su necesidad. Sin ella, jamás será nuestra la iniciativa de las operaciones, y si en algún momento la tenemos, la perderemos pronto. Las acciones resultarán deslabazadas, faltas de coordinación y de sentido, y malgastaremos esfuerzos, vidas, sacrificios, tiempo, municiones y material. Poseemos la capacidad de maniobra, porque la misma guerra, la mejor escuela, va forjando y seleccionando nuestros mandos y utiliza para ello la cantera de todo un pueblo, no, como el antiguo Ejército, las reducidas posibilidades de determinados sectores de la sociedad. Nos sobra, sin embargo, timidez, y nos falta audacia para concebir nuestras maniobras; quizá debido a que, al pasar de aquel espontáneo y magnífico impulso de las primitivas milicias a constituir un Ejército perfectamente regular, cada mando ha comprendido mejor los límites de su problema y siente, con el ansia de aprender, el freno de su responsabilidad. Mas si el ansia de aprender es ya una obsesión en nuestro Ejército, hagamos de la maniobra una fiebre, una pasión, porque esa timidez de los mandos no es ineficiencia, sino modestia; y porque, al calor de la pasión creadora, serán fecundos el aprendizaje y la práctica de la maniobra.

La maniobra requiere el conocimiento de los medios de acción y de su empleo; y ella misma es acción. ¿Qué límites tiene la combinación de medios? Las posibilidades estratégicas, tácticas y técnicas de todos y cada uno. Las posibilidades estratégicas aluden a la geografía e historia militares, a la movilidad de las grandes unidades, a las condiciones de vida de los ejércitos, a las

arterias principales de comunicación y a la movilización integral del país. Las posibilidades tácticas afectan al empleo armónico, bien adaptado a la topografía, del fuego y movimiento de todas las armas, a pesar del fuego y movimiento enemigos. Las posibilidades técnicas no requieren en los mandos un conocimiento perfecto y minucioso de los medios en su aspecto técnico, sino simplemente de los límites que en tiempo, espacio, potencia y efecto caracterizan a cada uno.

La maniobra misma es acción, pero no acción de un solo medio, sino acción concertada de todos. Por ser muchos y heterogéneos los medios que se manejan en la guerra moderna, su combinación es ineludiblemente compleja; lo que quiere decir que no debemos tender a reforzar, sino a reducir esa complejidad. Nada de complicar más lo que por sí es complicado. Si la maniobra es en nuestros tiempos por naturaleza compleja, forzoso es saturarla de claridad. Después de saber con claridad lo que queremos (la misión), hay que concebir con claridad y convicción la manera de combinar los medios en forma que en todo momento conozcamos dónde está cada uno, lo que hace y lo que podemos esperar de él.

La maniobra reclama el conocimiento y análisis del terreno y del enemigo. Una maniobra sin adaptación al terreno, a su compartimentación y naturaleza, no pasará nunca de ser una teórica elucubración. El terreno, en la defensiva, manda. A él han de ajustarse de modo estricto la elección de posiciones, el plan de fuegos, el trazado de las organizaciones y la dirección de los contraataques. En la ofensiva, marca la sucesión de objetivos, los ejes de ataque y sugiere la modalidad de maniobra que conviene. Respecto al enemigo, rara vez la maniobra dará resultado si no se cuenta con su existencia, porque entonces no podremos desarrollarla a pesar de él. De no conceder al enemigo la importancia que su conocimiento tiene, nos exponemos a estrellarnos contra sus posiciones o unidades más fuertes, a caer en la trampa que nos prepare o cuando menos a restar audacia, por ese general temor a lo desconocido, a nuestra maniobra. Si se agudizara en nuestros mandos la preocupación por el conocimiento en detalle del factor enemigo, se

sentirían estimulados a la maniobra y multitud de concepciones surgirían espontáneamente de ese conocimiento.

La maniobra es el eje de la decisión del Mando, y tiene algo de vital. Si la guerra es la lucha de dos voluntades hasta que una de ellas quiebra por desfallecimiento, la voluntad del Mando propio, al manifestarse en su decisión, plasma en la maniobra. La voluntad es el signo más firme de la vida consciente; y por eso la maniobra encarna la vitalidad no sólo del jefe, sino de un ejército y hasta de un pueblo. Constituye el molde, el cauce de esa vitalidad. De aquí la alta responsabilidad de quien la concibe, prepara y conduce. Porque si el cauce es mezquino o el molde está mal construido, la vitalidad lo desbordará y se perderán, esterilizándose, muchas energías y muchos sacrificios.

La maniobra, por engendrarse dentro del marco de la misión, abarca todo el campo de la iniciativa. La misión no precisa sino lo que hay que hacer. La maniobra concreta cómo ha de hacerse. Pero, en cada situación, hay muchas maneras de cumplir la misión. Por eso la maniobra brota en el campo de la iniciativa y se anima del espíritu de iniciativa.

La maniobra es la esencia de todo el arte militar y no puede olvidar los principios y leyes que lo inspiran consagrados por la experiencia de muchos siglos. La combinación de medios ha de hacerse con arte, esto es, ajustándose a un fin y con tan lograda armonía que el fin se alcance con el menor desgaste y en tiempo mínimo. Pocos son, contadísimos, los principios y leyes del arte militar avalados por la experiencia histórica. Pero si la maniobra no asimila la savia de estos principios, si vulnera esas leyes, está condenada al fracaso. Concentración de esfuerzos, economía de fuerzas, libertad de acción, etcétera, etc., deben ser premisas indiscutibles de toda maniobra; y si no se tienen en cuenta, la conclusión puede ser fatal. No es preciso esperar a que nuestra guerra, como una experiencia más y de las mejores, venga a confirmar la necesidad de estos principios. Si en la Historia, y especialmente en la Historia militar, hay muy pocas cosas a las que puedan adscribirse merecidamente nuestro crédito y nuestra confianza, una de ellas es eso: los princi-

pios de la guerra. Creamos en ellos y apliquémoslos, por tratarse de enseñanza que ha costado muchos ríos de sangre a la Humanidad y es, por esta causa, legítima.

La maniobra no puede sujetarse a normas fijas y juega en ella papel preponderante la intuición. Si los principios del arte militar son necesarios a la maniobra, someterla a preceptos inmutables es matar el espíritu de iniciativa y renunciar a lo que la maniobra tiene de vital. Los preceptos, si acaso, serán admisibles como guía o consejo, como pura orientación; pero la maniobra debe llevar el sello personal de quien la concibe. La intuición juega en ella papel preponderante, pero la intuición no es la improvisación ni el libre juego de una imaginación sin control racional. La intuición o golpe de vista es fruto de reflexiones maduras y experiencias vividas. A fuerza de pensar y de hacer, se va adquiriendo el golpe de vista en lo que se piensa o se hace. Nuestra guerra, larga ya de dos años, es ya suficientemente rica en experiencias y reflexiones para que la intuición florezca y acierte. Cada mando tiene su archivo personal de pensamientos y realidades; y cultivarlo, repasarlo, revivirlo es fomentar la intuición y, con ella, el vigor de concepción de la maniobra.

La maniobra debe combinar también las fuerzas morales considerándolas como un medio de acción más. Cada unidad, por sus mandos y por sus componentes, tiene un valor moral. Al combinar unidades en una maniobra, combinamos también valores morales y debemos hacerlo en forma que esta combinación refrende la proporción entre fuerzas materiales implicada en la maniobra. De lo contrario, se producirán efectos contrapuestos en una misma dirección y la maniobra perderá su relieve.

Pero si en combinar las fuerzas morales reside la grandeza de toda maniobra, y ello es lo que le da calor humano y verdadera vida, ahí se engarza también la máxima responsabilidad; pues las fuerzas morales que hay son magníficas, insuperables; y cada mando debe pensar, estremecido de orgullo, que es el alma misma de nuestro pueblo lo que tiene entre manos, ahincada en la Historia, firme en su sentimiento de independencia y avizorando un mundo mejor desde lo alto de la proa de la Humanidad.



# Algunos aspectos de la misión del mando en el EJÉRCITO POPULAR

Nuestro Ejército está formado por los hombres que han salido de la masa patriótica que quiere la independencia de España. Este Ejército tiene lo más joven, firme y progresivo del glorioso pueblo español: obreros, campesinos, intelectuales, clase media, todo lo que hay de más honrado y sano en la lucha por las libertades democráticas.

En el conocimiento del carácter de este Ejército, un Ejército al servicio del Gobierno legalmente constituido, representante de todo el pueblo español, que arrojará de nuestro suelo a los ejércitos invasores, y en los objetivos que esta guerra comporta para todos los ciudadanos, está la condición fundamental de todo Mando que desee desarrollar con verdadero éxito su misión.

El conocimiento y comprensión de los objetivos que se persiguen, de la elevada misión política de conquistar la independencia para un pueblo invadido, unido a su grado de preparación técnica, es lo que en el curso de estos dos años de guerra valora a los Mandos de nuestro Ejército Popular.

Y no sería posible fijar la responsabilidad de esta misión, sin contar con el Hombre; el Mando forjado en la dura campaña, comprensivo y enérgico a la vez, con las cualidades de la modestia, pero rodeado también de la más firme autoridad basada en la consciencia y férrea disciplina del Ejército.

Con el conocimiento profundo de nuestro Ejército Popular, es como se puede realizar con éxito la misión del Mando.

Y a tal Ejército corresponden Mandos que sepan rodearse del cariño de sus subordinados, ganarse a los hombres a sus órdenes, por sus cualidades de jefe y camarada, por su intensa ayuda a todos, reforzando la disciplina.

No debemos olvidar que si un Mando quiere que su gestión alcance éxito, debe saber mandar. Para esto no basta con dar órdenes, sino que hay que asegurar su cumplimiento en todos los escalones.

Valorar los subordinados, vivir en el término justo entre la masa viva de los com-

batientes, es decir, entre aquellos que ejecutarán sus órdenes y que así aprenderán a conocerle y estimarle.

Con este Mando, sus soldados se sentirán seguros y lucharán con ímpetu y decisión, y se habrá conseguido un elemento importante para el desarrollo de su misión: la confianza en el jefe.

Lo mismo en el combate que en la retaguardia, el comportamiento de la fuerza no es sino el producto de la conducta de los Mandos; de su acertada o mala dirección.

La guerra es acción, maniobra, dinamismo. El jefe debe pensar en formar unidades maniobreras, sólidamente unidas, heroicas unidades de combate, llenas de moral y capacidad de lucha.

Hay que formar en cada uno de nuestros combatientes la idea de luchar sin descanso hasta la victoria definitiva, aun en las condiciones más difíciles.

El Mando forma a sus hombres y tiene la responsabilidad del comportamiento de éstos. Por eso la misión principal, la más importante es preparar sólidamente las fuerzas para el combate, conseguir que su unidad posea en todo momento un elevado nivel combativo, ayudado por la eficaz colaboración del comisario.

Formar hombres bien adiestrados en el manejo de todas las armas, tiradores seguros, calificados, que no desperdicien un solo proyectil. Unidades de choque que avancen con decisión, que sepan protegerse del fuego enemigo, utilizar el terreno al máximo. Instruir a sus fuerzas en la maniobra, y estudiar el terreno con minuciosidad, cada día, cada hora. Y para obtener buenos resultados, preocuparse con extraordinario interés por el material humano, por los hombres, por el empleo acertado de los cuadros, por sus necesidades, su vida; por lo que piensan y desean. Todo a un ritmo acelerado, manteniendo el principio de la disciplina más férrea, de la responsabilidad personal, la capacidad militar y el conocimiento de los hombres que combaten bajo su dirección.

Los Mandos que cumplen estas tareas, son jefes queridos y respetados por todos

los hombres del Ejército Popular, porque en el trato sencillo son unos soldados más, pero que al mismo tiempo **exigen una responsabilidad a cada combatiente y estimulan con su ejemplo vivo.**

En este momento, como en todos, la tarea es **Preparados para el Combate.** Claro que hoy nuestro Gobierno de Unión Nacional nos señala a todos los Mandos una misión de gran responsabilidad: la de no retroceder un palmo de tierra, de conservar las posiciones, la de resistir a toda costa. Así lo afirma con fuerza y energía nuestro ministro de Defensa Nacional en su último, tan patriótico discurso, cuando dice: «RESISTIR ERA Y SIGUE SIENDO HOY ABRIR PASO A LA VICTORIA».

Esta política de guerra, tan clara en el momento actual, quiere decir que debemos fortificar a gran marcha, seguir estos trabajos al día y tener en todo momento las fuerzas preparadas para combatir. Todos comprendemos que en estos momentos la resistencia heroica crea las condiciones para próximas victorias.

Al lado de las tareas ya señaladas, cabe indicar la necesidad de una buena utilización de los elementos que faciliten la labor del Mando.

La utilización de los cuadros es muy importante. La difícil tarea del Mando no se realiza con su exclusivo trabajo personal. En las unidades hay jefes, oficiales, soldados que colaboran en la misión general.

Capacitar a los cuadros, orientarles y dirigir a cada uno en el puesto que mayor rendimiento pueda dar, promover nuevos valores, es un factor fundamental para triunfar en la difícil empresa del Mando.

Hay que saber trabajar con los materiales que se posean, distribuir la tarea más a tono con la capacidad de cada uno, y convertir los malos materiales en buenos, refleja la inteligencia del Mando y su capacidad de dirección.

Lo mismo se debe pensar con los Estados Mayores, que son los mejores auxiliares del Mando, que comparten con él las vicisitudes de la campaña y que colaboran inteligentemente en la misión directora. Y és-

## EJÉRCITO POPULAR

tos deben sentir la firmeza del jefe de la unidad, así como su más clara y decidida ayuda.

Hay que corregir un viejo defecto que hoy ya casi no existe en la mayoría de las unidades: **la falta de solidaridad entre las distintas armas y combatientes.**

Un jefe sagaz y experimentado tiene que dar la debida importancia a esta tarea, y un hombre que comprenda la situación actual de nuestra guerra, más.

Cada día es más necesaria la unidad estrecha de este gran Ejército Popular. Hacer unidades que cooperen todas unidas con el mayor entusiasmo para el logro de la victoria, que ha de ser la victoria de todo el Ejército, de todo el pueblo español.

Durante los combates que mantuvimos en la defensa de Tortosa, cuando más furiosos eran los ataques de las divisiones italianas en la zona de Cherta, la solidaridad, la mutua ayuda entre aquellas fuerzas opusieron tan heroica resistencia, que permitió mantener las posiciones.

La colaboración no sólo existió entre los soldados de las distintas unidades, sino que la presencia constante de los diversos eslabones del Mando entre la tropa y las relaciones cordiales entre estos mismos Mandos, ayudó enormemente a la heroica conducta de aquellos combatientes.

Por todo lo que a grandes rasgos he señalado, se nos plantea hoy con más agudeza que nunca a todos los Mandos del Ejército, la obligación de elevar por medio del estudio y de la práctica diaria, nuestro grado de capacitación técnica.

Nuevos y difíciles combates se avecinan, en los que hemos de dar pruebas de nuestra fidelidad a la causa popular, dirigiendo a nuestros soldados con acierto hacia victorias que limpien nuestra patria de la invasión extranjera.

«La victoria depende de nuestro tesón,



por el Teniente Coronel MODESTO, Jefe del Ejército del Ebro

y su logro merece todo sacrificio, pues en ella estriba no sólo la independencia de nuestro suelo, sino quizá la subsistencia de España como Nación». (Negrín).

En esta idea, con esta elevada misión,

vamos serenamente en las presentes jornadas dispuestos a demostrar que somos dignos de la confianza que el Gobierno y todo el pueblo español han depositado en nosotros.



# PORQUE RESISTIR ES VENCER

Hace dos años justos el pueblo español respondía indomable al asalto brutal de las castas reaccionarias de las pandillas militares fascistas, asistido de toda su razón y pletórico de toda su fuerza. Hace dos años nuestro pueblo en masa aplastaba la insurrección en sus propios cuarteles y la sitiaba en varias plazas. La superioridad mecánica del enemigo, entonces mucho más poderosa sobre nosotros que la de hoy, no pudo avasallar la decisión del pueblo, que, unido, emprendió la gloriosa lucha y forjaba los primeros soldados de su defensa. Las milicias populares derrotaban en los caminos de Madrid las tropas de un general sublevado, y a los cañones y ametralladoras enfrentaba sus puños y su coraje, más eficaces que los fusiles y las pistolas cuyo manejo se aprendía en la misma línea de combate. Aquellos milicianos, aquella improvisada fuerza armada del pueblo, se hubiera bastado por sí sola para aniquilar la rebeldía fascista. Pero estaba detrás todo el plan siniestro de la invasión y preparados en las fronteras españolas, franqueadas por unos miserables traficantes de su patria, los ejércitos de conquista de Alemania y de Italia, las escuadrillas de aviación extranjera. Los jefes militares y los técnicos de Berlín y de Roma. Hitler y Mussolini vuelcan sobre los frentes españoles sus tropas regulares, sus armas automáticas más modernas, su artillería pesada, sus tanques y su aviación. La lucha adquiere el carácter neto de una guerra de independencia nacional en la que el pueblo republicano contiene contra las armas de dos potencias extranjeras mandatarias de la banda de insurrectos indígenas.

A costa de torrentes de sangre, treman- te de heroísmo, la República organiza sus combatientes regulares. Hay que ganar tiempo, en la defensa titánica de la tierra, para forjar el Ejército propio de España. El pueblo español comienza a resistir. Resisten bravamente nuestras milicias.

En Madrid, esta orden irrevocable amuralló las puertas de la ciudad heroica: resistir en noviembre era destrozar el plan de conquista inmediata de nuestra Patria. Resistir suponía vencer. Preparar la victoria. Una victoria que no estaba detrás del primer éxito militar ni embarazada en la primera derrota. Una victoria que se dibujaba en el tiempo, precisamente en el tiempo, conforme supiéramos aprovecharlo para forjar nuestro Ejército, para instruirlo, para disciplinar nuestra economía y

«RESISTIR ERA, Y SIGUE SIENDO HOY, ABRIR PASO A LA VICTORIA.»

(Negrín)

nuestros recursos, para montar nuestra industria bélica, para seguir una política de unidad y de guerra.

El tiempo se constituía en nuestro aliado natural. Porque todo el cálculo del despojo de España, todas las maquinaciones de dominación extranjera, con sus planes ulteriores de expansión mundial, estaban montados sobre la rapidez con que pensaban apoderarse de nuestro país. Cada día de resistencia, de tesón en las trincheras, significaba entonces y representa hoy un jalón hacia nuestro triunfo.

Al cumplirse los veinticuatro meses de guerra, vale la pena pensar en lo que esto representa para los invasores, y lo que esto supone como bancarrota de sus cálculos. Ha significado el fracaso de sus planes bélicos, la quiebra de su prestigio montado en la fuerza de las armas, el derroche inusitado de hombres y de máquinas, la carnicería irreparable de un ejército al que se mueve por el terror más brutal y la acumulación de dificultades para crear sus reservas, nutridas en su inmensa mayoría por combatientes extranjeros. Ha supuesto también el principio de la descomposición de su retaguardia, la agudización de sus contradicciones económicas y políticas, el desarrollo de la indignación y de la vergüenza de los sometidos contra los invasores y el malestar creciente por la prolongación de la guerra. Ha representado, además, el desgaste paulatino de la economía italiana y alemana, que aprieta el hambre de sus pueblos para robar la tierra de España. Y ha servido para enseñar al mundo que no es fatal aceptar el suplicio de los regímenes sangrientos cuando un pueblo ama y defiende su libertad.

Esta es la cardinal fuerza de nuestra resistencia. Cuando se dice, cuando se exige, cuando se grita a todo pulmón de la Patria: resistir, no se conjuga un verbo solamente heroico ni se prepara el ánimo para un sacrificio numantino. Se utiliza precisamente el factor indiscutible de la victoria.

No se puede argüir en contra que la du-

ración de la guerra impone también para nosotros trastornos de toda índole y desgaste material y humano. Y no es posible razonar así porque la diferencia entre las características políticas, sociales y económicas del pueblo y el Ejército republicano, y las de la retaguardia fascista, son bien visibles. Basta la simple comparación entre las fuerzas de un Ejército que sabe por qué lucha, para qué va a la muerte si es preciso, y que no tiene intereses opuestos a los de su pueblo, que es el pueblo mismo y la Patria entera en armas, y las de las tropas invasoras, formadas por soldados extranjeros arrancados de sus países para traerlos a luchar y a morir en una tierra que no conocen, por una causa que ignoran, hacia un destino obscuro del que sólo pueden tener la misión horrible del sacrificio estéril; un Ejército cuyos combatientes españoles luchan forzados por el terror, al servicio de una causa que odian, por unos intereses que le son adversos, por una bandera que no es la de su patria. Basta establecer este parangón para deducir la superioridad en que la República sabe levantarse para defenderse hoy y atacar mañana.

Nosotros podemos aceptar todos los sacrificios de la guerra porque sabemos que con ellos ganamos España. No hay incidencia militar que pueda corroer este tenso entusiasmo de las masas españolas. Resistir por nuestra parte, no cuarteja, sino que vigoriza el entusiasmo de la retaguardia y potencia nuestros elementos de combate.

No es que menospreciemos la importancia que los progresos militares del enemigo durante estos últimos meses pueden tener. Pero tampoco hemos de concederles más que las que de un examen sereno y frío de las condiciones de nuestra lucha se desprenden. Y de ninguna manera estos avances tienen una transcendencia decisiva, ni arriesgan el éxito de nuestras armas ni disponen a favor del enemigo el destino de la victoria. ¿Por qué? Porque esta guerra —ni ninguna por supuesto— no se decide por la momentánea superioridad territorial.

En la guerra el terreno tiene un precio justo. Cuando el adversario lo pone más caro, lo que se estima un triunfo implica una derrota. Las razones de la victoria se apoyan fundamentalmente en factores morales, políticos y económicos con que jamás contó el enemigo, cuyo crédito se agota en la medida que la guerra se prolonga, mientras que en nosotros se desarrolla con la resistencia. Las victorias militares del

fascismo en nuestro país son más espectaculares que efectivas. Porque una victoria militar que no va seguida de consecuencias políticas en la retaguardia enemiga, no es tal victoria. Y a los avances del enemigo, el pueblo español ha contestado redoblando su entusiasmo y afirmando su fe y desalojando físicamente los pueblos que los invasores consiguen ocupar. No quiere decir esto que ignoremos el valor que tiene conservar la tierra de España, lo que representa hoy exigimos una resistencia inexpugnable que no ceda ni una pulgada más de suelo español. Pero en el último palmo de tierra tendríamos el punto de apoyo para destrozar al enemigo. La Historia está cargada de estos ejemplos. En la guerra europea, Alemania ganó todas las batallas menos una: la última. Se estrelló en Verdún. En la guerra civil rusa, los ejércitos de ocupación llegaron a apoderarse de la mayor parte del territorio. Pero se rompieron los dientes en las puertas de Petrogrado. Se desbordó todo el tinglado terrorista de su retaguardia en cuanto el pueblo ruso y su ejército estuvieron en condiciones de contraatacar.

El terreno, pues, no decide. No decidió tampoco para España durante la invasión bonapartista. Después de seis años de resistencia gloriosa, con casi todo el territorio nacional ocupado, el pueblo español hacía pasar la frontera pirenaica a los ejércitos de Napoleón.

El fascismo sabe bien lo que le cuesta la resistencia española que hoy clava su ahínco en Levante. Las plazas que, con todo su poderío mecánico desbordado, pensaba ganar en veinticuatro horas, ha tardado semanas en conseguirlo. Otras le desangran aún en la batalla. La ocupación de Castellón y de Villarreal no es ninguna victoria fascista. El derroche humano y material, la extenuación de sus fuerzas de choque, el desgaste intenso de su potencialidad, han podido conseguir el éxito aparatoso de conquistar unos kilómetros de terreno en los que el Ejército republicano ni quemó sus reservas ni agotó su energía ni perdió sus elementos de combate. Mientras las fuerzas invasoras tienen que frenar su ímpetu en los puntos que ocupan y acusan un quebranto vivísimo, el Ejército republicano se repliega ordenadamente a las líneas previstas de su defensa, resiste y hostiga, lleno de vitalidad, al enemigo.

Nuestro pueblo y nuestro Ejército no se deprimen por ninguna desgracia mili-



por JESÚS HERNÁNDEZ

Comisario del Grupo de Ejércitos de la Zona Central.

tar. Han aprendido en ellas la lección diaria de su heroísmo y devolvérselas en una resistencia multiplicada. En una resistencia que hoy constituye el baluarte de la victoria en la que se fraguan las condiciones de tomar la iniciativa que ha de conducirnos al triunfo absoluto de la independencia y de la libertad españolas.

Sería falso pensar que para esta victoria tendríamos que rescatar íntegramente, palmo a palmo, el territorio nacional. Y sería falso porque no puede pensarse jamás que el enemigo ofrezca a nuestro ataque la resistencia que nosotros le oponemos ahora. Por el contrario, sus primeras derrotas militares acelerarán el proceso de descomposición de su retaguardia hasta provocar el desmoronamiento vertical. ¿Qué razones de tipo político, moral o económico puede invocar Franco ante el pueblo que domina por la fuerza extranjera para pedirle una resistencia eficaz? El ruido de las armas republicanas tendrá una inmediata resonancia política en la zona sometida a los invasores. Como la tiene ya nuestra épica resistencia de hoy.

No es una casualidad que con ella mantenida briosamente en el Este, con la revalorización de la voluntad nacional de luchar a toda costa, con el movimiento a lo ancho y a lo hondo de nuestra Patria para aportar todos los recursos y las energías en defensa de su independencia, coincida se la agravación del malestar falangista, las sublevaciones de San Cristóbal, la irritación de los jefes militares rebeldes contra los mandos extranjeros y la desconfianza creciente en la victoria italoalemana por parte de la zona facciosa. Esto nos prueba que en nuestra resistencia creen y a ella nos animan millones de españoles que anhelan verse libres de la invasión y que aguardan el instante propicio de nuestra madurez militar para pronunciarse por nosotros. Es claro que el estímulo que haga positiva esta solidaridad indudable ha de dársele nuestras primeras grandes victorias.

Y es natural que para llegar a la sazón de nuestro contraataque, necesitamos resistir. El mandato de resistencia no es una apelación romántica. En él radica toda la profunda razón de la indudable victoria de mañana.

Hoy, al cumplirse los dos años de nuestra guerra, en la ojeada de cuanto hemos conseguido cobramos el impulso vital para robustecer al máximo esa resistencia, para hacer de ella la bandera inabordable del triunfo. Supimos forjar el Ejército poderoso que enorgullece a España y asombra al mundo; supimos dotarle del aliento y la conciencia de sus gloriosos comisarios; supimos cerrar las filas de nuestra unidad indestructible, que tiene su expresión más alta en el Gobierno que preside el doctor Negrín. Supimos resistir y llegar a hoy incalculablemente más poderosos y capaces que hace dos años. Y sabremos desembarcar en las condiciones precisas para el triunfo, con nuestros soldados, con nuestros aviadores, con nuestros marinos cada vez más bravos y capaces, con nuestro pueblo unido y el Gobierno de Unión Nacional, cuyo jefe indiscutible es el doctor Negrín.

El 18 de julio es una ocasión histórica para el balance de lo que conquistamos y de lo que poseemos. Y una fecha memorable de partida para afianzar nuestros músculos, para templar nuestro corazón, para imprimir a nuestro entusiasmo y nuestra resistencia el aliciente justo de la victoria.

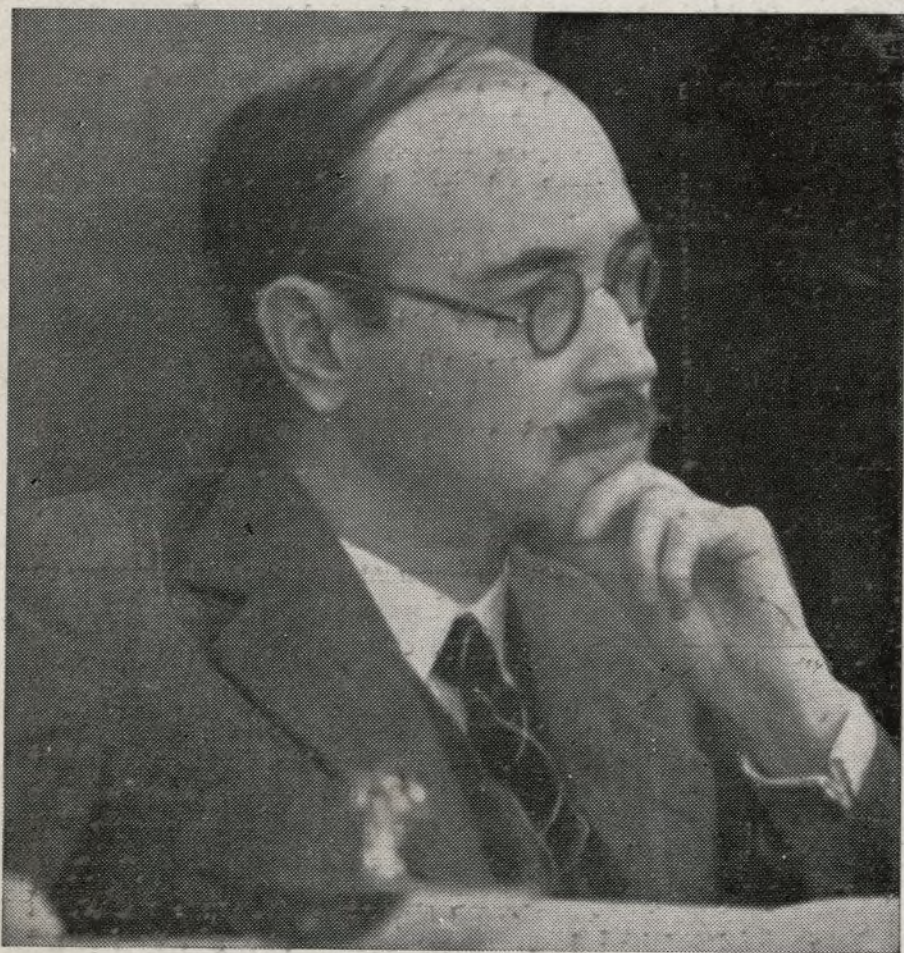


# Un ejército fuerte

PALABRAS DE

RAMÓN  
LAMONEDA

EN EL II ANIVERSARIO  
DE NUESTRA GUERRA



militarista del pueblo español. La conciencia de nuestro pueblo ha sido siempre, por razones históricas y económicas, mil veces repetidas, profundamente enemiga de la casta militar. Cuando el país empezaba a despertar a la libertad y a la democracia, esa enemiga era mayor.

Hubo que hacer Ejército. Y a la tarea de hacerlo nos dedicamos todos.

A su realización hemos contribuido sin excepción las diferentes fuerzas. Si alguien se ha distinguido en tan complicada tarea han sido —lo consignamos con emoción y en su honor—

los militares profesionales que, sin filiación política en su mayor parte, hicieron sagrada promesa de lealtad a la República en honroso contraste con los que volvieron sus armas contra ella abusando de su generosidad.

El esfuerzo, en esta ocasión como en todas, se ha visto compensado. Tenemos hoy Ejército regular. No milicias de un Sindicato o de un Partido. Ejército regular que no es privativo de nadie. Ni puede serlo. Es de todos. Es de la República. Ejército regular con defectos, pero también con virtudes. La mayor de todas, su voluntad de resistencia, sobre la cual se asienta su fortaleza y su moral. Gracias a ella la República ha podido y podrá, cada día más, hasta la victoria, hacer frente a los ejércitos invasores, muy superiores, como es sabido, en material.

En cuanto a los defectos, se irán corrigiendo. Todos los Ejércitos del mundo, aun organizados en la paz, tienen defectos. Nuestro enemigo también los tiene, y no pocos. La ventaja está en que para él los defectos son chispazos que aceleran su ya iniciada descomposición, mientras que en nosotros son puntos de partida hacia situaciones más perfectas.

Hasta ahí llega nuestra fe en la victoria. Convertir en estimulante o reactivo todo aquello que en campo enemigo sirve de descomposición, es ya una característica en nosotros. Gracias a ella, en brusca paradoja con lo que ha ocurrido en los demás países, según nos demuestra la historia de las guerras, en el nuestro, España, podrá ofrecer al final de la suya un Ejército bien organizado, con férrea disciplina, fuerte y leal, que garantice la paz estable que necesitará nuestra reconstrucción.

UNA de las tesis que el Partido Socialista Obrero ha defendido con más tesón, desde el comienzo de la guerra, ha sido la de transformar las Milicias en Ejército Popular.

Comprendió mi Partido, que aportó a las Milicias un subidísimo tanto por ciento de sus efectivos y también un alto porcentaje de simpatizantes de todos los Sindicatos de la U. G. T. de España, que para hacer frente a la guerra, que previmos larga y penosa con justa precisión, era insuficiente el entusiasmo admirable, el heroísmo ejemplar de aquellos primeros combatientes a los cuales, con España, rendimos desde aquí una vez más tributo de honda gratitud.

La decisión de los bolcheviques rusos hizo posible el triunfo de la revolución en la Unión Soviética. Sin la gesta de los trabajadores españoles, educados en su mayoría por el Partido Socialista, hubiera sucumbido la República democrática, hundiéndose a nuestro país en la terrible sima de las dictaduras fascistas.

Lo más difícil en los primeros tiempos de la sublevación no era vencer al enemigo, derrotado en su moral frente a la voluntad unánime de un pueblo que supo suplir la falta de fusiles con murallas de pechos humanos. Lo más difícil en aquella primera época de la guerra era canalizar aquel caudal inmenso de energías desplegadas, fundir los entusiasmos en uno solo, sobre la base de una buena organización militar, y hacer permanente su capacidad de resistencia primero y de ofensiva después.

A esta labor hemos dedicado los socialistas una gran parte de nuestra actividad. Si difícil resultaba la obra en sí, mucho más expuesta parecía contando con el espíritu anti-



# ESPAÑOLES Y CATALANES CONTRA EL MISMO ENEMIGO, POR LA MISMA CAUSA

por RAFAEL VIDIELLA, Consejero de Trabajo de la Generalidad

El fascismo lucha denodadamente, con más violencia cada día, para extender sus garras sangrientas y para poder aprisionar entre sus dientes a todos los pueblos del mundo. Hechos pasados y, con más elocuencia, hechos presentes, no dejan lugar a dudas sobre las intenciones que Hitler y Mussolini y todos los representantes del gran capitalismo tentacular y reaccionario, alimentan contra todos los países democráticos de Europa y de otros continentes. La burla de todos los tratados, las violencias contra Austria, las insolencias contra Checoslovaquia, el crimen de Abisinia, las amenazas constantes contra Francia e Inglaterra y otros países, la intervención sangrienta en nuestra propia patria y los deseos de exterminio del magnífico pueblo de la U.R.S.S. que, operando en su propia carne, ha brindado a todo el mundo una civilización más alta y digna de los hombres, son muestras incontrovertibles de que el fascismo internacional quiere encender la hoguera de la guerra en todo el mundo y aprovecharse del terror para erigirse en su absoluto dueño.

Es preciso que todos los pueblos vean clara esta intención del fascismo internacional y que no se dejen arrastrar a la hecatombe que se pretende. En ello va la vida de toda nuestra civilización y de toda nuestra cultura.

Nuestro país es hoy el campo de operaciones escogido por el fascismo internacional para producir el gran incendio devastador. Hitler y Mussolini, a la faz de todo el mundo, para que no haya dudas, a la faz de todos los hombres, para que sepan a qué atenerse, bombardean, incendian, destrozan y aniquilan a España de una manera cínica y descarada. Quieren, con esta actitud, convertir nuestro país y toda la península en un gran fortín que pueda ayudarles en sus planes de piratas imperialistas; establecer una muralla de obuses y bombas donde se estrellen los deseos de defensa del pueblo francés por oriente y del pueblo inglés por occidente. A pesar de todo, todo el pueblo español opone al fascismo internacional su resistencia más feroz para que fracasen sus planes de conquista y de esclavitud de las masas trabajadoras.

Ante todo, si queremos hacer perder al fascismo internacional esta partida que pensaba ganar en unas semanas, si queremos ver derrumbarse todos sus apetitos de dominación regresiva, es preciso que to-



dos los españoles formemos una sola voluntad. Voluntad de vencer para hacer triunfar a la República y para aplastar al enemigo. Voluntad de ir todos contra el mismo enemigo por la misma causa.

Voluntad que debe ser formada por la unidad de todos los españoles, de todos los pueblos de la República. Juntos deben luchar aragoneses, catalanes, castellanos, andaluces, formando todos un haz firme y monolítico para oponer sus pechos de acero al invasor. Cataluña debe sentirse más que nunca unida a España, ya que será con el esfuerzo unánime cómo podremos salvar la libertad de todos los pueblos amenazados; ya que cualquier titubeo o destacamiento de la parte que fuere sería fatal para todos. Asimismo, los partidos políticos y organizaciones sindicales han de marchar por el mismo camino y estrechar más esta unidad de la cual el Frente Popular es el primer jalón. Juntos, bien unidos todos los pueblos y todos los partidos políticos y sindicatos, lograremos contener las avalanchas que nos oponen Hitler y Mussolini que, a pesar de dos años de guerra sin recatos de ninguna clase, no han podido triunfar todavía y que no podrán nunca triunfar mientras nuestra unidad se mantenga con toda firmeza. Unidad que, finalmente, haciendo fracasar los cálculos de los dos grandes matarifes, hundirá con estrépito todo el aparato de destrucción y todas las apetencias de sangre de los invasores de nuestro suelo.

Esta unidad, cuanto más consciente y

estrecha sea, más fruto y mejores resultados nos dará. Nuestros bravos soldados del Ejército Popular Regular se sentirán todavía más asistidos y desaparecerán todas las incertidumbres y todas las indecisiones, para convertirse únicamente en defensores de la República y de la patria. Puesto que el Ejército sólo es de la República y sólo a ella pertenece.

Debemos reconocer que se ha avanzado mucho en el terreno de esta unidad que nos ha de trocar en vencedores en la dura contienda entablada, así como también que es esta unidad quien ha logrado detener la furia de los invasores y que ya obtiene algunos éxitos de carácter militar, cuando hace unos meses que parecía que los ejércitos facciosos iban a terminar con nosotros. Si, hemos avanzado mucho; pero todavía debemos superar pequeñas cosas, ciertas incomprendiones que impiden que nuestra unidad sea total. Todavía no hemos llegado a comprender completamente que todos luchamos por una misma causa, y que solamente tenemos un solo enemigo, que es el fascismo invasor. Todavía hay quien no se da cuenta que en el Ejército no puede haber columnas anarquistas ni comunistas, ni socialistas, etc., sino que el Ejército es y debe ser del pueblo, de la República. Debemos todos, absolutamente todos, superar estos obstáculos, para realizar una unidad efectiva que nos lleve al triunfo sobre las hordas del fascismo invasor. Todos, en estos momentos, todavía de mucha gravedad, somos solamente soldados, solamente luchadores contra los agresores y traidores a la República.

La independencia de nuestra patria exige que dejemos a un lado todas las diferencias que puedan separarnos y que pensemos solamente que somos combatientes de un mismo ideal: aplastar al invasor que quiere esclavizarnos para hacernos después servir de carne de cañón contra los pueblos democráticos del resto del mundo. Si así no pensamos, si esta idea no persiste en nuestro cerebro hasta el momento de la victoria de nuestras armas, si alguna reserva alimentamos y ciertas apreciaciones nos separan e impiden la total compenetración, todos nuestros esfuerzos y todos los sacrificios hechos hasta hoy serían estériles y pondrían en peligro la libertad y la independencia de nuestra patria, ya que sin éstas no puede existir un ulterior desenvolvimiento ni una ulterior realización de ningún ideal.



# LOS VOLUNTARIOS DE LA LIBERTAD

Desde el 18 de julio, en el mundo entero, millones de obreros y de demócratas siguen con pasión las noticias de España.

El entusiasmo y la angustia se suceden. Ya se anuncia la victoria de la rebelión fascista, ya su aplastamiento en las grandes ciudades. Tan pronto hace saber el telégrafo que Mola marcha sobre Madrid como que ha sido contenido en la sierra. Llegan a su vez Badajoz y sus matanzas, Toledo...

Está claro que se trata de una invasión fascista extranjera a quien la traición ha adueñado de una parte del país. Prueba evidente de ello es que, a primeros de agosto, seis aviones militares italianos cayeron en el Mediterráneo y en tierra argelina y un avión militar alemán aterrizó por error en Getafe. Los primeros contingentes italianos y alemanes desembarcan, apareciendo en todos los frentes un material de guerra desconocido en España, y por lo tanto, importado. Y mientras que cada día se hace más evidente la invasión fascista alemana e italiana, los pueblos de los grandes países de Europa y de América, contemplan con estupefacción cómo los gobernantes de Londres y París permanecen primero inertes, y toman después la iniciativa de un bloqueo internacional a la España republicana al que dan hipócritamente el nombre de «no intervención».

Pero los trabajadores, los antifascistas han comprendido muy bien el sentido de la lucha que se desarrolla en España. Individualmente, franceses, italianos, alemanes y polacos corren a la batalla a Irún, a Cataluña, a Madrid. Van a constituir la Centuria «Gastone Sozzi», la Centuria «Thaelmann», la Centuria «Comuna de París».

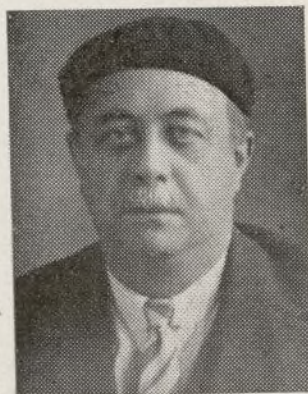
Después es Madrid el que se encuentra directamente amenazado. Su caída ha sido anunciada por una formidable campaña de la prensa internacional. Entonces acuden por centenares. Son obreros que han dejado sus familias y sus hijos, cuyas vidas han confiado a la solidaridad de los antifascistas de su país.

Grandes intelectuales como Ralf Fox y LUKASCH o grandes cirujanos como Dubois-Do-bransky abandonan sin vacilar su situación. Tuvieron que engañar a todas las policías de Europa, tuvieron que saltar de los trenes y franquear montañas, y muchas veces, cuando la cadena azul de los Pirineos aparecía ante sus ojos, caían en poder de la policía francesa que los metía en la cárcel por cuatro o seis meses. Algunos habían atravesado toda Europa, otros habían pasado el Atlántico, y todos guiados por un mismo fin sobre todo y contra todo: ir al frente de la libertad.

Dos de ellos consiguieron evadirse de la cárcel de Belgrado y llegaron a pie hasta Lyon. Muchas veces un padre y un hijo, o tres hermanos que habían llegado con dos amigos, se encontraban en el frente.

Estos son verdaderos voluntarios cuya sola presencia en tierra española es una sonora bofetada asestada a los gobiernos iniciadores del bloqueo denominado «no intervención». Ellos son la prueba viva de la oposición absoluta entre estos pueblos que dan sus hijos al Ejército republicano y los gobiernos fascistas invasores o demócratas que obran contra su voluntad.

Estos hombres que constituyen las Brigadas Internacionales son de todas las edades y de todas las condiciones. En ellos están representadas todas las tendencias del movimiento obrero, del movimiento demócrata. Se ha dado frecuentemente el caso de ser el comandante republicano, el ayudante socialista, y comunista el comisario. Cien veces estos voluntarios franceses y alemanes que ahora luchaban fraternalmente descubrieron que se



POR  
**ANDRÉ  
MARTY**

habían encontrado frente a frente en alguna parte durante la gran guerra de 1914-1918. El hijo de un almirante inglés combatía magníficamente como soldado bajo las órdenes de un antiguo marinero que dirigió la sublevación de la flota británica en Invergordon.

El pueblo español sabe hoy lo que han realizado estos hombres. Después de Irún, de Huesca y de Mallorca, fueron a Madrid el 7 de noviembre, al Jarama y a Guadalajara, a Lopera y a Teruel, a Pozoblanco y a Belchite, a Caspe y a Gandesa. Estuvieron en todas las batallas, en todos los frentes. ¿Cómo pudieron combatir así durante tanto tiempo sin sufrir en sus filas escisiones que hubieran sido mortales? Porque su unidad antifascista era y continúa siendo inquebrantable. Y aquí aparece el cemento que unió indisolublemente a aquellos hombres de todas las razas y de todas las concepciones políticas: las Brigadas Internacionales fueron siempre un bloque homogéneo, un bloque antifascista. Por esto, a causa de esta unidad fue tan estricta su disciplina, disciplina consciente de hombres que conocen la gran finalidad del por qué luchan. Esta unidad es la que constituyó y constituye su fuerza, la garantía de su victoria.

El enemigo no se equivocó. No se contentó únicamente con emplear los tanques y las ametralladoras para atacarlos, sino que intentó muchas veces romper esta unidad por medio de sus agentes de la «5.ª Columna». Todo en vano.

Es verdad que había en las Brigadas Internacionales — «había», porque sus tres cuartas partes duermen hoy para siempre el último sueño — un gran número de comunistas. Y todos los antifascistas sinceros lo lamentan profundamente. Nosotros hubiéramos preferido que los poderosos movimientos obreros y demócratas de Inglaterra y de Francia, de Alemania y de Italia, de Checoslovaquia y de Escandinavia hubieran enviado voluntarios socialistas y demócratas en la misma proporción del número de sus afiliados de lo que lo hicieron los comunistas. Pero esto eleva aun más el gesto de los socialistas y de los demócratas que han venido a mostrar sobre la tierra de España, con su sangre y sus penalidades, que es realizable la unidad de acción internacional contra el fascismo.

Pero esta unidad de acción internacional que han realizado los voluntarios en la tierra de España se colocó a un nivel más ele-

vado todavía por la fusión fraternal que realizaron con el pueblo de España y su gran Ejército popular. Es un hecho muy conocido el enorme entusiasmo despertado en Madrid el 9 de noviembre con la llegada de los primeros batallones internacionales. Momentos patéticos en que este pueblo admirable, estos milicianos, se transformaron en soldados, y estos obreros intrépidos que hubieran podido creerse abandonados por los países democráticos, vieron desfilar con paso seguro a los voluntarios internacionales que marchaban sin fanfarronería, pero con firmeza hacia las posiciones de combate. Y fue el entusiasmo que desencadenaron en todo Madrid lo que hizo que aquellas pequeñas unidades de combate valiesen tanto como cuerpos de ejército. Y cuando sus camiones rechinantes los transportaron de Andújar a Guadalajara, de Almería a Belchite, del Escorial a Caspe, recorriendo todas las rutas de la península, conquistaron rápidamente el corazón de España, por la prueba viva y magnífica que constituían de la solidaridad de los pueblos del mundo entero hacia la España republicana; solidaridad que alcanzó su más alto nivel: el sacrificio de la vida.

¡Más aún! Entre dos combates, mientras limpiaban sus armas y se zurcían los pantalones siempre encontraban tiempo para inclinarse hacia los pequeñuelos de la aldea, hacia los hijos de los que combatían y que a ellos les recordaban los suyos. Organizaban fiestas para ellos, compraron juguetes y pasteles. Y cuando abandonaban súbitamente la aldea más de un viejo y más de una mujer se enjugaban los ojos igual que cuando sus hijos salían para el frente.

Para los heridos —tanto para los soldados como para las mujeres y los niños víctimas de la aviación criminal— entregaron al Socorro Rojo cientos de miles de pesetas. Descartándolo de su soldada enviaron a Madrid, en la primavera de 1937, más de 250 toneladas de víveres. Cuando después de la guerra vuelva sobre la tierra de España la Paz y el Trabajo honrado, con la victoria de la República, los voluntarios dejarán como recuerdo suyo los grandes hospitales cuya primera instalación —más de millón y medio de pesetas— se efectuó por un descuento voluntario de sus jornales.

La leyenda griega pretendía que el gigante Anteo adquiría fuerza al tocar la tierra. Los voluntarios internacionales han sacado siempre sus fuerzas del seno mismo del gran pueblo de España del que se sienten más hijos cada día.

¡Qué ejemplo le han dado al mundo! El pueblo español ha visto a su lado, desde el primer día en que sufrió el ataque traidor al gran pueblo soviético y a su Gobierno. Ha tenido ante sus ojos la solidaridad material que tan generosamente y tan ampliamente le fue concedida. Pero también ha visto en los voluntarios internacionales la carne misma de los obreros y de los pueblos del mundo entero. Por su presencia pudo convencerse de que no estaba solo y también de que aumenta en el mundo el movimiento antifascista. Puede convencerse de que si la amenaza de una espantosa guerra mundial es mayor hoy que nunca, la potencia y la unidad de las fuerzas de la paz, de las fuerzas antifascistas crecen igualmente en el mundo entero. Ciertamente que la lucha es dura. Pero venceremos por la acción de todos nosotros por un trabajo encarnizado para desarrollar y reforzar la unidad antifascista, garantía de una lucha eficaz. Y la independencia de la España liberada de sus invasores fascistas extranjeros inaugurará una nueva era de Paz y de Progreso para toda la Humanidad.



## AL EJÉRCITO POPULAR



### Saludo del Presidente de la U. G. T. Ramón González Peña

NADA tan grato para mí, soldados de nuestro glorioso Ejército, como tener alguna oportunidad para dirigirme a vosotros.

Soy hombre de acción o quien duele el permanecer alejado de los lugares donde la lucha por las libertades del pueblo adquiere toda la rudeza y alcanza toda la tensión de lo heroico y lo sublime.

Muchos de vosotros, soldados a quienes admiro, me conocisteis cuando juntos combatíamos en nuestras montañas del Norte. Cuando vivíamos aquellos días llenos de pasión y exuberantes los ánimos, de valor y de arrojo. Cuando sólo teníamos herrumbrosos fusiles, que un día fueron asombro y espanto de unas fuerzas mercenarias al servicio de lo más indigno de nuestra política nacional y que habían sido ocultados, con cariño paternal, a los sabuesos de la represión, en previsión de que los brazos heroicos de nuestros mineros tuvieran que empuñarlos de nuevo para seguir combatiendo a la indignidad y a la traición. En aquellos días en que con latas de dinamita teníamos que suplir, junto con el arrojo de nuestros dinamiteros, la potencia artillera del enemigo. Cuando nuestras argucias guerreras habían de contrarrestar a los estudiados planes de operaciones de los Estados Mayores rebeldes.

En octubre del año 34 pasaron por mí los días de mi vida más intensos en emociones. Era entonces cuando, al frente de nuestras fuerzas revolucionarias, cruzábamos las calles de la capital asturiana, recogiendo el entusiasta homenaje de la clase trabajadora, después de haber dado fiel cumplimiento al compromiso con ella contraído. Pero no lo son menos estos otros que con profunda emoción llegan a mi recuerdo, trayendo en su bagaje la memoria de tantos camaradas caídos en las quebradas de nuestros montes y en las angosturas de nuestros valles, gallardos y sublimes en su magnífico gesto de defender, frente a un enemigo muy superior en efectivos militares, el solar de sus mayores, la tradición de sus costumbres, la libertad de su tierra y el honor de sus mujeres.

A la entrada en nuestro tercer año de guerra por la independencia de nuestra Patria, yo os saludo a todos, Jefes y Comisarios. Oficiales y soldados de todas las armas de nuestro Ejército Popular, con el pensamiento puesto en los caídos, cuya sangre es semilla de héroes, y con la fe inquebrantable en la Victoria de la República, que ha de ser alcanzada por vosotros, indomables hijos de la España que no renuncia a su historia, que ama su libertad y su independencia y que busca la paz en la democracia, aceptando y defendiendo el derecho de todos los pueblos a ser libres.

¡SALUD, SOLDADOS DEL EJÉRCITO POPULAR!

## ¡Resistir hasta vencer!

Saludo de MARIANO  
R. VÁZQUEZ, Secretario  
del Comité Nacional de  
la C. N. T. a los comba-  
tientes de la República

EN este segundo aniversario de nuestra contienda contra el fascismo invasor, contra los traidores que quisieron vender nuestra Patria al extranjero, tenemos que rememorar las heroicas y gloriosas jornadas de julio del 36, que dieron la victoria al pueblo, en su lucha por la libertad, la independencia y el pan.

A través de las páginas de NUESTRO EJÉRCITO, saludo a todos los combatientes, a todos los oficiales, a los militares profesionales

que luchan lealmente bajo la bandera tricolor, a los mandos militares que surgieron de las milicias que llenan páginas de gloria en la Historia de nuestra guerra, a los comisarios, alma de nuestro Ejército Popular, que mantienen en el combatiente el espíritu e idealidad que conduce con entusiasmo a la victoria de las causas justas.

Salud a todos. Hoy como ayer, firmes cada cual en su puesto. La retaguardia, camaradas, sabed que no os olvida y se mantiene firme, cada día con más entusiasmo, en la línea de actividad que imponen las circunstancias, pudiendo afirmar en todo momento, que vuestro heroísmo y sacrificio no serán estériles. Con la victoria, al regresar a la retaguardia, encontraréis un mundo mejor al que feneció el 19 de julio.

Vosotros, seguid, combatientes de la libertad, luchando con entusiasmo, con aquel entusiasmo que nos condujo a la victoria el 19 de julio, a pesar de la superioridad enorme en armamento y medios que tenía el enemigo.

Luchad, resistid hasta vencer, que la victoria de nadie será más que del pueblo y de vuestro heroísmo.





# LA REGION FORTIFICADA

## Consideraciones generales

La fortificación, rama del arte militar, es uno de los múltiples factores integrantes de la defensa de los Estados. Ni el único ni el preponderante; la defensa nacional es función de varias variables. La fortificación, según ha dicho un distinguido escritor español, «no es ni más ni menos que un refuerzo que el arte presta a la naturaleza»; un coeficiente de rendimiento de las masas combatientes; un procedimiento que robusteciendo las acciones de los medios y de los elementos castrenses consigue defender a pocos contra muchos. Utilizando y completando las formas y las propiedades del terreno, proporciona visualidad a las instalaciones; comunicaciones y enlace para la maniobra; asentamientos estables a las armas de fuego, asegurándoles un funcionamiento regular, la rápida preparación y corrección del tiro y la ejecución del mismo con precisión; obstáculos que impiden el contacto, sometiendo a las fuerzas agresoras al tiro rasante de las bocas de fuego de pequeño calibre y de ametralladoras; cubiertas y abrigos resistentes, a prueba de proyectil, que prolongan la vida del material y la de sus sirvientes; protección indirecta a las obras, dificultando la localización y la demolición de estos blancos; destrucciones a fondo, privando al enemigo de recursos y retardando su marcha. En definitiva, la fortificación acondiciona bien los campos de batalla y aumenta la eficacia de las armas, consiguiendo así, dentro de ciertos límites de debilidad, compensar la falta en hombres y material del defensor con el incremento de la calidad y equilibrar la potencialidad bélica de los dos bandos en pugna, esto es, que la suma de la cantidad, de la calidad y de la técnica, para ambas partes, sea una constante. Prestados tales auxilios, llega al límite de elasticidad la fortificación; no disfruta de más posibilidades; es incapaz de resolver por sí sola el arduo problema de la defensa nacional.

Hoy más que ayer y debido a que la antigua fórmula de la lucha entre ejércitos ha sido sustituida por la lucha entre pueblos, influye en la defensa de los Estados el potencial de guerra, con sus especialidades militares, políticas y económicas, y de estas últimas sus elementos demográficos, técnicos y económicos, destacándose entre los técnicos la producción agrícola, la ganadería y los establecimientos e instalaciones de todo género, muy especialmente los dedicados a la producción de material y municiones. En la defensa del territorio nacional intervienen los Ministerios de los distintos ramos de la administración; todos son de Defensa Nacional. Y entre todos ellos ponen en marcha la movilización integral, la movilización de todos los recursos y actividades del país, algunos de los cuales son tan importantes como los propios ejércitos de tierra, mar y aire, y mucho más, desde luego, que la fortificación. Ante todo y sobre todo es indispensable alimentar los hombres y las bocas de fuego. «Primum vivere, deinde... pugnare».

## Fortificación de las fronteras

Sin exagerar el valor de los llamados objetivos geográficos, es indiscutible que para garantizar la posesión y el usufructo de los recursos y riquezas del país, singularmente los de las regiones mineras e industriales, precisa plantarse las obras defensivas sobre las fronteras militares, las que para llenar dicho esencial cometido deben coincidir en la mayor parte de su recorrido con los límites de las geográficas; en la inteligencia de que la mejor frontera militar de un país es aquella que proporciona el máximo de seguridad y probabilidades de ofensiva contra los países vecinos. Las obras fronterizas constituyen la primera línea de defensa, la de cobertura. Independientemente de este valladar, ineludible, respondiendo a razones estratégicas y geográficas suelen ser organizadas otras líneas inte-



por el  
**General Masquelet**  
Jefe del Cuarto Militar  
de la  
Presidencia de la República

riores y puntos singulares de importancia política y moral.

Durante el período en que las tropas de cobertura, apostadas y apoyadas en las fortalezas avanzadas, cubren la movilización y la concentración de las tropas del interior, protegiendo al mismo tiempo los recursos del país y dejando a salvo de una sorpresa las riquezas más inmediatas a la frontera, desempeña la fortificación papeles estratégicos y económicos. Más tarde, después de terminada la movilización, da comienzo la misión táctica de las obras defensivas:

El ideal de la fortificación de nuestro tiempo, del actual, es la barrera continua, líneas sin alas, con los flancos aferrados en obstáculos infranqueables: mares, fronteras neutrales o amigas, pantanos, ríos de copioso caudal, macizos montañosos. Al parecer, renacen, desempolvándose, las murallas y los terraplenes kilométricos de la antigüedad. No a modo, claro está, de recintos monolíticos, de gran dominación, desde cuyos adarves de combate batíanse los glaciares impidiendo con los fuegos lanzados los trabajos de aproche del adversario y el acercamiento de los artefactos que permitirían coronar la muralla o abrir brecha en ella para luego asaltarla y tomar la plaza. Hoy se trata de levantar barreras mediante la combinación de accidentes geográficos impermeables con obras creadas artificialmente, buscando la unión íntima de estas partes en la

continuidad del obstáculo, en la continuidad y en el cruzamiento de fuegos, y en las redes de comunicaciones y de transmisiones tendidas con el objeto de dejar enlazados entre sí todos los órganos del sistema. Precisamente, por el hecho de no quedar asegurada de una manera ininterrumpida la ocupación de los adarves, pudo decirse de las antiguas murallas que no llegaron a disfrutar de las características de los diques modernos, de las barreras sin soluciones de continuidad.

Abandonadas las murallas, persistió no obstante, la idea que las presidiera. Se procuró resolver la cuestión con cerramientos herméticos, formados con plazas fuertes a caballo de las líneas de invasión, de las vías penetrantes. Estimábase entonces —siglo XVII— que dados los pequeños efectivos de las masas combatientes, la escasez de vías de comunicación y la rusticidad de los medios de transporte, los ejércitos con sus impedimentos no podían abandonar los caminos y tropezarían necesariamente con las fortalezas. Por otra parte, el invasor no se aventuraba a rodear las plazas ni consideraba oportuno apoderarse de una sola de ellas para infiltrarse por los intervalos o por el boquete abierto después de rendir la fortaleza y avanzar libremente al interior; temía dejar a retaguardia y sobre los flancos de su línea de operaciones, regiones en las que el defensor seguía disponiendo de plazas fuertes y de ejércitos de campaña con libertad de acción. Era, pues, obligatoria la guerra lenta, la guerra de sitios.

El dispositivo de líneas o cordones de varias fortalezas, siguiendo direcciones sensiblemente paralelas a la general de la frontera, pronto degenera en un sistema doctrinal y geométrico. Fijábanse número de líneas, número de plazas, longitud de los intervalos, dimensión de distancias. Por esta causa cayó en descrédito completo. En la época de las líneas de fortalezas o líneas paralelas, que también así llamábase el sistema, sonaron por primera vez los nombres de plazas de depósito, plazas de maniobra, plazas de apoyo y plazas de refugio.

En la época napoleónica son más numerosos los ejércitos y se multiplican las vías de comunicación; hácese imposible interceparlas todas a la vez. Y aun cuando se reconoce que «sin plazas de depósito no pueden establecerse buenos planes de campaña y sin plazas de campaña no puede hacerse la guerra ofensiva», lo cierto es que durante ese espacio de tiempo hubo de eclipsarse el arte de fortificar y se mantuvo estacionaria la defensa de los Estados por la fortificación.

Posteriormente y en contraposición a la fortaleza aislada, fácil de envolver e incapaz por sí sola de proporcionar a un ejército la libertad de acción que le es necesaria, surge la región fortificada —no debe confundirse con la organización actual del mismo nombre—, combinación de varias plazas fuertes entre sí y con los obstáculos del terreno, organización destinada a ocupar posiciones centrales de vasta extensión. Con las plazas fuertes, decían los propugnadores de la región fortificada, no deben formarse líneas de obstáculos opuestas directamente al enemigo, sino posiciones inaccesibles a las que se acoja y parta de ellas el ejército propio para contrarrestar todos los movimientos agresivos. Si las fronteras eran extensas y necesarios varios ejércitos, las posiciones centrales correspondientes se enlazaban entre sí por medio de plazas fuertes. La región fortificada primitiva tenía la forma de un cuadrilátero con las plazas sólidamente organizadas sobre los vértices. Los lados del cuadrilátero, apoyados en obstáculos de difícil acceso —ríos caudalosos, altas y escarpadas cordilleras— se robustecían con obras de interdicción a caballo de las vías penetrantes. Con estas organizaciones constituíanse cabezas de puente y poternas para tener libres las desembocaduras del ejército propio hacia el exterior, más allá del obstáculo. La región fortificada se reveló también con formas poligonales, circulares y lineales. De la región fortificada nació la cortina defensiva.



## Campo atrincherado (fig. 1)

En auge la noción de región fortificada, apunta por la misma época la idea de campo atrincherado, espacio de reducidas dimensiones limitado alrededor de una plaza por un cinturón de fuertes conjugados, sosteniéndose y apoyándose mutuamente. Este nuevo tipo de fortalezas no pasa de ser una deformación del antiguo campo fortificado de Vauban, posición de campaña que se adosaba a una plaza fuerte para servirle de apoyo y de reducto. Los partidarios del campo atrincherado que siguieron pregonando sus ventajas a pesar de los desastres a que condujo su empleo en la guerra de 1870, estimaban que era imposible acordarlo y que siempre existiría para el defensor la posibilidad de salir o entrar en él. Con la intención de librar del bombardeo al núcleo de la plaza, los fuertes se alejaban del recinto un número de kilómetros proporcional al máximo alcance de las piezas de artillería enemiga. Condición que obligaba a reformar las plazas fuertes cada vez que las bocas de fuego progresaban sensiblemente y ganaban en alcance, hasta el extremo de que los primeros fuertes avanzados, bajo la protección del cañón de la plaza, se convirtieron en fuertes destacados, pasando de protegidos



a protectores, de formar una línea avanzada a constituir la línea principal de resistencia. Por ello suele ser frecuente ver plazas circundadas por dos o tres cinturas de obras, entre las antiguas y las modernas, además del primitivo recinto de frentes abaluartados o poligonales. La acumulación de líneas da profundidad al sistema.

Siempre ha sido la poligonal o circular la forma del campo atrincherado y la de sus fuertes. Y ello se explica con facilidad. Cuando una tropa encuentra a otra más débil o de calidad inferior, aquella intenta realizar la operación más fructuosa, definitiva, la de amenazar las comunicaciones del enemigo, rebasando sus flancos y envolviéndola. En evitación de tan peligrosa maniobra el defensor adopta dispositivos sin alas, circulares o poligonales, introduciendo previamente dentro del recinto las municiones y los víveres necesarios para un determinado tiempo.

La composición del campo atrincherado obedece al principio de la economía de fuerzas. Las formaciones lineales y homogéneas —murallas— acusan debilidad por todas partes. Las concentraciones absolutas —ciudadelas— ofrecen la máxima resistencia en los puntos de asentamiento, pero sólo por radiación ejercen su influencia sobre los demás del recinto. Los sistemas que reparten sus medios de acción entre centros o puntos de apoyo diseminados por el terreno, sin dejar de concentrar los fuegos, ni de obrar de concierto sobre los intervalos, los regidos por el principio de la economía de fuerzas, participan de las ventajas de los dos anteriores y de ninguno de sus inconvenientes. Los puntos de apoyo responden con su integridad de la de todo el frente. Mientras los puntos de apoyo, los verdaderos pilares del conjunto, no sean devastados o neutralizados por la artillería y la aviación enemigas, las olas humanas lanzadas sobre los intervalos han de estrellarse al chocar contra los atrincheramientos plantados a lo largo de las líneas de conexión, batidas éstas de enfilada por los cañones de pequeño calibre de tiro rá-

pido y por las ametralladoras abrigadas en casamatas ocultas tras los ángulos de espalda de los fuertes o instaladas en sus flancos trazados en cremallera.

Son curiosas las vicisitudes y transformaciones sufridas por el campo atrincherado, todas ellas persiguiendo los mismos fines: conservar intactos los fuertes destacados, a pesar de los fuegos del enemigo; alejar del cuerpo de plaza las posiciones artilleras del ataque, y evitar el bloqueo.

Los primeros fuertes destacados, construidos con tierra y con mampostería, encerraban las piezas destinadas a la lucha lejana y al combate próximo; la infantería ocupaba las cortinas y, dentro de los puntos de apoyo, las crestas de fusilería. Las piezas disparaban a barbata, protegidas por espaldones y traveses contra los tiros de revés y de enfilada.

Pronto los progresos de la artillería obligan a desechar los materiales empleados en las obras y a dar otra estructura al fuerte destacado. Aparecen sucesivamente la granada de metralla, la granada fogata y la granada torpedo. El primero de estos proyectiles, provisto de espoleta de doble efecto estalla encima de los parapetos, lanzando una lluvia de balines y cascos sobre las explanadas de las bocas de fuego; ni a los hombres ni al material les prestan suficiente protección las masas cubridoras, los espaldones y los traveses. Con los proyectiles rompedores se consiguen penetraciones en tierra de 2,50 metros de profundidad, embudos de 15 m.<sup>3</sup> y demoliciones en mamposterías de 1 m. de espesor. Los fuertes son visibles desde lejos y ofrecen al enemigo blancos vulnerables y fáciles de alcanzar; es imposible seguir colocando las piezas sobre plataformas descubiertas. La fortificación sufre una crisis de las más hondas y para remediarla propónense dos soluciones: el sistema del fuerte acorazado y el sistema del frente acorazado.

El sistema de fuertes acorazados conserva la esencia de los antiguos campos atrincherados. Devuelve a los fuertes todo su valor, aunque el autor de los mismos —Brialmont— indica la inutilidad de las cortinas para la instalación de baterías acorazadas de morteros, tipo Schumann. Los fuertes, órganos principales de la defensa, siguen montando a la vez los medios de acción lejana y de lucha próxima. Coloca grandes fuertes sobre los puntos más importantes del contorno, y otros más pequeños sobre los frentes menos amenazados, reduciendo la longitud de los intervalos. La artillería va acondicionada en cúpulas o torres: en giratorias, las piezas más potentes, de mediano calibre, y en torres-eclipses, el cañón-revólver y la ametralladora. Todas estas cúpulas, lo mismo que los observatorios y los proyectores, van empotradas en masas ingentes, de gran relieve, de hormigón, cuyos huecos interiores se aprovechan para los servicios. Tiran por puntería directa las piezas instaladas en las cúpulas giratorias. Disponen estos fuertes de dos órdenes de fuego de infantería: una cresta baja, coronando la contraes- carpa del foso, y otra alta envolviendo el macizo central. Usa con frecuencia en estos fuertes la planta triangular, porque, según dice su autor, las corazas no temen al tiro de enfilada, proporciona una independencia absoluta a los trazados del contorno y de las crestas con relación a las cúpulas y da un mínimo de salientes y de flancos. La novedad característica del sistema Brialmont es el empleo de corazas y hormigones, confiando la integridad de los fuertes, de grandes proporciones y gran visibilidad, a la resistencia de los nuevos materiales, a la protección directa, a la que proporcionan las masas (fig. 2).

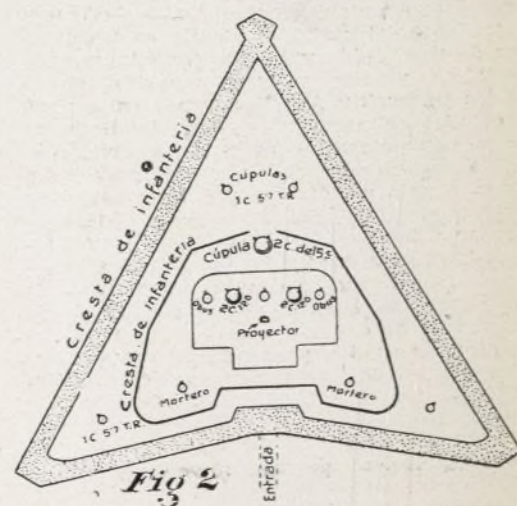
El ingeniero militar Schumann es el creador del frente acorazado. Fué su inspirador von Sauer, el artillero que fundado en la eficacia del tiro curvo con shrapnels, en la vulnerabilidad de los fuertes y en la fragilidad de los intervalos, desarrolló la teoría del ataque abreviado de las plazas, no brusco, como de ordinario se le denomina. El método de von Sauer pasa por todas las fases del ataque regular, pero las abrevia.

Schumann principia por declararse partidario de los grupos de tres fuertes circulares y recurre a la cúpula metálica para hacer cesar la desproporción entre el ataque y la defensa y con objeto de proporcionar a la artillería una acción ilimitada y una cubierta perfecta. Sienta las siguientes bases: la protección en

todas direcciones hace inútiles los traveses, los paracascos y los caballeros, masas de tierra y fábrica de mampostería cuya desaparición permite disminuir la superficie de las instalaciones: las cúpulas dan un campo de tiro circular; el círculo a igualdad de superficie proporciona el menor desarrollo periférico; las obras no tienen flancos ni gola; las obras con sus propios fuegos pueden sostenerse recíprocamente; los cañones de pequeño calibre, de fácil colocación bajo corazadas, hacen innecesaria la infantería en las obras; los cañones revólveres y los de tiro rápido reemplazan a la infantería para el tiro sobre los accesos; estas mismas armas crean zonas de muerte que hacen inútiles los flancos; el obstáculo no tiene importancia, por cuyo motivo suprime las escarpas y organiza los fosos con perfil triangular y defensas accesorias, introduciendo además en las masas cubridoras tubos inclinados para arrojar granadas; prestándose mutuo apoyo, las obras se colocan poco distantes las unas de las otras y como pueden tirar hacia atrás y a la zona interior, sobre el recinto. Dice Schumann, en resumen, que los fuertes con corazas deben poder hacer frente hacia todos lados, que se necesitan obras pequeñas y pequeños intervalos y que las obras han de recibir un completo apoyo de sus vecinas inmediatas.

Bajo la influencia de von Sauer, quien piensa en nuevas organizaciones sin grandes fuertes y con obras pequeñas y diseminadas, ofreciendo blancos restringidos al tiro de la artillería enemiga y susceptibles de protegerse fácilmente con corazas, Schumann, abandonando su primitivo proyecto, acepta la idea de las cúpulas aisladas de von Sauer que él agrupa en baterías de bocas de fuego de distintos calibres, excluyendo en principio la infantería, porque, según él, bastan las piezas de tiro rápido para poner las obras al abrigo del asalto. Después de inventar una cúpula transportable para cañones de pequeño calibre, un ajuste acorazado de eclipse para cañones de 12 cm. y montajes acorazados para morteros, donde estas piezas quedan enclavadas en esferas de metal, establece las bases del frente acorazado: organización de una cintura de pequeñas baterías acorazadas, capaces de defenderse con piezas de tiro rápido contra los asaltos, sirviendo de puntos de apoyo; la infantería, liberada del cuidado de guardar las obras, queda disponible para la maniobra; todos los elementos acorazados de grueso calibre estarán desfilados de las vistas o cobijados en cúpulas de eclipse; las piezas de pe-

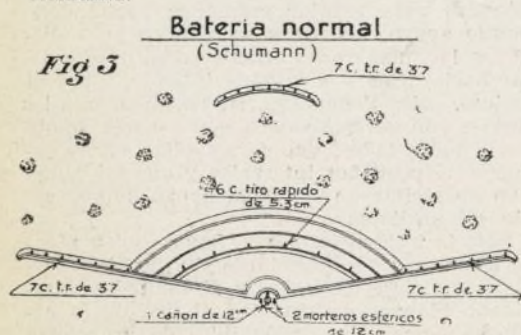
## Fuerte Brialmont



queño calibre se montarán en torres de eclipse; las baterías constarán de varias piezas de diversos calibres convenientemente combinados, y los nuevos ingenios han de servir para formar plazas del momento. El frente consta de tres líneas, con sus obras al tresbolillo: la primera, de baterías de cinco cúpulas transportables para cañones de tiro rápido; la segunda, de baterías de seis cúpulas para piezas de tiro rápido, y la última de baterías normales. Estas baterías normales que así las llama su autor, estaban armadas con un cañón de 12 cm. sobre ajuste acorazado de eclipse, dos morteros esféricos de 12 cm., 6 cañones de 5,3 cm. de tiro rápido en torres de eclipse y 21 cañones de 3,7 cm. con ajustes acorazados móviles (figura 3).



El frente acorazado fué objeto de observaciones y críticas: los ingenios mecánicos por muy perfectos que ellos sean no pueden sustituir completamente al hombre; la lucha en campo abierto siempre es necesaria, lo mismo que la vigilancia, siendo un error prescindir de la infantería; las obras preparadas para recibir el tiro de sus colaterales desprecian el fuego del adversario; las guarniciones recluidas en los abrigos pierden la moral; las obras tal como están proyectadas serán objeto de golpes de mano, que la noche y la niebla favorecerán; un obstáculo deja de serlo cuando no está batido directamente por los fuegos de la defensa, y la repartición uniforme de las obras a lo largo de todo el frente dificulta el funcionamiento de los enlaces y el ejercicio del mando. El sistema de frente acorazado sólo fué aplicado en las líneas del Sereth, en Rumania.



Desechada la escuela Schumann, los profesionales vuelven la vista hacia el sistema de fuertes acorazados e intentan modificarlo para borrar los vicios de que adolecía. Todas las soluciones propuestas responden al principio de la dispersión: obras poco extensas y profundas, ocultas y repartidas por el terreno, es decir, a base de utilizar protección indirecta, de la que sólo disfrutaban los blancos de pequeñas proporciones e invisibles.

El sistema de mayor aceptación (Francia y Alemania) ha sido aquel que presenta los órganos de lucha próxima separados de los afectos a la defensa lejana, instalados aquéllos dentro de los fuertes y repartidos los últimos por los intervalos.

En estos campos atrincherados, dejan los fuertes de ser vastas baterías y pasan a desempeñar en unión de las obras intermedias el papel de reductos de la línea principal de resistencia. Los fuertes, por su importancia, por la solidez de sus abrigos y por el valor del obstáculo, proporcionan puntos de apoyo capaces de resistir los ataques a viva fuerza, islotes inquebrantables en medio de la marea ascendente del asaltante. Contienen los cañones de tiro rápido y las ametralladoras para la defensa próxima y los cañones de flanco de los intervalos. Aquellas armas en abrigos y cúpulas eclipses, y los cañones flanqueantes en casamatas de Bourges. A veces y con el objeto de poder responder instantáneamente a los ataques a viva fuerza y a los abreviados, los fuertes también disponen de parte del armamento de seguridad, piezas de mediano calibre instaladas en cúpulas individuales (Francia) o en baterías de cúpulas (Alemania). Es tan importante la misión que tienen asignada los puntos de apoyo, la de impedir mientras conserven su valor que el enemigo pueda sostenerse sobre el terreno conquistado en los intervalos, que es indispensable intensificar la defensa próxima de los fuertes con fuegos de revés y verticales, empleando granadas de mano y morteros lanzabombas.

En los intervalos despliega el resto de la artillería, con las piezas de combate lejano, y la infantería; aquélla formando baterías de puntería directa y puntería indirecta, clasificadas en baterías de cresta y baterías desenfiladas. En los intervalos se acumulan finalmente los armamentos de seguridad, de movilización, de reserva y las baterías móviles. La infantería ocupa posiciones de combate.

Una plaza fuerte, tal como entonces se concebía, era integrada por las líneas siguientes:

- Una serie de posiciones avanzadas para Infantería y Artillería ligera, apoyada eficazmente por los fuegos de los fuertes.
- La línea principal de resistencia, con puntos de apoyo —fuertes y obras intermedias—, atrincheramientos para infantería y baterías situadas detrás.

c) Una o varias líneas de sostén, aprovechando las antiguas obras de la plaza o creadas expresamente.

d) El recinto de seguridad, utilizando el primitivo o improvisando uno nuevo.

e) Abrigos, repuestos, almacenes, locales de todas clases para los servicios y la vida de la guarnición, redes de transmisiones, caminos y líneas férreas, etc., repartidos por el terreno, entre la línea principal de resistencia y el núcleo central de la plaza.

Dada la importancia capital de los puntos de apoyo buscáronse también soluciones para disminuir la vulnerabilidad de estas obras concentradas sobre pequeñas superficies, dissociando sus órganos en un orden disperso y profundo. La *feste alemana* es la más característica de todas ellas (figura 4).

La *feste* dispone de un punto de apoyo de infantería, muy sólidamente construido, órgano de la defensa próxima y reducto del conjunto. A este reducto van anexas dos baterías de cañones de calibre medio de tiro rápido, las cuales pueden participar a la vez en la defensa lejana y en la próxima. A una cierta distancia y desenfiladas por la situación, están ubicadas las baterías de tiro curvo, órganos propios de acción lejana. Abrigos de combate, de hormigón, figuran repartidos por la superficie de la *feste*, en las proximidades de su recinto. En esta cintura hay atrincheramientos de fuerte perfil, precedidos de alambradas, dispuestos para recibir torres transportables. Alambradas unidas a la red general rodean las baterías. Los campos de tiro se despejan y se practican los desmontes de modo que sirvan de obstáculo. Pequeñas obras avanzadas, con ametralladoras en torres y rodeadas de defensas accesorias, completando el sistema, vigilan y baten directamente los accesos más peligrosos del ataque. Estas pequeñas fortalezas, completamente cerradas y de superficie (unas 50 hectáreas) superior a la de las pequeñas plazas antiguas, ocupan posiciones destacadas dejando entre sí grandes intervalos vacíos.

Una de las proposiciones más curiosas y notables para formar campos atrincherados es la de Mougín, fundada en la importancia que tie-



ne la movilidad para las piezas de sitio y en la dificultad que existe para desplazar las instaladas sobre plataformas fijas. Según Mougín, una plaza fuerte debe estar constituida por sólidos puntos de apoyo y una cintura continua que los una. Por la parte posterior de esta cintura, máscara de tierra con perfil de parapeto de infantería, y sobre una vía férrea, ruedan las piezas de grueso calibre, montadas éstas en ajustes-trucos de eclipse. Los puntos de apoyo o fuertes proyectados por Mougín son bloques enormes de hormigón —50 x 40 m.—, hincados profundamente en el terreno natural y con forma exterior de casquete elíptico. En estas masas van aseguradas torres para cañones, ametralladoras, observatorios y proyectores. En estos fuertes no hay guarnición de infantería.

Los austriacos, siguiendo en parte las ideas de Brialmont y las de von Leithner, partidario moderado de la separación, adoptaron sistemas mixtos, intermedios entre el sistema belga y el sistema francés. Sin abandonar los intervalos e invocando el principio de la economía de fuerzas, von Leithner propugna agrupar las obras y baterías sobre los puntos más importantes de la línea principal y sobre los fuertes, conteniendo estos últimos elementos de defensa próxima y elementos de defensa lejana.

En resumen, las soluciones que quedan indicadas son las siguientes:

- 1.ª Fuertes acorazados (Brialmont). Bélgica.
- 2.ª Frentes acorazados (Schumann). Líneas del Sereth.

3.ª Separación de los órganos de defensa lejana y de defensa próxima. Francia y Alemania.

4.ª Solución mixta. Austria.

5.ª Campos atrincherados con fuertes acorazados y baterías móviles sobre vías férreas. Mougín.

6.ª Campos atrincherados con cintura de festes.

### Cortinas defensivas (fig. 5)

Después de 1870, cuando Francia trata de fortificar sus nuevos límites, el general Seré de Riviére presenta un proyecto de cortinas defensivas, con las que intentaba cubrir sobre cada frontera, la movilización, la concentración y las formaciones de combate de los ejércitos, y limitar las desembocaduras posibles del enemigo, sustrayendo a sus primeras operaciones la mayor parte del territorio nacional. En vez de una plaza única —decía él— cuya acción está limitada por el alcance de un cañón, se suponen en una zona favorablemente situada desde el punto de vista estratégico obras bastante próximas para que se crucen los fuegos de artillería. Las cortinas defensivas —60 a 80 kilómetros— comprendían dos campos atrincherados en los flancos y varios fuertes barreras en los intervalos. Se proponía crear barrajes impermeables, combinando la fortificación con los obstáculos naturales, y limitar al enemigo las desembocaduras, obligándole a pasar entre las alas de aquellas fajas fortificadas. Además, todas las vías que cortasen las cortinas de referencia estarían guardadas por fuertes barreras. Tales medidas permitirían marchar hacia el frente en caso de ofensiva y, por las alas, operar contra los flancos de un enemigo que intentase envolver la posición. Las alas eran sólidas y relativamente profundas. Independientemente de las cortinas defensivas, Seré de Riviére propuso barrear las vías férreas, organizar una segunda línea de regiones defensivas y fortificar los objetivos decisivos y obligados del enemigo.

Al desencadenarse la gran guerra, entran en juego las cortinas defensivas de Seré de Riviére y los campos atrincherados de Brialmont. Aquéllas sobre la frontera E. francesa (Verdun-Toul y Epinal-Belfort), y las plazas fuertes acorazadas, formando cabezas de puente y un reducto central (Namur, Lieja y Amberes), en la frontera terrestre y en el interior de Bélgica.

Aunque no intervino directamente en la contienda, indicaremos que el sistema defensivo alemán de la frontera occidental estaba constituido por dos cordones de plazas: la barrera Mosel-Stellung y el sistema del Rhin. La posición del Mosela fué formada sucesivamente. Construyéronse, primero, cinco grandes festes sobre el O. de Metz, con intervalos sin flanco, organización eminentemente ofensiva; más tarde se levantaron otras varias —programa netamente defensivo— para cubrir al este y sudeste de la misma plaza. Era preciso disponer de un eje fuertemente defendido en la región Metz-Thionville para llevar a cabo una vasta conversión y avanzar hacia Francia a través de Bélgica y Luxemburgo. La barrera del Rhin la formaban varias cabezas de puente, defendiendo los puntos de paso obligado y los puentes de vía férrea. En Alemania se le pidió a la fortificación cubrir la desembocadura de una masa de maniobra y proteger después el eje de un vasto movimiento de conversión. En Francia se le pidió, principalmente, la impermeabilización de la frontera.

Las fortificaciones belgas, en 1914, abarcaban: el sistema del Mosa y el reducto nacional de Amberes. Integraban el sistema del Mosa las plazas fuertes de Lieja y Namur, dobles cabezas de puente, con los intervalos sin organizar para facilitar la maniobra de los ejércitos sobre las dos orillas del río, y la antigua plaza de Huy, sin gran valor y constituyendo un órgano intermedio. El reducto de Amberes se encontraba aislado, sin enlazar con la línea del Mosa y sin posibilidades de aprovisionarse por mar.

### Transformación de la cortina defensiva en región fortificada (fig. 6)

En la guerra de 1914-1918 la fortificación sufrió la crisis de los supercalibres, de la que



sále curada y modificada antes de terminarse la campaña. La rápida caída de Lieja y de Namur, las dos plazas más potentes del mundo, como erróneamente se apreciaban, produjo hondísima impresión en los mandos y en los estados mayores. Entonces dejó de reflexionarse que aquellas plazas estaban anticuadas gran relieve y gran vulnerabilidad; artillería de poco alcance, muy inferior desde luego al máximo de que disfrutaban las piezas del asediador; intervalos sin organizar; guarniciones

sico de las guarniciones, a las que es imposible relevar y dar descanso. Fuera milagroso el sostenimiento durante mucho tiempo de una plaza bloqueada y sometida a bombardeos intensos, potentes y violentos por una artillería de mayor alcance que la suya, secundada aquélla por la observación aérea y por las bombas de aviación, armas que al obrar impunemente consiguen desvastar las obras para que luego sean ocupadas por la infantería. El estado a que llegan las plazas en estas

batalla, han de prestar inmejorables servicios. Así lo debió de entender el ilustre general que revocó las órdenes anteriores, prescribiendo la utilización de los fuertes (Verdún) en la defensa de los sectores, y ponerlos en estado de servicio, rearmando las casamatas, reparando las torres y desembarazando las cámaras de los cañones de las casamatas de Bourges de la pólvora precedentemente depositada para destruirlas, advirtiendo preliminarmente que la experiencia de los últimos



mediocres, y abrigos fabricados con hormigones de mediana calidad, excesivamente áridos. No es, pues, extraño que en plena guerra fuese inspirado por un ingeniero militar insigne un decreto ordenando no sólo el desarme de las plazas fuertes sino sus demoliciones, fundado en que la defensa del territorio depende exclusivamente de los ejércitos en campaña, en el aprovechamiento para estas tropas de los recursos —hombres, artillería, material— almacenados y aparcados en el interior de las plazas, y en que a los fuertes una vez acordados es imposible abastecerlos por la gola. Cercados, rotos sus cordones umbilicales, jamás recibirán del exterior auxilio alguno, a menos de que un ejército de socorro levante el sitio. Son causas de rendición, quizás más decisivas que la precariedad de viveres y municiones, la depresión moral y agotamiento fi-

condiciones es verdaderamente deplorable: nubes de polvo y humo que impiden la propia observación; incendios y escombros que entorpecen la circulación; interrupciones permanentes en las redes telefónicas y telegráficas; peligro de asfixia por los gases de los proyectiles explosivos y por la carencia de buenos sistemas de ventilación o rotos por los impactos; oscilaciones de los abrigos poco profundos, producidos por los choques de los gruesos proyectiles, de un efecto moral desastroso para el personal, e imposibilidad de reponer las provisiones de boca y guerra que vayan consumiéndose.

Pero si los elementos componentes de las plazas fuertes llegan a emplearse como puntos de apoyo de líneas de defensa, sucesivas y extensas, no cabe duda de que las obras, contribuyendo a la preparación de los campos de

combates permitía apreciar la capacidad de resistencia de los fuertes, los que estando mejor organizados que los puntos de apoyo creados rápidamente sobre el campo de batalla, disponen de asentamientos, trazados y flaqueos cuidadosamente estudiados y de abrigos de hormigón muy profundos.

Con el fin de poner a la fortificación de acuerdo con el empleo y modo de conducirse las tropas en el combate, se desarticulaban las fortalezas extremas de la cortina defensiva, relacionando sus fuertes por medio de líneas paralelas y sucesivas, con los fuertes barreras del intervalo y con otros de nueva creación. Con todos estos fuertes se formaron posiciones profundas y escalonadas en vez de sostenerlos en el espacio como puntos aislados, que necesitarían del concurso y esfuerzos de las unidades móvi-



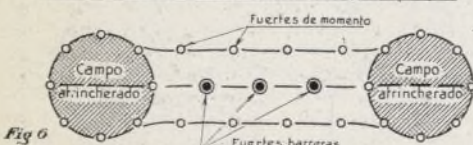
les. Es decir, se acomodó la fortificación al juego de las tropas, a los dictados de su doctrina táctica; éstas, en cambio, dejaron de estar sujetas a las exigencias convencionalistas de un dispositivo desusado. Así se dió vida a la región fortificada, a la organización de una zona del campo de batalla de ejército; así fué transformada la cortina defensiva en región fortificada.

### Región fortificada (figs. 7, 8 y 9)

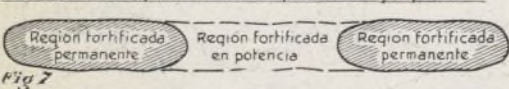
Demuestran los resultados de la guerra que las fortalezas aisladas—fuertes barreras, fuertes destacados, plazas fuertes—, excepto las de montaña, no son capaces de detener al enemigo y carecen de valor si no forman sistemas continuos y profundos, integrados por obras flanqueadas recíprocamente con armas automáticas. La plaza cerrada ha de ser sustituida por la región fortificada, de frente extenso, susceptible de ser abastecida constantemente desde el interior del país. En una palabra, se impone el uso de la barrera continua para cerrar los frentes fronterizos.

No es posible llegar en la práctica al ideal teórico de la fortificación. Una barrera corrida por toda la frontera, tiene un coste prohibitivo. En la práctica se colocan alternadas regiones fortificadas permanentes y regiones fortificadas en potencia. Aquéllas, porciones de campos de batalla de ejército—unos 60 kilómetros—, sobre las zonas más sensibles; con las regiones fortificadas en

Transformación de una cortina defensiva en región fortificada.



Combinación de regiones fortificadas permanentes y en potencia.



potencia se rellenan en tiempo de guerra los intervalos, las partes más inaccesibles del terreno. Entendiéndose por región fortificada en potencia la estudiada detalladamente desde tiempo de paz y para cuya implantación se tendrán preparados los elementos necesarios: hombres, material, herramientas, fuentes de energía, vías de comunicación. Estas regiones en potencia que no tienen el carácter de las fortificaciones de campaña, son las que proporcionan al sistema flexibilidad y elasticidad, ya que dentro del dispositivo general y entre las regiones permanentes podrán avanzarse o retrasarse más o menos según lo impongan las circunstancias del caso y las incidencias de las operaciones. Las regiones fortificadas permanentes estarán guarnecidas por tropas sólidas para proteger las otras, las en potencia, durante el tiempo que tardan éstas en adquirir el valor propio. Para evitar envolvimientos mientras los intervalos no estén organizados, los flancos de las regiones fortificadas permanentes han de quedar asegurados en obstáculos naturales impracticables o en corchetes creados artificialmente. Toda región fortificada debe doblarse mediante la construcción de una segunda línea en potencia.

En toda región fortificada se destacan dos partes: la destinada a la lucha próxima y la que atiende al combate lejano. Componen la primera: un obstáculo continuo, alambrado o foso, de trazado atenuado o en cremallera; puntos de apoyo para flanquear los intervalos, conteniendo artillería de pequeño calibre, ametralladoras, morteros lanzabombas, observatorios y proyectores, y grupos de ametralladoras para rellenar los intervalos y enfilan con sus fuegos los tramos rectos del obstáculo.

El foso es un obstáculo absoluto contra los carros y de más valor que las alambradas; pero denuncia los dispositivos, aparte de requerir mayor volumen de material y una mano de obra considerable. Este obstáculo puede reforzarse con verjas y campos de minas.

Son los puntos de apoyo masas de hormi-

gón de planta triangular; sus lados, donde se instalan las casamatas flanqueantes, trázanse en cremallera para desenfilan esos órganos de las vistas terrestres, sirviéndoles de orejones los extremos salientes de los frentes de cabeza. Llevan también baterías empotradas en la superficie para dar fuegos centrales. Las piezas de estas baterías van en cúpulas eclipse. Fosos, con cámaras flanqueantes de contraescarpa, rodean los puntos de apoyo. Debajo de las masas hormigonadas y bajo su protección se instalan los lo-

rá esa artillería detrás del escalón de la defensa próxima, en orden profundo y escalonado, repartiendo el material por el terreno con arreglo a los objetivos, misiones, posibilidades y alcances de sus distintas bocas de fuego. En el interior de esta zona artillera tendrán colocación las piezas antiaéreas de pequeño y mediano calibre, distanciadas del límite exterior de la faja de combate próximo y entre sí, según las longitudes de sus coronas de fuego. Las bocas de fuego de la defensa lejana podrán ser reforzadas con pie-

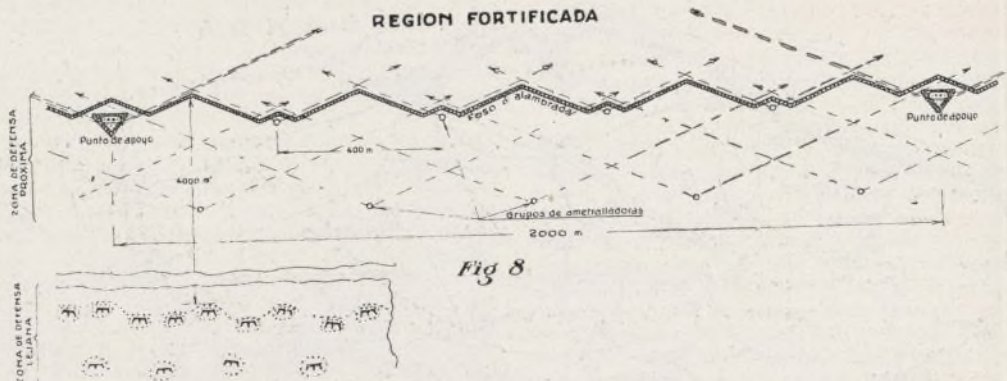


Fig 8

cales afectos a los servicios del pequeño fuerte.

Los grupos de ametralladoras, obras intermedias, extiéndense sobre dos filas, en orden escaqueado. Cada uno de ellos dispone de tres ametralladoras, dos tirando en sectores paralelos al frente y batiendo la tercera el normal a la magistral. Cada ametralladora se protege por un grupo de combate con su correspondiente abrigo y un observatorio para centinela, provisto de fusil ametrallador. Los grupos de la primera fila son elementos de defensa fija y los de la segunda se consideran elementos de defensa móvil que apoyan a los anteriores obrando por reacción contra las infiltraciones del enemigo. Las acciones de las ametralladoras, además de enfilan los tramos rectos del obstáculo, principal objeto de estas armas, estarán conjugadas con alambradas que compartimentan el terreno y aseguran la eficacia del cruzamiento de fuegos. La ocupación al tresbolillo estará coordinada con una red de paralelas y ramales construídas en el período de movilización, y con un sistema de comunicaciones subterráneas a profundidad suficiente para resistir los golpes de los más gruesos calibres (de 20 a 30 metros). En estas galerías que intercomunicarán, a ser posible, todos los órganos de la barrera se acomodan los repuestos, almacenes, maquinaria, cocinas, hospitales y cuarteles; se vivirá en el subsuelo y se combatirá sobre la superficie. Las galerías o túneles tienen aprovechamiento en la guerra química; en el ambiente interior puede establecerse una superpresión atmosférica que impida la entrada de los gases, y perforando las cubiertas, tubos o conductos para emitir hacia el exterior los propios y cortinas de humo.

La posición de resistencia así creada es independiente de las del momento que se levanten delante, durante el período de guerra. En la inteligencia de que tal posición de resistencia siempre ha de ser la barrera inexpugnable, la que será preciso defender a toda costa.

Las posiciones más favorables para ubicar la defensa próxima de la región fortificada son las contrapendientes y los bordes interiores de las mesetas, desenfiladas de las vistas terrestres y permitiendo durante bastante tiempo combatir dos armas propias contra la infantería del adversario. Pero obligan a colocar observatorios por las crestas, defendidos por alambradas, armas automáticas y barreras de artillería, o instalados en las extremidades de antenas que arranquen del sistema de comunicaciones subterráneas y salgan al exterior después de atravesar los crestones del suelo.

La artillería para el combate lejano, que antiguamente formaba parte del armamento de los fuertes y de sus intervalos, hoy se ve reemplazada por la orgánica del ejército de ocupación de la región fortificada, siendo los jalones de su campo de batalla los elementos de la faja de defensa próxima, puntos de apoyo y grupos de ametralladoras. Desplega-

zas procedentes de otros frentes y de las reservas de artillería.

Las baterías, de grandes intervalos para disminuir la vulnerabilidad y conseguir amplios sectores de fuego, dispondrán de defensa inmediata. Las rodearán elementos de trinchera y alambrada, con nidos para ametralladoras y puestos para tiradores y granaderos. La línea de alambradas ha de extenderse a unos 40 metros de distancia de las crestas de fuego. En las inmediaciones de las explanadas se abrirán zanjas para protección de los sirvientes, y distanciado y en comunicación subterránea con las plataformas, un abrigo resistente. A cada batería se le proporcionará un asentamiento de recambio separado del normal unos 100 metros de intervalo y de 200 a 300 metros en el sentido de las capitales. Conviene ubicar el puesto de mando, lo mismo que el abrigo, entre los dos asentamientos. Estas posiciones, así preparadas, podrán ser ocupadas por la infantería y constituir puntos de apoyo de las líneas de atrincheramientos que las unan.

Los elementos de la defensa inmediata no entorpecerán la entrada en batería ni la

PUNTO DE APOYO

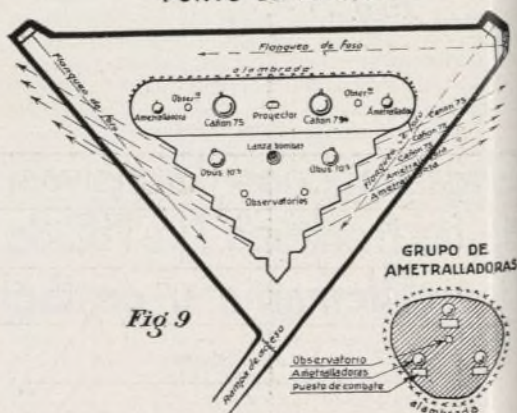


Fig 9

movilidad del material; lejos de esto han de facilitar el funcionamiento de los servicios, circunstancia común a todas las obras de fortificación. Lo primero y primordial es dejar preparados los asentamientos para obtener el máximo rendimiento de las armas y que éstas puedan herir eficazmente: la protección, aunque de suma importancia, es de un orden secundario.

En general, para las piezas de reserva, de gran potencia, no se fabrican baterías; aquéllas ocupan posiciones naturales, alejadas del frente de combate y enmascaradas. Si acaso, ábreanse zanjas de protección de los sirvientes y para preservar las cargas de la intemperie constrúyense repuestos de pequeña cabida, bien disimulados e irregularmente repartidos por el terreno.

Las instalaciones aeronáuticas afectas a la región fortificada, las de la aviación de co-



operación, se verán diluidas, dispersas y enmascaradas por el terreno de retaguardia, fuera de las dos zonas de combate y con los aparatos a punto para prestar sus valiosos servicios, hoy indispensables: aviones de exploración, de reconocimiento, enlace, apoyo de la infantería y los llamados por algunos ojos de la artillería. Para descubrir y localizar objetivos, preparar y corregir el tiro, la aviación es un poderoso auxiliar de la artillería, tanto que hay propugnadores de que algunos aparatos formen parte del arma, por la misma razón y con los mismos títulos que los anteojos de batería y los observatorios.

En los planes de defensa, en la organización y construcción de las regiones fortificadas, son de tener en cuenta las siguientes enseñanzas de guerra, de orden táctico y técnico: empleo exclusivo de hormigón armado, en masas monolíticas, con un coeficiente de seguridad para resistir a los medios de ataque imprevistos, sin más tierra sobre los trasdoses que la estrictamente indispensable para disimular las obras; las cúpulas, excepto las torres de ametralladoras y las antecorazas, dan buen resultado; supresión en las obras permanentes de las crestas para fusilería; los obstáculos artificiales y las defensas accesorias son fácilmente destruidas por el fuego; son inaceptables las líneas telegráficas y telefónicas aéreas; debe protegerse al personal de los efectos del soplo y de las vibraciones producidas por los gruesos calibres; la mejor protección de la artillería radica en su movilidad; los órganos de mando y observación deben tener la protección máxima. Si las corazas no tienen peso proporcionado a la fuerza viva del proyectil, son arrancadas de sus empotramientos, a veces, sin desperfecto alguno. Los impactos de las granadas potentes hacen vibrar las masas de hormigón y aunque la amplitud de estas oscilaciones no pasan de décimas de milímetro y son de cortísima duración, los ocupantes tienen la sensación de que toda la obra oscila fuertemente; deprimen los nervios del personal abrigado en ellas.

### Fronteras montañosas (fig. 10)

En las regiones de montaña son de aplicación integralmente los principios ya indicados para las organizaciones asentadas en los terrenos llanos y ondulados, con las modificaciones que imponen las formas especiales del suelo, valles separados por macizos rocosos más o menos practicables. Estas formas condicionan el ataque: le obligan a seguir las vías encajadas en los corredores naturales y a presentar formaciones estrechas y profundas. El cañón y la ametralladora trabajan más de frente que de flanco.

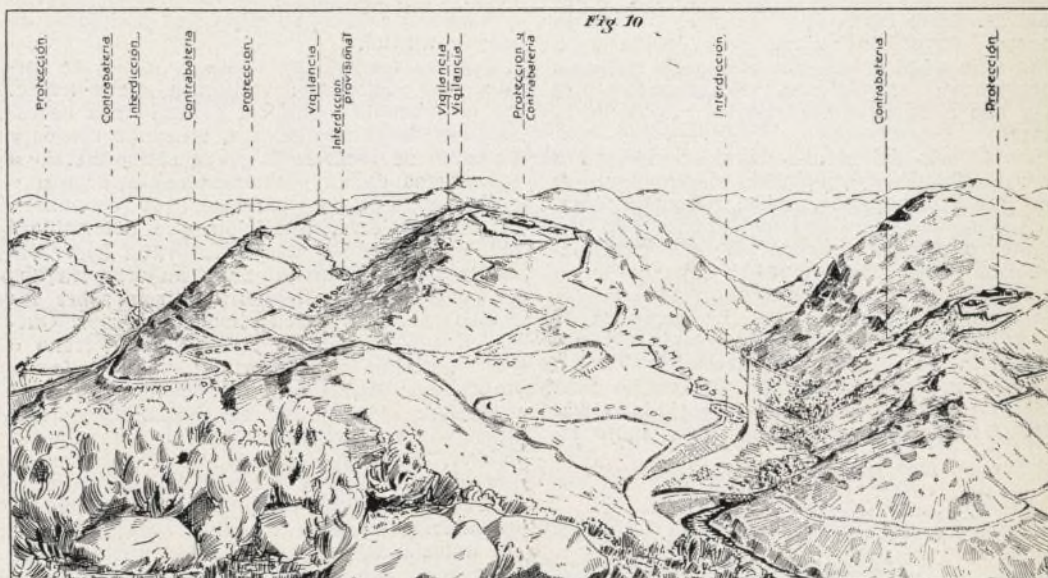
Si la defensa guarda los caminos penetrantes, las líneas de invasión que recorren los valles y los senderos, aunque sólo sean accesibles para infantería y artillería a lomo, vigila el frente y sus accesos, practica destrucciones a fondo, tiende numerosas transmisiones y construye a retaguardia vías de comunicación para mover las tropas, conseguirá formar una barrera inexpugnable cuya continuidad será debida, más que a la fortificación de forma fragmentaria, a la combinación entre las obras y los intervalos naturales infranqueables y a las redes ininterrumpidas de las comunicaciones de todas clases. Al dispositivo le proporcionarán profundidad los tres escalones en que serán distribuidas las tropas de la defensa: vigilancia, reservas tácticas y reservas estratégicas.

Para impedir el paso por las carreteras de los valles, hay que barrearlas con organizaciones que comprenden: obras de interdicción, obras de contrabatería y obras de protección.

Las obras de interdicción consisten en baterías bajas para cañones de pequeño calibre de tiro rápido y de ametralladoras, dando fuego rasante y de enfilada sobre las vías y las destrucciones en ellas practicadas. Si con el cañón se ataca y con la ametralladora se defiende, la utilidad de esta máquina que va por todas partes y sigue al infante, sube de punto cuando se emplea sobre terrenos altos, quebrados y abruptos, de difícil recorrido e impracticables para cargas pesadas. Las armas de interdicción se abriga en casamatas o, mejor, en cavernas horadadas en la roca;

la casamata, órgano de corto sector de fuego, tiene buena aplicación para batir campos de tiro de pequeña amplitud, como son los que ofrecen los desfiladeros. De las carreteras se destruirán los tramos rectos enfilados por los órganos de interdicción y en longitud de unos 400 metros; bastan estos campos de tiro, aparte de que los trazados sinuosos de los cami-

puedan moverse y maniobrar con soltura hay que prepararles pistas o caminos. Uno, por lo menos, sobre el revés de la barrera, y los radiales de conducción a los barreamientos, observatorios, alojamientos y, en general, a todos los pasos utilizables por el enemigo. En los terrenos de montaña hay que conceder mucha importancia a estas redes de caminos,



nos de montaña no suelen ofrecer alineaciones rectas más largas.

Las obras de contrabatería abriga los cañones, obuses y morteros destinados a batir los asentamientos probables del enemigo, de determinación fácil en los terrenos montañosos. Predominarán en esta clase de asentamientos las piezas de tiro curvo, teniendo en cuenta que el tiro vertical podrá realizarlo, hasta cierto punto, las bombas de aviación. Sin embargo, la clase de piezas a emplear, lo mismo que sus calibres que ordinariamente no pasan del mediano, se determinarán para cada caso particular por las formas de los accidentes geográficos del teatro de operaciones y por las distancias de combate, separación entre las obras y las posiciones del ataque. Estas baterías, a las que se dotará de defensa inmediata, se sitúan sobre puntos dominantes de los costados de las obras de interdicción, a media ladera o formando parte de las obras de protección: el terreno siempre manda.

Las obras de protección son reductos, obras cerradas para infantería, las que, situadas sobre las cumbres que limitan los valles y desfiladeros, impiden el envolvimiento de las instalaciones bajas y que llegue el enemigo a dominarlas. En el interior de estos reductos y hacia la gola de los mismos, pueden colocarse las contrabaterías y las piezas antiaéreas, desfiladas de las vistas terrestres.

Por delante de la interdicción han de correr atrincheramientos cóncavos hacia el exterior, los que, desarrollados por las vertientes, apoyarán sus alas en los recintos de las obras de protección.

Divídense las tropas de la defensa en tropas de primera línea y en reservas estratégicas. Las primeras se fraccionan a su vez en dos escalones: escalón de vigilancia y escalón de las reservas tácticas. Constituyen el escalón de vigilancia las grandes guardias, los puestos avanzados y los centinelas que vigilan el campo exterior y guardan los senderos y pistas utilizables por el enemigo. Para estas tropas es preciso preparar alojamientos (barracas).

Las reservas tácticas, sobre las que se replegarán las tropas del escalón de vigilancia en caso de ataque del enemigo, procuran prolongar la resistencia para dar tiempo a que intervengan las reservas estratégicas. A medida que aquéllas vayan retirándose, cortarán las comunicaciones. En general, las reservas tácticas van afectas a los barreamientos.

Las reservas estratégicas ocupan los puntos de encuentro de los valles convergentes, y cuando los valles penetrantes siguen direcciones sensiblemente paralelas, las tropas se escalonan sobre el valle principal donde aquéllos desembocan.

Con el fin de que las tropas de la defensa

lo mismo que a las de transmisiones. Ambas redes son de los elementos de la fortificación, los que deben ejecutarse en primer lugar. Sin ellas, y aunque se disponga de resistentes instalaciones, tropezará la defensa con grandes dificultades, a veces insuperables.

En los terrenos montañosos se admiten las plazas fuertes, las llamadas plazas de montaña. Levántanse sobre los nudos principales de comunicaciones y las integran los barreamientos de los valles que concurren en aquéllos. El enemigo no podrá acordonarlas; son plazas que jamás pierden las relaciones con el interior del país

### Fronteras marítimas (fig. 11)

Es muy poco probable que se libren acciones decisivas sobre la costa. No obstante, y a pesar de la misión secundaria que en la defensa general del país asume el litoral respecto a las fronteras continentales, las más amenazadas, las organizaciones de las fronteras marítimas, conjuntamente con las regiones fortificadas de las fronteras terrestres, constituyen la mayor garantía de la integridad de la defensa nacional.

Las modificaciones a introducir en la defensa de costas, en las reglas que rigen las regiones fortificadas continentales, principios de aplicación general, reducen, como es lógico, de la naturaleza misma de las fronteras marítimas, de los objetivos interesantes para el enemigo y de los medios y procedimientos de ataque contra esos frentes de mar.

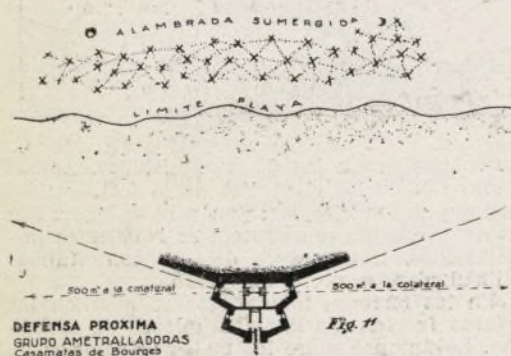
Es indiscutible que alcanzaríamos el ideal teórico de la fortificación, la barrera continua, plantando a lo largo de la costa una fila ininterrumpida de baterías. El empleo de torres aisladas en el período medieval, y de torres Martello formando una cadena de cañones a lo largo del litoral inglés, son ejemplos de semejante plan. Mas teniendo en cuenta la misión de las organizaciones costeras, misión de interdicción, análoga a la de las fortificaciones de montaña, se impone combinar las obras defensivas con los accidentes del terreno, sobre la orilla del mar, sentando las defensas sobre las zonas sensibles de la costa, dejando vigiladas exclusivamente las restantes.

Los puntos sensibles del litoral, los que definen e integran las zonas necesitadas de defensas permanentes, son aquellos en que puede desembarcarse con relativa facilidad y cuya posesión puede tener repercusiones lejanas, esto es, los puntos que constituyen para el enemigo objetivos militares, económicos o políticos. Los determinan condiciones de índole marítima y militar; posibilidades de fondo; profundidades de las aguas hasta la ori-



lla; naturaleza de la playa; facilidades de aproche y atraque de las barcas portadoras de hombres y material; posibilidad de establecer en tierra una cabeza de desembarco y posibilidad de apoyar con la artillería de a bordo la progresión de las tropas hacia el interior. Los trozos de las regiones del litoral donde se encuentran los puntos sensibles, son zonas activas; los demás, en los que se implantaran servicios de vigilancia, son zonas pasivas. Entre las unas y las otras forman la barrera, cuya continuidad será debida a la vigilancia y al enlace por medio de redes de caminos y transmisiones, relacionando entre sí y con el interior del país los puntos de la costa.

Las formas del ataque naval se reducen a dos: bombardeo y conquista (permanente y pasajera). Las demás, raids, bloqueo, forzamiento de un paso, embotellamiento, son variantes o preparatorias de esas dos principales. Los bombardeos de cañón o de avión no suelen ejercer una influencia decisiva en el resultado de las operaciones. La conquista de un punto de la costa obliga al enemigo a desembarcar. Se considera el desembarco como una de las operaciones de guerra de más complicaciones y dificultades, casi insuperables si no le acompaña la sorpresa, tanto es-



tratégica como táctica. Requiere tal operación reunir en una base conveniente los medios de transporte, la elección del punto de desembarco, la marcha de aproximación al objetivo hasta llegar a la vista de la costa y la ejecución material del desembarco, echar la gente a tierra. Se simplifica la labor del atacante cuando dispone de bases próximas.

Para responder y rechazar las citadas ofensas, el defensor, en las zonas activas, dispondrá de medios adecuados para operar contra el enemigo a flote, contra el enemigo desembarcando y contra el enemigo desembarcado, o lo que es lo mismo, intentará detener al enemigo antes de llegar al litoral y, de no conseguirlo, luchará con él sobre la misma costa y después en el interior.

Se emplearán en la primera fase medios flotantes (unidades navales) y fijos (minas) de la Marina y baterías de costa de grueso y medio calibre. Intervendrán en la segunda tropas del ejército.

En alta mar, patrullas de unidades rápidas, marítimas y aéreas, harán reconocimientos. Descubierta el enemigo, aquellas darán aviso a la costa. Inmediatamente se pondrán en movimiento las defensas móviles de los puertos, intentando detener o retardar la marcha del adversario. Si éste se aproxima a tierra, entrarán en juego las baterías de costa de grueso y mediano calibre. Si a pesar del fuego de la artillería y de los campos de minas sembrados en las proximidades, se dispone el enemigo a desembarcar, se le opondrán piezas de pequeño calibre y ametralladoras, tirando contra las embarcaciones que transporten las tropas, y finalmente se le contraatacará sobre la costa, disputándole el terreno palmo a palmo. En todas estas operaciones intervendrá la aviación, explorando y reconociendo, y bombardeando y ametrallando los buques y las tropas, antes y después de que éstas tomen tierra.

Las defensas de costa en las zonas activas se distribuyen en cuatro escalones, cooperando en todos ellos la aviación.

En el mar:

Primero. Defensa móvil activa (unidades flotantes). Operan distanciadas del litoral.

Segundo. Defensas fijas. Campos de minas a lo largo de la costa.

En tierra:

Tercero. Baterías de costa. Lucha lejana.

Cuarta. Organizaciones de combate próximo.

Las baterías de costa de combate lejano forman un cordón. Cruzan fuegos sobre el mar. Basta para ellas el calibre mediano; serán sus objetivos los transportes de tropas enemigas. Baterías de pozos de cañón, de pequeña superficie, bien disimuladas y en cotas altas, poco tienen que temer de la artillería embarcada. Para las piezas antiaéreas de pequeño y mediano calibre, se eligen las posiciones de mayor altitud.

Con los órganos de lucha próxima, se forman dos posiciones: vigilancia y resistencia. La posición de vigilancia es una línea de casamatas de ametralladoras, cruzando fuegos y batiendo de enfilada la playa con preferencia a los puntos donde probablemente atracarán o embarrancarán las barcas que conduzcan la gente a tierra, condición que determinará la distancia de la línea a la orilla. Las casamatas para dos máquinas, o mejor, para dos secciones de ametralladoras, tiran sobre los flancos para no descubrirse al exterior. Quedarán ocultas por los pliegues del terreno o por la misma masa hormigonada del frente de cabeza; son casamatas de tipo de Bourges. Para la línea de resistencia, atrinchamientos de campaña y baterías de pequeño calibre, se buscan situaciones desfiladas de las vistas del mar y que permitan a las bocas de fuego interdecir las playas. Las posiciones descubiertas quedan expuestas inútilmente a ser aplastadas por la artillería de los buques de guerra, que después de convayar los transportes apoyan el bombardeo. Dada la instantaneidad de un ataque marítimo, los órganos especiales de las posiciones de vigilancia y resistencia, casamatas de ametralladoras y baterías de pequeño calibre, deben construirse y terminarse desde tiempo de paz.

Las tropas afectas a la defensa móvil se distribuirán en grupos de intervención inmediata, en reservas locales y en reservas generales. Los primeros para guarnecer los nidos de ametralladoras, baterías de pequeño calibre y puestos de vigilancia en las zonas pasivas; son tropas de seguridad. Las reservas locales o de sector, motorizadas, deben apostarse sobre puntos que les permitan llegar con rapidez y por caminos desfilados a las regiones amenazadas. Y las reservas generales, grandes unidades, tienen las misiones de impedir que el enemigo se afiance sobre posiciones importantes para cubrir el desembarco del grueso de sus fuerzas, contraatacarle y arrojarle al mar. Para la perfecta realización de tales cometidos, es indispensable preparar caminos longitudinales y transversales, lo mismo que tender transmisiones que aseguren el enlace de todas las tropas y de todas las obras. Orgánicamente, conviene tener dividido el litoral en regiones, comprendiendo zonas activas y zonas pasivas; las regiones en sectores y éstos en subsectores.

Todo frente terrestre, si está dotado de una barrera continua, puede estimarse completo. No puede decirse otro tanto de las fronteras marítimas. Las escuadras de combate, que tienen por objetivo principal la destrucción de las fuerzas navales del enemigo, están necesitadas de lugares donde se les proporcione toda clase de pertrechos y recursos y donde puedan abrigarse, descansar y refugiarse, y componer y reparar las averías; aquellos, en último extremo, pueden llegar del interior del país; los astilleros y los arsenales han de estar forzosamente situados sobre la costa. Son los puertos militares respecto de las flotas, lo que fueron las antiguas plazas de depósito y refugio para los ejércitos de tierra. Para que la flota tenga libertad de acción y pueda desempeñar sus cometidos peculiares, hay que tenerle preparadas bases navales, las que, colocadas sobre el mismo litoral, quedan expuestas a las sorpresas, circunstancia que obliga a tenerlas habilitadas y en perfecto estado de funcionamiento desde tiempo de paz. Por lo tanto, son las bases navales organizaciones a tener en cuenta cuando se trate de defender los frentes marítimos; tengan o dejen de tener éstos regiones fortificadas.

Sin descender a detalles—no disponemos de espacio para ello—, añadiré que una base naval disfrutará de suficiente poder de resistencia contra todas las ofensas de que es capaz la flota si se le deja inmunizada de los bombardeos, lo que puede conseguirse enclavando en los extremos de su frente de mar cañones de iguales o parecidas características

que las de las piezas más potentes que montan los acorazados (38 a 40 cm.), interviniendo las áreas de mar extendidas hasta el límite de la zona sin alcance del enemigo, y varias piezas de mediano calibre (15 a 20 cm.) entre las baterías primarias. El obús, de no disponer de un calibre de 34 a 40 cm., con alcance similar al de los cañones secundarios (20 km.), debe desaparecer del litoral; el tiro curvo, en caso de necesidad, puede ser sustituido por el vertical del avión. Redes antisubmarinas y campos minados, activados por cañones de alcances proporcionados a las longitudes de esas líneas, cerrarán las entradas del puerto. Y con piezas antiaéreas de pequeño y mediano calibre, circundando la plaza, se responderá a los bombardeos aéreos, independientemente del auxilio que preste la aviación propia. En general, no se cierran las golias, no se defienden los frentes de tierra de las plazas marítimas.

...

De propósito, intencionadamente, para no inducir a error y siempre que nos fué posible, dejamos de referirnos a la fortificación permanente, a la que algunos profesionales conceden la exclusividad para levantar barreras sobre los límites o en el interior de un país. Otros, en cambio, la desvalorizan, abogando su sustitución por la de campaña. Ni los unos ni los otros juzgan razonablemente la cuestión. La fortificación permanente y la fortificación de campaña, esta última en sus diferentes variedades, obedecen y se rigen por los mismos principios absolutos, inmutables. Con la una y con la otra se consiguen organizaciones que inscriben sobre el suelo los dictados del arte militar. Con ambas clases de procedimientos, usando hormigones y corazas o tierra y materiales de fortuna, buscando la protección en la masa o la indirecta que prestan la dispersión y el subsuelo, pueden establecerse sobre un campo de batalla dispositivos respondiendo a los preceptos de la táctica: puntos de apoyo (economía de fuerzas); instalaciones flexibles, disimuladas, profundas y escalonadas; cruzamientos de fuego; repartición de las obras y concentración de esfuerzos; blancos sin relieve, reducidos y enmascarados, etc., etc. Las mismas normas de los reglamentos de campaña consienten percibir en medio de un laberinto de paralelas y ramales los islotes sustentantes del sistema y prever los automáticos a que el ataque dará lugar, si consigue el enemigo hundir y perforar alguna parte del frente. Las diferencias de detalle que distingue la fortificación permanente de la campaña y que no les afectan esencialmente, resistencia (a favor de la permanente), coste y duración de las obras, se acusan menos de día en día. El grado de perfección alcanzado por los medios de transporte y la infinidad de vías que cruzan el territorio, permiten tener aparcados en localidades favorables para su rápido empleo, parques de fortificación dotados de materiales y de las herramientas indispensables para realizar trabajos con suma prontitud, condición peculiar de la fortificación de campaña, y de acusada potencia defensiva, carácter con que suele sellarse didácticamente la fortificación permanente.

Las obras de fortificación, lo mismo que las armas, deben proyectarse y manejarse con arreglo a normas tácticas y técnicas; no le es suficiente al mando ser enérgico: precisa ser consciente; de no proceder así, no se obtendrá de las obras el máximo rendimiento de que son capaces. Es fácil, facilísimo, planear sobre un papel, por ejemplo, un campo atrinchado con centro en P, de unos veinte kilómetros de radio, para ponerlo en servicio dentro del plazo de una semana, fijando someramente el número de líneas, el número de puntos de apoyo o reductos y las longitudes de intervalos y distancias; pronto la práctica denunciará la petición de una imposible. El mando, para imponer su voluntad a las obras como la impone a los hombres, debe conocer los métodos y procedimientos de que se vale la técnica para realizar sus trabajos, o por lo menos hasta qué punto puede llegar. Cuéntase del general Noghi que después del sitio de Puerto Arturo y reconocer la insuficiencia científica de su propio mando, hubo de excusarse ante el Mikado. ¡Magnífica lección de guerra!



# IMPORTANCIA DE LA RESISTENCIA

**A** nadie escapa ya la gran importancia, o por mejor decir, la capital importancia que tiene la resistencia en la guerra moderna.

Por nuestra parte, con sólo estudiar el problema de la resistencia de Madrid, tenemos suficiente para comprobar esta importancia.

En Madrid ha sido donde se han ganado más y mejores batallas en el transcurso de nuestra guerra por la libertad. Batalla que se ha iniciado por parte del enemigo y que se ha contenido o rechazado en Madrid, es batalla que ha ganado el glorioso Ejército Popular.

Por eso nosotros medimos la importancia de la resistencia como un hecho de capital interés en nuestra guerra actual contra el invasor.

Las Divisiones encargadas de la misión de cubrir la primera línea, hemos de dedicar la máxima atención en el sentido de que nuestra capacidad de resistencia aumente cada día en relación al tiempo que va transcurriendo.

No basta con tener en una posición de primera línea buenos núcleos de defensores dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre con tal que no pase el enemigo, si la preparación del terreno para la resistencia no ha sido verificada de antemano.

A tal efecto, el combatiente que se encuentra en primera línea debe tener iniciativa propia para consolidar día tras día, y cada vez más, el terreno que tiene confiado para su defensa.

Al enemigo no se le vence ni se le combate solamente con las armas de fuego, sino que también se le combate y se le vence poniendo a su paso toda clase de obstáculos propios de la defensa.

La primera línea debe permanecer poco menos que invulnerable. Los enlaces de posición a posición, por caminos desfilados, deben ser lo más perfectos posible, porque así, en un momento determinado, se puede ir en socorro del compañero que es atacado y lucha contra el enemigo común en las posiciones inmediatas.

El espíritu de solidaridad entre los combatientes debe aumentar, si cabe, cada vez más, ya que en ello va no solamente la vida de cada uno de ellos, sino que va también el triunfo de una y cien batallas.

Hay que llevar al ánimo de cada uno de los soldados que guardan el frente, en las

líneas de resistencia, que su papel en la guerra es tan importante que no se presta a la más ligera duda, comparando su importancia con la que puedan tener otras unidades de características diferentes.

Si las líneas de vanguardia son débiles o están abandonadas por la confianza del mucho tiempo de inactividad, ello puede contribuir poderosamente a una formidable o instantánea derrota nuestra, pues el enemigo está siempre al acecho de los puntos flacos, cosa que aprovecha en la primera ocasión para infiltrarse y conseguir sus propósitos con el menor esfuerzo posible de su parte.

La puerta de nuestra casa, que en este caso concreto es nuestra primera línea, no debe quedar nunca abierta o entornada, ya que con ello cometeríamos una falta imperdonable dejando nuestros intereses a merced del enemigo común.

Por el contrario, hay que cerrar el paso con todas las llaves a nuestro alcance, a quien pretende manchar con la planta de sus pies nuestro invicto terreno.

Si nuestros puntos de apoyo y de resistencia están bien asegurados, ello por sí sólo ya representa una seguridad individual y colectiva de cada uno de nosotros.

No hay que olvidar que el fascismo tiene una buena red de información que le permite saber cómo se encuentra el contrario, y su contrario, su enemigo más temible somos nosotros.

Resistir y vencer al enemigo, no dejándole avanzar un solo paso, es ir asegurando cada día más la victoria por nuestra parte.

Una Unidad que haya logrado dotar a sus combatientes de una fuerte capacidad de resistencia, estará siempre en magníficas condiciones de ganar cuantas batallas se intente contra ella. Si por el contrario, sus hombres se abandonan en brazos de la confianza y de la despreocupación, entonces su situación será tan inestable como peligrosa, ya que en un momento determinado puede ser sorprendida y arrollada por el enemigo.

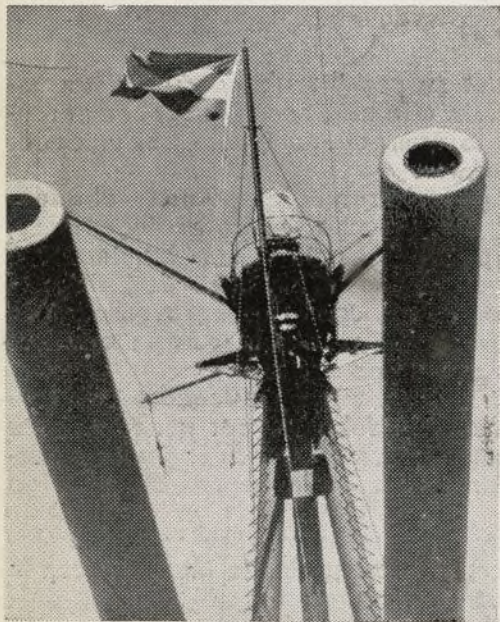
Si se tiene en cuenta todo lo que dejamos escrito y se procura atender estas razones aun con más celo del que se viene haciendo hasta ahora, aumentará en gran proporción nuestra capacidad de resistencia y, por tanto, aseguramos con más precisión el triunfo definitivo de nuestras armas.



por RICARDO SANZ  
Jefe de la 26 División



# EL PAPEL DE LA FLOTA REPUBLICANA



Flota republicana

La actuación de nuestra Marina de Guerra desde julio del año 36, ha tenido diferentes características según las etapas por que ha ido pasando la guerra.

Podemos considerar en ella varios períodos. El primero comprende aquellos días febriles de antes y después del 18 de julio, en que no se sabía quiénes cumplirían con su deber y cuáles se sumarían a la rebelión. Viene después —primer capítulo— un período de tiempo en que la flota republicana, formando ya un conjunto al servicio del Gobierno legítimo de la nación, pero sin cuadros de mando organizados, tuvo necesidad de actuar intensamente. En él, se empieza a ver la intervención de los países totalitarios, aunque no tan descarada como en las siguientes etapas de la guerra. Parece más bien una ayuda indirecta por afinidad ideológica con los rebeldes.

A partir del mes de octubre del 36—segundo capítulo de nuestra historia—se manifiesta claramente qué altos poderes son los que han dirigido y organizado todo el plan de la sublevación y cuáles son los fines que les guían: conquista de nuestro país y sus materias primas, siguiendo la línea de menor resistencia, esto es, invasión, facilitada por sus aliados de dentro con una excusa cualquiera; en este caso, defensa contra el peligro rojo. Para conseguirlo apelarán sucesivamente a toda clase de medios: bloqueos marítimos con elementos de mar y aire, y cuando ya no les basta, el terrorismo a ultranza que llaman «técnicamente» guerra totalitaria.

Vendrán después algunos otros capítulos y el epílogo inevitable. Aún no hemos llegado a ellos.

Echemos una ojeada rápida a la actuación de la flota en estas primeras etapas pasadas:

Desde mucho antes de estallar la rebelión contaban, los que la prepararon, con poder apoderarse rápidamente de la nación por medio de los militares comprometidos y, como principal elemento de coacción para ayudarlos, con las tropas mercenarias del tercio extranjero y marroquíes. Para llevar esas tropas de África a España era preciso disponer de la Marina de Guerra, tanto para el transporte rápido de los primeros núcleos (el precedente databa del año 34), como para tener la seguridad de las comunicaciones marítimas y poder así transportar todos los elementos que fueran siendo precisos desde Marruecos a la Península.

Los altos poderes que dirigían todo el plan desde Alemania e Italia contaban, pues, con la Marina de Guerra española; como contaban también poner toda España a su disposición en pocas semanas. En ambas cosas se equivocaron... y más se han de equivocar todavía.

Los cerebros cuadrados alemanes conocen muy bien las reservas de materias primas de nuestra Península; pero les está vedado comprender las inmensas riquezas que se encierran en el cerebro y en el corazón de los españoles.

...

Días antes de declarar los facciosos el estado de guerra en Melilla, el ministro de Marina—utilizando para ello en lugar del Estado Mayor de la Armada, el que con honrosas y contadas excepciones estaba «metido en el ajo», a unas pocas personas seguras que tenía a su alrededor—había dispuesto convenientemente los barcos de guerra para evitar todo tráfico o transporte de tropas entre Marruecos y la Costa Sur de España. Estas órdenes fueron consecuencia de las indicaciones dadas por el gobernador de Cádiz y el digno capitán de fragata don Tomás Azcárate, que eran los que tenían algunos hilos de lo que se tramaba.

Así el día 18 de julio debían hallarse frente a Melilla tres destructores; en el Estrecho de Gibraltar otro con los cañoneros y guardacostas del Norte de África; otros dos destructores en los puertos de Valencia y Almería. De Ferrol saldrían para el Mediterráneo, rápidamente alistados, los cruceros «Cervantes» y «Libertad»; el «Cervera», que se hallaba en dique en este último puerto, debía suspender las obras saliendo inmediatamente de él para incorporarse a los otros dos, unos días después. El acorazado «Jaime I» y un destructor que se hallaba en Santander, para el veraneo de la Casa Presidencial y Cuerpo Diplomático, también tenían orden de salir para el Mediterráneo haciendo combustible en Vizo. Las órdenes para todo ello, y las posteriores que se dieron, iban todas sin cifrar para que las conocieran no solamente los mandos sino también las dotaciones, evitando así, en lo posible, los engaños.

Veamos cómo se cumplieron. Ya en rebeldía la plaza de Melilla, los tres destructores, desde la mar, debían conminar a la rendición a los rebeldes y caso de no conseguirlo bombardear los establecimientos militares. Dos de los comandantes metieron los barcos en puerto poniéndose a disposición de los rebeldes; el tercero permaneció en su puesto, pero no pudo ejecutar la orden. Al darse cuenta las dotaciones—gracias a la radio y a los telegrafistas que comunicaron a las dotaciones las órdenes que continuamente se recibían del Ministerio, contrarias a lo que estaban ejecutando los mandos—detuvieron a éstos y a duras penas y con averías consiguieron sacar los barcos de puerto y llevarlos a Cartagena. El otro destructor fué a Almería por órdenes superiores y allí evitó, con su enérgica actuación y sin disparar un tiro, que la plaza se sumase a la rebelión.

En el Estrecho de Gibraltar, mientras algunos pequeños guardacostas y el cañonero «Dato» eran entregados por sus mandos en el puerto de Ceuta a los rebeldes, el comandante del destructor que dos días antes había recibido instrucciones directas del gobernador de Cádiz para la vigilancia, en vez de cumplirlas, metió el barco, de acuerdo con los jefes y oficiales, en Ceuta, embarcando el primer núcleo de moros que al ser transportados a Cádiz inclinaron allí la balanza en favor de los rebeldes; pues San Fernando y el Arsenal de La Carraca—también por un trabajo hábil de la Radio dirigida desde el Ministerio—habían pasado de nuevo a nuestras manos al mando del inolvidable capitán de corbeta, Virzilio Pérez, en tanto que el gobernador de Cádiz con el antes citado capitán de fragata y otros militares honrados, se mantenían fuertes en el Gobierno civil. La llegada de los moros acabó con la resistencia de todos aquellos héroes. Al darse cuenta la dotación de este destructor, de la monstruosidad ejecutada, detuvo a los jefes y se puso con el barco a las órdenes del Gobierno.

Merece una alusión el buque planero «Toñín», cuyo comandante al recibir órdenes del

almirante faccioso de Cádiz le contestó por radio que no recibía más que las del Gobierno, marchando seguidamente a Tánger donde se estaban concentrando los demás barcos.

Entretanto el crucero «Cervantes» que llegaba frente a Cádiz, en momentos críticos, con la orden de bombardear los establecimientos militares si no se rendían, continuó dando bordadas en alta mar sin que el mando ordenara siquiera desenfundar los cañones y, cuando ya tenía casi agotado el combustible ante el intento de entrar en Cádiz, la dotación—a la que por radio se le había hecho la indicación—detuvo a los mandos y fué con el barco a Tánger.

Lo mismo hizo la dotación del «Libertad» y, uno o dos días después la del acorazado «Jaime I», al ver la postura franca de rebelión de los mandos.

En todos los demás barcos ocurrió cosa parecida; el crucero «Cervera» no pudo salir del Ferrol y, después de una lucha heroica de la dotación con algunos oficiales al frente, contra los elementos facciosos que se habían apoderado del Arsenal del Ferrol, tuvo que rendirse. Igual ocurrió con el acorazado «España», en larga reparación y con dotación reducida entonces.

En Cádiz los rebeldes se apoderaron del crucero «República» que se hallaba completamente inútil y hundieron el cañonero «Cánovas» que opuso resistencia.

Y así termina el prólogo ligeramente esbozado, de la actuación de la Marina en la actual guerra. En esos momentos nos encontramos con casi todos los barcos sin cuadros de mando técnicos, con unas dotaciones entusiastas y llenas de deseos de servir a la República a las órdenes de su Gobierno y anhelantes de que se hiciera justicia con los traidores; pero manifestándose respetuosos, más que nunca, con aquellos jefes y oficiales con honor que habían sabido cumplir con su deber.

...

El primer capítulo comienza con el envío urgente de algunos jefes y oficiales, en número escaso al principio, enviados a toda prisa a tomar el mando militar de las unidades y formar con ellas la flota. El Estado Mayor de la Armada había quedado reducido a la tercera sección, la Jefatura de operaciones.



Marineros del «Libertad»

que a petición del jefe de la flota se trasladó a ella estableciendo como base de operaciones el puerto de Málaga.

Era preciso cumplir en aquella etapa una doble misión: impedir más transportes de fuerzas de Marruecos a España y mantener, ante los facciosos y ante las naciones extranjeras la certeza de que el Gobierno tenía a sus órdenes toda la flota del país, castigando para ello mediante continuos bombardeos los focos rebeldes del litoral.

A nadie pueden ocultarse las dificultades que tuvo que vencer la flota con escasas municiones, difíciles medios de reparación y falta de organización interna; pero el entusiasmo de las dotaciones y de los pocos elementos técnicos que había hasta entonces, permitió navegar y hacer toda clase de bombardeos, defendiéndose simultáneamente de los aviones rebeldes—por aquella época aparecieron los primeros «Fiats» y «Junkers» de bombardeo—y de las baterías de ambas orillas del Estrecho.

Cierta noche lograron los rebeldes burlar la vigilancia y pasar un convoy de tropas a Algeciras protegido por el cañonero «Dato». A las cuarenta y ocho horas era hundido el «Dato» en el puerto, por el fuego de nuestros cañones.

Esta vigilancia y actividad continua suponían un desgaste de material que forzosamente había de conducir a la caída vertical; pero era preciso actuar en aquella forma, y así lo ordenaba el Gobierno, para evitar que aumentaran su fuerza en la Península los rebeldes y, también necesario, hacer el máximo esfuerzo para acabar una lucha que en aquellos momentos no se creía durase más de varios meses. El mismo cabecilla que mandaba la sublevación en Sevilla comunicaba al «Cabeza visible de turno» que aquel movimiento era popular y no podía prolongarse, y pedía socorro a aquellos contra quienes hoy conspira. Con su llamada coincidió la venida de buen número de aviones «voluntarios». Algunos llegaban a España y preguntaban desde el aire, por radio en su lengua italiana en qué dirección estaba el aeródromo donde debían aterrizar.

En esta época los barcos de guerra alemanes e italianos se dedicaban, sólo, a seguir todos los movimientos de los nuestros y a colocarse entre ellos y los objetivos que se estaban bombardeando. Labor de espionaje cómodo y de provocación continua; pero nuestra flota se mantuvo, entonces como ahora, siempre dentro del más puro derecho internacional.

Los facciosos gracias a la ayuda de la técnica e industria alemana lograron poner en estado de utilización, aparte del crucero «Cervera» y destructor «Velasco», el acorazado «España», y apresurar la terminación de los cruceros «Canarias» y «Balears». Aquellos los emplearon en hostilizar los puertos del Cantábrico y principalmente tratar de impedir el comercio en ellos. Aunque no lo impidieron, sí lo perturbaron y con sus bombardeos consiguieron lo que se consigue generalmente con los bombardeos de costa por buques: un efecto desmoralizante que no estaba en proporción con los daños materiales.

Era preciso tratar de acabar con aquel estado de cosas. Se envió el grueso de la flota al Cantábrico. Naturalmente la flota no vió más que buques alemanes e italianos. Aprovecharon la estancia en aquellas aguas de nuestros barcos para trasladar el «Canarias», listo en aquellos días,—hubiera estado eficaz hecho por el heroico capitán Mellado y unos compañeros más retrasó su salida—juntamente con el «Cervera», a Cádiz y el Mediterráneo.

Nuestra flota en el Norte no se podía sostener por falta de bases apropiadas; todos sus barcos sin excepción necesitaban reparaciones después de tres meses de trabajo continuo e intenso y hubo que retornarla al Mediterráneo, a su base natural.

La organización interna no era lo perfecta que se podía desear. Se combatía con entusiasmo; la disciplina de fondo existía, pero

los cuadros resultaban incompletos y se daba el caso de estar de directores de tiro y jefes de artillería, por ejemplo, personas capaces, pero con unos galones de cabo. Era necesario «arreglar» un poco aquello; no bastaba con que los barcos combatesen y bien. Era necesario que nuestros barcos fueran como los de cualquier nación, con sus cuadros completos, habilitando los que faltaran, con personas capacitadas, escogidas entre los que hubieran demostrado aptitudes y hubieran ido adquiriendo experiencia, e irles completando la capacitación.

Con la vuelta de nuestra flota al Mediterráneo termina lo que a juicio del que escribe será el primer capítulo de la historia naval de nuestra guerra.

Del segundo capítulo es prematuro hablar en estos momentos. La principal misión de nuestra flota ha sido permitir las comunicaciones marítimas y como consecuencia principal e inmediata el surgir de un Ejército y una Aviación con material moderno que ha permitido el milagro de que se equivocaran de nuevo los alemanes e italianos, los que al ver que con sus aviones y sus unidades organizadas de artillería y tanques no podían entrar en Madrid —también la Marina ha defendido modesta y calladamente Madrid desde el Mediterráneo, y así lo reconoció un día «el Campesino» a bordo del «Méndez Núñez»—decidieron la invasión con Ejércitos Regulares enviados masivamente; decidieron también proporcionar a los rebeldes destructores, submarinos, motolanchas y acabarles el crucero «Balears» y (prácticamente) proporcionarles otro más, el «Navarra».

En esta etapa la flota, ya organizada, tiene en su haber el hundimiento del mejor crucero enemigo, crucero que nunca más nos hará daño. Digo fácilmente enemigo y no rebelde, pues esta etapa tanto en tierra como en la mar y en el aire es la de la guerra franca de independencia nacional. Son enemigos de España los que antes podían considerarse buques rebeldes. Ya antes de este combate nocturno había sostenido nuestra escuadra otros, al Norte de la costa de Argelia, con el «Canarias» y «Balears» y en ellos se demostró la superioridad



por el Capitán PEDRO PRADO MENDIZÁBAL

Jefe del Estado Mayor de Marina

Coincidió la decadencia histórica del pueblo español con el olvido de este axioma.

En esta última década hay algo más todavía, que estamos aprendiendo hoy y no deberemos olvidar mañana; antes tenía asegurado su aprovisionamiento y comercio el que tuviera una flota suficientemente potente. Hoy no basta: Hace falta, también, una flota AEROMARITIMA que complemente a la primera en perfecta coordinación con ella.

Mirando a la actual guerra y al porvenir debemos pensar siempre en hacer cada día más potente nuestra Marina de Guerra y nuestra Aviación Marítima. ¡Miramos siempre el mar que baña nuestras costas y el aire que hay encima de él!



Los destructores en Cartagena

dad táctica y artillera de los nuestros, inferiores por otra parte en cualidades de su material.

...

No quiero dejar la máquina sin hacer una consideración, que no por harto sabida, es de menos interés. El hombre está físicamente constituido para vivir sobre tierra; pero desde que su ingenio le permitió trasladarse por el agua, hubo de luchar para tener aseguradas sus rutas marítimas si quería desarrollar su vida terrestre.

Dejemos los calificativos sin escribir.



# La artillería española durante los dos años de guerra

## Balance

La premura con que me veo obligado a redactar el presente artículo me impone limitaciones de tiempo y espacio.

De otra parte, las limitaciones se acentúan en primer término por una elemental discreción de guerra, y también por el firme propósito de eludir por ahora y, desde luego, en esta ocasión, temas o conclusiones que, aun exclusivamente profesionales, pudieran constituir, o sugerir al menos, materia polémica.

Y, sin embargo, es tanto mi deseo de contribuir al propósito del «extraordinario» de esta gran revista militar y de colaborar en esta oportunidad, haciéndome digno, siquiera por mi esfuerzo, de que mi firma figure entre otras de valores positivos de nuestro Ejército, que intento presentar aquí la formación y progreso de nuestra Artillería en estos dos años de guerra; en lo compatible con aquellas limitaciones.

La que más me preocupa, naturalmente, como a todo militar, es la que impone la discreción de guerra; y justamente es ésta la que impide explicar con cierta amplitud lo que más podía despertar el interés de los profesionales y la curiosidad de los ciudadanos de cualquier país preocupados legítimamente de su defensa: cómo se ha resuelto el problema magno de la formación y articulación total de una Artillería dentro del cuadro de la formación de nuestro Ejército. Porque todos, en efecto, tienen, sobre todo desde la llamada Gran Guerra, ideas más o menos concretas de las dificultades y problemas que entraña una movilización para pasar del «pie de paz» al «de guerra». Pero el caso nuestro, quizá único en la Historia Universal, consiste, como todos saben, en haberlos encontrado ante el problema integral; arrancado de cuajo, por causa de la inmensa traición, hasta el entramado o envigadura del Ejército; pérdidas, por consiguiente, casi por completo las bases de desdoblamiento e inutilizables las que quedaban, entre otras razones, por una medida elemental de profilaxis antifascista. Inutilizables también las escasas previsiones de movilización que tenía el Ejército español, puesto que debíamos aprovechar la magnífica ocasión que se nos presentaba para operar en blanco, formando desde sus mismas raíces un nuevo Ejército de tónica popular y estructura bien distinta que aquel que en buena hora, después de todo, habíamos perdido, porque además de ser enemigo del pueblo, y por serlo, era muy malo. A acometer esa labor, y en tales términos, estábamos obligados especialmente los que habíamos concebido esa renovación profunda y habíamos luchado por ella, pero nos habíamos encontrado siempre ante el escollo de la transición. Y he aquí que lo que la República no había ni hubiera podido conseguir por vías de pacífica mecánica democrática, nos lo venían a facilitar ellos mismos, los sublevados, planteándonos el hecho revolucionario, por el que el Régimen, cargado una vez más de razón, podía hacer lo que antes no le había permitido su elevado sentido cívico y su generosidad: suprimir el Ejército que no había estado jamás dentro del Régimen, y, por fin, se había situado abiertamente enfrente, agrediendo a mansalva.

Y todo este problema, que para nosotros alcanzaba las proporciones dichas, no ya de movilizar, sino de formar un Ejército, había que resolverlo en medio del tráfico apremiante de la guerra con un enemigo que, por contraste, apenas había tenido que movilizar, puesto que desde el principio le dieron hecha la movilización por vía de refuerzo con toda clase de elementos y Grandes Unidades completas los regímenes extranjeros fascistas; sin cuyo concurso, concertado de antemano

el precio de nuestra Patria, no se hubieran atrevido los facciosos a sublevarse.

Ciertamente, la solución de un problema como el nuestro parecía punto menos que imposible para cualquier país. Y porque así lo creyeron en el extranjero decidieron desde luego, y sin más, que no lo resolveríamos nunca, y nuestra fuerza militar no pasaba del estado caótico, ni los militares profesionales leales habríamos de ser capaces de otra cosa que de una pura demagogia militar sin sentido constructivo alguno ni capacidad creadora y organizadora. Y así, durante algún tiempo hemos podido leer con cierta amargura para nuestro espíritu universal—tan substancial con el español de buena cepa—las injustas apreciaciones de algunos profesionales extranjeros que demuestran, aparte una información deficiente o tendenciosa, que la aberración del fascismo ha llevado su acción corrosiva incluso a las puras esferas de la doctrina militar universal.

Pero, refiriéndome concretamente a la Artillería, día llegará, profesionales del mundo, en que terminada nuestra guerra, podamos presentar con toda amplitud cómo, merced a la excelente materia prima de nuestro Pueblo y al sentido, no solamente constructivo, sino progresivo de nuestros profesionales, ha sido posible (empleando expresiones recientes de alguno de los profesionales extranjeros que compensan a las aludidas en el párrafo anterior), cómo ha sido posible «pasar del caos al orden» y cumplir nuestros propósitos iniciales de organización y capacitación de nuestra Artillería, cuyo simple enunciado y esperanza en los primeros días de nuestra lucha «parecía algo del dominio del sueño». Y así como el gran maestro de Artilleros, el Inspector General de Artillería de Francia durante la Gran Guerra, general Herr, pudo presentar la evolución del Arma durante la misma y las grandes enseñanzas deducidas, quizá no carezcan de interés, aleccionamiento y sentido progresivo los materiales de experiencia acumulados por este «Inspector rojo de vía estrecha» en cuanto a la adaptación a nuestro caso tan especial y nuevo de las doctrinas mejor sancionadas durante la Gran Guerra y depuradas ulteriormente en la postguerra; así como los mecanismos de formación ágil de nuestra Artillería y las soluciones improvisadas en cuanto a organización, dotaciones, cuadros, mandos, aprovechamiento de recursos en materiales antiguos, empleo táctico, servicios auxiliares, técnica y experimentación, planificación de la producción y el consumo de municiones tendiendo a sincronizar ambos términos... y tantos otros problemas que constituyen la complejidad peculiar de nuestra profesión; sin olvidar las enseñanzas tácticas deducidas del empleo de la Artillería conjugada con el de otros ingenios, el empleo de alguno de los cuales, si bien se inició durante la Gran Guerra, en la nuestra ha alcanzado proporciones quizá en aquel entonces insospechadas que pudieran marcar virajes francos a las orientaciones de la doctrina militar hasta ahora seguidas, afirmándonos en cambio decididamente en otras que venían apuntando con más o menos timidez.

Me he detenido, quizá más de la cuenta, en las consideraciones de los párrafos precedentes porque ellas equivalen a una especie de «declaración de principios» que ha de facilitar y aligerar la exposición subsiguiente, ya que debe permitir apreciar, en lógica concatenación, que la formación de nuestra Artillería se ha inspirado, como era indispensable, en los postulados que se derivan y encajan en el cuadro general expuesto de nuestro problema militar.

Pero, además, porque en tales consideraciones precedentes palpita esta otra preocupación que debemos tener cuantos militares hemos merecido que se nos llame «revolucionarios»: La de no perder de vista el punto de partida de nuestras aspiraciones de renovación y pro-

greso; y es más, la fina sensibilidad con que debemos en todo momento reaccionar; en la medida de nuestras correctas posibilidades contra toda desviación y síntoma de retroceso a los atavismos y vicios pasados. Porque, si compañeros, principalmente los que desempeñáis los altos puestos o cargos de mando, dirección u organización: ni nuestra disciplina ni nuestra pedagogía militar, ni la exposición y aplicación misma de nuestra técnica, ni la estructura de nuestro Ejército, ni nuestros modos, ni nuestro estilo... pueden ser en modo alguno intercambiables con los del Ejército enemigo; que más que enemigo es nuestro «antípoda» en cuanto a las ideas y procedimientos. Antes bien, aceptemos las cualidades primarias de nuestro pueblo y saquemos el mayor partido posible del modo con que se nos ha presentado el problema de la formación de nuestro Ejército; es decir, no adoptemos la actitud de «resignados» ante lo que pudiéramos creer defectos y circunstancias contrarias a los clásicos o habituales modos de la profesión militar, pues muy bien pudiera suceder, y de hecho se ha visto que ocurre en muchos casos, que fueran tales modos los que había que revisar, y hubiera que felicitarse de que el avatar de nuestra guerra nos hubiera deparado este benéfico y mutuo influjo del pueblo y la profesión militar hasta llegar a la fusión ideal que de consuno imponen los postulados democráticos y la modalidad integral de la guerra moderna; fórmula no alcanzada con tal plenitud en otros países. Ejércitos de los mejor organizados. Así, pues, ¡alerta! porque basta, en efecto, que nos dejemos arrastrar a un mando autocrático sin flexibilidad ni matices, que confundamos la tenacidad con la obstinación o el prurito de amor propio, que se confunda la disciplina «férica», que es necesaria en la guerra, con la «ciega» que es poco eficaz e inoperante en los momentos difíciles, confundiendo la comedia con la eficacia en el mando; basta que nuestra pedagogía no maneje otro resorte que el castigo sin acudir a otros estímulos espirituales; que nos remontemos a una técnica pura especulación profesional, hipertrofiada, ampulosa e inasequible; que no tengamos cuenta para nuestras organizaciones la flexibilidad que deje el libre juego y explotación de nuestra espléndida iniciativa individual; basta cualquiera de los defectos citados u otros análogos para que sin darnos cuenta hayamos retrocedido. Basta, en suma, con que nos dejemos seducir por el espíritu absorbente y comodidad del mando para que hayamos caído en aquel postulado fascista de «que el jefe tiene siempre razón», cuando ni el mismo jefe, cismo se ha atrevido a extremar la idea de esta frase hasta garantizar «que el jefe siempre tiene éxito». Y basta, por último, considerar la complejidad de la guerra moderna y la diversidad de elementos y especialidades técnicas puestas en juego como el «escollo del Mando» antes que como «dificultad» del mando mismo que tiene que coordinar tan diversos y contrapuestos factores en integración fecunda; bastaría incurrir en semejantes deformaciones para que se aproximen de un modo consciente o subconsciente al grito de «¡muerte a la inteligencia!» que pronunció el faccioso de llán Astray.

Voy, pues, finalmente, a entrar en el somero repaso de la actuación y problemas de la Artillería en los dos años de guerra, que me permite, al propio tiempo que me impone, cuando, como ahora, se me brinda ocasión para ello, la circunstancia de haber desempeñado el cargo de Inspector General de Artillería

Por el Inspector General de Artillería

Coronel Luis Fuentes

de los primeros días de la campaña. Pero, por las consideraciones expuestas precedentemente, y aun sin salirme de la órbita profesional no debo caer en el exceso a tal respecto, y, menos, en la ocasión presente. Por todo ello prefiero adoptar la forma episódica sin perjuicio de que a lo largo del pentagrama del relato procure destacar las notas que acusan etapas bien definidas en el proceso de formación de nuestra Artillería y resolución de sus diversos y complejos problemas, cuyo índice se esboza en uno de los párrafos anteriores.

## Los jalones extremos que simbolizan el progreso de nuestra artillería

Primer día de la sublevación; mejor dicho, primeros momentos decisivos

¡La Artillería rompe el fuego!  
Primeros disparos de la guerra; rápidos, feroces. Son los que se tiran sobre el Cuartel de la Montaña; los que despiertan sobresaltados a los vecinos de Madrid que, ¿cómo habrían de sospecharlo entonces?, comienzan en ese despertar su duro entrenamiento de guerra. Son los que avisan a los fascistas emboscados y cobardes que ha llegado el momento, por ellos tan soñado, de que «los militares» vienen una vez más a «sacarles las castañas del fuego» y que, terminado el «episodio», van a seguir disfrutando sus privilegios con mayor comodidad. Tampoco éstos sospechaban el «efecto táctico» de aquellos disparos.

Se ha reunido para producirlos una Artillería improvisada: piezas sueltas que no llegan a la media docena, procedentes del Parque de Madrid, pero ¡las únicas! que en esos momentos contamos como inequívocamente leales; servidas por personal obrero del mismo Parque y mandadas por oficiales leales.

«Precisión» de aquellos disparos: histórica. Su efecto moral determina la rendición del punto neurálgico central de la sublevación que, sin valor ni gallardía, se desmorona después en los Cantones de Madrid al empuje del pueblo armado; lo que nos proporciona el primero y exclusivo puñado de cañones procedentes de los Regimientos de Artillería de esos Cuarteles. Con esas piezas hemos de hacer frente a las contingencias ulteriores. Y esas piezas son nada más, y nada menos, el germen de desdoblamiento, los cienientos, de la Artillería en la región central.

En las otras regiones también han repercutido aquellos disparos, frustrando el propósito de los capitosos facciosos de apoderarse del país sobrecogiéndolo con un efecto de fuerza militar fácil y rápido e implantando la dictadura casi tan de barato como en 1923.

Aquellos disparos, pues, dieron «en la cresta» de la sublevación.

«Oportunidad»: de «fillo de cuchilla». Momentos más tarde, los facciosos difundiendo por las calles y enlazando con los Cantones ¿quién sabe el rumbo inicial que hubiera tomado la sublevación?

También se inicia la actuación del Parque de la manera más brillante: al Parque de Artillería de Madrid, que merece se hable de él más despacio, le corresponde la gloria impecable de haber armado al pueblo en los primeros momentos; otra vez, puesto que la anterior fué en Monteleón bajo los auspicios

de Daoiz y Velarde; de cuyo espíritu somos los Artilleros leales los únicos descendientes legítimos. Y tanto más, cuanto que también «otra vez», y como ellos, hubo que resolver a favor del pueblo conflictos entre deberes y choques con autoridades, atentas, por lo menos, a la mecánica puramente formal de la disciplina, pero carentes de la visión en anchura y alcance que el momento histórico requería.

He aquí a «galope de pluma» la primera actuación de la Artillería y sus resultados.

## Operaciones sobre la cabeza de puente de Balaguer

Nuestras Unidades de la Reserva General de Artillería (R. G. A.), que constituyen uno de nuestros frutos mejor logrados, dotadas de adecuados, aunque no numerosos, elementos de desplazamiento y de excelentes suspensiones elásticas de invención y fabricación de españoles, acuden a CONCENTRARSE sobre el frente en rapidísima MANIOBRA ESTRATEGICA DE LOS MATERIALES. Y además, correcta, porque no vulnera el juego clásico de la inalterabilidad de la Artillería orgánica y el refuerzo mediante la R. G. A.

Se reúnen sobre el «frente de operaciones» cerca de 300 piezas y sobre el «frente de batalla» previsto por el Alto Mando como de «máximo esfuerzo» se prepara la organización de una «masa» de 150 piezas.

El Servicio de Información de Artillería (S. I. A.), con sus Secciones especiales de observación conjugada y de Localización por el Sonido, está desplegado en el frente de un modo permanente en «toda la amplitud de sus enlaces» y en «toda la profundidad de sus escalones» y trabaja con eficiencia sin desconocer los emplazamientos de las Unidades de Artillería enemiga ni los movimientos y circulación en el campo contrario; intensificando la vigilancia y trabajo en los días que preceden a la operación, cumpliendo plenamente el postulado de la observación: «continua, paciente y apasionada».

El Servicio Topográfico Artillero (S. T. A.), reforzando sus equipos, y tras recibir del escalón superior, vinculado a la Inspección, los cálculos de coordenadas de vértices geodésicos, así como también los planos cuadrículados, trabaja febrilmente en preparar a nuestros Grupos emplazamientos correctamente situados topográficamente, «amarrados» a los vértices, que garanticen la precisión de nuestros tiros; y al propio tiempo difunden la cartografía y repertorios de coordenadas.

Mientras, sobre la «zona de despliegue de la masa» se establecen las transmisiones cuya cifra de tendido de cable telefónico rebasa los 600 kilómetros.

He aquí el trabajo de preparación silencioso, sigiloso podíamos decir, con que la Artillería procura «tenerlo todo hecho» para que en el momento oportuno no haya más que entrar en Batalla, también sigilosamente, y romper el fuego. Porque en cuanto llega este momento, cuando la Artillería comienza a hacer oír su potente «voz», es, naturalmente, el «período de indiscreción» y, por lo tanto, hay que afinar todo lo posible en el «período mudo» de la preparación para buscar en todo caso la sorpresa; el «golpe inopinado» sobre el enemigo.

Y llega la noche que precede a nuestro ataque. La gran masa de Artillería se desliza sin ruido y sin luces que la delatan al enemigo, ocupando los puntos jalones topográficamente y tomando el dispositivo de despliegue en enorme tenaza que abarca de cerca las líneas contrarias. La sorpresa se consigue plenamente merced a la agilidad y precauciones de nuestra Artillería; y al comenzar la batalla nuestra superioridad es rotunda por cuanto el enemigo no presenta en línea de



fuego más de tres baterías (12 piezas) y una de defensa contra aeronaves, frente a la cifra muy superior de nuestra masa. Ciertamente es que confía en la fortaleza de sus líneas defensivas, pero no tanto que no vaya ulteriormente acumulando refuerzos por Grupos enteros de Baterías; mas su dispositivo artillero es tardío.

He aquí, pues, el conjunto de nuestra Artillería extendido a lo ancho del frente y en la profundidad proporcionada a los alcances, calibres y misiones; enlazada, articulada en sus Agrupaciones normales; completos sus Mandos, tanto los orgánicos como los tácticos, formando esa peculiar trabazón «armónica y solidaria»; el cuadro de sus oficiales terminando el trabajo de preparación de las Planas Mayores de los escalones superiores, y registrando, en fin, sobre las modernas «fichas de objetivos» los datos iniciales de tiro; otros al frente de los observatorios principales y de los destacados y de enlace con la Infantería.

La Artillería, en suma, presta a servir con las posibilidades de una técnica correcta, el problema táctico fijado por el Mando en su «Decisión»; y a seguir las ulteriores incidencias del mismo; cumpliendo con las dos cualidades del Arma específicas por excelencia: la «manobra de los fuegos», la más flexible de todas; la reserva de fuegos, la única «siempre disponible» para el Mando. Tratando de aminorar, en cambio, la cualidad específica más desfavorable: la pesadez de la «manobra de los materiales», la más pesada de todas; tratando de aminorar estos inconvenientes en fuerza de previsión para los futuros desplazamientos progresivos y de riesgo en la situación avanzada de las Unidades para aprovechar mejor los alcances y para tirar «lejos» pero no «desde lejos».

Y comienza la batalla: la Artillería, tan bien preparada como se ha relatado, CONCENTRA o DISPERSA sus planos de tiro en fases sucesivas del combate logrando con soltura el mecanismo más difícil de la táctica de los fuegos; el que pone a prueba los Mandos, Cuadros, Enlace, técnica en los transportes de tiro... en fin, todos los elementos artilleros que integran el conjunto.

Las concentraciones van alcanzando las calidades precisas, y aunque al principio no son muy cerradas (los Mandos subalternos de Batallería se resienten todavía un poco) acaban



por conseguirse «masivas» y además «violentas» e «inopinadas».

Se alcanza para muchas de ellas la «receta» de las instrucciones técnicas del Inspector General de Artillería: tres mil disparos en un cuarto de hora sobre un mismo punto de concentración.

Nuestra Artillería, aprovechando todas las enseñanzas anteriores pero «estilizándolas» y acomodándolas a un principio de «severa economía de esfuerzos» en los materiales y municiones, «excluye todo lo que estorba y además no es absolutamente necesario»; y, por tanto, ha superado desde luego el viejo concepto de la «destrucción» larga y onerosa; porque además «destruir no es borrar»; quedan ruinas, y de ellas y los mismos embudos de nuestros proyectiles constituyen nueva organización del campo enemigo, de otra fisonomía distinta de la primitiva, es cierto, pero en la que se instalan las mismas armas automáticas no vulneradas u otras de repuesto. Es, por consiguiente, ese efecto de «desorganización», seguido del inevitable pero forzado cambio de organización, lo que nuestra Artillería principalmente puede y quiere conseguir, y entre ambos, un tiempo de «transición» proporcional al efecto moral de nuestra concentración, que debe ser, si está bien lograda, aniquilador; produciendo en el campo enemigo lo que nos hemos permitido llamar un verdadero «colapso». Esta es la moderna «brecha en el tiempo y en la moral» que sustituye, salvo casos especiales de posiciones muy fortificadas, a la «brecha en el espacio». Por consiguiente, es «cuando» se produce y «mientras» no se vuelve a cerrar, cuando y mientras pueden aprovecharla nuestros infantes. Pero todo esto debe ir en «pieza separada»; esto es, constituye otro tema que muy bien pudiera intitularse «Enseñanzas deducidas en relación con la Artillería en los dos años de guerra».

Al llegar ese momento el conjunto artillero, que había venido actuando en una sola mano, y perfectamente «marchando a compás», descentraliza algunas de sus Unidades para que se conjuguen más íntimamente con nuestras Divisiones durante el «combate» y los Grupos de «apoyo directo», desde la concentración, pasan «sin solución de continuidad» al tiro de «sostén inmediato» de nuestra Infantería, mientras otras Unidades emprenden la característica acción artillera de «profundidad» en la que, hasta donde llegan sus alcances, no hay otro elemento que la ventaja en «persistencia» y «precisión». Otras Unidades mantienen el «desgaste moral» en el campo enemigo e impiden u obstaculizan con sus tiros de «interdicción» la llegada de los refuerzos enemigos.

Desde la fase del «empeño» siguiendo durante el «ataque», las «guerrillas de proyectiles artilleros» preceden a las de infantes y a nuestros carros de asalto ligeros que avanzan con audacia. Como es natural, la suerte es diversa en distintos puntos, pero en muchos se aprecia perfectamente desde nuestros observatorios cómo nuestro fuego desaloja al enemigo de sus trincheras, y antes de que vuelva a reintegrarse a ellas penetran nuestros infantes llevando en la punta de sus fusiles la Victoria. Hasta ese momento el artillero no ha podido pensar en nada, absorbido, como debe estarlo, por el enlace con la Infantería; con los gemelos clavados en las incidencias de la progresión de ésta y con el pensamiento embargado en las noticias que de ella se reciben. Pero al llegar ese momento, en esa clara fugacísima, en ese descanso instantáneo que procura la visión plástica de la Victoria, encuentra unos instantes para pensar, para desenlazar un momento; son en los que envidia noblemente la gloria combativa del infante, tan fresca e inmediata.

Pero es poco tiempo; inmediatamente piensa y realiza con rapidez de «reflejo» los «tiros de detención», las «barreras» fijas de fuego que han de tener a raya al enemigo en su natural intento de contraataque.

El enlace con la Infantería, sobre todo desde el momento de la «descentralización» parcial, se mantiene a favor de la superposición de Puestos de Mando (P. C.) de Infantería y Artillería, y de los observatorios de enlace destacados en las mismas barbas del enemigo; funcionando perfectamente en el escalón de

Cuerpo de Ejército (C. E.), algo más precario en el de División, y mal en el de Brigada y escalones subalternos. He aquí una tarea en la que nos falta todavía mucho por hacer. También sacar mayor rendimiento a las Baterías de «acompañamiento inmediato», explotando las magníficas cualidades de sus materiales. En realidad, el enlace, ya lo saben los profesionales de todos los países; es algo que nunca se abarca por completo; pero por lo mismo las Armas Combatientes debemos dedicar a este asunto nuestra principal preocupación y nuestros mejores esfuerzos. Lo contrario sería dejarnos llevar a una hipertrofia puramente especulativa de la técnica de cada Arma o a una suerte de deportivismo profesional particularista, quizá éticamente plausible o disculpable, pero desviado, cuando no contrapuesto, de la visión integral y del fin esencial a que concurren todos nuestros esfuerzos: derrotar al enemigo y pisar su terreno ocupando los objetivos propuestos. Estas son cosas muy conocidas; ya lo sé, pero, por eso...

Ahora bien, lo principal está logrado; está conseguida plenamente la solera espiritual del enlace; esto es, la cordialidad así como la comprensión y mutua confianza. No ha sido fácil ni corto el llegar a ello, pues, aparte la dificultad genérica aludida, existían estas dos específicas: en primer término, idiosincrasia racial que tan difícil nos ha hecho siempre el enlace en España, pero así como la dificultad ha llegado para unos españoles hasta la rotura definitiva, llevándonos a esta guerra, otros hemos sabido unirnos entre sí, mejor que ellos entre ellos mismos, y nuestro espíritu antifascista alcanza a convertir las interferencias en soldaduras; la otra dificultad dimanaba, sobre todo al principio, de la indole misma de nuestra guerra, puesto que entonces no estaba alcanzado el grado de capacitación militar por parte de todos ni, menos, como era natural, legítimo y hasta saludable, el de mutua confianza antifascista.

Con grata morosidad me he detenido en este aspecto del enlace porque, en efecto, la operación que nos ocupa y que presentamos en razón de su coincidencia aproximada con la fecha de aniversario, es lo cierto que tal coincidencia parece escogida adrede por cuanto la verdadera y trascendental coincidencia consiste en que a su vez esta operación es la que marca la etapa de superación en el expresado aspecto básico del enlace. Nunca mayor la oportunidad para crear el «emblema de solidaridad» que tan acertadamente se ha establecido para nuestro Ejército.

Desearía terminar con esto mi exposición, pero aun debo examinar otros puntos interesantes de actuación.

La «contrabatería», merced a la perfecta conjugación entre el S. I. A. y las PP. MM. de los mandos artilleros, ha sido, cual debe ser, «oportuna y estricta». Quizá no tanto en cuanto a la última cualidad, pero justificado porque la superioridad de nuestros fuegos nos ha permitido un poco el lujo de batir todas las baterías enemigas y en todo momento, con

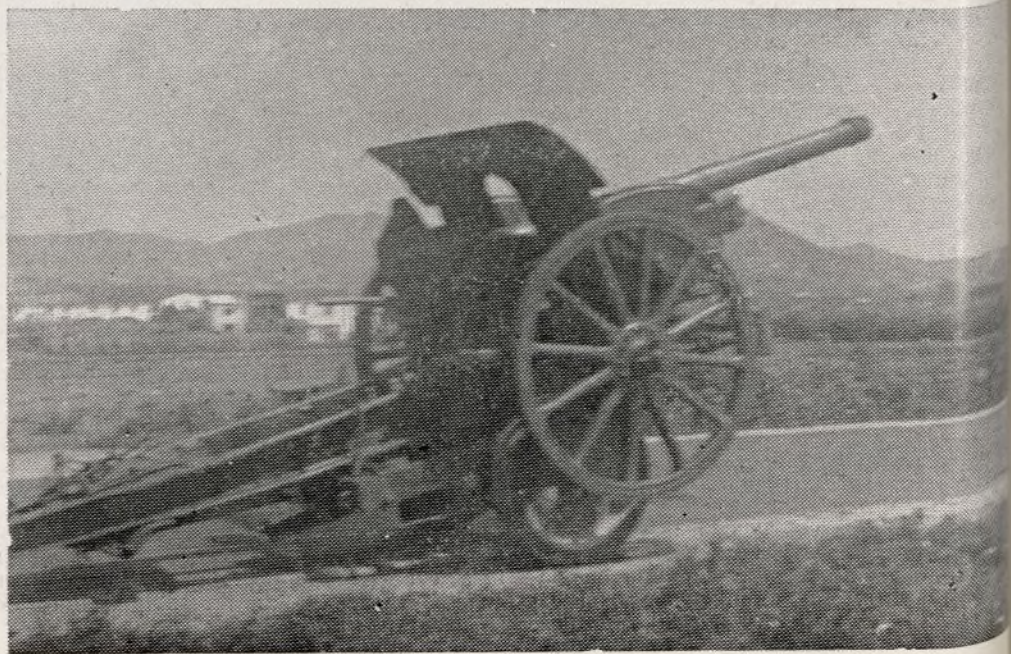
tenazas de planos de tiro superiores en cifra por nuestra parte. Y en esa «esgrima de trayectorias» hemos conseguido vencer, acallando por completo las baterías contrarias antes de cuarto de hora de comenzar su fuego en los distintos días de operación. Hemos podido incluso hacer la contrabatería de las piezas contra aeronaves, lo que ha permitido a nuestra gloriosa Aviación actuar desembarazadamente en unos de sus días mejores de «acción de masa» y sobre todo «sin solución de continuidad».

Pero al llegar a este punto me asalta la sospecha de que algún profesional de espíritu crítico, o crítico, exclame que todo lo dicho son en general conceptos conocidos sobre lo que debe hacer la artillería. En cuanto a lo primero, me cumple decir que no escribo esto para profesionales sino con un sano propósito de divulgación que me brinda esta gran revista militar. Y en cuanto a lo segundo, que interesa es saber que lo expuesto y relatado no es ya, afortunadamente, lo que nuestra artillería debe hacer sino lo que puede hacer y ha hecho en ese reciente caso visto y vivido, y que se compendia en esta síntesis:

«Una rápida y flexible maniobra estratégica y táctica de los materiales, y una maniobra de los fuegos *gran estilo* cual puede apetecerse para una Artillería moderna; en vías de perfeccionamiento el mecanismo del enlace pero adquirida ya la solera espiritual del mismo.»

No ha desmerecido la «maniobra del municionamiento», porque se han movido y distribuido con toda oportunidad y regularidad unos cien mil proyectiles para un consumo efectivo de sesenta mil. Completos y articulados los escalones de Parques y Depósitos de las Reguladoras hasta las primeras líneas lo mismo para el municionamiento de Artillería que para el de Infantería, perfectamente entrenado el mecanismo de distribución y control por parte de los Mandos Artilleros y sus expertos delegados en esta función. Y al último, es interesante señalar que el consumo se ha mantenido severamente dentro de los «módulos» establecidos por la Inspección General de Artillería, y que, por consiguiente, una vez más —y ésta es una de las más significativas por la magnitud de las cifras citadas— el control del municionamiento se ha efectuado como desde hace tiempo, y salvando errores y desviaciones de la primera época de nuestra campaña, por sus naturales causas facultativos, pero, sobre todo, de una manera que pudiéramos decir «racionalizada», en cuanto «administra el municionamiento» función de la «buena administración de fuegos»; esto es, que el control del municionamiento artillero tiene por «argumento» sentido tácticotécnico y no una mera y rígida distribución.

Pero al tratar del municionamiento es justo dirigir la mirada más a retaguardia de las Reguladoras, a los Parques Base, y aun más atrás en la «zona del interior», porque para abarcar todo el extenso y complejo panorama artillero ha de tomarse hoy día en consi-





ración lo que pudiéramos llamar el «peso de una operación», así como su «límite» en cuanto a municionamiento; que pudieran ser tales que no permitieran realizarla, al menos con la amplitud prevista por el Mando; sin contar con el alargamiento imprevisto; esto es: no perder de vista este efecto reversible en el planteamiento de las operaciones.

Y es justo, desde otro punto de vista, reconocer que para que el proyectil produzca finalmente el efecto espectacular del «impacto» es precisa la labor no espectacular sino, antes bien, ignorada o poco conocida, sobre todo en la guerra, de esos obreros manuales pero inteligentes y abnegados que del esfuerzo pleno de cada día aun pueden y quieren sacar fuerzas cuando llega la necesidad extraordinaria; tal ha ocurrido en el caso que presentamos, de lo que dan idea las cifras de proyectiles empleados. Y el Alto Mando puede contar, para facilidad en aquellas previsiones aludidas, con que este esfuerzo se produce indefectiblemente.

Y la explosión fugaz de un proyectil representa muchas horas de trabajo. Sin contar que hay que producir algo de más bulto que los proyectiles: es emocionante para el que siente de verdad nuestra guerra asomarse a las puertas de los hornos y ver que es una realidad y no un sueño, como lo hubiera estimado cualquiera que conozca someramente el esfuerzo que eso ha costado en otros países y en otras guerras; que allí hay en efecto «baterías líquidas» al blanco deslumbrante del acero en fusión; y que, asistidas en ese «parto» de los hornos que es la «colada» por quien dejó otros más lucrativos por venir a conseguir éstos, perdiendo en el cambio dinero y tranquilidad, pero con iguales relevantes cualidades, prontamente los lingotes se forjan, templan y mecanizan con la rapidez, con el ahínco que esos obreros ponen en la tarea, porque saben que esas armas son para defender su Causa y para una guerra de defensa. La más legítima en todos los aspectos del panorama nacional e internacional. Y así, en contraste con el brillo y estímulos individuales de las batallas, estos obreros trabajan en «perfecta colectividad», sin aquellos estímulos, sin relieves personales, pero sí con riesgos, puesto que a los accidentes inevitables de su trabajo se añade ahora el aumento natural de estos accidentes, y, sobre todo, el bombardeo de los aviones enemigos, que buscan nuestras fábricas entre sus objetivos preferentes. Dirigen esta labor hombres de excepcionales cualidades de dinamidad, capacitación y antipapelismo; hombres, en fin, de los de realizaciones inmediatas; sin olvidar a los de elevada técnica que llevan la experimentación, enlazada con la de aquellos otros que con serenidad singular realizan profundos estudios y experiencias y construyen tablas de tiro en los mismos frentes de primera línea; muy señaladamente en Madrid, porque allí es donde tenía que producirse ese fenómeno para estar a tono con ese Madrid «donde se va al frente en tranvía». Y así, todo ese magnífico conjunto; también en este caso esa «concentración» de voluntades, esfuerzos y capacidades, produce al que la contempla entre el abejorreo monorrítmico de los motores y las máquinas, ese efecto de incesante colmena, en la que no suele haber más zángano que el Inspector General de Artillería, cuando le invitáis a ver esas baterías líquidas y contemplar vuestro trabajo; y que si en esos momentos no trabaja, sino que ve trabajar, bien los aprovecha, en cambio, para obtener de ello una de las más fuertes bases de su optimismo y de su fe en nuestros destinos y posibilidades. Y quiere, en pago, rendiros desde aquí el tributo de esta afirmación responsable: Por vosotros no han faltado proyectiles jamás a la Artillería; quizá si alguna vez no han llegado a tiempo, en la cifra conveniente, habrá sido por dificultades en los transportes, dilaciones burocráticas o por no estar completamente a punto el engranaje del municionamiento a través de todos los escalones; pero, por vosotros, jamás.

Falta por examinar el aspecto de los desperfectos y consiguientes reparaciones en el material, lo cual es tanto más interesante porque estas operaciones, además de marcar una etapa tan señalada como se ha hecho resaltar en el progreso del «Enlace», arrojan en cuanto al material y control de las municiones la siguiente importantísima enseñanza:



za, que quisiéramos hacer resaltar como merece ante los mandos y combatientes en general:

Siendo una de las operaciones en la que han concurrido en mayor grado estas dos circunstancias: acumulación de materiales y consumo de municiones, es, sin embargo, en la que menos piezas inutilizadas hemos tenido; hasta el punto de que en toda la extensión del frente de operaciones y en medio de una cifra de piezas en actividad cuya magnitud se ha referido al principio, hemos tenido una sola inutilizada definitivamente. Caso insólito, ciertamente afortunado, pero prueba patente, en primer término, de la perfección en la fabricación de proyectiles y demás elementos, así como en el cuidado y conservación del material por parte de las Unidades; pero también consecuencia lógica de la moderada velocidad de fuegos. Esto es, que las concentraciones de la «preparación» y los fuegos de «protección» y «sostén inmediato» se han conseguido con la mayor intensidad y volumen y, sin embargo, sin esas velocidades de fuego que deshacen el material y hacen perder el control del consumo de municiones. Y es que «el efecto de masa de fuegos no se consigue a expensas de la velocidad, sino a expensas de la masa de materiales proporcionada». La cuenta, en efecto, es bien sencilla: aquellos citados 3.000 disparos en un cuarto de hora, para 150 piezas no llegan a representar dos disparos por minuto, que es una cadencia media menos que moderada; y, por consiguiente, cualquiera de los factores en juego puede variarse mejorando todavía el rendimiento, o sea que puede hacerse una concentración más violenta, doble, por ejemplo 6.000 disparos; pueden, en cambio, hacerse los mismos 3.000 en la mitad del tiempo, con lo que el valor relativo de la violencia es el mismo; y puede, por último, sacarse la consecuencia consoladora de que tenemos un margen de disminución en el número de piezas acumuladas, al menos en lo que se refiere a la acción de masa preparatoria, aun cuando fueran necesarias para la repartición de las otras numerosas y diversas misiones a través de la batalla.

En todo caso, queda también demostrado el excelente resultado obtenido en cuanto al aspecto que estamos tratando, porque la Artillería en esas operaciones ha estado más en la mano de sus mandos peculiares; su control, por consiguiente, ha sido más «responsable» en su técnica y empleo. Y, sin embargo, ello no ha sido incompatible, antes bien, ha favorecido su conjugación con los demás elementos combatientes y con los mandos, según se ha expuesto anteriormente.

Aun se saca de esto otra derivación favorable; este control en el empleo táctico nos permite fijar «módulos» mucho más estrictos que los antiguos que estaban fijados atendiendo más que nada al límite de volumen y tonelaje que era posible hacer llegar a la

línea de fuego en continuidad, y en cambio los nuestros obedecen, como se ha dicho, a una idea central, comprobada por la experiencia, en relación directa y exclusiva con las necesidades de tipo técnico-táctico del fuego mismo. Y he aquí una nueva razón en apoyo de lo que manifestábamos en uno de los párrafos anteriores; esto es, de la necesidad del control facultativo en la distribución de municiones desde el origen; pues ocioso parece recalcar el interés que esta economía tiene siempre, pero sobre todo en nuestra guerra.

Como final y colofón de todo lo expuesto, he de tratar, por último, de la disciplina y moral combativa de la Artillería; pero, naturalmente, con la sobriedad con que me corresponde hacerlo.

La disciplina de la Artillería brota y se mantiene de un modo natural: la misma pieza es un aglutinante. Por otra parte, el volumen de nuestra Artillería, que por ser tan pequeño al principio nos permitió mantenerla con sus cuadros y efectivos profesionales leales, ha ido creciendo a un ritmo que, si bien nos ha planteado serias dificultades, como puede comprenderse, de organización y dotaciones, nos ha permitido, en cambio, realizar a tiempo las previsiones concebidas con oportunidad respecto a la formación de sus cuadros de oficiales. Este mismo volumen ha permitido también encontrar número suficiente de jefes y matizar sus destinos con arreglo a sus cualidades en todos los aspectos, absolutamente en todos; y a esta empresa hemos dedicado una de nuestras mayores, y desde luego la más delicada, de nuestras preocupaciones. Todos conocéis a estos jefes ejemplares.

La Artillería, dentro del cuadro general del Ejército, ha cumplido siempre el papel con que la define gráficamente el recentísimo «Reglamento francés sobre el empleo táctico de las grandes unidades»; ser la «osatura» del campo de batalla. Y este valor táctico adquiere relieves de valor moral cuando, como al principio, nuestros milicianos, enervados por los avances y éxitos de los primeros momentos; sin el adiestramiento del soldado hecho y, por tanto, sin el sentido de estabilidad en las trincheras y paciencia para aguantar el tedio del que no combate; no aptos todavía, en suma, para la «fricción» en los terrenos de las Sierras, a veces quedaba poco más que la osatura.

En las operaciones que nos ocupan, las unidades de Artillería en general han cumplido la consigna de moral en el peculiar matiz de abnegación que corresponde al artillero, cual es el de atraerse los fuegos más potentes del enemigo para desembarazar de ellos todo lo posible a nuestra Infantería; y en coordinación con esto: no tirar contra unidades enemigas cuando hostilizan y por el solo hecho de que hostilizan nuestras unidades artilleras, sino con preferencia a todo lo que hostiliza a nuestra Infantería. Y viceversa, no cesar en el fuego cuando la actividad de



nuestros infantes requiere la persistencia. Así lo han cumplido aquellas Unidades a las que les ha tocado aguantar impávidas la contra-batería enemiga sin interrumpir el fuego propio ni siquiera aminorar su ritmo; y a tal grado lo han llevado algunas de entre esas Unidades, que han merecido la más alta felicitación: la de nuestro jefe supremo.

Pero veamos lo que dicen nuestros hermanos combatientes de las demás Armas: por boca de sus Mandos han felicitado a la Artillería en órdenes escritos y verbales, y los soldados han aplaudido a veces tiros afortunados y oportunos. Esto decididamente va bien...

Nuestra proporción de bajas nos coloca también en lugar honroso, al lado de nuestros compañeros de las otras Armas. La determinan la situación de los emplazamientos — tan avanzada por las razones tácticas expuestas —, la más avanzada de los observatorios destacados, donde tenemos bastantes heridos de fusil, y la Aviación enemiga. Además, así como a los infantes les toca a veces el tributo de sangre de nuestros proyectiles que «salpican», también a los artilleros nos toca la salpicadura de alguna bomba de la Aviación propia; son inevitables riesgos entre los demás riesgos del frente.

Nuestros Comisarios opinan así: «La actuación de la Artillería fué magnífica, con una moral tan elevada como lo prueba el hecho siguiente: al ser bombardeada por Aviación propia en algunos emplazamientos, se reaccionó tan bien, que a los cinco minutos continuaban disparando con el mismo entusiasmo».

Y por fin... el enemigo opina también: obligado a reconocer la superioridad de nuestra Artillería sobre la suya, pero incapaz de la nobleza de atribuirnosla a nosotros, y buscando, de paso, como siempre, falsa propaganda de efecto internacional, dice por la radio que nuestra Artillería está encuadrada por jefes extranjeros, principalmente franceses... que no son otros que los que poco antes os acabo de citar, lectores; y mandada por un jefe superior, general francés... que es este que suscribe. Por lo demás, nada...

Ahora bien, no tenemos por qué ocultar nuestra admiración por la «escuela francesa» de técnica y empleo de la Artillería. Aparte de la facilidad que siempre nos ha procurado la proximidad para proveernos de textos, el contacto y práctica de algunos de nosotros en el Ejército de la nación vecina en algunas ocasiones de nuestra vida profesional a partir del advenimiento de nuestra República, el conocimiento del lenguaje y, sobre todo, el «sprit» con que están redactados sus textos o

libros de consulta que les hacen más prácticos y amenos; aparte de esto, es indudable el alto nivel profesional de la Artillería francesa y su proverbial característica de selección en los procedimientos para servir el conocido principio básico de la «economía de esfuerzos»; en abierta oposición, por cierto, con la «escuela alemana»; escuelas ambas que han polarizado de siempre los conocimientos artilleros. Para nosotros no podía haber lugar a opción; no solamente por las razones dichas y otras fáciles de imaginar dimanantes de la índole de nuestra lucha, sino, sobre todo, por la «economía de esfuerzos» a que nos han obligado las dificultades de orden internacional. Vaya, pues, esta como otra nueva «declaración de principios» que han inspirado la formación y progreso de nuestra Artillería, aprovechando aquellas doctrinas para adaptarlas a nuestro caso especial y llevarlas a sus últimas consecuencias según la experiencia de nuestra guerra. Y he aquí por qué los Artilleros españoles estamos doblemente obligados a procurarnos una positiva capacitación técnica, no solamente porque a ello nos estimula nuestro espíritu progresivo y nuestro deseo de producir mayor rendimiento, sino también porque aquel principio equivale a compensar la cantidad con la calidad.

## ENVIO

Excelentísimo señor Presidente del Consejo de Ministros y Jefe Supremo del Ejército; combatientes republicanos defensores de la independencia de España.

He aquí la síntesis que os presenta vuestra Artillería:

Las «baterías líquidas» salen de nuestros hornos para transformarse rápidamente en otras bien «sólidas» y bien montadas. Así también los proyectiles hasta alcanzar la difícil sincronización entre la producción y el consumo.

Nuestras Comisiones técnicas y de experimentación, en la retaguardia y en el mismo frente, ponen a punto todos los elementos y ensayan nuevas mejoras.

La espléndida juventud de nuestros combatientes acude a nuestras Escuelas y cursillos de perfeccionamiento, de los que salen para formar los cuadros; mejor que capacitados, con la levadura de una técnica que ha despertado en ellos mayor deseo de seguir aprendiendo. Nuestra pedagogía militar está limi-

tada por el sentido práctico en la técnica y por el sentido popular integral en la disciplina y moral.

Los Jefes, por sus cualidades revalorizadas en la campaña, son verdaderos ejes de formación y control técnico.

Los Mandos Artilleros están completos y articulados en un conjunto «armónico y solidario».

Los Centros de Organización (C. O. P. A.) funcionan como «turbinas» de gran velocidad, siempre dispuestos a recibir las corrientes de la «materia prima» de cuadros, efectivos y materiales, para entregar el «producto elaborado» de Baterías y Grupos, que han de ir a nutrir las dotaciones orgánicas de las Grandes Unidades y las masas de maniobra de la R. G. A.

Los Organismos y Centros artilleros de la «Zona del Interior» tienen ya solidez orgánica, sobre todo los Centros de Especialización coordinados con el C. O. P. A., así como los Parques Base.

También están completos y articulados todos los escalones de Parques y Depósitos, hasta los móviles de la zona más avanzada.

La rápida «maniobra estratégica de los materiales» nos procura concentraciones de piezas que se traducen después en otras tácticas de fuegos de gran estilo, mediante el trabajo coordinado de todos y el buen funcionamiento de nuestros Servicios de Información y Topográfico.

La base espiritual del «Enlace» está consagrada, y el mecanismo se mejora y perfecciona incesantemente.

Los Artilleros, en suma, estamos bien dispuestos al difícil manejo de nuestra herramienta: «el proyectil»; tan difícil por tener un mango tan largo, y deformable como es la trayectoria, ya que el cañón no es más que la punta de ese mango.

La disciplina y moral combativa continúan siendo excelentes dentro del cuadro general de nuestro Ejército. La Artillería está siempre dispuesta a ser la «osatura» del campo de batalla.

Hela aquí, pues, presta a seguir cumpliendo plenamente la consigna de V. E. repetida en su último discurso de alto voltaje: RESISTIR es verbo habitual para la Artillería.

Y por eso piensa ya en el «después»... cuando llegue el minuto de oportunidad que nuestro Alto Mando nos tiene acostumbrados a saber aprovechar; entonces... perforando la corteza aleatoria del enemigo, fácil será penetrar rápida y profundamente en la masa blanca de su retaguardia hasta desalojar del suelo de nuestra Patria al invasor, y librarla también de la otra invasión secular: las sombras

(Continuación de la página 10).

el pueblo ruso y por los hombres de otros pueblos, que han venido a verter su sangre por una causa humana, generosa y desinteresadamente, al lado nuestro. Los que se dicen defensores de la cultura, y bombardean el Museo del Prado, la Pila bautismal de Cervantes y el sepulcro de Cisneros, los hoy llamados fascistas — yo creo que el mote les viene todavía ancho —, los que han abierto las puertas de su patria a las codicias totalitarias, son, en cambio, los mismos que trabajaron siempre por aislarnos del mundo. Ellos son los descendientes de aquellos mayorazgos en corte, que gastaban sus fortunas en adular a la realeza, mientras los pobres segundones descubrían y conquistaban América; ellos — todo hay que decirlo — son los que más de una vez hicieron fecunda la pobreza española. Merced a ellos, hombres como Cervantes tuvieron que buscar el pan fuera de su patria. Y conste que por ellos ni se hablaría el español más allá del Atlántico, ni se habría escrito el Quijote.

\*\*\*

El Quinto Regimiento tuvo desde un prin-

cipio un concepto integral de la guerra. «Hay que luchar y hay que saber por qué se lucha». De aquí la enorme importancia que dió siempre a cuanto se relaciona con la cultura, en su aspecto moral, técnico y artístico. Un episodio no más de la actuación «pro cultura» del Quinto Regimiento es el traslado, de Madrid a Valencia, de los intelectuales, y la instauración, en la ciudad del Turia, de la llamada, con ingeniosidad popular, «Casa de los Sabios». Se pretendía poner a salvo a los más altos productores de la cultura actual, al par que se libertaban del fuego las joyas de nuestros museos, de nuestros archivos, de nuestras bibliotecas. El Quinto Regimiento, que trabajaba por la creación de un ejército regular al servicio de la República, tenía sus raíces, no sólo en el Ministerio de Defensa Nacional, sino también en el de Instrucción Pública. La labor de Wenceslao Roces y Jesús Hernández, dos egregios comunistas a quienes debe en dos años — digámoslo de pasada — la instrucción en España más que a un siglo entero de sus predecesores, es actuación de Quinto Regimiento. Digámoslo para gloria suya

y satisfacción de cuantos creemos debernos a la verdad, antes que a la delicadeza que omite el elogio a boca de jarro.

El Quinto Regimiento fué, en su actuación concreta y limitada, algo admirable y, en cuanto es asequible a la obra humana, perfecto. En su actuación difusa y mediata fué algo más admirable y perfecto todavía. Supo crear, animar, impulsar, supo organizar, asimilar, atraer, hacer cordialmente suyas las esencias de una guerra que es el principio — no lo olvidemos — de una nueva Cruzada. Cuando llegue el día de las grandes simplificaciones, cuando los tópicos actuales hayan adquirido su más profunda significación, se dirá: Fué el Quinto Regimiento el alma de la guerra de España, el firme sostén de la más gloriosa República española, fué España misma, frente a los traidores de casa, desnaturalizados por su propia traición, y las negras y abominables codicias de fuera. Honda y sustancialmente, cuanto en España no fué Quinto Regimiento, cuanto no estuvo de acuerdo con el Quinto Regimiento, fué — admitamos otra expresión de valor simbólico — quinta columna.

A Michard



# Los ejercicios de cuadros en el campo

por el Teniente Coronel ETELVINO VEGA  
Jefe del XII Cuerpo de Ejército

Nuestros Cuadros de Milicias, de enorme peso específico en nuestro Ejército, han surgido en el fragor de los campos de batalla. Su formación es ante todo empírica. La audacia emparejada con la intuición, la voluntad con el entusiasmo, el don de conductores de masas unido a la experiencia, han aportado las dotes de mando de nuestros cuadros. Carecen, pues, de una preparación científica.

Los Cuadros de Milicias, proyectados sobre la pantalla de una guerra moderna, acusan los defectos de su preparación técnica. No en balde hacemos la guerra contra dos países, Italia y Alemania, que tienen como galardón y orgullo su potencialidad bélica, puesta al servicio de una política totalitaria de expansión y dominio; dos países que han convertido España en campos de experimentación de su material moderno y de adiestramiento de sus técnicos militares, que entrenan y curten sus Unidades combatientes. Frente a esa potencialidad, frente a ese tecnicismo volcado sobre nuestro Ejército, no podía por menos de acusarse la deficiencia técnica de nuestros Cuadros de Mando.

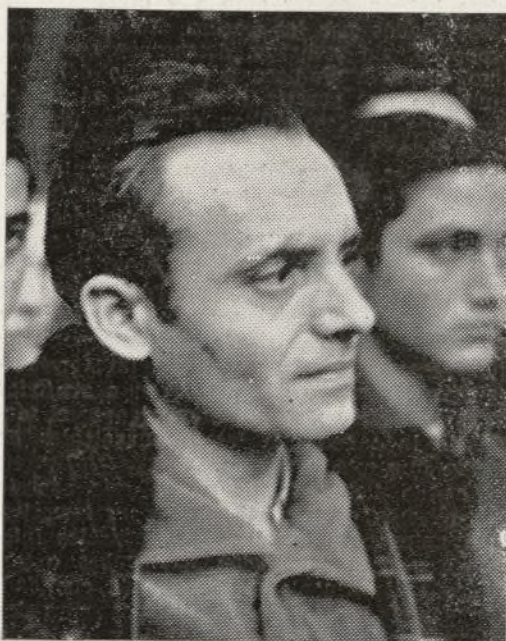
Por eso el problema de la educación y perfeccionamiento de los Cuadros, se ha puesto a la orden del día. No se puede negar que en ese dominio hemos conseguido progresos considerables. Más, necesitamos muchos más, y es sobre todo un problema de tiempo. Hay que ganar tiempo al tiempo. Por lo tanto, el problema estriba en hallar los métodos que nos permitan utilizar con el máximo de eficacia el tiempo en la hora presente; consumirla, apurarla en la asimilación técnica.

¿Lo conseguimos plenamente con nuestras escuelas de enseñanza, capacitación y aplicación?

Su desarrollo se encuentra en pleno apogeo. A nuestras escuelas concurren infinidad de cabos, sargentos y oficiales. En esos centros se les enseñan los preceptos reglamentarios de táctica. Se les enseña topografía y fortificación; el manejo de las armas y la teoría del tiro. Todo jefe puede calificar, pues, en el área de su unidad, los resultados obtenidos. ¿Es favorable el balance? ¿Responden esos re-

sultados a la prisa de la hora que vivimos? ¿Nuestras escuelas consiguen plenamente esa asimilación de la técnica?

Los estudios militares en la Academia requieren tiempo y exigen además, para hacerlos con provecho, que los concurrentes estén en posesión de una cultura elemental. Precisamente exigen dos condiciones que son nuestros principales enemigos en el problema de capacitar a los cuadros. Pues bien; sin negar ni menospreciar la labor que cumplen las escuelas,



como medio de enseñanza e instrucción militar, puede afirmarse que no resuelven el problema, que ese método es insuficiente.

Sentamos esta premisa para resaltar la necesidad de que se pongan en práctica, con método, los ejercicios de cuadros en el campo, que en época de guerra, como en tiempos de paz, sirven para formar y perfeccionar los técnicos militares. Quizá se menosprecia u olvida la importancia de este método de enseñanza. Se piensa, sin duda, que nuestros cuadros, forjados en el combate, están saturados de campo y experimentados, y por eso existe la tendencia a encerrarlos en los centros académicos y atiborrarlos de lecciones teóricas y conferencias. Error a mi entender que es preciso subsanar. No se

trata de hacer los ejercicios de Cuadros exclusivamente sobre el campo, experimentalmente. Deben ir precedidos del estudio en el gabinete, de su planteamiento y resolución sobre el plano. Es necesario que, aprovechando la formidable experiencia de nuestros jefes y oficiales, se apliquen sobre el campo los preceptos reglamentarios, se enseñe la táctica, la topografía y la teoría del tiro y la organización y preparación del terreno para el combate. Es un método vivo, más asequible a la preparación de nuestros jefes y oficiales.

Ello exige establecer con método, temas sencillos, bien ordenados, que vayan de lo simple a lo complejo. Exige también un profesorado que tome con entusiasmo esta labor, que sea capaz de sacar provecho a todos los recursos pedagógicos que ofrece esta clase de enseñanzas.

Para no eliminar la enseñanza teórica, con el fin de familiarizar a nuestros Cuadros con los preceptos reglamentarios, con la lectura de planos y que adquieran el conocimiento exacto de los factores que intervienen como base de la decisión en el combate, los temas deberán ser objeto del método siguiente:

Primero.—Planteamiento del tema: Su estudio en el plano; distribución de los papeles y discusión de las decisiones, realizado en una reunión previa de gabinete de los ejecutores con el director del ejercicio.

Segundo.—Ejecución en el campo: Confrontación experimental del estudio realizado en el gabinete.

Tercero.—Juicio crítico en el campo: Planteamiento de los defectos, errores y estudio de las enseñanzas aportadas.

Si somos capaces de poner en práctica los ejercicios de Cuadros en el campo, con el cuidado y el esmero que requiere hacer una aplicación sobre el terreno de los preceptos reglamentarios y que nuestros Cuadros sean los ejecutores de estos ejercicios, conseguiremos completar la labor que realizan nuestros Centros de enseñanza, ganaremos tiempo y, por ende, abriremos nuevos caminos para que nuestros jefes y oficiales puedan conquistar y dominar la técnica militar.



# El empleo militar de los hidroaviones

POR EL COMANDANTE  
**JOSÉ M. VALLE**



En los últimos años y como consecuencia de la seguridad creciente que los multimotores proporcionan para el vuelo sobre el mar, parecía haberse relegado al uso puramente civil el empleo de los hidroaviones.

Claro que se construían tipos de hidroavión militar. Los acorazados y cruceros de cierto tonelaje en adelante (Battleships y Battle Cruisers) llevan ya dos o un hidro catapultable. Pero los portaaviones hacen posible el uso de aparatos de ruedas a cualquier distancia de las costas. La defensa desde éstas, la exploración ofensiva y la acción sobre el tráfico marítimo en las rutas forzadas — estrechos; mares de costas no muy lejanas — es posible hacerlo desde aeródromos insulares o costeros mediante aparatos de bombardeo corrientes en tierra, con las ventajas de unificación de tipos y de universalidad de empleo que ello representa.

En esta clase de problemas, es natural que no se pueda decir nunca la palabra definitiva y mucho menos hacer vaticinios. Cada concepción estratégica de los distintos países y las características geográficas de la parte del mundo en que se conciba la guerra, pueden aconsejar soluciones muy diversas; pero principalmente la evolución técnica del material y de los elementos de réplica, obligan a que cambie por épocas el valor militar de ciertas armas.

¿Hay, realmente, una razón para suponer al hidro menos aconsejable que el terrestre?

Para objetivos marítimos y costeros siempre tendrá el hidro un valor estimable. Debe tenerse en cuenta que una armada, desde el momento en que se inician las hostilidades, viene forzada, además de la protección avanzada de sus costas nacionales, a proteger su propio comercio marítimo o estorbar el contrario o ambas cosas a la vez. Sólo para cumplir estos objetivos se expondrá a un encuentro con la armada enemiga. Si estas misiones las realiza a gran distancia de sus bases terrestres, queda expuesta al ataque de una aviación adversaria sin más defensa contra ella — la antiaérea embarcada es poco temible ya que constituye con la misma unidad que defiende un solo objetivo — que la que pudiera prestarle una aviación de caza transporta-

da en portaaviones. Las dificultades técnicas de este acompañamiento son tan grandes que casi no merecen mayor análisis para asegurar que esto no será posible en el estado actual de los aviones y longitud del barco portador. Añádase que este mismo barco puede ser atacado y, sobre todo, que una escuadra que confíe su navegación a la protección constante de estos buques portaaviones, adquiere una rigidez que le impedirá toda dislocación táctica. Pero cuando vemos más en precario su eficacia es si consideramos a la escuadra supuesta, dedicada a la protección próxima de convoyes.

Una protección debe establecerse, técnicamente, por una fuerza suficiente para oponerse a otra fuerza adversaria que se estima probable. Si la fuerza aérea atacante no puede ser eficazmente contenida, todo el cálculo hecho carece de valor.

He aquí, aunque sólo enunciadas, unas cuantas ideas que en un futuro quizá próximo habrán de ser ampliadas y prácticamente desarrolladas por los hechos. No es nuestro propósito, sin embargo, detenernos en ellas, sino discurrir un poco a propósito del descuido en que parecía haber caído el hidroavión de empleo militar en estos últimos diez años.

Entre los hidros debemos distinguir dos clases: de canoa central y de flotadores. Los primeros tienen mejores condiciones marítimas (Dornier Do-18; Sikorsky S-42 A; Consolidated P 3 Y-1 y otros, entre los multimotores) y son aptos para defenderse de mar gruesa; pero tienen el inconveniente de que la carga no puede arrojararse por simple desprendimiento como en un terrestre y habría que recurrir a rampas o artificios laterales para no abrir compuertas en el fondo de la canoa con los inconvenientes de cierre que esto comporta.

Los de flotadores tienen en este aspecto las mismas características que un terrestre. Son aptos para lanzabombas verticales interiores y para suspensión de bombas o torpedos exteriormente. Esta segunda cualidad, al menos, les hace insustituibles para los ataques a la flota de guerra y de cuya táctica hablaremos otro día. Su inconveniente — inconveniente relativo — es que tienen peores condiciones marítimas y en general, a la sección resistente del avión propiamente dicho hay que sumar la de los flotadores, muy considerable, con la consiguiente pérdida de velocidad horizontal. Pero tienen una considerabilísima ventaja: la de que cualquier tipo de avión terrestre puede convertirse en hidro mediante la adaptación de flotadores. En un país de litoral extenso e intereses marítimos, esta solución que permite unificar gran parte del material debe considerarse excelente.

La menor velocidad del hidro de flotadores, por comparación con la versión terrestre de tren replegable del mismo aparato, está compensada por la ausencia de caza a cierta distancia de la costa. En cuanto a los flotadores, si bien no son tan aptos para el amaraje con mar agitada, presentan, en cambio, ventajas para el despegue en las mismas condiciones que la canoa.

Pues bien, independientemente de las seguridades que el hidroavión representa sobre el mar, con el consiguiente margen de moral, hay que tener en cuenta que un simple barco mercante convertido en nodriza (ten-

ders) amplía al doble el radio de acción de estos aviones.

El radiogoniómetro y el vuelo bajo permiten corrientemente los hidros, les permiten navegaciones muy exactas. Como medios de ataque la bomba corriente, los torpedos, las cargas de profundidad y los minones de calibres 25 a 40 mm. La bomba corriente hasta de 250 Kgs. está indicada contra barcos mercantes y unidades ligeras como los destroyers y torpederos; para cruceros y acorazados, desde ese peso en adelante; aunque es más eficiente el torpedo por dos aviones, en tenaza de proa o popa. Contra submarinos las cargas de profundidad y los pequeños cañones y aun bombas de 25 a 50 Kgs. si navegan en superficie.

Un inconveniente grave de los hidros es de la condicionalidad de sus bases, que bien ser necesariamente costeras y están puestas, por consiguiente, al ataque desde mar por unidades de superficie — poco probable — y por aviación enemiga que puede del mar puede realizar su llegada a sorpresa fácilmente. Aquí está la mejor cualidad del anfíbio.

De todos modos, aun teniendo muy presentes todos los inconvenientes del hidro siempre quedará muy destacada la necesidad de la vigilancia y protección costera, profundidad, de la protección lejana del tráfico marítimo mediante ataques a los que enemigos submarinos o de superficie y la exploración de rutas de los convoyes. Un ejemplo nos servirá para comprender la utilidad de los hidros: Si dispusiéramos en este momento de una mediana hidroavión que nos permitiera el patrullaje constante a distancia de 50 a 60 millas la costa sobre todo nuestro litoral y además especializar algunas unidades en el acompañamiento de mercantes podríamos conseguir, primero, que las unidades de la flota enemiga o de sus aliadas navegaran con menor desembarazo, hasta hacerlas ineficaces o, como menos; segundo, caso de llegarse a una concesión de beligerancia a los facciosos el Comité de Londres, precisa a toda costa ampliar en profundidad el área de protección a nuestro tráfico; tercero, estos servicios de patrulla servirían como acecho avanzado para los ataques aéreos avisando por radio cuando fueran visibles los aviones enemigos que se dirigen a la costa o al convoy; cuarto, señalando a la caza propia, con tiempo suficiente, los datos necesarios para la emboscada y el ataque dentro de su zona de acción; y quinto, el acompañamiento de la escuadra propia mediante una operación plena, asegurando su exploración táctica prolongando la persecución después de la ruptura de contacto o cubriendo mediante el bombardeo y los humos la retirada de la maniobra propia.

No ya pensando en el mañana, en que el país como España de tan dilatado litoral está obligado a asegurar eficientemente su defensa, sino en el momento presente en que necesitamos hacer la guerra sobre una extensa del Mediterráneo occidental y el Balcán para proteger nuestro comercio marítimo y la unión entre la zona catalana y central-levantina, creemos que una hidroavión suficiente nos permitiría disponer de la iniciativa en este sector y asegurar nuestra supremacía naval.



# Unidad, disciplina y fidelidad a la causa del pueblo

España entera se siente en estos momentos solemnes de su lucha vigorosamente enardecida, llena de la moral magnífica de las mejores jornadas de combate, en alto su espíritu optimista, valiente y heroico, que le permitió en otras etapas duras y difíciles hacer frente a las embestidas extranjeras, cerrar el paso y aplastar la acción bárbara de las hordas invasoras.

La gran ofensiva italoalemana del Este, cuyo objetivo céntrico era llegar al Mediterráneo rompiendo la unión geográfica del Este con el resto de España y profundizar su amenaza sobre el corazón de Cataluña, ofensiva en la que el enemigo cifra esperanzas decisivas, ha puesto en pie ante la gravedad del peligro a todo nuestro país.

La España que combate en las líneas de fuego y en la producción piensa y mira apasionadamente en estas horas hacia este teatro de grandes batallas donde los Estados Mayores de los Ejércitos que invaden nuestra Patria han volcado lo más considerable de sus elementos y donde los soldados de la independencia nacional ponen bien alto, como en los más memorables días de epopeya, el pabellón magnífico de su inteligencia combativa, de su fe en los destinos del pueblo español, de su valor inabitable, de su heroísmo y su abnegación infinita.

Los medios de combate y las tropas extranjeras empleadas en esta gran operación han permitido a los invasores italoalemanes obtener éxitos positivos importantes al lograr unir sus líneas con el mar Mediterráneo, éxitos que sería pueril y peligroso ignorar y en los cuales el enemigo hará cuanto le sea posible por apoyarse para alcanzar su nuevo objetivo principal y actual: profundizar su penetración más en la tierra catalana y amenazar Barcelona, la capital heroica y poderosa del valiente pueblo catalán.

Todo el empeño del mando y de los ejércitos intervencionistas tratará de orientarse hacia este fin. Pero el camino que conduce a él no está expedito ni demasiado fácil. El ejemplo vigoroso dado por las armas populares con su resistencia en el Sur y Norte del frente del Este, disputando al enemigo cada metro del territorio español y catalán en una asistencia encarnizada y quebrantando con la defensa tenaz de sus posiciones al ejército enemigo; la centralización de todo el mando militar y político de la zona no catalana en las manos firmes del Gobierno de la República y la designación del glorioso General Miaja para la jefatura suprema de los ejércitos del Centro, Levante, Andalucía y Extremadura; el fortalecimiento orgánico, defensivo y de autoridad de mando de las heroicas tropas que pelean en el frente catalán; la movilización ardiente de todo nuestro pueblo en la zona española y catalana dispuesto a poner en tensión todas sus energías creadoras para el combate y el trabajo y lanzarlas como un huracán contra la osadía del invasor, son unas pruebas vivas y seguras de que los nuevos planes y ataques de los ejércitos extranjeros van a encontrar en el ejército de la independencia en todo el suelo de la patria invadida una energía combativa, una dureza en la defensa celosa de sus posiciones y una moral de tal altura que hará, no solamente difícil sino imposible, a los mercenarios invasores consumir su plan de aplastar y aniquilar la suerte de nuestra integridad nacional y el porvenir de todos los españoles.

Los violentos combates del Este en todo su desarrollo hasta hoy han puesto bien a las claras que el Ejército Popular es una fuerza no solamente heroica y abnegada, sino una fuerza cada día más capaz, que domina con formidable aptitud la técnica de las armas, una fuerza cada día mejor armada, que tiene a su alcance en progreso incesante los mejores instrumentos de combate para la lucha en la guerra moderna. El Ejército Popular goza de buenos fusiles, de magníficas armas automáticas, de formidables cañones, de tanques y aviones de una calidad puesta a prueba en docenas de batallas. Pero tiene también sirviéndolos hombres

magníficos, soldados, jefes, comisarios, oficiales, que se desvelan por dominarlos cada vez más y mejor, por saber utilizarlos contra el enemigo más eficazmente.

Con estos medios de combate que serán con vivo interés engrandecidos, y el formidable material que representan nuestros hombres llenos de la voluntad indomable de aplastar al invasor extranjero y sacar con la victoria limpia la independencia de España, su libertad y bienestar, nuestro Ejército Popular hará en las sucesivas jornadas morder el polvo al invasor, hacer de todos nuestros soldados y de todos los españoles y catalanes una muralla de acero infranqueable, que aplaste a los ejércitos extranjeros en sus propósitos de hoy y que prepare las condiciones de nuestro ataque categórico, incontenible y triunfal de mañana.

Pero además de esto, como en las grandes jornadas de nuestro combate histórico, lo primordial para forjar esta barrera de granito contra las ansias de los invasores en la cual se funda todo el pueblo en lucha, es mantener firme y cerrada contra todos los vientos la unión de todos los españoles, la disciplina rigurosa en el frente y en la retaguardia, la fidelidad insobornable a los sagrados destinos triunfales de la Patria en peligro.

**Las armas vitales de los pueblos y los ejércitos que defienden causas tan nobles, grandes y gloriosas son éstas: la unidad, la disciplina, la fidelidad y la capacidad de combate del Pueblo y del Ejército Popular.** La fuerza del pueblo es de una creación infinita. Sus energías no se agotan fácilmente. Y lo importante para que todo su poder potencial sea puesto en movimiento, en una vigorosa utilización, es que el país se mantenga firme y unido, soldado en la sublime voluntad de ganar la guerra y arrojar de nuestro suelo a los invasores.

Nuestro pueblo cuenta hoy con un Gobierno que simboliza la voluntad firme y colectiva de luchar hasta vencer, un Gobierno de unión nacional y de guerra cuya única preocupación y obsesión será forjar la victoria. Un Gobierno de todos los españoles que en la organización de la resistencia y del ataque contra el invasor pondrá en movimiento docenas de millares de nuevos hombres valientes y animosos para el combate, millares de hombres para la fortificación, brazos que convertirán todo el suelo nacional en una poderosa fortaleza en la cual serán aniquiladas las hordas de la intervención. Un Gobierno rodeado de la fe, del calor y del apoyo entusiasta de todo el pueblo que pondrá en juego todos los medios de producción para facilitar al Ejército Popular los elementos necesarios con que triunfar.

Unión nacional de todo el país, firme, vigorosa y entusiasta, enardecida al máximo en el glorioso Ejército de la independencia. Un Ejército cada día más capaz en el combate, más sólidamente consciente de los sagrados intereses que defiende, con una disciplina de hierro en todas las manifestaciones de su deber y de su responsabilidad ante el pueblo, con unos jefes, oficiales y comisarios que la guerra ha sacado de las entrañas del pueblo en el combate y que se han distinguido ya por su talento, su fe y su heroísmo, con más armas, más cañones, más tanques y más aviones que el esfuerzo del Gobierno y del pueblo en el trabajo ha de facilitarle. Una fidelidad inquebrantable en todas las horas de la lucha, fidelidad que no pueden alterar los altibajos de la campaña, las alternativas difíciles del combate, fidelidad que se afirma y robustece en el amor al pueblo, en el amor a la Independencia de la Patria, en el odio encarnizado a la invasión bárbara del fascismo italoalemán que quiere hacer de España una colonia bajo su esclavitud terrible.

Con esto, firme en la conciencia de cada defensor de la Patria, venceremos las horas difíciles de la situación actual, y como en Madrid primero, en Guadalajara después, y en tantos otros combates en el curso de la guerra, forjaremos las condiciones que llevarán a todo nuestro pueblo a arrojar del suelo de la Patria hasta el último soldado del invasor.



# Texto de la declaración ministerial dirigida a todos los españoles por el nuevo Gobierno de la República inmediatamente después de su constitución:

**R**EORGANIZADO el Gobierno de la República en la forma conocida, se dirige a todos los españoles que en los frentes de combate, en la retaguardia leal y en el propio territorio rebelde luchan contra los ejércitos invasores, para proclamar su decisión absoluta de continuar la guerra por la independencia de España hasta librarla de la presencia en el solar nacional de quienes lo han agredido e invadido en medio de la complicidad internacional más monstruosa que se haya producido jamás. Cuenta para ello con el arrojo de su Ejército Popular, que en el Centro, en Extremadura, en Andalucía y en Levante, no sólo mantiene con inquebrantable firmeza sus posiciones, sino que está dando estos días pruebas inequívocas del alto espíritu ofensivo que le anima al venir entusiásticamente en ayuda de los sectores más amenazados de la España leal.

Por lo que a Cataluña respecta, el heroísmo con que en el frente del Este se batien nuestros combatientes es signo del grado de tenacidad férrea que ha adquirido en el espacio de pocos días la resistencia contra los ejércitos italianos y alemanes que, alucinados por las facilidades encontradas en los primeros avances, no tienen idea de lo que va a ser la guerra por la libertad de Cataluña. A Cataluña le está reservado el conmover al mundo por el ímpetu en cerrarle el paso a un enemigo que ha ultrajado con sus crímenes, sus fusilamientos en masa, sus bombardeos de poblaciones civiles, su régimen de esclavitud que convierte a los hombres en guñapos, la noble sensibilidad español-

la tan extraña a esos «métodos totalitarios de guerra» introducidos por el invasor que aspira a hacer presa de su odio frenético a esta Cataluña admirable, cuya alma evocaba la otra noche, con palabras que han puesto en pie a todos los catalanes, el presidente Companys.

Para corresponder a ese heroísmo de nuestras tropas y darles la seguridad de que ninguno de sus sacrificios será estéril y de que serán llevadas a la victoria por hombres resueltos a obtenerla, cueste lo que cueste, el Gobierno ha decidido en la reunión de hoy, al mismo tiempo que recompensar los servicios a la patria, hacer caer sin miramiento alguno y con severidad instantánea, sobre los traidores y los cobardes, todo el peso de la ley republicana.

El presidente del Consejo y ministro de Defensa Nacional ha recabado y obtenido del Consejo de Ministros los



El Doctor NEGRIN, Presidente del Consejo y Ministro de Defensa Nacional del Gobierno de unión nacional y de guerra de todos los españoles.

máximos poderes para proceder, tanto en la sanción de quienes se hagan acreedores a ella, como en la depuración de los resortes esenciales a la victoria, con la rapidez de horas y la energía inexorable que la gravedad de las circunstancias requiere.

Para todo ello, el Gobierno se siente revestido de la autoridad suprema que le da con su propia contextura, el hecho de ser un verdadero Gobierno de unión nacional.

En el orden exterior, el Consejo ha conocido los términos de una nota dirigida a los Gobiernos francés y británico.

Al saludar, lleno de confianza en el triunfo y de fervor en el porvenir de una España libre de toda dominación extranjera, a los combatientes del Ejército de tierra, de la Aviación gloriosa y de nuestra meritísima Flota, el Gobierno de la República da la bienvenida con orgullo a esos magníficos miles de soldados del Ejército del Este que, internados en Francia, reclamaron su puesto de honor en las líneas de fuego, y que son, para aquellos que sólo piensan en ponerse a salvo, un ejemplo de patriotismo que debiera bastar para ahincarse la voluntad de todos en la tierra que defendemos; y para quienes en el extranjero pretenden desconocer cuál es el verdadero sentir del pueblo español, una demostración que equivale a todos los plebiscitos.

El Gobierno de la República, seguro de la colaboración entusiasta de todo el pueblo español, ahorra las palabras y se entrega a su labor y pasa desde este momento a actuar en Gobierno de guerra.



# La segunda guerra de independencia

## Precedentes de las intervenciones

LOS aviones que entenebrece el claro cielo español, no vienen a sostener a Franco y a los fascistas feudales españoles contra la República, sino a ayudar a los ejércitos de invasión que despidan España y que pretenden dominarla. Esos Caproni y Fiat italianos, esos Junkers y Messerschmitt alemanes, esas baterías italo-germanas que siembran en nuestra patria la muerte y la destrucción, son instrumento de una política de conquista que quiere hacer de España plaza de armas para imperar en Europa y en sus mares.

¿Quién no ve ya en el mundo que es ésta y no otra nuestra guerra?

Hay muchos precedentes históricos de la táctica imperialista que consiste en aprovechar o fomentar las discordias interiores, para convertir una guerra civil en guerra de invasión. La guerra civil rusa de 1919 fué el pretexto de las potencias intervencionistas para ayudar a los ejércitos de Yudenitch, Koltchak y Wrangel. El Japón utilizó las luchas civiles para introducirse e instalarse en China. Alemania sostiene en Austria las reivindicaciones de los nazis, y en Checoslovaquia las de los alemanes sudetes y de los húngaros eslovacos, para someter a estos pueblos. Italia fomentó las discordias de los «aras» provinciales contra Haile Selassie para intervenir en Etiopía y esclavizarla.

A los fines estratégicos se unen los fines políticos y económicos. La intervención contrarrevolucionaria en Rusia perseguía el petróleo, como la intervención fascista en España persigue el hierro, el cobre, el mercurio, persigue la colonización de nuestro país.

## La primera y la segunda guerras de Independencia

EN 1926, Primo de Rivera fué a Roma y convino con Mussolini un tratado secreto por el cual se reconocía a Italia el derecho de establecer una base militar en las Baleares, comprometiéndose además la Dictadura a prohibir el paso por España de las tropas coloniales francesas. El tratado fué anulado por la República; y en 1934, el lugarteniente de Sanjurjo, Barrera, juntamente con los representantes tradicionalistas y de Renovación Española, Olazábal y Goicoechea, acudieron a la sede fascista y sellaron con Mussolini un pacto de ayuda militar. (El acta, de 31 de marzo de 1934, se ha publicado recientemente.) Cuando Sanjurjo se estrelló en Portugal con el avión que le conducía a España para ponerse al frente de la rebelión de julio, apareció entre sus papeles un proyecto de tratado secreto con Alemania e Italia, que era la reproducción del de 1926. El eje Roma-Berlín y sus fines imperialistas en España tienen esta antigüedad. [Estos tratos han sido confirmados en libros oficiales alemanes (1).]

El tratado secreto de 1926 se parece al tratado de San Ildefonso de 1796, concertado por Godoy. España, en plena decadencia, oscilaba entonces entre los poderes rivales de Francia e Inglaterra, y ayudaba tan pronto a una como a otra potencia. Las andanzas de los monárquicos españoles en Roma y Berlín para recabar ayuda militar, ofrecen una semejanza evidente con las andanzas de la corte española de Carlos IV en Bayona; y sin forzar el paralelismo, los hechos determinantes de la abierta intervención napoleónica (el motín de Aranjuez, el aumento de la fuerza y del espíritu de protesta popular), tienen sus correspondientes en la insurrección de octubre y en las elecciones del 16 de febrero. La explosión popular del 2 de mayo en Madrid, puede compararse a la toma del Cuartel de la Montaña; y la energía y patriotismo del alcalde de Móstoles recuerdan la actividad de los comunistas en los días de noviembre, ante la amenaza sobre Madrid.

## La guerra en el campo internacional

POR artificiales que sean las comparaciones históricas, es evidente el paralelismo entre las dos Guerras de Independencia Española, entre la de comienzos del siglo XIX y la actual. Napoleón introdujo en España sus ejércitos a título de aliado de uno de los bandos dinásticos, pero con la idea exclusiva del dominio de la península y para tomar posiciones contra su mayor enemigo, Inglaterra. Italia y Alemania han entrado de la mano de los generales traidores, a título de auxiliares en una guerra civil, pero con la idea de convertir España en una plaza fuerte contra Francia e Inglaterra.

La Italia imperialista busca su expansión a costa del poder británico en el Mediterráneo. Con las Baleares como base naval y aérea y con las costas de la Península y del Marruecos septentrional, dominaría las comunicaciones imperiales inglesas. El mismo Estrecho de Gibraltar está amenazado por tierra desde Algeciras y La Línea, y por mar desde Málaga y Ceuta.

La Alemania hitleriana, que sueña con el imperio centroeuropeo, trata de cercar a Francia, amenazándola por los Pirineos. La frontera francoespañola no está preparada para la defensa como la oriental, y por la disposición de sus valles dista mucho de ser invulnerable, como ya demostraron los ejércitos españoles de Caso, Cas-

telfranco y Ricardos invadiendo Francia por el Rosellón y el Bidasoa.

Las posiciones que persiguen en la península Italia y Alemania dejarían a Francia aislada de sus posesiones ultramarinas, donde están sus reservas de hombres, sin las cuales un país de cuarenta millones escasos de habitantes habría de hacer frente a Italia y Alemania, con más de cien millones. Con vistas a este aislamiento se organiza el territorio de Ifni y se transforman las Canarias en una base naval que permita cortar las comunicaciones francesas con el África occidental y ecuatorial. Las tropas senegalesas, que tan importante papel jugaron en la guerra europea, están a cinco mil kilómetros de la Metrópoli. Para pasar a Francia tendrían que recorrer tan larga ruta sin una protección segura, bajo la amenaza de los hidros y submarinos italoalemanes instalados en Canarias, España y Portugal.

Tales son los fines estratégicos que persiguen en España las potencias fascistas, y de ahí el carácter internacional de nuestra guerra.

## Un pueblo en pie con valor indomable

ESPAÑA ha sufrido innumerables guerras; se ha aliado con este y con el otro país; ha llevado sus soldados a todos los suelos y sus barcos a todos los mares. Pero la guerra por antonomasia, la que despertó todas las fuerzas del país y puso a prueba las cualidades morales más hondas, fué la guerra contra la invasión napoleónica, la primera Guerra de Independencia. El valor indomable de nuestro pueblo, su genio de improvisación, su brío y su denuedo, levantaron contra el imperio de Napoleón una barrera infranqueable, una muralla alta y dura como un acantilado. Contra ella se estrelló la oleada impetuosa de la invasión francesa, como se estrellará la invasión italoalemana que asuela hoy nuestro país.

Aquella, como ésta, fué una guerra popular, de todo el pueblo español, defensor valeroso y apasionado de la independencia patria. El carácter unánime de aquella lucha lo dan sitios como el de Zaragoza y Gerona. Cuando el general Verdier, que había acudido a reforzar al ejército sitiador de Zaragoza, mandó a Palafox aquel cartel insultante: «Paz y capitulación», los sitiados contestaron: «Guerra a cuchillo». Y todo el pueblo zaragozano rechazó a los invasores, haciendo de cada tapia una fortaleza.

Lo mismo en Gerona. En el tercer sitio, un oficial derrotista trata de convencer a Alvarez de Castro de que es imposible sostenerse. «Cuando no haya víveres —le replica el glorioso general—, nos comeremos a usted y a todos los de su ralea.» Se niega después a recibir emisarios, amenazando con ametrallarlos, y cuando los atacantes, cuatro veces superiores en número, lanzan veinte mil bombas sobre la ciudad, los rechaza el pueblo en masa, los soldados, las mujeres, que forman las «compañías de Santa Bárbara», los ancianos, los niños.

¿Quiénes eran estos héroes? Generales como Castro y Palafox; autoridades populares como el regidor Calvo de Rozas; sacerdotes como Fr. José Ganú; mujeres del pueblo como Agustina de Aragón y María Agustín; mujeres de alta posición como la condesa de Bureta, que dió sus joyas para comprar armas y trabajó fieramente levantando barricadas. Miles de españoles anónimos que se enfrentaron con armas elementales a los aguerridos soldados del corso, sacrificándolo todo a la independencia patria.

## El genio español

UNA de las virtudes españolas es la agilidad mental, la rapidez de concepción y de asimilación, la facilidad para los más difíciles aprendizajes, el genio de la improvisación. Los aspectos negativos de estas cualidades están hoy contrarrestados por una mayor conciencia política y un deseo de superar las debilidades. Este afán de superación y esta despierta conciencia han hecho del miliciano aturdido un soldado disciplinado y del obrero revolucionario un productor consciente de la industria de guerra.

El genio español, la conciencia política y el patriotismo explican la asombrosa improvisación de nuestro ejército. Cuando el general Dupont, después de la batalla de Bailén, se rindió a Castaños, le dijo: «Le entrego una espada con la que he salido vencedor en cien combates.» Y Castaños, con irónica sencillez: «Pues es la primera vez que entro en campaña».

Bailén fué la Guadalajara de la primera Guerra de Independencia, la primera gran derrota de los ejércitos invasores, la que con el fracaso de los sitios de Zaragoza y Gerona determinó la venida a España del propio Napoleón. En Brihuega, más de un jefe fanfarrón de las tropas de Mussolini ha tenido que humillar su espada ante jefes improvisados, ante los héroes salidos de un pueblo levantado en armas contra la invasión. Si no se ha repetido esta escena histórica, hubiera podido repetirse. Y lo mismo frente al Cabo Palos, al hundirse el «Balears».

Las comparaciones podrían multiplicarse. La batalla del Jarama puede parangonarse con la de Talavera; los asaltos a Belchite y Teruel con los de Ciudad Rodrigo y Vitoria. Los guerrilleros del 800 con los guerrilleros de Asturias y Extremadura; los héroes populares Espoz y Mina, El Empecinado y tantos otros, con nuestros jefes del pueblo, Modesto, Lister, Mera, El Empecinado.

(Continúa en la página 10)

(1) «Das Geschehen im Mittelmeer». Berlin-Leipzig, 1937, por Margaret Boveris. Y «Der Mittelmeerraum. Zur Geopolitik eines maritimen Grossraums». Munich, 1937, por Hummel y Siewert, en la colección dedicada a estudios geopolíticos, editada por el general Haushofer.



# Organización del terreno

por el Teniente coronel CORDON (Subsecretario del Ejército de Tierra)

## I. Valor militar creciente de la organización defensiva del terreno

EL terreno ofrece sobre toda maniobra una influencia titánica. Todo jefe militar, tanto si ha de mover ofensivamente sus tropas como si se ve obligado a mantenerlas a la defensiva, ha de procurarse un conocimiento a fondo del terreno de posible acción de sus efectivos, ya por medio de los planos y reconocimientos personales, en lo que al propio terreno se refiere, ya por los informes que, sobre el de la zona enemiga, le proporcionen las segundas secciones de los Estados Mayores y los reconocimientos terrestres y aéreos.

El terreno organizado defensivamente constituye, hoy como ayer, la única defensa material del infante; la historia de su organización, íntimamente ligada con el concepto de defensiva, es, en último extremo, la de la lucha eterna entre el proyectil y la coraza, entre las armas ofensivas y los métodos materiales defensivos.

Las experiencias de nuestra lucha, recogidas ya por notables críticos militares extranjeros (generales Armengaud y Niessel, escritor Klotz, capitán Liddel Hart, técnicos soviéticos, etc.), parecen demostrar la falsedad de la teoría prusiana de la «guerra corta» a la que se han adherido tratadistas de todos los países, posibilitada por la acción fulminante y brutal de masas de nuevos elementos de combate, aviones, tanques, artillería automática, etc., ante las cuales se suponía habría de quedar reducido a cero el potencial de las organizaciones defensivas. Tales experiencias autorizan convicciones opuestas al constatar, con aparente paradoja, cómo la evolución técnica de los medios ofensivos, especialmente la de las armas automáticas de tiro ultrarrápido, ha favorecido, sobre todo, a la defensa y sus organizaciones, a tal extremo, que críticos como el citado Liddel Hart, expresan dudas tan acusadas, que casi constituyen negaciones, sobre posibilidades de ataque con éxito a posiciones bien organizadas defensivamente, por aplastante que sea la superioridad en medios materiales de los asaltantes.

Nuestra guerra ha probado, en efecto, cómo detrás de una organización defensiva esquemática, imperfectamente constituida, pudo un pueblo (claro que por la acción superior de otros factores sociales preponderantes) sin ejército, sin armamento, resistir, creando al mismo tiempo todo su aparato militar, el empuje enemigo de formaciones disciplinadas, con mandos abundantes y modernísimos elementos técnicos, absolutamente superiores a los nuestros en cantidad y calidad. Madrid es la máxima y heroica demostración del aserto. El ejemplo de la capital de la República y otros, tanto positivos como negativos para nosotros, que pudieran ser citados, aducen tales argumentos a favor de la potencia defensiva del terreno organizado que, con el crítico inglés nombrado y sus ya numerosos adeptos, cabe preguntar si el papel de los futuros ejércitos deberá quedar reducido al de meras cortinas casi inmóviles tras las que entablen los contendientes una lucha de resistencia al desgaste moral y material, una competencia de trabajos, abnegaciones y sacrificios de sus respectivas retaguardias.

Sin atrevernos a contestar tal interrogación con un sí o un no rotundos, creemos puede afirmarse que el arte militar, ante las dificultades crecientes que la coordinación de armamento y terreno oponen al movimiento y a la maniobra de la infantería, sabrá dictar nuevas reglas que permitan la progresión ofensiva del arma principal. La batalla de Teruel ha sido ya, en este aspecto, buena prueba de lo que decimos, demostrando cómo una nueva aplicación de los principios militares puede lograr un buen éxito ofensivo a base de la combinación de la defensiva táctica con la ofensiva estratégica; cómo pueden ganarse posiciones al enemigo, defendiéndose. En esta gloriosa acción del Ejército Republicano, en efecto, por medio de la rapidez del avance y movilidad de la maniobra, por una explotación a fondo del secreto y su corolario, la sorpresa, y poniendo en práctica el método de la aproximación indirecta, que en el arte militar es la expresión de ese otro principio

general de la mayor facilidad, nuestras fuerzas, penetrando el dispositivo enemigo a través de líneas de mínima o nula resistencia, se apoderó con escasas bajas de las posiciones tan importantes moral y materialmente para los fascistas, que éstos se vieron obligados a acatar nuestras unidades, ya previa y rápidamente situadas a la defensiva en un terreno ligeramente organizado. Véase, pues, cómo es posible, con aparente paradoja, atacar defendiéndose.

De todos modos, creemos que el futuro de nuestra lucha remarcará más aún el valor defensivo del terreno organizado, aconsejándonos prestar a los dispositivos defensivos la atención máxima.

Parece evidente, en efecto, que careciendo nuestros enemigos de infantería en cantidad y calidad, e imposibilitados por ello de realizar ofensivas de gran envergadura y fondo, los invasores habrán de subrayar en lo sucesivo el carácter de guerra de materiales, que tiene la que nos hacen, desde sus comienzos. Frente a este posible hecho, la lógica aconseja intensificar la fortificación, única capaz, servida por un sistema de fuegos adecuados, de contrapesar la superioridad mecánica del adversario.

## II. Objeto y características generales de una organización defensiva

LA organización defensiva del terreno tiene siempre estos dos objetivos fundamentales: 1.º Evitar o dificultar al máximo el acceso del enemigo a la zona defendida y, por consiguiente, a la situada a su retaguardia, durante el mayor tiempo posible.

2.º Realizar tal misión con la mayor economía de fuerzas. En este segundo aspecto puede afirmarse concretamente que la fortificación es una de las más importantes fuentes de reserva.

Las condiciones esenciales a que toda organización defensiva del terreno debe responder, en cumplimiento del primer objetivo, son:

a) Lograr el máximo rendimiento de las armas utilizadas por los defensores.

b) Restringir, en el mayor grado posible, el uso y efecto de las armas de los atacantes.

La característica general de una organización defensiva ha de sujetarse a la idea que concreta esta definición: *La defensa es, simplemente, un ataque aplazado*. Así, la batalla en general, tanto ofensiva como defensiva, debe estar presidida por el concepto de dispersión de los combatientes que en ella intervengan, impuesta por la gran densidad de explosivos y metralla que el moderno material bélico es susceptible de proporcionar. Cualquier unidad que se detiene en su avance es capaz, por el solo hecho de su formación dispersa, de ofrecer una inmediata resistencia a todo ataque o contraataque hostil. Su cometido defensivo se limita, expuesto esquemáticamente, a consolidar el terreno que ocupa para lograr la mayor protección y los mejores campos de tiro posibles; se llega de este modo a la realización de la superficie fortificada o fortificación en superficie, que no es un descubrimiento, sino la meta del desarrollo evolutivo de la fortificación, paralelo al de los progresos del armamento, partiendo de la fortaleza que corresponde al concepto geométrico del punto, pasando por la trinchera, expresión de la línea. En esencia, una fortificación en superficie está formada por elementos defensivos, más o menos grandes, suficientemente alejados unos de otros, tanto longitudinalmente como en profundidad, para disminuir la eficacia de los fuegos de la artillería y de la aviación. Un sistema defensivo moderno debe incluir abundantes abrigos contra los bombardeos masivos y obstáculos especiales contra los tanques; el empleo creciente de la aviación y la fotografía aérea exige, además, el uso del camuflaje, utilizado especialmente durante la ejecución de los trabajos, para limitar la destrucción del personal y material que lo sirve.

La organización defensiva de una zona de terreno puede realizarse en diversas formas, respondiendo a sendos objetivos; puede formarse empezando por atrincheramientos rápidamente contruidos al avanzar las tropas y perfeccio-

nados después, hasta convertirse en un sistema de profundidad reforzado por posiciones y abrigos de hormigón, servido por profundos caminos cubiertos y por anchos y formidables obstáculos o bien constituirse sobre una zona escogida preparada de antemano. En cualquier caso, la profundidad y la elasticidad son esenciales, tendiéndose que la primera se aplica no sólo a la distribución de la infantería, sino también a la de la artillería y otras armas. Esta característica preside la defensa y gobierna el empleo de las obras, trincheras, abrigos, obstáculos, etc.

La profundidad da elasticidad al sistema defensivo permitiéndole resistir sin rupturas.

## III. Constitución de un sistema defensivo en líneas generales

SEA cualquiera el tipo defensivo, toda organización de esta clase debe comprender las posiciones siguientes, escalonadas en profundidad:

1.ª Una posición de resistencia cuya integridad se asegure a toda costa y cuya situación debe ser elegida como la más favorable para repeler cualquier ataque serio del enemigo.

2.ª Una posición avanzada que actúa como resorte y absorbe el primer choque.

3.ª Detrás de este sistema principal, si el tiempo y los medios permiten su ejecución, existe posibilidad de fuertes ataques, otras posiciones de retaguardia, en número variable. La distancia mínima entre los límites exteriores de las posiciones avanzadas y de resistencia, es determinada por la condición de mantener esta última fuera del alcance de la artillería de trinchera enemiga, de 1.500 a 2.000 metros y la distancia máxima será aquella que permita a una parte de la masa principal de la artillería propia, cubierta por la posición de resistencia, actuar sobre las zonas de concentración y partida de los ataques enemigos (de 1.500 a 2.000 metros más allá de la posición avanzada).

Cada posición se organiza para la defensa en profundidad, por medio de tres líneas que forman sistemas sucesivos: línea de vigilancia, línea principal y línea de sostenes, constituida por organizaciones más o menos acabadas en anchura y en profundidad y establecidas para responder al papel de cada una. Además se constituyen paralelas, destinadas a ligar las líneas entre sí, con el mando y con las reservas, que, en ciertas porciones de su recorrido, pueden confundirse con las propias organizaciones formando de este modo trincheras de tiro, respetando, ante todo, su cualidad esencial de comunicaciones. Asimismo se establecen puntos de apoyo y localidades fortificadas que implican al enemigo, en caso de que éste logre penetrar las defensas, agrandar la brecha y envolver la posición.

El plan de defensa determina la zona de acción de cada unidad sobre la posición de resistencia, parte esencial de la organización defensiva, cuya línea principal debe estar cubierta por obstáculos continuos y cuyo plan de fuegos establece en forma de lograr barreras de fuego de infantería y artillería combinadas con los obstáculos. Las agrupaciones se organizan en puntos de combatientes, puntos de apoyo (hasta sección) y centros de resistencia (batallón).

Los cometidos de la posición avanzada son atender a la seguridad del sistema general, evitando la sorpresa, romper los ataques enemigos y obligar a gastar a las fuerzas adversarias grandes cantidades de municiones y emplear efectivos considerables para su captura.

El esqueleto defensivo en esta zona lo constituyen nidos de ametralladoras, cuidadosamente camuflados, con defensas accesorias, especialmente alambradas y obstáculos antitanques.

La posición de retaguardia debe comprender, por lo menos, un sistema de trincheras o puntos de apoyo y estar unido a la línea de sostenes de la posición principal por zanjas.

Si el sistema defensivo se organiza durante el avance de las tropas, los asentamientos de las dos primeras posiciones se determinan

(Continúa en la página)



# EL PROBLEMA TÁCTICO DE CADA MANDO

por el Coronel ESTRADA (del Estado Mayor Central)

DE un modo general todo problema táctico puede enunciarse así: cumplir tal misión, partiendo de la siguiente situación: con tales medios, en tal terreno y contra tal enemigo.

Como se ve, dos son los datos del problema: misión y situación, integrada ésta, a su vez, por otros tres: medios de acción, enemigo y terreno. Precisando los límites de estos cuatro datos, además de conocer su valor, el problema quedará también delimitado.

Empecemos por la misión, dato fundamental. ¿Qué se entiende por misión táctica de una unidad? En táctica, para podernos entender a través de las órdenes cursadas por los diversos escalones del mando, es preciso recurrir a una nomenclatura común y desde luego convencional, presidida por unos cuantos conceptos básicos que todo jefe u oficial debe conocer con exactitud. De otro modo nunca podría establecerse un deslinde de funciones y responsabilidades y quedarían las cuestiones más delicadas a la interpretación más o menos arbitraria de muchos criterios. Uno de esos conceptos es la misión. Misión es la cosa sagrada que, indefectiblemente, hay que cumplir. Misión táctica de una unidad es la tarea o cometido que se le asigna para el combate, referida en el mayor grado de exactitud que permita la situación o circunstancia de lugar y tiempo.

Avanzar, por ejemplo, es una misión genérica, pero imprecisa. Conquistar tal objetivo, partiendo para el ataque de tal posición a tal hora, es ya una misión táctica concreta y bien definida.

En el problema táctico actual de cada unidad, con relación a futuros avances, la misión no se precisa hasta que la unidad recibe la orden del escalón superior. Pero si cada mando, por ello, no puede evaluarla exactamente, si le es factible conocer de ella un valor aproximado y probable. Para mayor claridad, pondremos algunos ejemplos.

El capitán de una compañía de primer escalón, estudia el terreno a su frente. La primera línea de trincheras enemigas constituiría su primer objetivo; la segunda línea, o las cosas o accidentes en ella situados, será el segundo y así sucesivamente, en una profundidad que puede oscilar en unos centenares de metros y un par de kilómetros (profundidad que depende de la capacidad de penetración de su unidad, que es función a su vez del estado moral y físico de los efectivos propios, del frente que ocupa, del grado de perfeccionamiento de las obras definitivas del contrario, del trazado y número de estas obras, de los medios de fuego que posea en comparación con los del enemigo, de la naturaleza del terreno, etc.), podrá fijar los objetivos de su unidad. La suma de todos estos objetivos y la asignación del último racionalmente elegido, habida cuenta de los factores a que acabamos de aludir, constituye la misión probable de la compañía.

Por lo que concierne al batallón de primera línea, análogamente puede calcularse su capacidad de penetración, que puede ser la misma que la de una compañía en primer escalón, si no hubiese en segunda línea compañías suficientes para hacer un relevo o paso de líneas en el curso del ataque, y mayor en caso contrario. Deducida la capacidad de penetración, se obtiene la profundidad de la zona en que el batallón puede actuar ofensivamente y la última línea acusada del terreno incluida en esta zona será el objetivo de la unidad, y su conquista, la misión.

La brigada puede emplear su capacidad de penetración con relación al batallón si dispone en segunda línea de número de batallones suficientes para relevar a los de la primera desgastados; pero, en todo caso, de la capacidad de penetración que resulte puede obtenerse análogamente el objetivo y la misión probable de la brigada.

Finalmente, la división y unidades superiores, no pueden conformarse con la ocupación de la posición de resistencia enemiga y guarnecida por la infantería. Para que los atacantes no se vean sometidos al fuego intenso y eficaz de las baterías contrarias, fuego que suele estar previsto en toda la profundidad de dicha posición, es preciso que la zona a conquistar incluya la de asentamiento de la artillería enemiga; y la línea del terreno más acusada y próxima al límite más lejano de dicha zona será el objetivo de la división, y conquistarlo, la misión probable.

Valorada de un modo aproximado la misión en los diversos escalones del mando, no hemos obtenido todavía un valor definitivo, aunque siempre probable, sino sólo provisional, pues los tres factores de la situación pueden sugerir aún alguna corrección.

Así los medios de acción disponibles apreciados comparativamente a la extensión del frente de la unidad y a la profundidad de su zona de ataque, pueden no bastar, si no se refuerzan con otros suplementarios, para el cumplimiento de la misión. Un terreno muy accidentado o cubier-

to por una red escasa de fuertes organizaciones defensivas o un enemigo superabundante de todo en armamento o en efectivos, pueden asimismo obligar a rectificarla.

\* \* \*

CALCULADA la misión táctica probable de cada unidad, importa investigar el factor enemigo. Ello es función del servicio de información, que debe estar organizado hasta en las más pequeñas unidades. No vamos a incluir en este trabajo un curso de información, sino a destacar algunas ideas esenciales en orden al propósito que perseguimos.

El factor enemigo es siempre el más desconocido de los tres que integran toda situación táctica. Interesa saber de él, en todo momento, qué es (sus efectivos, organización y dispositivo u orden de batalla), qué hace (su actividad en todos los órdenes: por el fuego, por el movimiento, por la observación en sus trabajos de fortificación) y qué puede hacer (tanto por su propia iniciativa como para contrarrestar nuestra maniobra).

Para tener siempre a mano la respuesta a estas tres preguntas, hay que recurrir a la observación, los interrogatorios de evadidos y prisioneros, los golpes de mano, las patrullas, los escuchas, los reconocimientos ofensivos, los reconocimientos aéreos a la vista y fotográficos, los informes de otras unidades y armas, etc. Es preciso que todos los mandos y sus órganos de información estén animados de un profundo sentido de la curiosidad para saber lo que hay, lo que ocurre y lo que puede ocurrir en la primera línea del contrario y más allá de ella, en toda la zona desde donde pueda ejercer influencia sobre la de ataque.

El enemigo es un factor muy variable, y hay que estar al tanto de sus variaciones. Su organización, medios efectivos, orden de batalla, trazado, número de grado de perfeccionamiento de sus obras de fortificación; su actitud, actividad, posibilidades y, si fuera factible, intenciones, deben ser la continua preocupación de todo mando hasta que todas estas incógnitas se vayan despejando. Como de todo esto nunca se logrará saber sino una parte, el mando tiene que construirse su plan de información y traducirlo en un programa de investigación redactado en forma de preguntas concretas, dirigidas a los distintos órganos del servicio, para satisfacer su ineludible curiosidad.

El terreno se conoce por el plano, por la observación directa y por los informes de los naturales del país, evadidos, prisioneros, reconocimientos aéreos, etc., y a las mismas fuentes se recurre para averiguar las modificaciones en él introducidas por la fortificación, los campos de minas y las nuevas vías de comunicación.

Los medios de acción de la unidad son de sobra conocidos por su jefe; pero el concepto de sus posibilidades y eficacia lo da su comparación con el frente de la unidad, con la profundidad en que debe actuar, con la naturaleza del terreno en la zona del ataque y con los medios de que el enemigo disponga.

De esta comparación de los medios propios con el terreno afectado por la misión (frente, profundidad y naturaleza) y con el enemigo, resulta la apreciación de la situación en relación con la misión, apreciación que desemboca en la conclusión de existir o no medios suficientes para cumplir el cometido probable de la unidad. En caso negativo, surge la evaluación de los medios suplementarios que se estimen precisos.

En este cálculo de los medios suplementarios, no hay que dejarse llevar por un optimismo exagerado, fomentador de la confianza, que la realidad se encargaría de trocar en desconsuelo, de que la simple orden de ataque ha de bastar para disociar las resistencias enemigas ante el general empuje, precedido de fuegos, de nuestras olas de asalto. Ni tampoco cifrarlo muy por encima de las necesidades, cerrando los ojos, a las que otras unidades, indefectiblemente, tendrán también. No cabe duda que con muchos tanques, mucha artillería, mucha aviación y muchas reservas de choque, habría de vencerse la resistencia más dura. Pero eso, que, adoptado como criterio general, rebasaría el volumen de las disponibilidades de cualquier ejército, no es tampoco el arte de la guerra, porque los objetivos han de saber conquistarse con los elementos suficientes, sin sentir el egoísmo de asegurarlos a todo evento, en el perjuicio de la maniobra de mayor envergadura que el Alto Mando conciba sobre el punto que libremente elija como decisivo.

Valorados con carácter aproximado o probable los datos del problema táctico, quedan fijados sus límites y sentada la base sobre la que ha de apoyarse su solución. Y su solución consiste en combinar los medios de acción de tal forma que, en el terreno de la zona de ataque y a pesar del enemigo, pueda cumplirse la misión.



# EL GENERAL MIAJA

por Corpus BARGA

A fines del siglo XIX, antes del año 98, el ejército español no era precisamente un ejército popular, pero conservaba todavía, y la sacaba a relucir en las grandes solemnidades, cierta aureola liberal.

Era el ejército de la guerra de la Independencia y de las guerras civiles. Había luchado en ambos casos por la libertad. Primero, frente al extranjero, es decir, en la política exterior; y después, en la política interior, frente al absolutismo, por la libertad política sin la cual la otra, la libertad nacional, resultaba un engaño.

Es verdad que ese doble sentido de la libertad se presta a un equívoco en el que han caído y siguen cayendo las naciones y que entonces no supo evitar España. Toda nación, cuando defiende su independencia, se cree muy liberal y lo es, en efecto, mientras lucha por la libertad. Pero, una vez conseguida ésta, hay que mostrar si se es digno de ella. ¿Para qué se ha querido? ¿Para la liberación o para la opresión? ¿Como una finalidad a la que es preciso llegar o solamente como un medio?

La España del siglo XIX, que dió un sentido político que hasta entonces no tenía y desde entonces tuvo en todo el mundo a la palabra liberal, alzó, como otras naciones de aquel siglo y del nuestro, a muchos jefes liberales que no supieron o no quisieron hacer nada con la libertad, mejor dicho, que no supieron hacerla, liberales en su juventud, reaccionarios en su madurez (tal ha sido y sigue siendo el lugar común de las biografías políticas).

La libertad no estaba madura, no llegó a madurar porque las condiciones económicas del país no variaron todo lo que debían con la única verdadera revolución liberal que se hizo en España durante el siglo XIX: la desamortización de los bienes de la Iglesia; revolución precursora, en la que España se adelantaba a las demás naciones, pero que no se llevó a fondo.

La restauración monárquica en España, a fines del siglo XIX, fué el triunfo reaccionario de los jefes alzados en su juventud como liberales. Se cumplían las biografías políticas claudicantes. El ejército español de la restauración, traicionado por sus jefes, era, pues, en realidad, un instrumento de la reacción.

Sin embargo, sus banderas, en algunas conmemoraciones, por ejemplo en la del 2 de mayo, todavía ondeaban con aires de libertad. El 2 de mayo, Bailén, los sitios de Zaragoza y de Gerona, de la guerra de la Independencia, se enlazaban con Luchana, la liberación de Bilbao y hasta con el abrazo de Vergara, que aún podía parecerle ingenuamente al pueblo la derrota del absolutismo carlista.

El ejército de Martínez Campos, de este tipo perfecto de general traidor, que se sublevó en Sagunto para restaurar el trono de los Borbones, era todavía para el pueblo el ejército de Riego, el héroe muerto por liberal, y el ejército de Espartero, que decía: cúmplase la voluntad nacional, y de Prim, aquel impetuoso que se había presentado a la reina con un soviet de soldados.

A esta historia militar superviviente en la imaginación del pueblo, se unía la historia clásica de los conquistadores españoles: Hernán Cortés, Pizarro, soldados y campesinos que conquistaban imperios. Mucho antes de que existiera un ejército popular sacado de la revolución—el ejército francés de Napoleón—los españoles que se iban de soldados a América llevaban en su hatillo el bastón de mariscal.

Así se explica que en el año de 1897 saliera de la Academia de Infantería un segundo teniente, lleno de ilusiones militares e hijo de obreros. Este joven oficial se llamaba José Miaja.

ERA un mozo de pecho ancho y cabeza redonda, nacido en Oviedo. Su padre trabajaba en la Fábrica de Armas; y como el trabajo del padre sobre todo si es obrero, trasciende al hogar, José Miaja debió en cierto modo familiarizarse, desde chico, con el secreto de esos instrumentos rigidos—los fusiles—que los hombres manejan en todas las direcciones. El oficio del padre tuvo, indudablemente, su parte en la inclinación del hijo. Si no se hubiera destinado al mando, a la dirección de las armas, José Miaja se hubiese dedicado, como su padre, a fabricarlas.

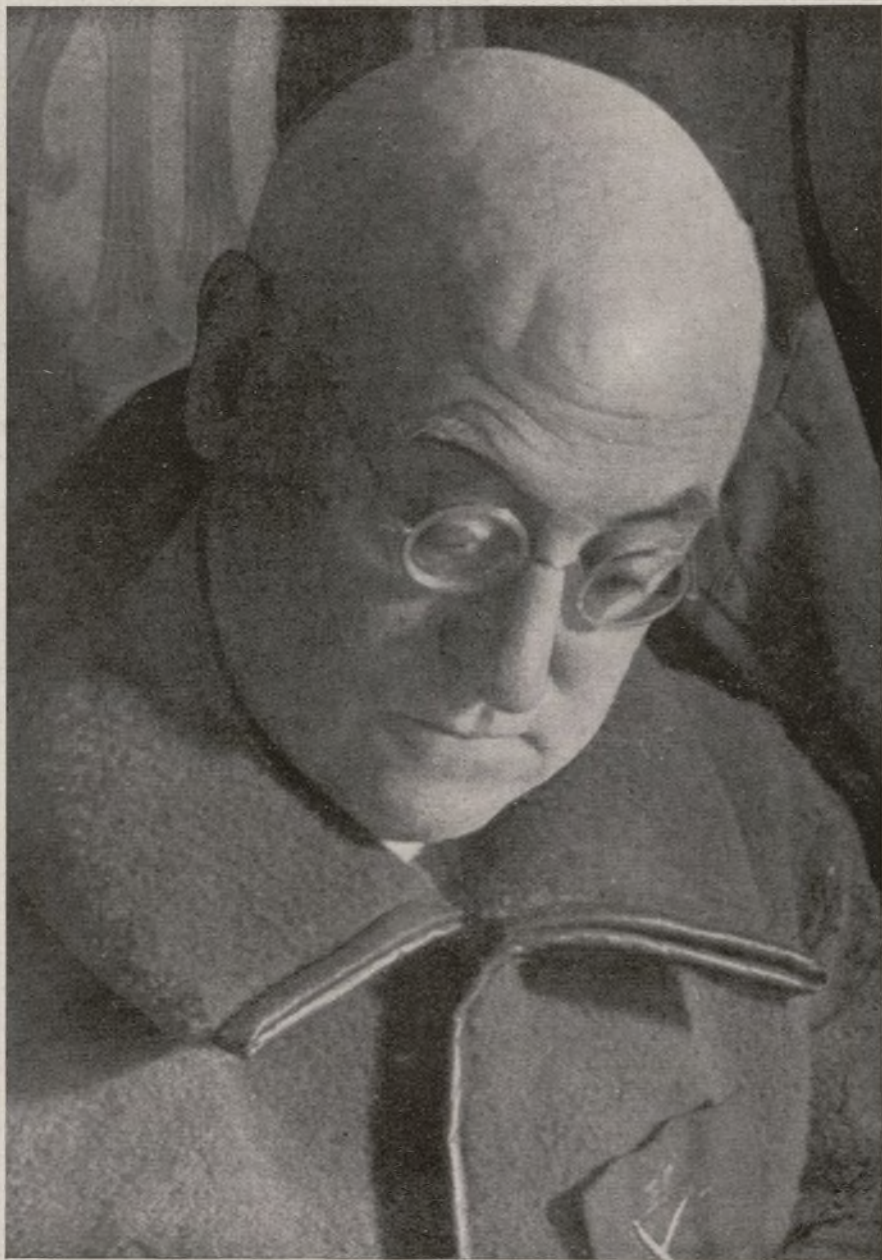
Entonces los obreros fabricaban los fusiles, pero no los dirigían. Frecuentemente estaban dirigidos contra ellos. El paso de una a otra función con respecto a los fusiles era el ascenso de una a otra clase social, y no bastaba merecerlo, había, además, que agradecerlo. Toda vez el soldado que por azar de la guerra ascendía a teniente, podía pasar, si sabía adaptarse a su nueva clase, a volverse contra su clase de origen, cuando fuera necesario. Mas, a pesar de la palida aureola que aun pudiera tener el ejército liberal, no podía admitirse fácilmente que un mozo de la clase humilde entrara a formar parte de la oficialidad por la misma puerta de la Academia que los señoritos de las clases acomodadas.

Los conquistadores de América, capitanes del pueblo; los guerrilleros de la Independencia; los héroes militares de la libertad, toda la vena popular del ejército español henchida de la sangre roja del pueblo, no había destruido el prejuicio de la sangre azul en el ejército. Sabido es que antiguamente, en las casas nobles, el hijo mayor heredaba los títulos, el duque, el conde, el marqués, mientras los otros hijos varones se dedicaban a la carrera de las armas o a la Iglesia como las hembras casaban o entraban en convento. Las armas eran la nobleza y para la nobleza. Los ejércitos estaban así compuestos de jefes de la clase social superior y soldados reclutados en el pueblo hambriento y aventurero. Cuando la clase superior, en tiempos modernos, no fué la nobleza sino la clase media enriquecida, los jefes del ejército salieron no sólo de la aristocracia, sino también de la burguesía, pero de la burguesía que más deseaba

heredar los modos de la nobleza, la que más la imitaba.

José Miaja que, sacrificándose sus padres, había conseguido entrar en la Academia de Infantería, no podía ser bien visto por los señoritos de la antigua o de la moderna nobleza. Si le tiraba la milicia de sentar plaza. Era un hijo del pueblo que no estaba hecho para mandar sino para obedecer. Los que le creaban este ambiente hostil no hubieron podido figurarse que llegaría una ocasión memorable—el 6 de noviembre de 1936—en que el nombre de José Miaja pasaría a la Historia por virtud de sus dotes de mando.

La hostilidad de la Academia se recrudeció en los Cuartos de Breda. Miaja no era más que teniente cuando se perdieron las colonias, la guerra de 1898, y el ejército recluido en España perdió además la aureola liberal, se hizo completamente reaccionario y no tuvo otra misión que salvar a la monarquía del naufragio. A los militares no les bastaba con ser monárquicos; todos querían ser palaciegos porque ya no fué el inocente prejuicio de la sangre azul, sino intereses más calculados que dividieron en castas al ejército. Los militares que no eran palaciegos eran considerados como de una casta inferior, constituían el proletariado de la oficialidad, iban con sus familias numerosas y sus pagas exigüas





# EL CUIDADO Y LA CONSERVACION DE NUESTRAS ARMAS

**D**IARIAMENTE se escribe y se habla sobre «La defensa del Terreno». Muy importante, importantísimo llevar al convencimiento de cada soldado, de cada jefe u oficial, la absoluta necesidad de defender palmo a palmo, hasta la última gota de sangre, nuestro querido suelo patrio. Un trabajo tenaz, persistente, enérgico, ha dado excelentes resultados. Los dió en el Centro, los ha dado en el Este y los dará en cuantos lugares sea preciso, pero hay un aspecto de nuestra guerra poco desarrollado hasta el presente. Es el que se refiere a la defensa de nuestras armas.

Sabido es que en nuestro país no había organizada una fuerte industria de guerra y lo poco que había nos fué robado por los generales traidores. Si los esfuerzos para la organización del Ejército Regular han sido grandes, los que se precisan realizar en orden a la industria de guerra, son todavía mayores, mucho mayores. Los sacrificios que realiza el país para dotar a nuestro Ejército de abundante y potente material de guerra, son cuantiosos. Tan cuantiosos, que con frecuencia impiden, pese a la mejor voluntad, dotar al Ejército de cuantos elementos necesita. La producción nacional ha de realizar en este aspecto progresos gigantescos. La farsa trágica de la «no intervención» nos depara experiencias bien aleccionadoras que es preciso tener muy en cuenta.

La escasez de medios materiales se ha venido supliendo con la voluntad indomable de los soldados del Ejército Popular.

El entretenimiento y defensa del material de nuestro Ejército exige un trabajo continuo de vulgarización entre todos los soldados y jefes, demostrando hasta la saciedad que cuando la República entrega un arma para luchar contra los invasores, es preciso que siempre, pase lo que pase, se encuentre en disposición de defender nuestra Patria.

Las incidencias de la guerra, por especiales que sean, en manera alguna pueden justificar la pérdida de material que el propio desgaste del uso no produzca.

¿Conoce el soldado las penalidades, los sufrimientos, las dificultades y sacrificios extraordinarios que cuesta proveerle de bueno y abundante material?

Seguro que no. El soldado debe familiarizarse con su fusil, con su ametralladora, con el cañón o con el avión, con el teléfono o con el camión. Es preciso que sienta cariño por él, que se hermane con su arma de combate, que acaricie su fusil o su cañón como arma de libertad. Que piense en nuestros hermanos explotados del otro lado de las trincheras. Que piense en la vida de esclavitud y de miseria. Que piense en la pezuña del fascismo italoalemán que está arrasando nuestro país. Que España no puede ser «una merienda de negros», que nuestra Patria nunca será una colonia, que nuestras mujeres no pueden ser pasto de moros, italianos y alemanes. Que piense, en suma, que está en su mano el medio para conseguir la felicidad de nuestro pueblo y que sin ello, sin la victoria, de nada servirían las conquistas hechas hasta el presente.

guarnición en guarnición, tenientes, capitanes, comandantes, no pasaban de coroneles. El generalato se reservaba para los que lograban su carrera en Madrid, es decir, para los favoritos. Palacio hacía y deshacía a su conveniencia las carreras militares.

Naturalmente, el hijo del obrero de la Fábrica Asturiana de Armas, fué un oficial proletario. José Miaja era de los de abajo y tenía un carácter entero. No se dobló, pero tampoco se abatió. Casado muy joven, de teniente, empezó a criar una familia que, como hombre honrado del pueblo, había de ser y ha sido numerosa: siete hijos. Una perspectiva de trabajo militar y de mejora económica se abría en Marruecos. Miaja fué allá y tomó parte en cuatro campañas: la de 1909, la de 1911, la del 13 al 14 y la del 21 al 23. Cuando empezó la primera campaña, era ya capitán por antigüedad, desde 1907. En la campaña de 1911 fué ascendido a comandante por méritos de guerra. En 1918 ascendió a teniente coronel, y en 1925 a coronel.

Su vida militar había sido la de un oficial disciplinado, fiel cumplidor de las órdenes del Gobierno.

**A**l advenimiento de la República, no era más que coronel, el grado máximo a que en realidad podía aspirar un oficial proletario. La República le hizo general y fué destinado a Badajoz primero y en seguida a Madrid, en donde tomó el mando de la primera Brigada de Infantería. La República le había reconocido y él a ella.

Si José Miaja no había sido hasta entonces más que un militar disciplinado, íntimamente desligado del medio ambiente monárquico, al llegar la República se sintió ciudadano, comprendió que había sonado la hora del pueblo español. En vez de la biografía claudicante, tan repetida en los jefes del ejército y de los partidos políticos, José Miaja, al llegar a general, no claudicaba sino que se encontraba.

Conviene decir en este punto que su padre, un obrero de la Fábrica de Armas de Oviedo, era republicano. Gil Robles distinguió en seguida la marca indeleble de republicano que, al calor de los acontecimientos,

Muy especialmente el Comisario debe llevar a la conciencia de cada soldado la idea de no abandonar sus armas.

Si ante una circunstancia especial de la guerra nuestras tropas deben replegarse a otras líneas defensivas, hay que poner el mayor cuidado para retirar todo el material. Si alguna circunstancia adversa nos obliga a pasar por el dolor de que el enemigo nos arrebate algún terreno, *que sea el terreno solo, pelado*, que no quede a los extranjeros invasores más que el suelo y que hasta éste le sea hostil, que nunca pueda regocijarse con nuestro material.

Ni un fusil, ni una ametralladora, ni un cañón, ni una caja de municiones, ni un coche, ni talleres, ni almacenes, ni un metro de hilo telefónico, *nada en absoluto*. ANTES QUE DEL ENEMIGO, DESTRUIDO. Es preciso sancionar con dureza todo abandono de material y no solamente por abandono, sino maltrato del mismo.

Recordemos a este respecto los primeros meses de la sublevación. El enemigo, por diversos frentes, avanza sobre Madrid. Nuestras heroicas milicias luchan con denuedo. No hay Ejército todavía. Falta organización. Falta disciplina. Falta conocer el manejo de las armas. Frente a esto un entusiasmo grandioso, un coraje y una voluntad indomable. En semejantes circunstancias puede justificarse que algunos milicianos abandonasen el fusil que minutos antes les habían entregado, fusil sin limpiar, lleno de grasa, fusil cuyo manejo desconocían y había que empezar a emplear inmediatamente, que entraban en el fuego sin conocer la más elemental instrucción. Con todo y con eso pocos eran los fusiles que se perdían.

Ahora, a los veinte meses de guerra, ya tenemos un Ejército, por añadidura un gran Ejército, con unos soldados magníficos, bien disciplinados y curtidos en docenas de heroicos combates, un espíritu de sacrificio maravilloso.

¿Cómo podría actualmente justificarse una retirada desordenada en que los soldados se presenten sin fusiles o todo lo más con los cerrojos? *De ninguna manera*. Hechos de esa naturaleza no pueden producirse. A los veinte meses de guerra no deben producirse. Hay que evitar por todos los medios que se produzcan. *Son evitables*, cuando los mandos se preocupan por educar, vigilar y aconsejar al soldado. Cuando el soldado se siente bien mandado y tiene confianza en sus jefes. Cuando el comisario realiza el trabajo que le es propio, cuando éste mantiene un contacto permanente con el soldado saliendo de la rutina burocrática de enviar circulares y aparece por las líneas conviviendo con los soldados y preocupándose por la vida de éstos.

Un Ejército que no cuida celosamente de sus armas, puede recibir muy desagradables sorpresas.

Apresuremos el remedio para evitarlas. Un mejor trabajo del comisariado y de los mandos cerca de la tropa, mucha más actividad para convencer hasta el último soldado de que quien abandona las armas es un traidor y un desertor de nuestra causa. ANTES MORIR QUE ABANDONAR LAS ARMAS. ANTES QUE DEL ENEMIGO, DESTRUIDAS.

se hacía más señalada en la figura del general y le destituyó del mando de la primera Brigada de Madrid y le mandó a Lérida, para castigarle. Volvían las guarniciones de provincia a ser un castigo para los militares. Miaja volvía a ser un proletario del ejército. Era un general proletario.

Por poco tiempo. Al formarse el primer gobierno del Frente Popular, fué nombrado ministro interino de la Guerra; después volvió a mandar la primera Brigada de Infantería y, encargado de la División y como Comandante Militar de la Plaza de Madrid, hizo frente al intento de sublevación de la Caballería de Alcalá de Henares, donde él solo con su ayudante, impuso su mando y detuvo a los oficiales sublevados. Con la misma autoridad actuó en Toledo, en un conflicto entre los cadetes del Alcázar y las fuerzas obreras.

Y al estallar la rebelión militar de Sanjurjo, Goded, Franco y Mola, el general faccioso encargado de sublevar a las tropas de Madrid no se atreve a ir a la Comandancia a tomar el mando de la División, porque allí está el republicano Miaja. En aquellos momentos, durante ocho horas, Miaja tuvo también que hacer de ministro de la Guerra. El día 25 de julio, salió de Madrid con su Estado Mayor para Albacete y se hizo dueño de la plaza. Luego dirigió, desde Montoro, las primeras operaciones militares en la provincia de Córdoba e impidió que los rebeldes se apoderaran de Jaén. De agosto a octubre fué Comandante Militar de Valencia. ¿Qué? ¿Iba Miaja a ser ignorado también por la República?

Sus dotes de mando no habían pasado desapercibidas. Era el momento de un general con tesón, el general del ejército popular del «No pasarán». El 25 de octubre, José Miaja es nombrado general de la primera División, y el 6 de noviembre el Gobierno le deja encargado de la defensa de Madrid.

José Miaja es el Presidente de la Junta de Defensa que pasará a la Historia. Es el militar que en la defensa de Madrid se ha compenetrado con el pueblo, como el teniente Ruiz, como Daoiz y Velarde, el 2 de mayo. Más feliz que ellos, porque ellos fueron héroes que no vieron su triunfo. Miaja ha visto el suyo. El triunfo del pueblo.



# EL SOLDADO ES UN HOMBRE

**E**L antiguo Ejército tenía las características de un Ejército de casta, Ejército a las órdenes de los grandes terratenientes y de la gran burguesía, cuyos intereses defendía. Aquel Ejército estaba compuesto (lo está todavía en la zona facciosa), por *soldados*, jóvenes obreros, campesinos, modestos propietarios —todos ellos hijos del pueblo— y *mandos* militares, salidos de las capas más reaccionarias del país: aristócratas, terratenientes, grandes burgueses, etc. Los mandos en el antiguo Ejército, formaban una casta privilegiada, que velaba contra la penetración en el Ejército de todo espíritu democrático o simplemente liberal, y en caso de penetrar en los puestos de mando algunos elementos avanzados y demócratas, emprendían una lucha tenaz contra ellos, cerraban filas alrededor de éstos y hacían todo lo posible para obstaculizar su trabajo y promoción, para arrojarlos del Ejército.

En el antiguo Ejército, entre los mandos y los soldados había un abismo, el mismo que existía (y existe) entre el pueblo trabajador y los explotadores y opresores, el mismo que existe entre los fascistas y los antifascistas.

Con el fin de evitar que los soldados comprendiesen sus intereses, ya que el Ejército servía los intereses de los enemigos del pueblo; con el fin de asegurar la defensa de los intereses de los latifundistas, banqueros y grandes capitalistas por parte del Ejército, los antiguos mandos militares luchaban contra toda democratización del Ejército, contra toda clase de derechos para los soldados. El soldado, en el antiguo Ejército, no tenía (y no tiene en la zona facciosa), más derechos que los de obedecer, no tenía (y no tiene) más libertades que la libertad de asesinar a sus hermanos, a sus padres e hijos. Los ejemplos de la represión de octubre de 1934, y el de la guerra actual, en que los soldados del Ejército faccioso, son obligados a pelear contra nuestro Ejército Popular, compuesto todo por hijos del pueblo, son los más elocuentes en este sentido. —En el Ejército fascista, el soldado es un autómatas que cumple todo aquello que sus amos le ordenan, aunque ello va dirigido contra los intereses del pueblo y del mismo soldado. En el Ejército fascista, el soldado está a merced y es víctima de los caprichos de los mandos, siendo tratado por éstos bárbaramente, con frecuencia abofeteado por los oficiales borrachos. Al soldado en el Ejército fascista, se le trata como si fuese de inferior categoría y a veces como se trata a las bestias. Existe enorme diferencia entre el trato que se da a los mandos en el Ejército fascista y el que se da a los soldados. Para los mandos hay gran abundancia, para el soldado apenas algo para poder vivir. Mientras los soldados cobran 1, 2, 3 pesetas, los mandos tienen sueldos fantásticos. En una palabra: en el Ejército fascista el mando lo es todo. Es el amo. El soldado no es nada.



**C**OMPLETAMENTE distintas son las características y las condiciones en nuestro Ejército. Nuestro Ejército es un Ejército Popular. Tanto los soldados como la inmensa mayoría de los mandos son hijos del pueblo. Mandos y soldados sirven a una misma causa, la causa popular antifascista, la causa de la independencia nacional y de la República democrática con un hondo sentido social. Por eso en nuestro Ejército no existen contradicciones entre los mandos y los soldados, características que domina en el Ejército fascista. Por eso en nuestro Ejército existen condiciones favorables para la comprensión mutua, compenetración íntima entre los mandos y los soldados. Y, naturalmente, cuanto mayores son la comprensión y compenetración, más fuerte y potente es nuestro Ejército. Ahora bien: la compenetración y la combatividad del Ejército es mayor cuanto mejor organizadas estén sus Unidades, cuanto mejor funcionen sus servicios, cuanto más atendidos se hallen los soldados. Por otro lado, los soldados son la inmensa mayoría en el Ejército. De ellos depende el papel decisivo del combate, el papel de las realizaciones de los planes elaborados por los mandos. Es necesario dedicar la mayor atención posible a los soldados de nuestro Ejército, que al igual que los mandos, son hijos del pueblo, y como tales, necesitan y tienen derecho a la máxima atención y cuidado.

En primer lugar, el soldado tiene que estar bien alimentado y vestido. Esta debe ser una de las preocupaciones cardinales y permanentes de los mandos y comisarios y que consiste precisamente en esto: en asegurar la alimentación de los soldados. Preocupación constante sobre la cantidad y calidad de la comida, de si ha sido servida caliente, si han comido todos, etc., etc. Preocuparse constantemente del vestuario de la tropa, combatiendo toda clase de desatenciones para con los soldados, asegurando que en pleno invierno no haya ni un soldado con alpargatas, que todos tengan mantas, etc. Esta preocupación es más necesaria por el hecho de que es precisamente en el servicio de intendencia donde con más facilidad penetran las tendencias de burocratización. En este servicio, con mayor

propensión se extienden tendencias de ver y tratar a la brigada tal y tal, y no ver los dos o tres mil hombres que componen dicha brigada. En este servicio es muy corriente la práctica de abastecer una sola parte de las necesidades de cada brigada o división, dejando la mitad y a veces más de la mitad de los soldados sin vestir y sin calzar.

Es, pues, necesario, tener muy en cuenta que cada unidad está compuesta por tantos hombres vivos, y que cada uno de ellos tiene que ser atendido, asegurándole la comida caliente, siempre que las circunstancias lo permitan, la ropa y el calzado correspondiente. El comisario y el jefe de la fuerza no deben estar tranquilos ni satisfechos, mientras no vean que desaparece el último par de alpargatas de los pies de los soldados (tratándose, naturalmente, del comienzo del invierno), y que éstas han sido sustituidas por las botas, e igualmente las demás cosas.

Por otro lado, el soldado, como todo hombre y ser humano, se desgasta. La guerra es dura, larga y cruel. Para vencer son necesarios enormes sacrificios, energía, decisión, y todo esto nuestros soldados lo han demostrado mil veces. Ahora bien: para evitar el desgaste innecesario del Ejército, para conservar en el mayor grado posible la combatividad

de la fuerza, es preciso asegurar a la tropa, y muy especialmente a los soldados, algún descanso y relevo, naturalmente, siempre que las circunstancias militares lo permitan. Así los soldados podrán reponerse algo, asearse, bañarse, etc. No se le puede dejar al soldado durante meses y meses sin mudarse, sin bañarse, puesto que entonces vienen los piojos y en los soldados comienza a extenderse el abandono, a debilitarse la moral combativa, como resultado de este estado de cosas. Los soldados tienen determinadas necesidades políticas y culturales, y para la satisfacción de dichas necesidades, tienen que trabajar mandos y comisarios, sobre todo los comisarios. Es falta peligrosa y dañina toda tendencia de prohibir el trabajo cultural y político entre los soldados. Desde la lectura de la prensa y las charlas políticas, hasta los festivales, las clases alfabéticas y la organización de grupos artísticos, todo hay que dárselo al soldado.

Los soldados tienen el deber de obedecer y cumplir las órdenes de los mandos, pero al mismo tiempo los soldados son *compañeros* de los mandos y fuerza al servicio del combate. Así habrá que tratarlos: como camaradas, como hombres que luchan y mueren por una misma causa. En este sentido ellos merecen toda la amistad de mandos y comisarios.

Nuestros soldados, a través de la guerra, han probado ser dignos de tal comportamiento. Por otro lado, la promoción de centenares y millares de soldados, de delegados políticos y comisarios, de cabos, sargentos y oficiales, nos demuestran que nuestros soldados necesitan mayor atención y cuidado, puesto que han demostrado ser una fuente inagotable de cuadros militares y políticos.

para el Ejército. Cuanto mayor atención y ayuda se les preste, cuanto más amplia y sistemática sea la labor de educación políticomilitar, mayor y mejor resultado obtendremos de ellos en las jornadas de lucha. Nada de tratamiento burocrático a nuestros soldados. Nada de abusos y desatenciones para con ellos.

Los soldados son los compañeros de combate, de mandos y comisarios. Y como tales hay que tratarlos.

(Continuación de la página 5)

## La segunda guerra de Independencia

### Por la independencia, la libertad y la paz

**L**A trascendencia de la lucha que sostenemos consiste en que nuestra República constituye, con la República china, la trinchera más avanzada de la democracia mundial. Mientras los Estados fascistas amenazan a los pueblos libres, conquistan a sangre y fuego Manchuria y Etiopía, invaden y despedazan China, España, Austria, amenazan a Checoslovaquia, preparan el ataque contra la Unión Soviética y Francia, y organizan la guerra mundial, los ejércitos populares de China y España luchan por la independencia y la libertad de sus pueblos, y defienden al mismo tiempo la democracia y la paz.

Los invasores no pasarán. El amor a nuestra independencia y a nuestras libertades estimula a nuestra retaguardia laboriosa, fortalece la unidad de nuestro pueblo y aumenta la resistencia y la eficacia del Ejército Popular.



# LAS DOCTRINAS MILITARES DEL FASCISMO ALEMÁN

por el coronel GOLUVIEV

**E**L presente trabajo es un serio estudio de la doctrina militar del fascismo, un fuerte análisis y una clara visión de la concepción de los países totalitarios sobre el arte y la ciencia de la guerra moderna.

El artículo fué escrito hace algún tiempo, pero conserva en la hora actual plenamente su valor. Es más, la experiencia de los más recientes acontecimientos en el orden de nuestra guerra y en el plano internacional, son factores que confirman y esclarecen con una fuerza extraordinaria la tesis del coronel Goluviev. Los métodos bélicos ensayados por los invasores en la contienda de España son una prueba vigorosa de la predilección fascista por la guerra de exterminio, ed sus principios sobre el arrasamiento y la matanza colectiva de la humanidad.

Pero tales experiencias no se limitan únicamente al marco de la guerra activa. En el campo mundial se manifiestan también con una virulencia inmensa los métodos del fascismo para introducir las corrientes bélicas en el interior de los pueblos democráticos y libres. La guerra favorita del fascismo a cuya gestación aporta la plenitud de su esfuerzo, antes de su colisión violenta, se infiltra mediante los procedimientos de provocación, terrorismo y complotos dirigidos a desencadenar la guerra civil en los pueblos a quienes la dictadura fascista acecha con su garra sangrienta. La organización de complotos en Francia con el descubrimiento de las organizaciones contrarrevolucionarias y de espionaje y sus depósitos de armas italoalemanas, y la participación con los conspiradores traidores al pueblo francés de agentes perturbadores de Hitler y Mussolini; la invasión japonesa que despedaza a China, y la invasión hitleriana en Austria en los días más recientes, son factores complementarios e inseparables del juicio común de los militares fascistas sobre la guerra de exterminio, la guerra completa, totalitaria, llevada al corazón de los mismos pueblos por el fascismo mundial.

Es, podríamos decir, la antesala de la violencia en su más alta significación, la estrategia y táctica de la guerra preferida por los incendiarios de la paz, los verdugos de la libertad y del bienestar del mundo.

Pero, como certeramente concluye el camarada Goluviev, el desencadenamiento de la guerra de exterminio por los países fascistas conduciría, inevitablemente a su propia desaparición totalitaria de la arena histórica y de la vida humana, no sólo por la victoria militar de las democracias sobre los Ejércitos fascistas, sino también por el levantamiento de las masas populares de los pueblos dominados por su dictadura, por las propias masas armadas de sus Ejércitos, que se liberarían con ello, de la burla sangrienta, del terror, la miseria y la desventurada a donde las ha conducido la mstruosidad fascista.

La llegada del fascismo alemán al poder ha convertido a la Alemania fascista en el principal peligro para la paz del occidente.

En el trabajo de preparación de la nueva guerra, el fascismo alemán, naturalmente, no podía descartar la experiencia de la pasada guerra imperialista 1914-18.

Dicha experiencia, muy aleccionadora, condujo no solamente a las derrotas militares del

ejército alemán en los campos de batalla, sino también a la explosión interna del imperialismo alemán. La revolución de noviembre de 1918 liquidó el Imperio del Kaiser y condujo a la creación de la República Democrática. Al terminar la guerra, el ejército alemán no era ya un instrumento autómatas, obediente a los mandos militares, sino que creó una amenaza mortal para la existencia misma del imperialismo alemán.

Todos los esfuerzos de los teóricos militares de Alemania, después de la paz de Versalles, estaban concentrados en el sentido de evitar la repetición de esta experiencia en caso de guerra. Esto se ha reflejado en las llamadas teorías de los «pequeños ejércitos» sustentadas principalmente por Alemania.

En el libro «El hombre y la guerra futura» el coronel Zolshan —uno de los escritores de más prestigio en la Alemania fascista— escribía:

«En el siglo de la guerra con modernísimos elementos, el ejército de masas es un anacronismo... La masa de hombres no es ya nada en el combate moderno. Es más, es un perjuicio... Según la experiencia de la guerra mundial, la creación de fuerzas armadas del porvenir nos conducirá al ejército pequeño, perfectamente dotado de técnica y compuesto por el mejor material humano.»

Refiriéndose al período de la guerra mundial, afirmaba:

«El Ejército Alemán, a pesar de algunas faltas características, era indudablemente el mejor que en aquellas condiciones fué posible crear. A pesar de esto, surge la pregunta: ¿Hubiera obrado bien Alemania en el caso de restaurar el antiguo Ejército, con sus formas antiguas, de hacerlo sobre la base de aquellos principios de organización? Como resultado de las bien meditadas enseñanzas de la guerra pasada tiene que ser establecida la opinión de que el tiempo de los ejércitos de masas ha pasado ya y que el porvenir nos conducirá a la creación de ejércitos no grandes, pero sí cualitativos, capaces de llevar a la práctica operaciones rápidas y decisivas.»

La afirmación de Von Zegch, estaba determinada no solamente por las particularidades de la Alemania de postguerra. Ellas surgían del miedo del imperialismo de atraer a las amplias masas a la guerra en la época actual. El ejército alemán — como ha indicado ya Von Zegch—, en las primeras etapas de la guerra mundial, era el mejor ejército desde el punto de vista de la fidelidad al imperialismo. Pero «las faltas características de todo ejército popular se manifestaron en el ejército alemán», como se ve obligado a reconocer Von Zegch. Eso ha obligado a los militaristas alemanes «a meditar en el sentido de que actualmente todo ejército refleja el estado político y moral del pueblo y que armar a éste, cosa a la que conduciría la movilización general, significa crear grandes peligros». Llegado al poder el fascismo alemán no ha liquidado las contradicciones entre las amplias masas populares y la burguesía imperialista, pero el fracaso de la teoría de los «pequeños ejércitos» era tan evidente que le obligó desde los primeros días a abandonarla y pasar a la creación de la teoría de la «guerra totalitaria», cuyo creador fundamental era el general Ludendorf. «La «guerra totalitaria» según el citado general, es la guerra en la que participa no solamente el ejército, sino todo el pueblo; es una guerra que exige no solamente la movilización militar, sino también la movilización económica y «moral» de toda la nación en conjunto. «La guerra totalitaria —escribe el general Ludendorf— está dirigida no solamente contra las fuerzas armadas del enemigo, sino contra el pueblo directamente.»

El fascismo alemán, no trata hoy día la guerra como una cosa provisional, como un fenómeno pasajero, llamada a asegurar, a consolidar uno y otro régimen existente en el período de paz, sino como una forma de manifestación de la existencia humana.

«El siglo xx será denominado por la historia del porvenir. «Siglo de la Guerra» —escribía en diciembre de 1935 el órgano teórico-militar del fascismo alemán «Deutschwehr»—. La guerra no es ya un suceso casual que no tiene una significación especial. La guerra, actualmente, es un fenómeno particular, independiente, con sus propias leyes de equivalencia con la existencia de la paz. Si antes el mundo quería dar a la guerra un carácter especial intentando de someterla a unas leyes determinadas, en la época actual la paz tiene que someterse a las exigencias de la guerra, puesto que ésta se ha transformado en la dueña del siglo y ha convertido la paz en una especie de armisticio. Esa emancipación de la guerra es el acontecimiento principal y más característico de nuestra época: La creación de una constitución social de guerra es la tarea específica de nuestro tiempo.»

El coronel Zolddan, que era antiguamente partidario de las teorías de los «pequeños ejércitos» y hoy, discípulo destacado de la guerra totalitaria de Ludendorf, en su preámbulo al libro «La guerra hasta el exterminio» del fascista italiano Felar Vizconde de la Prazza, afirma:

«Es precisamente el régimen fascista el que presenta la constitución social de guerra. El carácter totalitario de la guerra moderna consiste para el fascismo alemán no solamente en que abarque todas las ramas del país en este carácter de guerra, sino, el resultado de la misma depende de dicho carácter totalitario.»

«La guerra del porvenir —se escribe en «Deutschwehr»— será totalitaria, no solamente en el sentido de la aplicación de las fuerzas, sino en el sentido de los resultados. La victoria totalitaria, significa destrucción totalitaria, desaparición completa y decisiva del vencido de la arena histórica. No habrá vencedores ni vencidos. Habrá solamente los que han quedado vivos y aquellos cuyo nombre ha sido borrado de la relación de pueblos existentes. Esa guerra, terminará, no con la ley jurídica, sino con el término de las actividades militares «de facto». En ligazón con esto, el vencedor no tendrá que mantener conversaciones sobre la paz con el vencido, puesto que no habrá enemigo capaz de llevar a cabo dichas conversaciones.»

Guerra al exterminio. Guerras cuyos resultados consistirán en la desaparición de la historia de Estados contemporáneos enteros, aniquilados completamente por los vencedores fascistas. Tal es la guerra que prepara el fascismo alemán.

«La idea de que pueda ser aniquilada definitivamente y de una vez para siempre una gran potencia o un gran pueblo, basada sobre una táctica militar y económica muy alta, esta idea aparece a primera vista como absurda y fantástica —a pesar de esto, no es preciso demostrarlo con sangre para comprender que es posible y justo—. En este sentido la cantidad no juega papel alguno. Someter y esclavizar a cincuenta millones de «felach» no es más difícil que esclavizar a cinco millones, puesto que el cero que se repite varias veces no deja de ser cero («Deutschwehr».)»

Las medidas de carácter guerrero del Gobierno de Hitler abarcan hoy día todas las ramas de la vida militar, económica y política del país. Toda la vida del país está sometida a la preparación de la guerra. Toda la economía alemana, desde el tiempo de la paz, está adaptándose a las necesidades de la guerra.

El fascismo alemán ha creado ya un numeroso ejército. Actualmente es un ejército de masas que cuenta, junto con las organizaciones militarizadas incluidas en él, con dos millones de hombres. En tiempos de guerra este ejército aumentará no menos de la cifra que tuvo el ejército alemán a fines de la guerra mundial 1914-18, alrededor de once millones de masas del ejército, aceptando el carácter de masas del ejército, aceptándolo como un mal inevitable, el fascismo alemán intenta introducir en los métodos de llevar la guerra totalitaria aquello que evitara

(Continúa en la página 18.)



# MOTORIZACIÓN Y TRANSPORTE

por el Mayor GARCIA VAL

**D**URANTE la gran guerra la motorización de los Ejércitos alcanzó extraordinario desarrollo y desde entonces los Estados Mayores Generales luchan para arrancar a la técnica la velocidad con que poder dotar a sus respectivos Ejércitos.

La motorización es motivo de honda preocupación y de duras polémicas en los Estados Mayores Generales de todos los Ejércitos del Mundo. En la velocidad con que puedan moverse las fuerzas se cifran los resultados de una batalla.

Podemos observar, y esto desde mucho antes de empezar nuestra guerra, cómo los Ejércitos modernos se vienen preocupando desde hace años, no solamente en dotar de potente, abundante y perfeccionado armamento a sus tropas, sino del juego principalísimo de la técnica del desplazamiento de las unidades.

Desde el punto de vista operativo, un Ejército que no pueda movilizar rápidamente sus reservas, está condenado a sufrir muy serios quebrantos; pero la rapidez en los desplazamientos no puede en ningún caso medirse por la velocidad que desarrollen los vehículos encargados de realizar tal misión. La rapidez es signo de disciplina y organización y por lo tanto de técnica, pero para obtener ésta no se puede confiar solamente en los vehículos de transporte, que aun siendo importantes juegan en este caso papel secundario. Lo importante para una rápida movilización, es que las tropas no estén recargadas de indumentaria, a veces caprichosa, ya que un exceso de ésta, sobre ser perjudicial desde todos los puntos de vista, destruye todo plan de transporte. La rapidez en los embarques y desembarques determina el resultado de un transporte. A este respecto las experiencias de la Gran Guerra han sido recogidas por los Estados Mayores Generales, entablándose desde la terminación de la misma una verdadera carrera por la motorización de sus Ejércitos. En algunos el ritmo ha querido ser tan rápido que se ha tratado de sustituir totalmente la tracción sangre por el empleo del motor en todos los escalones.

El sistema de una motorización total tiene sus quiebras que pueden causar serios disgustos al Ejército que lo emplee de una manera rígida y sistemática. En la Gran Guerra, los franceses estuvieron trabajando con empeño hasta encontrar la fórmula de una organización eficiente de transportes, realizando continuas experiencias y ensayos, costándoles aproximadamente tres años plasmar sus proyectos en realidades prácticas. Tal fué el empeño y la actividad desplegada por éstos, que la dirección y organización francesa llegó a manejar la totalidad de los transportes de los aliados.

La célebre «cadena» de Verdún fué el mayor éxito alcanzado, abriendo amplios horizontes para la motorización de Grandes Unidades.

El armisticio sirvió para que todos los países, a partir de su firma, dedicasen sus actividades a utilizar las experiencias con vistas a la próxima guerra mundial.

En nuestro país ninguna de estas experiencias ha sido tenida en cuenta, ya que los generales traidores solamente se han venido preocupando de conspirar contra el pueblo y dilapidar en forma escandalosa el presupuesto destinado a la organización del Ejército.

Para hacer frente al alzamiento militar fascista, hubo que improvisarlo todo. La violencia y rapidez del mismo exigieron en los primeros meses centrar nuestra actividad y atención en dar forma a las heroicas milicias hasta organizar nuestro glorioso Ejército Popular.

Poseemos un Ejército potente, además de disciplinado y fuerte; pero este Ejército debe ser dotado de los medios de transporte necesarios.

Si a esto se une el que en nuestro país no ha existido una industria del automóvil y la del transporte por carretera estaba iniciada, observaremos que las dificultades a vencer han sido y siguen siendo extraordinarias.

Pasada la primera etapa de las milicias, en la cual, justo es reconocerlo, los Sindicatos de Transporte aportaron con gran entusiasmo los elementos de que disponía, fué necesario transformar aquellas milicias de transporte con carácter sindical, en una fuerte organización militar capaz de hacer frente a las necesidades que la guerra exige.

Esta transformación maravillosa que se ha efectuado en apenas seis meses, es de por sí elocuente y permite mantener la esperanza de que muy pronto nuestro Ejército tendrá los medios técnicos que necesite.

Grandes han sido los esfuerzos realizados en el dominio del rendimiento, ya que tenemos cifras cuya lectura demuestra los resultados obtenidos. Por ellas vemos casos únicos en la historia, como el de Madrid, cuya población de más de un millón de habitantes, aparte el Ejército combatiente, es abastecida exclusivamente por camión.

En el dominio de la técnica, si bien con algunas debilidades fácilmente explicables y que se corrigen sobre la marcha, podemos estar satisfechos de los resultados alcanzados hasta el presente.

Uno de los países que rinde más culto a la motorización es la Italia Fascista, que especulando con su «victoria» sobre Abisinia, deslumbró a sus aliados los fascistas españoles con el espantajo de sus divisiones motorizadas.

Los resultados obtenidos por estas divisiones motorizadas, se califican por la esplendorosa derrota que sufrieron en Guadalajara.

Las batallas de Brihuega pusieron de manifiesto varios hechos importantes: primero, una gran unidad exige extraordinaria cifra de vehículos necesarios para mantener un ritmo uniforme en la marcha, además de una continuidad en la misma, sin la cual se perdería la eficacia en las concentraciones y el secreto en el movimiento.

Por otro lado, tenemos que una fuerte columna, de tan gran importancia, motorizada con vehículos ordinarios, queda vinculada exclusivamente a la carretera, cuya dislocación resulta difícil ante los ataques de la aviación, pudiendo llegar a producirse tal desconcierto y barullo, capaz de finalizar en verdadera catástrofe. Tengamos presente que una de aquellas divisiones italianas que avanzaba motorizada en estas condiciones hacia Brihuega, en marcha triunfal y espectacular que llevaba desde su punto de partida, se convirtió en el formidable caos que ocasionó la aparición de nuestra aviación, aniquilando la división enemiga. La motorización completa exige camiones «todo terreno», tractores y una serie de vehículos especiales, sin los cuales es difícil evitar graves situaciones que se producen tanto en la marcha como en el curso de las operaciones.

En nuestro haber figuran concentraciones importantes, como las de Brunete, Belchite y Teruel. En ellas el transporte cumplió todos sus objetivos, manteniendo el secreto, a pesar de la gran masa de hombres y material puesta en movimiento.

El resultado de las operaciones de Teruel, son de tal significación, que obligan a plantear, una vez más, el complejo problema de la organización de transporte.

En estas operaciones el Servicio de Tren del Ejército, alcanzó con holgura el objetivo marcado por el Mando. Las cifras de rendimiento son superiores a las alcanzadas en los últimos tiempos de la Gran Guerra.

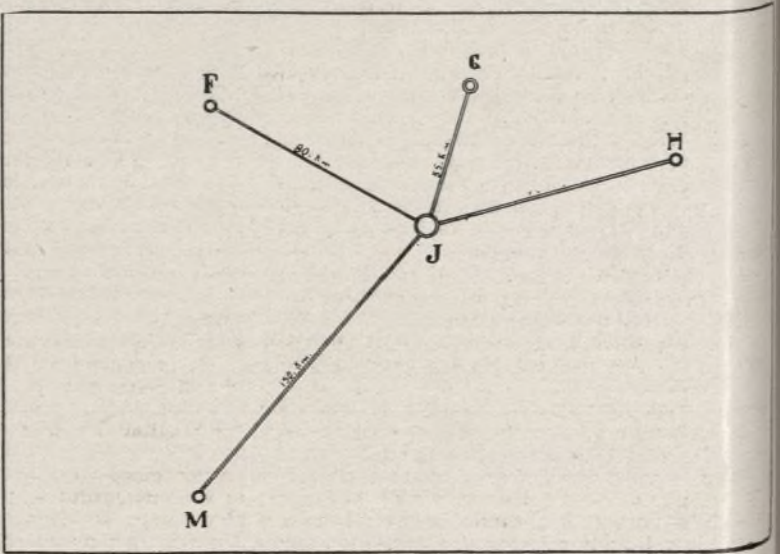
Para dar una idea de este rendimiento y solamente a título de ejemplo, diremos que la agrupación de transporte de uno de los flancos del Ejército de operaciones, con doscientos cincuenta camiones útiles, en veinticinco días transportó noventa y siete mil trescientos cuarenta hombres, mil trescientas sesenta y tres toneladas de víveres, ochocientos setenta y tres toneladas de material de fortificaciones, sesenta y ocho mil litros de gasolina y siete mil ochocientos toneladas de material de artillería y diversos.

Es preciso, al comparar estas cifras con las mejores alcanzadas en cualquier Ejército, tener en cuenta las condiciones en que se desarrolló la victoria ofensiva de nuestro Ejército. La serie de factores que intervinieron en las operaciones y la lucha contra los elementos, afirman nuestra anterior afirmación, teniendo presente: *Primero.* Los accidentes del terreno. *Segundo.* Los imprevistos temporales de nieve y hielos, con fortísimos descensos en la temperatura, llegando a alcanzar la cifra de diez y ocho grados bajo cero, y con el cierre de los puertos. *Tercero.* La mala red de caminos y el pésimo estado de los mismos, cuyos perfiles violentos, en tiempo normal, plantean serios problemas a la circulación.

Es de notar que aun a pesar de estas y otras grandes dificultades, el entusiasmo y la abnegación de los soldados del transporte han sido ilimitados, pudiendo citar casos de verdaderos heroísmos y sacrificios.

A pesar de los resultados positivos obtenidos, es necesario modificar completamente la actual organización de transportes. El transporte influye de una manera decisiva en el resultado de la guerra, pudiendo afirmarse que decidiendo incluso la victoria o la derrota.

Estamos frente a un estado de cosas que han hecho del automóvil y del camión el instrumento de discusión más apasionado. Es preciso transformar este sistema rutinario y no hacer más tiempo «la guerra del automóvil» usando y abusando excesivamente de dicho vehículo, cuya utilización puede y debe ser restringida.



Las propias operaciones de Teruel nos deparan abundantes experiencias en lo que a utilización se refiere. Las órdenes de servicio deben ser centralizadas en una sola mano. Cuando las órdenes de servicio llegan por varios conductos, quebrantan todos los planes, obstruyendo la posibilidad de una buena utilización del material. Las órdenes del transporte deben ser dadas de manera concreta, haciendo constar en cada caso **NO LOS VEHICULOS A EMPLEAR, sino, PRECISAMENTE, LOS HOMBRES Y LAS TONELADAS A TRANSPORTAR.**

El camión debe ser la continuación del ferrocarril, en ningún caso el sustituto del mismo.

El procedimiento de sustituir al ferrocarril por el camión, es brutal.



# OPERACIONES DE NOCHE

## (ESQUEMA DE LAS MISMAS)

La superioridad de medios materiales de uno de los bandos combatientes, impide o dificulta extraordinariamente la propensión de la infantería del que posee menos aviación y artillería, aconsejando la instrucción de sus unidades en los combates con niebla, natural o artificial, y en las operaciones de noche.

El objeto principal de las operaciones de noche es lograr LA SORPRESA por ocultación e incidentalmente obtener LA SEGURIDAD en su doble aspecto: seguridad de los *planes propios* evitando la observación aérea enemiga y seguridad del *personal*, haciendo ineficaces y de muy difícil realización el empleo de los aparatos de bombardeo y ametralladoras enemigas.

Las operaciones de noche comprenden las marchas, los avances y los asaltos. Esquemáticamente estas operaciones requieren el cumplimiento de las condiciones siguientes:

**DIRECCION:** En general deben distribuirse brújulas y marcarse los caminos a seguir, durante el día en toda la longitud posible. En caso de marchas, además, las unidades deben procurarse *guías seguros*, marcar los cambios de dirección por medio de ramas de árboles, piedras blanqueadas o telas blancas, y señalar en las órdenes de marcha los detalles del terreno, edificios, etc., que puedan reconocerse fácilmente.

En los *avances* nocturnos, cuyo objeto es ganar a vanguardia el terreno necesario para situarse en una base próxima a las líneas enemigas a fin de tomar por asalto las posiciones de vanguardia antes de amanecer, para proseguir luego el ataque durante el día, debe llevar una brújula cada pelotón, un guía si es posible y hacer conocer a los jefes, por medio de referencias, la forma de los accidentes del terreno que se recortarán frente a ellos sobre el horizonte. En los *asaltos*, operación difícil al riesgo de confusión y limitación de movimientos, las líneas de partida deben atenerse marcándolas en el terreno en dirección paralela al objetivo.

**INFORMACION:** Siempre ha de procurarse por medio de reconocimientos efectuados de día.

**FORMACION:** Se adoptará, en general, lo más *concentrada posible*. En los avances nocturnos, después de pasar cualquier obstáculo o desfiladero la unidad avanzará más allá del obstáculo, a una distancia igual a su longitud, y luego hará alto hasta que hayan llegado los elementos de extrema retaguardia.

En los asaltos se tendrá en cuenta que la *fijación del enemigo*, es lograda por la propia oscuridad y la *maniobra decisiva* se efectúa por las tropas avanzadas. Por esto sólo se dejarán pequeñas reservas, que en ningún caso pasarán de

la cuarta parte de las fuerzas que se empeñarán en el asalto.

**COOPERACION:** Todos los soldados deben conocer la CONTRASEÑA GENERAL y llevar un distintivo previamente acordado: pañuelos puestos sobre el brazo izquierdo, toallas en la cabeza a modo de turbantes, cintas, etcétera.

**OCULTACION:** Los fusiles se llevarán cargados, pero con el seguro echado. Nadie deberá hacer fuego sin orden previa. Es necesario mantener silencio absoluto y no fumar ni encender luz alguna. Todos los elementos del equipo deberán llevarse bien sujetos en evitación de ruidos. Los hombres no marcarán el paso.

En caso de avances nocturnos, los puntos de vigilancia se mantendrán hasta pasar por ellos el primero de la columna. Los fuegos y hogueras se dejarán encendidos. En el asalto se tendrá en cuenta que la bayoneta es la mejor arma, ya que el fuego de fusil localiza al atacante y es raramente efectivo.

**CONCENTRACION:** En los asaltos el despliegue debe efectuarse en columnas de secciones.

La velocidad de movimientos en general, será inevitablemente muy pequeña, circunstancia que ha de tenerse muy en cuenta para la fijación del horario.

mente antieconómico y si el país que lo practique no es productor de automóviles ni de carburantes, terminará arruinando su economía.

Vamos a citar algunos ejemplos de mala utilización del material de los primeros meses de nuestra guerra.

Por orden del Mando se entregan en J. para ser movidos por los Jefes de los servicios siguientes:

- Camiones a Intendencia.
- Camiones a Sanidad.
- Camiones a Artillería (para municionamiento).
- Camiones a Evacuación.
- Camiones a Ingenieros (para material de fortificaciones).

La orden del Mando, que se cumple fielmente, es de que los camiones los van a mover los Jefes de los Servicios respectivos, sin ninguna intervención de los Jefes de Transporte.

Tenemos:

Camiones de Intendencia, van a buscar víveres de J. a M. (ciento cincuenta kilómetros), hacen el viaje de ida en vacío, para regresar cargados.

Camiones de evacuación, transportan personal de M. a J., hacen el viaje de ida cargados, para regresar vacíos.

Camiones de Artillería, llevan municiones de J. a F. (ochenta kilómetros), de J. a G. (cincuenta y cinco kilómetros) y de J. a H. (setenta y cinco kilómetros). Van cargados y regresan de vacío.

Camiones de Intendencia, van a evacuar cereales de F. a J. (ochenta kilómetros), de G. a J. (cincuenta y cinco kilómetros) y de H. a J. (setenta y cinco kilómetros). Efectúan el viaje cargados y regresan de vacío.

Exactamente ocurre con los demás servicios.

Aun hay casos más elocuentes:

Como los camiones de referencia son movidos, según la orden, por los Jefes de los servicios respectivos, éstos los utilizan según conveniencias particulares de servicio, y convoyes cuya carga se podría transportar con cuarenta camiones, emplean sesenta. En otros que precisarían cincuenta, se emplean treinta. En este caso el exceso de carga hace saltar las ballesas, revientan los neumáticos, etc., etc.

Otros casos interesantes: El Mando ordena «entregar cinco camiones a la Brigada X, para llevar *vestuario*». Los camiones son entregados a la Brigada X, pero al ir a cargar lo que tienen que transportar, se observa que son mil mantas y trescientos pares de zapatos. Un solo camión sobraría para este transporte, pero como por orden del Mando se entregan cinco, el oficial y los diez hombres armados que envió la Brigada X, se llevan los cinco camiones. El mismo oficial y los diez hombres armados obligan a los conductores a quedarse en la Brigada. De los cinco camiones, ninguno regresa a la base.

El Mando ordena que la agrupación de Transporte D. tenga X camiones disponibles en todo momento para motorizar la división A. Como no se ha consultado con los Jefes de Transportes, resulta que en el momento de mover la división se han empleado cien camiones menos. Estos cien camiones han estado inactivos ocho días.

El Mando ordena que la agrupación de Transporte I tenga X camiones para motorizar la División B. Esta División, al recibir orden de partida, haciendo caso omiso de los oficiales del Servicio de Tren, ha empezado por cargar la más variada impedimenta, armarios, sillas, muebles, ca-

mas, etc., etc. Esta impedimenta sobre ser innecesaria, es extraordinariamente voluminosa y dificulta grandemente los movimientos de la división.

Como resultado de todo ello faltan camiones para una brigada. Hay que hacer dos viajes, motivando un retraso en la concentración de doce horas. Para obviar esto, la Sección cuatro de los Estados Mayores, al dar órdenes de transporte, deben ser muy concretas, limitándose a decir **HOMBRES O TONELADAS A TRANSPORTAR Y NUNCA ORDENAR ENTREGA DE CAMIONES.**

Los Estados Mayores deben contar con los Jefes del Servicio de Tren para todos los planes de transportes, con el fin de obtener con ello grandes ventajas para el servicio.

Además de lo señalado anteriormente y para alcanzar la máxima eficacia, es preciso unir en una sola mano: Primero. Los organismos encargados de ejecutar los transportes, unidades de transportes (Compañías, Batallones, Agrupaciones, etc.). Segundo. Los encargados de efectuar las reparaciones de los vehículos. Para ello se hace precisa una gran movilización de la técnica que será empleada a fondo de una manera racional. Tercero. Creación de una fuerte Comisión Reguladora de carreteras, que sea el organismo que conduce al convoy por aquellos caminos más convenientes. Que controle, vigile y ordene la circulación. Que informe en cualquier momento de la situación exacta de las unidades de transporte, pudiendo variar en ruta, si así conviene, la marcha de un convoy, ya que es el organismo encargado de mantener un enlace constante con el Mando para informar a éste de las incidencias y desarrollo de los movimientos que se efectúen.

La Comisión Reguladora de carreteras debe tener tropas propias de Comisiones reguladoras, patrullas en motocicleta y a caballo que vigilen la circulación y enlace telefónico entre las diversas estaciones de Comisiones Reguladoras. Cuarto. Un buen servicio de caminos con tropas propias, con la misión de entretener, mejorar y ampliar la red de caminos existente. Actualmente se plantea con gran fuerza el problema de ampliación y mejora de la Red de caminos existente en el territorio leal.

La intensidad del tráfico por carretera dificulta la circulación y si nos aproximamos a los frentes, salta a la vista la honda perturbación que produce la pobreza y mal estado de los caminos, así como la insuficiencia en la red de los mismos. Estas condiciones producirán con frecuencia embotellamientos, ya que los caminos no admiten la dura prueba a que son sometidos. El ejemplo lo tenemos en las operaciones de Teruel, pudiendo muy bien calcular como inevitables, el setenta por ciento de los embotellamientos producidos. Poca anchura en los caminos, falta de apartaderos, puestos de socorro, etc., etc.

Los franceses, que tienen bien organizado el servicio de caminos, con gran cantidad de tropas y que cuidan celosamente su red para evitar que produzcan embotellamientos, no los ha podido evitar en las últimas maniobras de dicho Ejército.

Estudiadas las generalidades de los transportes y de la motorización, en sucesivos trabajos se ampliarán las particularidades de los mismos, hasta conseguir llevar al ánimo de todos la necesidad que hay de conquistar la *técnica de transporte*, que no se puede confundir con la destreza en el manejo del volante.



# Los Comisarios de Batallón y de Compañía en las operaciones ofensivas

**L**OS Comisarios de todos los grados deben comprender que su papel fundamental es el de asegurar el exacto cumplimiento de las órdenes de combate. Toda forma de agitación y propaganda política que se realice debe subordinarse a llenar este cometido.

La tarea de los Comisarios para asegurar el cumplimiento de las órdenes de combate tiene dos sentidos:

1.º Vigilar que la orden de los mandos superiores se cumplimente por parte del mando de la Unidad a que pertenece el Comisario.

2.º Asegurar con un trabajo constante que la orden dada por el mando de su Unidad se lleve a cabo por las Unidades que de él dependen.

Solamente el jefe tiene derecho a tomar decisiones sobre la organización de la batalla, dirección del ataque y fuerzas que deben participar en él, pero después que se ha tomado la decisión, el Comisario no debe ser un observador pasivo o un simple testigo de los acontecimientos. Por el contrario, su deber consiste en influir, de una manera activa, en el desarrollo de la lucha y el cumplimiento de los objetivos.

La experiencia de las operaciones también demuestra cuál es el papel del Comisario de Compañía. Es el representante del Comisariado General de Guerra y del Gobierno del Frente Popular que se encuentra más cerca de los soldados. Es el mejor, el combatiente más consciente políticamente de la Compañía y al mismo tiempo el *dirigente político* de ella, no a causa del grado que ostenta, ni de los derechos administrativos que se le pudiesen conceder, sino como consecuencia de la influencia política que haya sabido ganarse por medio de su actividad constante en la educación política de los soldados y clases.

Los Comisarios de cada grado, especialmente los Comisarios de Batallón, deben asistir a los Comisarios de Compañías en el desempeño de su trabajo.

3.º Los Comisarios de todos los grados están obligados a estudiar cuidadosamente las instrucciones acerca de combates publicadas por el Estado Mayor.

Los Comisarios de Batallón están obligados a dar instrucciones a los Comisarios de Compañía sobre cada uno de los puntos de éstas.

Las reglas principales de combate ofensivo y las cooperaciones de la infantería con la artillería, los tanques y la aviación, deben ser explicadas y popularizadas entre los soldados, con todos los medios de agitación y propaganda de que puedan disponer (charlas, consignas, periódicos murales, imprenta, carteles murales, etc.).

4.º La preparación del combate por parte de los Comisarios, consiste en:

a) Estudio de las órdenes de combate. Tanto los Comisarios de División como de Brigada y de Batallón, *deben conocer, con todos los detalles, las órdenes de combate recibidas del Estado Mayor, así como también la orden dada por los Jefes con quienes trabajan.*

b) El Comisario de Batallón está obligado a orientar personalmente a todos los Comisarios de Compañía sobre tareas a realizar durante el combate, sobre los objetivos designados por el Batallón y para cada una de las Compañías.

c) El punto central para la preparación política de un combate, es la *orientación de cada uno de los combatientes sobre las tareas que se han de realizar.* El conocimiento por parte de cada uno de ellos de estas tareas, es la *condición más importante para el éxito feliz de la operación.*

El Comisario de Batallón tiene la responsabilidad de esta orientación y él debe organizarla por los siguientes medios: conversaciones personales con soldados, conversaciones de los Jefes de Compañías y Secciones con los mismos soldados y asimismo de los Comisarios de Compañía.

d) El Comisario de Batallón debe controlar de qué modo han comprendido los Jefes de Compañía y de Batallón, las tareas y objetivos del combate.

e) Siempre y cuando las condiciones de lucha lo permitan, es muy útil que el Comisario de Batallón, antes que las unidades empiecen a actuar, haga un *breve discurso a los soldados, explicando la importancia política de las operaciones.*

f) El Comisario de Compañía, durante la preparación de las operaciones, debe conceder especial atención a los soldados y clases que no estén suficientemente desarrollados políticamente, o que hayan demostrado, en operaciones precedentes, falta de valor o de entusiasmo.

g) El Comisario de Compañía debe asimismo dar *instrucciones a sus activistas y tener en cada Sección un grupo de choque*; es decir, un grupo compuesto por los soldados más audaces. Estos combatientes más activos en todas las fases del combate, deben dar ejemplo de decisión y de iniciativa en el avance y evitar la posibilidad de pánico por parte de los soldados inseguros y por parte de los provocadores. Esto tiene una gran importancia, porque el Comisario, desde el momento que se inicia la batalla, no tiene la posibilidad de estar presente en todas las Secciones de su Compañía, sino solamente en una de ellas.

El Comisario de Batallón está obligado a ayudar a los Comisarios de Compañía en la selección de estos grupos de choque.

h) El Comisario de Batallón, en la preparación de las operaciones, debe conceder una *atención particular al Control de la Compañía de ametralladoras*, no solamente desde el punto de vista político, sino también para ver cómo las ametralladoras están técnicamente preparadas para actuar.

La Sanidad y la Intendencia también deben ser objeto de una aten-

ción especial, con el fin de ver cómo están preparadas para funcionar durante la batalla.

Sobre todas las dificultades que puedan ser recogidas sobre la marcha y presentar algún obstáculo contra el principio y el desarrollo normal de las operaciones, el Comisario del Batallón está obligado a informar rápida e inmediatamente al Comisario de Brigada.

i) Por medio de charlas, todos los Comisarios deberán aclarar a todos los soldados y mandos que *la infantería es el arma principal de combate* y que la acción de las otras armas, artillería, tanques y aviación, solamente tendrán éxito en el caso de que la infantería sepa aprovechar los resultados de las actividades de aquéllas.

j) A pesar de este trabajo de preparación de los Comisarios de Batallón y de Compañía, los Comisarios de grados superiores, los de Brigada, de División y de Cuerpo de Ejército, deberán encauzar y ayudar a los primeros, visitando con frecuencia las Unidades.

Es siempre necesario tener muy presente que el *contacto íntimo y directo* entre los Comisarios y la masa de los soldados y con los Mandos, es el mejor método para elevar el espíritu de la tropa y para crear un espíritu ofensivo.

5.º El desarrollo de la batalla.

a) Es deber de los Comisarios, de todos los grados, *controlar que la operación empiece exactamente a la hora que se indica en la orden.* Por tanto, el Comisario no puede llegar a la conclusión de que las Unidades están dispuestas a iniciar la batalla, a menos que él, *personalmente*, se haya convencido por sí mismo. Como regla general, el Comisario de Brigada, antes de iniciar la operación, debe estar con el batallón que debe entrar el primero en la lucha, o con aquel sobre el que pueda haber algunas dudas, de si llevará o no a cabo las órdenes dictadas por el Mando supremo. El Comisario del Batallón debe estar asimismo en una de las compañías que debe entrar la primera en la lucha o sobre la cual exista igualmente alguna duda. *Solamente estando convencido de que las compañías iniciarán el combate exactamente a la hora establecida, el Comisario de Batallón puede volver al puesto de mando del Jefe del mismo.* En el puesto debe controlar si el enlace entre el Jefe del Batallón y los Jefes de Compañía funcionan perfectamente, informando al Comisario de la Brigada sobre las condiciones en que han entrado en la batalla las unidades.

b) *El Comisario de Batallón, así como el de Brigada, no podrán quedarse en el puesto de Mando si las compañías o los batallones cometen uno de los siguientes errores:*

1.º Parar el avance o chaquetear. 2.º Avanzar demasiado despacio, dando la impresión de que no alcanzarán, en la hora establecida, la línea que le haya sido señalada por el Jefe de Brigada y Batallón. 3.º No aprovechar el fuego de la artillería y de la aviación propias para acrecentar la velocidad de su avance. 4.º Perder la dirección del ataque o no mantener la dirección de avance señalado. 5.º No atacar las trincheras del enemigo inmediatamente después de haber acabado la preparación artillera o de que los tanques hayan alcanzado sus objetivos.

En todos estos casos, el Comisario de la Brigada está obligado a ir al puesto de Mando del batallón, para aclarar las causas de estos defectos y tomar las medidas necesarias para mejorar la situación, dando informes exactos al Jefe de la Brigada. El Comisario de Batallón deberá llegar hasta el Jefe de la Compañía y tomar las medidas para que ésta pueda mejorar su actuación en el combate.

c) El momento culminante de la batalla es aquel en que nuestra infantería se acerca a las trincheras enemigas y está en situación de realizar los últimos esfuerzos para tomarlas. En este momento la artillería propia suspende el fuego contra las posiciones enemigas y el éxito del ataque depende ya del buen trabajo de nuestras ametralladoras, de nuestros morteros y de nuestras piezas de acompañamiento de pequeños calibres. Por lo tanto, a menudo será necesario que los Comisarios estén al lado de la compañía de ametralladoras, asegurando el apoyo eficaz de las máquinas a nuestra infantería.

d) Las tareas de los Comisarios de Compañía y de los activistas que forman parte de los grupos de choque, consisten en la ayuda a los Jefes de Compañía y de Sección. Aprovechar el terreno el máximo y buscar el medio de preservarse de los peligros de la aviación y de la artillería enemiga. Frenar las manifestaciones de pánico en caso de bombardeo por parte de la aviación y de la artillería enemiga. Aprovechar al máximo los fuegos de artillería propia y de nuestra aviación para impulsar la velocidad del avance. Utilizar las armas propias a una distancia nunca superior a mil metros. Tomar la iniciativa no solamente para el avance por el terreno cubierto, sino también pasando rápidamente por terrenos descubiertos, dando ejemplo personal en los momentos decisivos de la conquista de las trincheras enemigas, empleando bombas de mano e impedir toda tentativa por parte de elementos provocadores de crear pánicos o chaqueteos, empleando, si es necesario, las armas contra los provocadores. Después de coger las trincheras enemigas, continuar el avance para evitar el fuego de la artillería y de la aviación enemiga.

6.º Es deber del Comisario del Batallón el dar informaciones verídicas sobre el cumplimiento de las tareas de combate y sobre las conquistas de los objetivos señalados, siendo necesario, pues, que, personalmente, controle la veracidad de los informes que se reciben de los Jefes de Compañía.



# Juan Martín "El Empecinado"

por Antonio MACHADO

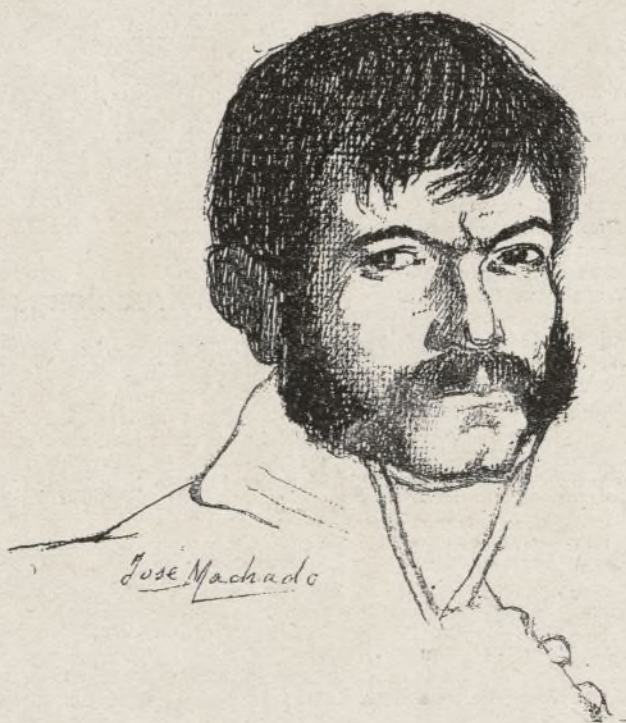
Al pincel de don Francisco Goya debemos un retrato insuperable de Juan Martín Díez, a quien llamaron en su tiempo el «Empecinado», con mote alusivo acaso a la pecina de su pueblo—según algunos autores, el mote de Empecinado, alude al oficio de zapatero que profesaron muchos de sus familiares—y a quien hoy, más de un siglo después de su muerte, recuerdan con el mismo apodo muchos que ignoran la existencia de Castrillo de Duero y del arroyo de aguas cenagosas y ne-gruzcas que cruza la triste villa, cuna del guerrillero inmortal. Tuvo Juan Martín un alias bien pizmiento—hubiera dicho Cervantes—, que el tiempo se ha encargado de convertir en nombre claro y significativo.

La figura goyesca del Empecinado, que muchos admiramos en una ya remota Exposición madrileña, coincide en muchos de sus rasgos, pero no en todos, con la epopeya galdosiana. Acaso don Benito no consultó, para sus «Episodios Nacionales» con el retrato de Juan Martín, que había pintado el maestro de Fuendetodos. Aquel moreno amarillento del semblante, a que alude Galdós, dista mucho—si la memoria no me traiciona—de la color un tanto aborachada, hacia el rojo sanguineo, que domina en la pintura. En lo demás, parecen de acuerdo pintor y novelista. Para ambos era Juan Martín un cuerpo de bronce que encerraba la energía, la actividad, la resistencia, la terquedad, el arrojo frenético del meridional junto con la paciencia de la gente del Norte; para ambos eran vivos los ojos de Juan Martín, su pelo aplastado sobre la frente junto a las cejas bien pobladas, y su afeitado a la rusa, que unía el bigote a las patillas, dejando la barba limpia de todo pelo. Sobre este último detalle—tan sugestivo en nuestros días—insiste Galdós, recordándonos que era propio de los guerrilleros, antes que Zumalacárregui y otros jefes carlistas lo pusieran de moda entre sus gentes.

El afeitado a la rusa—añadimos nosotros—era una caracterización popular, algo anterior a nuestros guerrilleros, a nuestras guerras civiles y a nuestros bandidos generosos.

¡El Empecinado!... Con este nombre evocamos hoy las páginas heroicas de nuestra primera guerra de la Independencia, la guerra de España, la España de entonces contra los ejércitos de Bonaparte y contra el fascio de los comienzos de aquella centuria, contra los invasores de fuera y los traidores de nuestra propia casa. Si, *mutatis mutandis*, el trance de la España de entonces era el de la España actual; entonces como hoy se luchaba por la integridad de nuestra patria y por el derecho de los españoles a perdurar en la historia. Sí, no lo dudéis, el guerrillero de ayer, el más ilustre sin duda de to-

dos los guerrilleros de su tiempo, abrazaría hoy fraternalmente, con viril efusión a muchos capitanes no menos egregios de nuestros días. El que salió de Aranda con un ejército de dos hombres en 1808, a las primeras noticias de la invasión francesa y llevaba tres mil soldados en 1811, el que mereció de las Cortes de Cádiz el mando en jefe de la Quinta división del segundo Ejército, era pueblo, profundamente pueblo, y había nacido capitán en el más alto y noble sentido



de la palabra. Yo no sé si la ciencia bélica, en su capítulo de guerra de guerrilleros, habrá estudiado tanto en las acciones que ordenó Juan Martín como en las batallas, asaltos y emboscadas que dirigieron otros adalides de su tiempo.

Muchos fueron entonces los buenos guerrilleros, y sin duda los hubo más sabios, más hábiles y de mayor capacidad militar. Hablen los técnicos. Desde un punto de vista ético, que es a fin de cuentas el de la historia y el de la leyenda, ninguno de ellos pudo superar al Empecinado. El sentido frívolamente objetivo de nuestra crítica y torpemente realista de nuestra novela, es hábil para calumniar con la verdad anecdótica, para enturbiar con los detalles aprendidos o averiguados la claridad de una visión de

lo esencial. El mismo Galdós—tan poeta a su modo y profundo vidente de lo español—insiste demasiado sobre la mala prosodia y pésima ortografía del héroe. ¡Oh, aquellos despachos y oficios que tan mal redactaba y tanto peor hubiera manuscrito Juan Martín!... Sin duda. Pero aquellos mismos partes de guerra eran frecuentemente—¿por qué no decirlo?—verdaderos modelos de modestia, de veracidad y de disciplina. Porque Juan Martín fué mucho más que un simple guerrillero, más que un ilustre saltador de la guerra. La hombría integral de aquel analfabeto se elevó muchas veces a la clara visión de un conjunto en el cual la misión concreta de un luchador podía estar supeditada a misiones más amplias y a poderes más altos. Con hombres del temple moral de Juan Martín—lo estamos viendo en nuestros días—se hubiera podido hacer un ejército, un magnífico instrumento de combate al servicio de una causa ideal.

Algo de esto debieron sospechar los enemigos de Juan Martín, los viles aduladores del rey canalla, que tan mala suerte le dieron, después de haberlo escarnecido tanto. ¿Qué otra cosa puede significar la pasión y muerte del Empecinado? Fué víctima Juan Martín, como todos sabemos, de la abominable reacción fernandina. Era Juan Martín lo más peligroso, y lo que más podían temer y abominar los reaccionarios y absolutistas de aquellos días. Porque Juan Martín era el pueblo contaminado de liberalismo, el *ethos* popular que mira hacia el futuro y que pretende vivir en el sentido esencial de la historia. No era Juan Martín un simple aventurero, maestro en el arte de la sorpresa y la encrucijada, que hubiera servido a todas las causas, por amor a la guerra y a la aventura. Juan Martín no podía obedecer a un rey felón que adulaba a la fuerza, felicitando a Bonaparte por sus victorias en España, ni a aquellos que, para ahogar el ímpetu progresivo de su raza, abrieron las fronteras a los ejércitos de Angulema, a los cien mil hijos de San Luis. Los que ayer, el 19 de agosto de 1825, acribillaron con sus bayonetas serviles el noble pecho de Juan Martín (murió Juan Martín forcejeando con el verdugo y la escolta que le conducía al suplicio), eran muy semejantes a los que gritan hoy «¡arriba España!» después de haber abierto todas sus puertas a los mal contados cien mil hijos de Hitler y de Mussolini, los mismos que no se atreven a gritar: «¡abajo el pueblo!»... cuando éste quiere ser próspero y libre, cuando aspira a la dignidad y a la cultura.

## ENVIO

No lo dudéis, egregios capitanes, amigos queridos del Ejército Popular, la sombra de Juan Martín os acompaña; con vosotros estuvo, combatiendo al fascio a las puertas de Madrid; estará con vosotros allí donde os encontréis. Con vosotros, y al lado de nuestra gloriosa República, incorporada al gran ejército de la victoria.

7.º Una vez terminada la batalla, el Comisario del Batallón está obligado a enviar un informe escrito al Comisario de Brigada, subrayando los puntos positivos y negativos de la batalla, siendo una forma particular establecida por el Comisariado General de Guerra.

Sería de desear que el Comisario de Batallón, juntamente con el Jefe del mismo, en una Orden del Día especial, citen a aquellos soldados y mandos que se hayan comportado heroicamente en el curso de la batalla.

8.º Después de tomar los objetivos señalados, el Comisario del Batallón tiene el deber de controlar la organización defensiva de la nueva línea, la organización del Servicio de Vigilancia, particularmente durante la noche, aprovechando la oportunidad para hablar con los soldados y Mandos, explicando, con ejemplos positivos, los aciertos y los errores que se cometieron durante la batalla.

Debe ocuparse asimismo el Comisario del problema de la alimentación, de la organización del descanso, de la evacuación de los heridos y del enterramiento de los muertos.

9.º En el caso de que las tareas de combate no se hayan terminado en el mismo día y que, por tanto, el ataque deba continuar nuevamente al día siguiente, el Comisario concederá una atención especial a las Unidades que hayan demostrado debilidades o que hayan sufrido más bajas haciendo un buen trabajo de preparación para las operaciones que se

mencionan anteriormente, llevándolo a cabo de una manera terminante en las condiciones señaladas.

10. Constantemente y en cualquier situación, los Comisarios de todos los grados, deben ocuparse del abastecimiento sistemático de prensa a los soldados y de la organización de la propaganda en el campo enemigo.

11. Las indicaciones que anteceden son dedicadas a las actividades de los Comisarios durante las operaciones ofensivas. Sin embargo, la mayoría de ellas, pueden también adaptarse a los combates defensivos.

El trabajo de los Comisarios, encaminado a asegurar la victoria en la acción ofensiva del Ejército Popular, requiere de ellos una gran tensión de fuerza física y moral. El Comisario debe ser, no solamente «el primero en avanzar y el último en retroceder», sino también el primero en empezar el trabajo por la mañana y el último en descansar por la noche.

Con una confianza inquebrantable en la justicia de la causa del Frente Popular, con el conocimiento exacto de las tareas de la lucha antifascista por la independencia y la libertad de nuestra Patria, el contacto íntimo y constante con la masa de combatientes y Mandos, son las cualidades imprescindibles de los Comisarios las que les han dado y las que les darán posibilidades de llevar a cabo, con honor, las tareas que se les planteen por el Gobierno como organizadores de la victoria del pueblo español.



**E**L Mando de una Gran Unidad, cualquiera que ésta sea, necesita disponer de libertad de acción que le permita producir y explotar su idea de maniobra en la dirección más conveniente, en el terreno más favorable y en el momento más oportuno. Esta libertad de acción se obtiene por la seguridad que proporcionan: de un lado, la disposición de las tropas, y de otro, los distintos órganos de información, entre los cuales se destaca como más importante, por su continuidad y eficacia, el servicio de exploración.

La exploración se divide en estratégica y táctica, según los elementos que cumplen esta misión, y las fuerzas en cuyo beneficio operan.

El órgano más importante de la exploración estratégica es la Aviación de observación de Ejército, la que merced a sus extensos radios de acción y extraordinarias velocidades, está capacitada para denunciar las concentraciones enemigas, las direcciones de marcha de sus gruesos, la situación de sus alas y reservas y la actividad en el interior de sus dispositivos. Pero es preciso tener en cuenta que su capacidad de observación se anula o restringe cuando ésta se verifica ante ciertas condiciones atmosféricas, sobre poblado y cubiertos y durante la noche, que es cuando normalmente se verifican los movimientos de grandes masas. No puede hacer prisioneros, y establecido el contacto, no puede mantenerlo.

Como consecuencia de estas características negativas de la Aviación de observación de Ejército, ésta no podrá proporcionar al Mando datos bastantes que le permitan tomar una decisión en consecuencia. De aquí la necesidad imperiosa de un órgano terrestre complementario, que es la caballería.

El Mando empleará la Aviación de observación de Ejército, y una vez que ésta haya denunciado la maniobra enemiga, si lo estima conveniente, utilizará la caballería en la dirección y sobre los objetivos que más le interesen para el desarrollo de su maniobra. En este servicio la caballería tendrá como misión normalmente: comprobar la presencia o ausencia del enemigo en una zona determinada, y en caso afirmativo, una vez tomado el contacto, determinar su fuerza y actitud. Para ello la caballería se verá obligada a rechazar las resistencias ligeras que el enemigo presente y llegar al contacto con sus gruesos, si el enemigo está en marcha, deteniéndolos con fuegos lejanos desde posiciones cuidadosamente elegidas, para obligarle a distribuir sus medios. Si se encuentra en estación tratará de valorar sus resistencias, así como la intensidad de sus reacciones ofensivas, mediante un ataque vigoroso y brutal, a ser posible desbordante y por sorpresa.

De aquí se desprende que la caballería, en cumplimiento de su misión exploradora, está abocada al combate ofensivo o defensivo en cualquiera de sus distintas modalidades, razón por la cual su Jefe deberá conservar en la mano la mayor parte de sus medios y confiar la busca del informe a elementos ligeros dotados de gran movilidad.

Esto exige el fraccionamiento de dos órganos. Uno de información, denominado descubierta, y otro de combate constituido por el grueso.

## La decisión del jefe de la caballería

**C**UANDO la caballería se emplea en este servicio, el Mando pone al corriente al jefe de la misma de la situación general, noticias del enemigo y de sus propósitos. Hecho esto, le dará una orden particular respecto a la misión que le asigna, en la que hará constar entre otros detalles circunstanciales, la misión, zona a explorar, actitud a observar y enlaces a establecer. El jefe gozará de amplia iniciativa en el cumplimiento de la misión, iniciativa tan grande como la responsabilidad que contrae al decidir, pero esto no le hará olvidar que la audacia es característica fundamental del empleo de la caballería, y que la excesiva prudencia anula sus facultades.

Es evidente que la decisión que tome será variable en función de múltiples circunstancias, pero siempre comprenderá dos actos fundamentales: la organización e instrucciones a la descubierta y el traslado de los gruesos desde su zona de estacionamiento inicial a otra zona u objetivo impuesto por el mando o elegido según iniciativa del jefe. Veamos cómo se realizarán la descubierta y el grueso para el servicio y la marcha, respectivamente, y después nos ocuparemos de analizar la forma en que ambos órganos se producen durante el desarrollo de la misión.

## Organización de la descubierta

**L**A estructura de la descubierta, así como su situación, relativa en el tiempo y en el espacio, vienen determinadas en función de la idea de maniobra y de la información a suministrar.

Por lo que se refiere a la información que es preciso adquirir, hay que distinguir: la que necesita el mando, del cual depende la caballería (normalmente, noticias sobre el enemigo), la que necesita su jefe para el desarrollo de su maniobra particular (pueden interesarle ciertos informes referentes a practicabilidad de caminos, por los cuales piensa mover sus columnas). El reconocimiento de posiciones que le interese de un modo especial para el desarrollo de su maniobra. La adquisición de datos estadísticos en las localidades del tránsito, referentes a la alimentación y reposo de sus fuerzas.

Para adquirir toda la información que sea precisa, se dispone de la descubierta. La descubierta es doble, aérea y terrestre.

La descubierta aérea corresponde a la aviación, que con un radio de acción de unos trescientos kilómetros por jornada y velocidad superior a doscientos cincuenta kilómetros por hora, trabaja en dos zonas: una de reconocimientos lejanos en profundidad, a veces a cien kilómetros de distancia del grueso, reconocimientos lejanos que pueden proporcionar informes que permitan al jefe de la caballería orientar convenientemente la descubierta terrestre, e incluso la maniobra del grueso.

Otra d reconocimientos próximos en cierto modo superpuesta al área del terreno que durante la jornada pisara la descubierta terrestre, reconocimientos próximos en los cuales la aviación podrá avisar a la descubierta terrestre la presencia de cierta resistencia, facilitar su avance y cooperar en la determinación del contorno aparente del enemigo.

Es decir, que de la misma manera que la aviación de observación de Ejército orienta al mando respecto a la aviación en que debe emplear la

# EXPLORACION

caballería, la aviación orienta la descubierta terrestre y facilita su trabajo, evitándole en la medida posible muchas fatigas que tanto arruinan al personal y al ganado.

La descubierta terrestre está constituida por las partidas de descubierta y excepcionalmente los reconocimientos de oficial.

Las partidas de descubierta con un radio de acción de sesenta kilómetros por jornada y velocidad de seis kilómetros por hora, trabajando en colaboración con la aviación, son capaces de tomar un contacto y mantenerlo tanto de día como de noche, hacer prisioneros y llegar a la determinación del contorno aparente del enemigo.

Las partidas de descubierta, de composición variable con la misión y la situación, se organizan a base de Unidades constituidas (normalmente escuadrón o grupo de escuadrones) a las que se afectan armas automáticas y A. A. C. y eventualmente:

Ciclistas, cuando sea necesario ocupar un punto de paso obligado, con objeto de dejar abierto un portillo para dar paso a la información que la partida remita, o recoger a ésta si es rechazada.

Piezas de artillería, como piezas contra carros, cuando excepcionales circunstancias lo aconsejen.

Zapadores, cuando sea necesario llevar a efecto la preparación de destrucciones de importancia, que no puedan realizar las escuadras de explosivos de los escuadrones de sables.

Autoambulancia, si las comunicaciones lo permiten. Todas las partidas de descubierta estarán dotadas de estación de radio. El número de partidas a organizar, variable con la misión y la situación, es función principalmente de la composición que se les haya dado y de la zona de exploración asignada.

## Instrucciones a la descubierta

**D**ESCUBIERTA aérea.—Las instrucciones a la descubierta aérea, tendrán forma de emisión, estableciendo una orden de urgencia para la remisión de los informes que se le pidan, con expresión de las autoridades o sitios donde lo remitirán. En el caso de que se le exija fotografías, se les puede imponer la escala en que se desean.

La repartición de trabajo entre las unidades de aviación es función privativa del jefe de la misma.

Descubierta terrestre.—A cada partida se le asigna una zona o un eje

de descubierta; éste viene determinado en función de las localidades más importantes donde se encuentran los nudos de comunicaciones. Una de las partidas recibirá como eje la marcha del grueso.

El eje de marcha de la partida, fija ya los objetivos más importantes que se le asignan, pero es preciso dar a su jefe una misión clara, en la que se le indique: la información que se desea, horario de revisión y puntos donde se enviará ésta. Asimismo se le marcará la actitud agresiva o prudente a observar en caso de encuentro.

Por último, a cada partida se le debe fijar límite del servicio por jornada, pues no es recomendable empujar las partidas hasta los objetivos asignados como término de la exploración, ya que, obrando en esta forma, las partidas escapan a la dependencia directa del jefe de la caballería y será difícil la revisión de informes, su apoyo, su recogida y su renuevo.

Por todas estas razones, es conveniente dar a las partidas misión para alguna jornada, con una limitación en el espacio, de tal suerte, que sus estacionamientos en fin de jornada (si las incidencias surgidas no lo impiden), se encuentran como máximo a cincuenta kilómetros de la zona de estacionamiento que el jefe de caballería piensa alcanzar en ese día. La misión para las jornadas siguientes les será comunicada a las partidas por mediación de los A. A. C., que tengan afectos, los cuales, para satisfacer ciertas servidumbres técnicas, se repliegan en fin de jornada, para pernóctar en el interior de la zona de estacionamiento del grueso.

Los jefes de partida recibirán verbalmente noticia de la organización e instrucciones de la descubierta terrestre, una vez impuestos de la situación general, noticias del enemigo y propósitos del mando.

## Enlace entre ambas descubiertas

**S**E comprende que trabajando en estrecha colaboración las descubiertas aéreas y terrestres, su enlace tiene extraordinaria importancia. El único procedimiento práctico para establecer enlace consiste en que los aviones, en sus viajes de ida y vuelta, busquen a las partidas sobre sus ejes y que éstas jalonen su situación.

Para que este enlace pueda realizarse, es conveniente que exista un acuerdo entre aviadores y jefes de partida. Por lo que se refiere a la ejecución de la misión por las partidas de descubierta y los reconocimientos de oficial, se tendrá en cuenta lo dispuesto por el reglamento táctico de la caballería.



## Marcha táctica del grueso

**E**S preciso tener en cuenta que una amplia articulación de los gruesos en el sentido del frente, dificultará unas veces e imposibilitará otras el mando de ese conjunto, con la seguridad de que faltarán las rápidas transmisiones que se precisan. Además es evidente que esta amplia articulación, en el sentido del frente, irá casi siempre en detrimento de la profundidad del dispositivo, con lo cual resulta que, llegado el momento del empleo urgente de los gruesos, se carecerá del núcleo de fuerzas reservadas que son de necesidad imperiosa, pues es un principio invariable para todas las situaciones tácticas, que a mayores imprevistos, mayores reservas en mano del jefe, y no hay duda que la caballería en exploración, tiene que moverse en el campo de los imprevistos. Ahora bien, es preciso tener en cuenta que no es admisible un excesivo escalonamiento de los gruesos, pues el despliegue sería lento y no podrá cumplirse la condición de que el jefe de la caballería entre en acción con la totalidad de sus medios rápidamente.

Habrán ocasiones en que la especial topografía del terreno, o la falta de caminos, impidan la articulación en el sentido del frente y sea preciso llevar toda la fuerza en una sola vía. Tiene una profundidad extraordinaria, y en toda la longitud, si el terreno es un poco movido, la debilidad de sus flancos es notoria y los golpes de mano dado por fuerzas audaces causarán grandes pérdidas materiales, sobre todo grandes estragos en la moral de las tropas.

Vemos, por lo tanto, que es necesario meditar mucho en cada caso concreto sobre cuál será el dispositivo de marcha más conveniente, pero dentro de los distintos tipos que el terreno y la situación nos sugieran en cada caso. Vamos a dar algunas normas sin que en modo alguno se puedan tomar como recetas tácticas a aplicar.

## Articulación para la marcha

**E**L jefe de la caballería dentro de la exploración que se le ha asignado, elige cuidadosamente los itinerarios a utilizar en la marcha por las distintas columnas que organice. Ya se comprende que tendrá que disponer de un itinerario automóvil para la marcha de los elementos motorizados.

## Columnas a organizar

**D**ADA la heterogénea composición de las fuerzas de caballería, se debe articular para marchar en columnas constituidas por elementos que posean sensiblemente la misma movilidad. Consecuentemente se organizarán columnas de tropas montadas y columnas automóviles.

A) La brigada es unidad de maniobra, luego no hay duda que las brigadas serán base de las columnas que se formen con tropas montadas. Artillería.—Dada la escasa artillería de que normalmente se dispone, se debe tender a la centralización en la mano del jefe, quien únicamente cederá parte de esta artillería a los comandantes de columnas, cuando esta cesión esté muy justificada.

Ingenieros.—Por la especialidad de las misiones que cumple en el desarrollo de la marcha táctica, la fuerza de ingenieros se descentraliza. Los zapadores, normalmente, integrarán las vanguardias, los puentes, en ocasiones, marcharán afectos a una vanguardia, y los elementos ópticos y radioempleados en el mantenimiento del enlace cuya importancia en la marcha táctica de la caballería sube de punto.

B) El convoy.—Los segundos escalones de los trenes de combate, juntamente con los trenes regiminales, constituyen el convoy. Este convoy se fracciona, a su vez, en escalones auto-hopi, que seguirán a los gruesos, incorporándose los segundos escalones de los trenes de combate y secciones de distribución a sus respectivas unidades en fin de jornada, y alcanzando los trenes regiminales las situaciones que respectivamente se les hayan asignado.

Como el jefe de la caballería, para que la marcha pueda producirse en condiciones aceptables, deberá disponer de órganos adecuados que le garanticen la libertad de maniobras, y a las tropas contra las sorpresas terrestres del enemigo, necesita disponer de un órgano de información y otro de protección.

Órgano de información.—Es evidente que si la caballería marcha en servicio de exploración, la descubierta presta un servicio de información, pues las partidas no escapan a la dependencia directa de su mando, el cual procurará sujetarlas en previsión de un relevo o de poderlas recoger en el caso de que se imponga un brusco cambio de dirección por el mando. Además, la aviación tiene como una de sus principales misiones, controlar las situaciones alcanzadas por las partidas mediante el enlace al que anteriormente hicimos referencia.

Órgano de protección.—La amplia articulación del dispositivo y su escalonamiento, hace imposible que se pueda crear un sistema único de su unidad próxima para la totalidad de la caballería. Veamos la manera de organizarlo.

Primer escalón.—Cuando la caballería se articula en varias columnas, cada una de éstas se cubre por una vanguardia propia, y el conjunto de estas vanguardias será coordinado en su movimiento por el jefe.

El reglamento táctico nos dice con claridad cuál es la misión de estas vanguardias, y solamente a título de recordatorio, diremos que sus efectivos variarán entre un cuarto y un octavo de los efectivos de la columna a que pertenece, que para el cumplimiento de la misión se organiza en dos núcleos, uno de reconocimiento, llamado cabeza, y otro de combate, constituido con el grueso, y que es preciso que cubra el grueso de la columna a una distancia que no sea tan grande que pierda el contacto con él, ni tan pequeña que su protección resulte estéril o que los gruesos tengan que sufrir grandes paradas en espera de que se terminen los reconocimientos que las vanguardias tengan que efectuar.

Flanqueo de las columnas del primer escalón.—Cada vanguardia atiende a la seguridad de los flancos o el flanco descubierta de su columna, mediante patrullas de flanqueo.

Este flanqueo se complementa por el que directamente establece el grueso de la columna. Bien entendido que cuando se ha de tener un ataque sobre el flanco, será necesario organizar fuertes destacamentos de flanqueo.



**Retaguardia.**—Cada columna del primer escalón destacará una retaguardia con efectivos no superiores a una sección y con misiones de policía y orden.

**Segundo escalón.**—Por lo que se refiere a las columnas que se mueven en el segundo escalón, no hay que preocuparse de su seguridad sobre el frente de marcha, pues resultan protegidas por el escalón precedente. Únicamente se preocuparán de adelantar pequeños destacamentos que, adosados al primer escalón, puedan avisar con tiempo para evitar que su columna verifique una marcha con bruscas paradas en estacionamientos inadecuados. En cambio, a los flancos deberán dedicar estas columnas atención preferente.

**Tercer escalón.**—El convoy (segundos escalones de trenes de combate y trenes regimentales), organizado en columnas hipo y auto, seguirá al grueso a distancia, convenientemente escoltado. Anunciada la presencia del enemigo, marchará a distancia tal que no embarace los movimientos del grueso, determinando para cada jornada el itinerario o itinerarios a seguir en forma que resulte protegido por aquél.

Ya se comprende que no podrá ser muy grande la escolta que se le proporciona al convoy, si tenemos en cuenta los elementos destacados en descubierta, seguridad y enlace, que absorben una gran parte de sus efectivos.

**Protección contra la aviación y los gases.**—(Esta protección está determinada en los artículos 1,053 a 1,061 del reglamento táctico).

## Ejecución del servicio

**S**OBRE el frente de marcha de la caballería, abierta sobre toda la zona de exploración que le ha sido asignada, marcha la descubierta terrestre moviéndose cada partida libremente dentro de la zona que se le ha impuesto, por saltos sucesivos y con la limitación en el espacio que para fin de jornada determinó el jefe de la misma.

El grueso de las fuerzas, organizado en la forma que hemos dicho, marcha por saltos sucesivos de longitud variable, saltos que impone y regula el jefe de la caballería. Esta marcha por saltos es lenta, pero indispensable; y es indispensable porque según hemos dicho anteriormente, para que el movimiento se produzca en condiciones aceptables, es preciso que el jefe de la caballería pueda emplearla rápidamente con la totalidad de los medios. La articulación y escalonamiento adoptados para la marcha, obligan a una concentración intermitente de esos medios en la mano del jefe, concentración que tiene lugar al final de cada salto, en cuyo estacionamiento, de duración variable, según las circunstancias, se reunirán los informes proporcionados por la descubierta en la forma que después veremos.

Ahora bien; es indispensable mantener durante la marcha un enlace lo más perfecto posible entre el mando de todas las fuerzas de caballería y los mandos subordinados y entre las columnas. El enlace del jefe de la caballería con los mandos subordinados, se consigue con los agentes de enlace y mediante el empleo de rápidos medios de transmisión. (El enlace entre columnas se obtiene disponiendo el jefe de la caballería que entre en enlace sobre ciertas comunicaciones transversales y al final de cada salto. Ahora bien, ese enlace entre las columnas será realizable sobre esas transversales, si el área total del dispositivo no es muy grande y el terreno es despejado.)

Ahora bien, cuando las circunstancias impongan una amplia articulación del dispositivo, el terreno sea muy cubierto, o líneas de alturas separen a las columnas de su marcha, la dificultad del enlace sube de punto y habrá que recurrir al empleo de pelotones o destacamentos de enlace mixto y, a ser posible, que la aviación controle las situaciones alcanzadas.

**Transmisión de informes.**—Para la recogida de informes, se van abriendo durante la marcha, al amparo de la vanguardia de la columna de dirección, centros de información sucesivos que jalonan el eje de marcha de las fuerzas de caballería. Sobre esos centros de información, remiten las partidas los informes recogidos, empleando para ello, entre los me-

dios de transmisión que dispongan, los más adecuados para cada caso. A veces remitirá la información sobre un centro de transmisión que funcionará entre la descubierta y el grueso, convenientemente escoltado.

Las partidas deben tender a conseguir la máxima rapidez en la transmisión de informes, razón por la cual, siempre que puedan emplearán la T. S. H., y los agentes en moto, estableciendo, si es preciso, puestos de correspondencia.

La descubierta aérea transmitirá sus informes por la T. S. H., o por mensajes lastrados, pero siempre que sea posible se habrá buscado en las inmediaciones del P. M. o del C. I. A., un campo de aterrizaje auxiliar, para que pueda dar los informes verbalmente.

Recogidos todos estos informes, analizados, clasificados e interpretados y resumidos, se procederá a su difusión. Únicamente cuando se trate de informes de extraordinaria urgencia o importancia, serán transmitidos por el medio más rápido y llevados al mando por un oficial.

En los demás casos se hará su difusión en fin de jornada; el mando en el parte de la operación, y a los subordinados en la orden de operaciones correspondiente.

En estas condiciones se producen las fuerzas de caballería en el servicio de exploración estratégica. Cada elemento (exploradores, patrullas, partidas, vanguardias y grueso), es órgano de información del que le sigue, y de combate del que le precede. Por lo tanto, no se le puede pedir más agilidad y más armonía.

Llega un momento en que las partidas de descubierta inician su penetración en la red de seguridad o descubierta enemiga. A medida que se van adentrando, son mayores las dificultades de su avance y la revisión de los informes que adquieren. Al tropezar con resistencias que no pueden vencer ni desbordar, mantienen un estrecho contacto sobre el terreno si la resistencia es fija; retardando su progresión si se encuentra en movimiento. Las partidas, gracias a su plasticidad, se encuentran adaptadas, ceñidas a la resistencia enemiga y han determinado su contorno aparente.

Progresivamente se va cerrando la distancia entre el grueso y la descubierta, pero aquél, sin variar su disposición de marcha, sigue avanzando por sus itinerarios, hasta que las cabezas de las columnas estén expuestas a los efectos del tiro eficaz de la artillería de campaña enemiga, en cuyo momento abandona los caminos y adopta, a campo través, un dispositivo de aproximación, del cual no nos ocupamos.

En esta disposición sigue avanzando la caballería, orientando el jefe de ella los gruesos, según su idea de maniobra. Como la información adquirida por la descubierta no le proporcionará, generalmente, elementos de juicio suficientes para decidir, empleará las vanguardias más o menos reforzadas para que lleven a cabo la verificación del valor del contacto, operación cuyo resultado orientará su maniobra en función de la misión de la situación, realizando una acción ofensiva rápida y violenta sobre un punto determinado para continuar su marcha, combatiendo sobre extenso frente para obligar al enemigo a descubrir sus medios, estableciéndose sobre el terreno defensivamente hasta la llegada de otras fuerzas o efectuando una acción retardatriz.

## Los servicios

**E**VACUACIONES.—En conocimiento del mando de la caballería la cifra de personal y ganado que no está en condiciones de continuar la marcha, que se habrá pedido con tiempo suficiente a las distintas unidades, se darán instrucciones al Jefe de Sanidad para que verifique, a la hora que se indique, la recogida de bajas en los puntos de reunión que se señalen. Estas bajas serán evacuadas bajo la dirección de dicho jefe sobre las formaciones sanitarias que se designen.

Para la evacuación de bajas en personal y ganado, producidas durante la marcha, se dispondrá el establecimiento de puesto de recogida sobre los itinerarios que seguirán las columnas. En estos puestos de recogida serán entregadas las bajas que se produzcan en las unidades durante la marcha, y desde las cuales serán evacuadas bajo la dirección del Jefe de Sanidad, con arreglo a las instrucciones que haya recibido.

(Continuación de la página 11)

## Las doctrinas militares del fascismo alemán

la repetición de la experiencia de la guerra mundial, es decir, evitar que la guerra futura sea una guerra muy larga. Para evitar esto intenta desarrollar integralmente los modernos elementos de combate.

En el ejército están creándose numerosas unidades mecanizadas y una potente aviación y marina. El ejército alemán tiene fuerzas capaces de empezar las operaciones militares inmediatamente después de tomar el acuerdo de hacer la guerra. Este acuerdo de empezar la guerra no significa la declaración oficial de la guerra ni mucho menos. Los teóricos militares alemanes estiman que las guerras actuales tienen que ser empezadas sin declarar. La guerra totalitaria, según el general Ludendorff, tiene que empezar con la invasión inesperada del territorio enemigo, por grandes fuerzas inmóviles y con la acción de toda la aviación, antes de que el enemigo haya tomado medidas de preparación para su defensa. De esta manera estiman posible evitar la prolongación de la guerra y terminarla en breve plazo.

La creación de un ejército de masas no significa que el fascismo alemán confía en estas masas, ni mucho menos. Creando el ejército de

masas, toma una serie de medidas para asegurar la obediencia de este ejército a sus directrices. Pero cualesquiera que sean las medidas que apliquen en este sentido, el carácter de masas de su ejército es indudablemente su punto más vulnerable. No hay razones para estimar que las contradicciones que existían entre las masas populares y las clases dominantes en Alemania durante la guerra mundial, fueran mayores de las actuales. Muy al contrario; todos los observadores objetivos llegan a una conclusión de que las contradicciones entre los intereses de las grandes masas populares y el régimen dominante de Alemania, jamás han sido tan grandes como en el período actual. Es por eso que el fascismo alemán no puede consolidar su régimen interior y tampoco asegurar la combatividad de su ejército de masas. Las exigencias militares en la Alemania contemporánea predominan sobre las demás cuestiones.

Engels decía:

«El militarismo domina en Europa. Pero este militarismo lleva en sí el embrión de su propia destrucción. La concurrencia entre los distintos Estados capitalistas les obliga a invertir grandes capitales en el ejército, en la flota, artillería, etc., y, por consiguiente, les acerca cada vez más a la crisis financiera; por otro lado esta misma competencia les obliga a dar a los pueblos cada vez mayores conocimientos militares, y de esta manera capacitan al pueblo entero militarmente y les facilitan en un momento deter-

minado a lanzarse contra sus mandos militares y cuando el pueblo se levante contra sus opresores y el ejército gubernamental se transforme en ejército popular, el militarismo será roto por la dialéctica de su propio desarrollo. (Engels «Contra Düring».)

Engels escribía sobre la explosión interior de los países donde dominaba el militarismo. Pero el fascismo alemán prepara la guerra, no solamente contra países de su misma estructura fascista y del mismo régimen. Sus miradas están concentradas, antes que nada, contra los países democráticos de Europa, contra los millones de las masas populares de la U. R. S. S. A estos países precisamente el fascismo alemán quiere borrar de la historia como pueblos independientes.

No hay duda de que estos propósitos totalitarios del fascismo alemán, en caso de guerra, encontrarán la resistencia totalitaria y aplastante de estos países.

Las fuerzas de los pueblos que estiman la paz como una condición normal para su desarrollo, son mucho mayores a las fuerzas de los agresores fascistas que estiman la guerra como condición normal para su existencia.

No cabe duda de que en caso de una guerra impuesta al mundo por el fascismo, si alguien tiene que ser borrado por la historia, lo serán los Estados fascistas.



# Problemas prácticos de tiro contra aviones

por el Capitán VICTORINO DE GRADO (del Estado Mayor del Ejército del Aire)

El tiro contra un blanco en movimiento que además lo hace con gran rapidez en distintas direcciones y que se desconoce y varía en altura con exactitud, es en extremo difícil.

Esta clase de tiro se denomina corrección blanco, es decir, que el tirador está quieto y el blanco en movimiento.

**Cálculo de corrección.**—En el punto A está el tirador; el blanco está en el B. Si apuntáramos a B, en el momento en que la bala llegase a B, el avión se habría trasladado a C, y por tanto, no le daríamos. Por consiguiente hay que contrarrestar su velocidad y lo conseguiremos apuntando a un punto C' o sea, delante de B, que sería la distancia recorrida por el avión en el tiempo B C y la bala en ir de A a C. (Véase figura n.º 1.)

Es decir: B C debe ser igual a la velocidad del avión, multiplicada por el tiempo que dure la trayectoria, este tiempo es igual a la distancia D dividida por la velocidad (Vm) media de la bala, velocidad que debemos fijarnos no es la velocidad inicial, sino menor que ella.

Parece que la distancia que nosotros buscamos en este caso es la A C, y la que hemos medido en el momento del disparo es la A B, y por tal motivo necesitaríamos hacer una corrección al apreciar la distancia; pero dadas las velocidades de los aviones y de la bala, esta diferencia influye poco, y vamos a admitir como iguales estas distancias. Entonces tendremos que  $CB = Va \cdot t$ , siendo Va la velocidad del avión blanco y t, la duración de la trayectoria a la distancia.

Vamos, pues, a simplificar el problema; podemos observar que en la fórmula hallada  $CB = Va \cdot t$ , siendo Va la velocidad del avión trayectoria t por su valor en función de la distancia D t =  $\frac{D}{Vm}$ , siendo Vm la velocidad media de la bala a la distancia D y que podemos admitirla sin grave error por el valor medio de es-

blanco directamente proporcional a la velocidad del avión blanco Va, y a la distancia de combate en la forma que gráficamente se demuestra en la figura 2.

Tabla de corrección blanco proporcional a la distancia. Velocidad del blanco, 100, 150, 200, 300, 350, 400, 450, 500 kilómetros hora C B por por cada Hm. 3'8, 5'70, 7'6, 11'4, 13'3, 15'2, 17'1, 19 metros.

**Corrección angular.**—Vamos a ver cómo apreciamos la distancia C B, o sea, la corrección blanco que tenemos ya dada de una manera lineal y queremos saber el ángulo que debe formar la visual del tiro con la dirección en que está el blanco. Veamos cómo varía este ángulo:

Tenemos como punto de partida, que éste es constante, cualquiera que sea la distancia (como puede apreciarse en la figura 2), un avión que está cerca recorre poco espacio en el tiempo de la trayectoria; otro que está lejos recorre más distancia, en ese tiempo proporcionalmente mayor, pero el ángulo es siempre el mismo, cuando la velocidad en vez de ser una menor, es otra mayor, el ángulo varía en la misma proporción. El avión que en el tiempo de esa trayectoria recorre de B a C, da lugar a un ángulo determinado y si recorre mayor distancia, naturalmente da lugar a un ángulo mayor. (Véase figura 2.)

Además, hay que tener en cuenta otra variable que nos complica el problema, cual es el ángulo que forma la ruta del avión blanco con la línea de tiro nuestra.

En la figura 2 vemos que si el avión C' se mueve normal a la línea de tiro, origina el C' AC'', y que si a la misma distancia D se mueve oblicuamente acercándose a nosotros el avión B, la misma corrección blanco BC', linealmente igual a la C' C'', da lugar a un ángulo de corrección BAC' mucho menor que el BAC de antes.

La oblicuidad que vemos en la corrección lineal C B, según el ángulo de ruta del blanco, nos haría muy difícil su medida o apreciación a ojo, si por fortuna el propio avión no llevara una Unidad de medida en sí mismo que nos puede servir de modelo para el cálculo, que es la corrección práctica fuselar.

Este procedimiento de tiro, con su carácter práctico, es el que han de emplear nuestros combatientes, ya que por su sencillez es asequible hasta a los analfabetos toda vez que ni el lugar ni su preparación cultural ha de poder servir como norma de asimilación en la mayoría de los casos.

La corrección blanco hay que medirla en dirección de la marcha del avión que éste recorre llevando mentalmente su fuselaje como si fuera a medirla, aplicando su longitud sucesivamente sobre ella y siempre en la dirección de su marcha y como la reducción que sufra aparentemente la corrección blanco por su mayor o menor oblicuidad con nuestra línea de tiro, la sufre igualmente la longitud del fuselaje que le sirve de modelo para medirla, resulta que nos va sirviendo de Unidad independiente de la oblicuidad con que lo veamos moverse.

Por otra parte cuando el avión está a una distancia grande lo vemos pequeñito en la misma proporción de reducción que haya aumentado

su distancia; de esta forma podremos establecer una conclusión que es tomar como modelo de medida de esa corrección precisamente la dimensión aparente del avión.

Si aplicamos la fórmula  $CB = Va \cdot \frac{D}{Vm}$  a 100 me-

tros de distancia y con la velocidad media del proyectil de 730 m. la corrección para un avión de una velocidad de 150 km. a la hora son unos seis metros; ahora bien, el fuselaje de un avión corriente viene a tener esas dimensiones, de modo

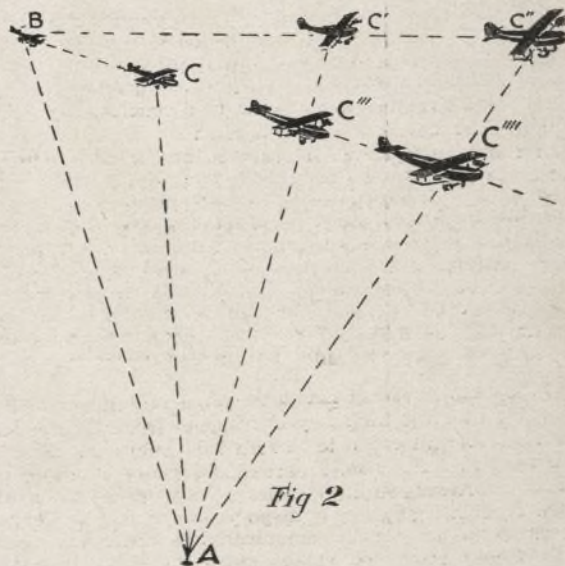


Fig 2

que si lo tomáramos como tipo resultaría que por cada 100 m. tenemos que hacer una corrección de blanco igual a la longitud del fuselaje, y de ahí ya tenemos una regla práctica para hacer la corrección blanco: Cada centenar de metros un fuselaje de avión.

Esto tampoco es utilizable más que en el tipo de avión estudiado, pero si en vez de esas características tenemos otro de mayores dimensiones y más lento resultará que hay que hacer una corrección blanco menor y si esta distancia la medimos con la elegida como módulo, nos cambia la regla y habrá que tomar por ejemplo medio fuselaje por cada centenar de metros.

Además, estas correcciones variarán según la posición de los aviones, lo estudiado hasta ahora ha sido sobre la hipótesis de que siempre se encuentra en posición horizontal de vuelo, mas si el aparato pica o desciende su velocidad aumenta, luego la distancia en la corrección hay que aumentarla; que el avión encabrita o asciende, su velocidad disminuye y la distancia hay que reducirla. Por lo expuesto conociendo los tipos de aviones y sus velocidades que oscilan entre los 400 km. a la hora, es recomendable a nuestros tiradores tiren tres fuselajes delante por cada hectómetro, aumentando en medio fuselaje si la posición es de picado y disminuida en igual proporción si es encabritado; en los virajes la zona de fuego debe dirigirse hacia el lugar donde se inicia, un poco separado y un poco alto, el fuego debe hacerse por descargas y en ningún caso y por ningún concepto apuntando al avión, sino siempre delante de los motivos que quedan expuestos en el presente trabajo. Siguiendo estas orientaciones es posible derribar aviones desde tierra, dentro de las dificultades que ofrece el tiro contra aviones.

— 19

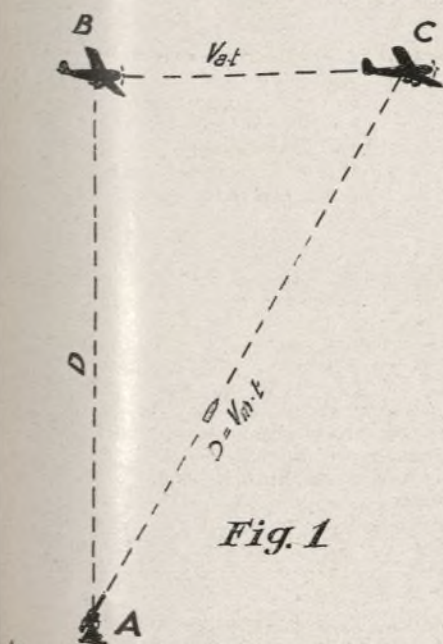


Fig. 1

tas velocidades, que supondremos constante para cualquier distancia, y entonces la fórmula de la corrección blanco será:  $CB = Va \cdot \frac{D}{Vm}$ . Siendo Vm constante, resulta la corrección



# El combate naval del Cabo de Palos

CASI todos los días llegaba a nosotros, en tono derrotista, la información de la superioridad naval de la Escuadra facciosa. Si ésta se medía de unidad a unidad, era justo el apreciarlo así, pero es totalmente falso el juzgar de esta forma la superioridad o inferioridad de una flota. Para justipreciar el valor de las fuerzas navales, se hace imprescindible tener en cuenta desde luego, la potencialidad militar de cada unidad, hacer un conjunto-flota, estudiar el valor militar de él, y al compararlo con el enemigo podremos sacar una conclusión que más se acerque a la realidad.

Es sabido que nuestros cruceros son inferiores a los iguales del tipo «Balears»; esta inferioridad desaparecería porque nuestra flota está compuesta, además, de tres cruceros, por la escuadrilla de destructores, arma valiosa, máxime cuando se tiene enfrente una Escuadra que no cuenta con categoría de buques y esto, unido a la capacidad del Mando y demás personal de las dotaciones, fué lo que nos dió la victoria. Indudablemente que jugó un rol importante en este combate naval, el hecho de verse el enemigo entre nuestros buques y tierra y el temor de ser lanzado a la costa le llevó a tratar de romper nuestra formación, separando la escuadrilla de destructores de nuestros cruceros, lo que, para él, significaba asegurarse el éxito del combate.

Este movimiento táctico, que le hubiera dado buen resultado de contar con destructores que pudiera emplear a vanguardia, fué una parte esencial de su derrota, puesto que así acercó sus cruceros a tiro de torpedo. Dos mil quinientos metros era la distancia que separaba a las dos flotas. Mando firme y temple sereno, incapaz de hacer inmutar a los hombres ante las siluetas potentes de cruceros rebeldes que avanzaban a toda la velocidad de sus turbinas, era la condición precisa para que el tiro de nuestros destructores fuese infalible. Y así fué.

Para mejor comprender el desarrollo del combate naval, la capacidad del Mando, la preparación específica del Cuerpo Auxiliar, de cabos y marineros, la valentía y coraje de todos, en fin, vamos a señalar las características relevantes de la capacidad militar de los buques que se enfrentaban.

La flota facciosa estaba compuesta por los cruceros «Canarias», «Balears» y «Almirante Cervera» (los primeros de tipo «Wsigton», moderno y reputado como uno de los mejores en la actualidad) el último igual a los nuestros tipo «Libertad» (hay una nota en que se dice que además eran acompañados por varios destructores tipo «Poerio», pero esto no está confirmado). La flota de la República estaba integrada por los cruceros «Libertad» y «Miguel de Cervantes» (este último inferior en desplazamiento y poder ofensivo a todos los anteriores) y por la flotilla de destructores compuesta por el «Sánchez Barcaiztegui», «Lepanto» y «Antequera»; «Gravina» y «Lazaga», este último inferior a los demás.

Los ocho cañones que montan los cruceros tipo «Canarias», de un diámetro de 203 mm., tienen un alcance de 30 km., con un peso de proyectil de 116 kg., lo que hace un total de peso por andanada de 928 kg. El armamento del «Cervera» es de 6 cañones de 152 mm. de diámetro, con un peso de proyectil de 45 kg., lo que significa un total por andanada de 360 kg. y con un alcance de 14 km.

De estos datos se desprende que, además de la

enorme ventaja en alcance de la artillería enemiga, en lo que respecta a los buques tipo «Canarias», el peso total por andanada de sus barcos que entraron en acción es de 2.216 kg., mientras que la de los nuestros es de 630 kg., pues hay que tener en cuenta que el crucero «Mén-



dez Núñez» sólo lleva seis cañones de 152 mm.

Otra ventaja de los buques enemigos es la mayor velocidad; si bien es cierto que todos ellos dieron una velocidad de 33 nudos al ser entregados a la Marina, a excepción del «Méndez Núñez», que dió 29, hay que tener muy en cuenta el tiempo que llevan navegando, pues ello significa desgaste y, por lo tanto, pérdida de

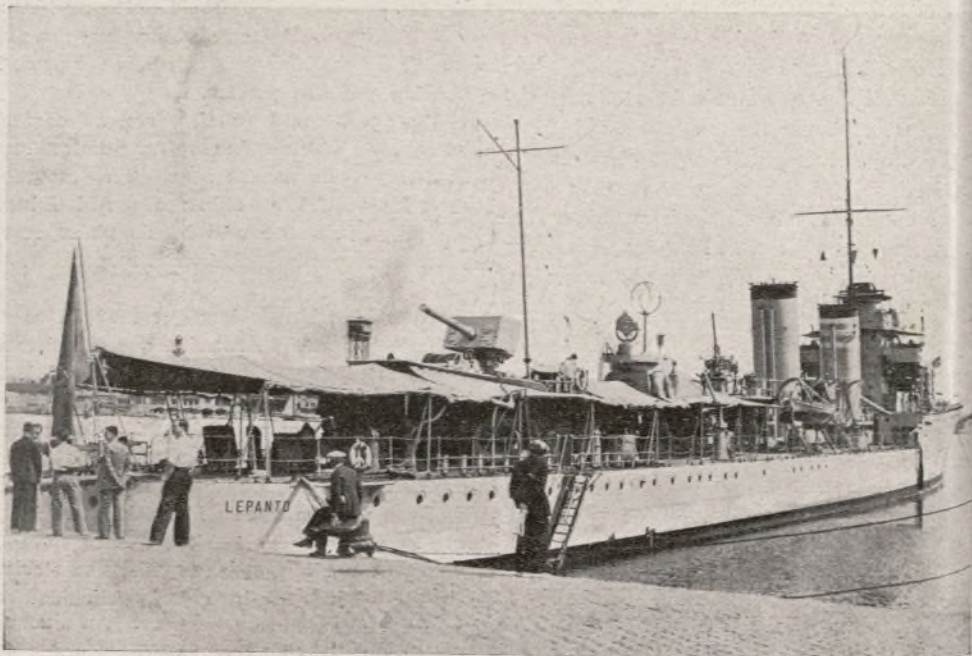
potencia en sus turbinas. Nuestros cruceros han diez años que navegan, mientras el «Canarias» y el «Balears» fueron puestos a navegar, por los facciosos, después del 18 de julio de 1936.

El poder defensivo de estos buques (tipo «Canarias») es también superior. El blindaje de cintura de estos cruceros es de 101 mm., y el de los buques leales es de 75 mm.; además, los primeros cuentan con cubierta blindada; de cuya defensa carecen nuestros cruceros.

En la preparación del combate, como en el desarrollo del mismo, nuestro mando tuvo en cuenta el valor agresivo y defensivo de las flotas, y considerando la potencia militar que daba a la nuestra la flotilla de destructores empleándola en un golpe audaz, que bien podía compensar la desproporción entre los cruceros ordenó un movimiento estratégico que, como vimos más arriba, obligó al enemigo a colocarse a una distancia inferior a 3.000 metros de nuestros destructores, haciendo eficaz, por lo tanto, el ataque por torpedos, de tal forma, que alguno de los buques facciosos tenía que ser torpedado.

El feliz resultado de esta acción, en la que se ha demostrado plenamente la capacidad táctica y el perfecto estado de la disciplina y entrenamiento de las dotaciones, ha tenido una gran importancia, toda vez que casi ha igualado la potencialidad naval en lo que respecta a los buques de línea. En cuanto a las fuerzas sutiles (destructores, submarinos) siempre fué superior nuestra Armada, puesto que los facciosos cuentan únicamente con el destructor «Velasco» aparte, claro está, de los destructores y submarinos que les ceden los italianos y alemanes, cuyo número es imposible precisar.

Si tenemos en cuenta la experiencia de este combate y ponemos en tensión todos nuestros recursos, podremos en breve plazo estar dispuestos a batir el resto de la flota rebelde, en forma absoluta, aun con la pretendida «superioridad» naval de los facciosos, y lo que esto traería de posibilidades para nuestra lucha sería inmenso.



El destructor «Lepanto» que hizo, con su fuego, blanco en el crucero rebelde «Balears».





El crucero rebelde «Balears», en llamas, después de la feliz operación realizada por la flota republicana.



# La lucha del pueblo chino por su Independencia Nacional

**L**A historia de las agresiones japonesas en China, particularmente en los últimos diez años, ha comprobado plenamente las intenciones criminales del imperialismo nipón. En el año 1931, el Japón ocupó Manchuria, la cual, por su extensión, equivale al territorio de Inglaterra y Alemania juntas. Esta ocupación fué solamente el comienzo de los ataques cuyo final perseguía la sumisión de toda la China al militarismo japonés. La ocupación de Manchuria, según los planes militares japoneses, debería dar ventajas económicas y bases estratégicas para la ulterior ofensiva.

En el año 1933 el Japón ocupó la provincia Geje, de una superficie igual a la de Austria. En el año 35, el imperialismo japonés trató de extender su poder por los vastos territorios de la China del Norte, y hacerse fuerte en la provincia del Ho-Pei. Al mismo tiempo, el Japón se afirmó decididamente en la Mongolia interior, preparando la completa ocupación de las provincias Cha-Jar y Su-yu-an. Y, en fin, en la guerra de hoy, el Japón quiere consolidar su dominio sobre toda la China.

Los militares japoneses consideran la guerra de hoy contra China, desde el punto de vista de la preparación de una base estratégica para ulteriores usurpaciones. Esto, se dice claramente en el conocido memorándum del general Tanaka: Debemos utilizar Manchuria y Mongolia para penetrar en el resto de China. Con los recursos de toda China a nuestra disposición, podremos pasar a la conquista de la India, Asia Menor y aun de Europa. En nuestras guerras contra la U. R. S. S. y América, deberemos descargar sobre estos países todos los horrores de la guerra.

**E**N los últimos seis meses de operaciones militares en China, las fuerzas japonesas han conseguido ciertos aparentes éxitos. En el Norte, los japoneses lograron usurpar las provincias del Ho-Pei, Cha-Jar y Su-yu-an, una parte de la provincia Sausi y el Norte de las provincias Ho-nan y Shañ-Dun. En el Sur han usurpado la región Shanghai y Nankin con las ciudades Shanghai y Nankin.

Aun no siendo insignificantes estos éxitos militares, no son tan grandes como calculan los invasores japoneses. Los militares japoneses creían que en breve, con gastos mínimos, económicos y en hombres, podrían exterminar al Ejército chino, descomponer y poner de rodillas al Gobierno de Nankin, derrotar la incipiente unidad de las fuerzas de la oposición nacional china, minar la confianza creciente del pueblo chino en sus fuerzas y su voluntad de lucha por la libertad nacional.

Los militares japoneses no dudaban de que en dos meses, con operaciones militares combinadas, en el Norte y en Shanghai, podrían sin mucha dificultad ocupar toda la China del Norte hasta el río Amarillo y transformar el resto de China en una colonia japo-

nesa. Pero ya en las primeras batallas, surgidas en las zonas de Peiping y Tientsin, los militares japoneses se hallaron con una China absolutamente nueva para ellos. Las ulteriores operaciones militares mostraron con absoluta claridad tal crecimiento de la resistencia nacional china, tal grado de consolidación de las fuerzas antijaponesas, tal fortalecimiento de la voluntad de lucha por la independencia nacional y tal crecimiento de la conciencia política y del patriotismo de las grandes masas, que no eran de ningún modo esperadas por los invasores japoneses.

Los éxitos japoneses han sido obtenidos a costa de grandes pérdidas. En el sector de Shanghai, según datos oficiales japoneses, el Ejército japonés ha perdido más de cuarenta mil hombres. Todos los barcos continúan llevando al Japón los despojos de los oficiales y soldados muertos. Los periódicos japoneses dejan ya de publicar listas detalladas de las pérdidas. Pero lo fundamental consiste, no en el volumen de estas pérdidas, sino en que estas enormes pérdidas en hombres y en dinero, que exigen un serio esfuerzo de toda la economía japonesa, no justifican desde el punto de vista japonés los éxitos logrados. Los objetivos fundamentales que tenían los militares japoneses no los han conseguido; al contrario, el pueblo chino muestra una inaudita unidad y una decidida disposición a los sacrificios. Todas las capas de la población están envueltas en un ardiente entusiasmo patriótico. Todo el país se moviliza en la lucha por la independencia nacional.

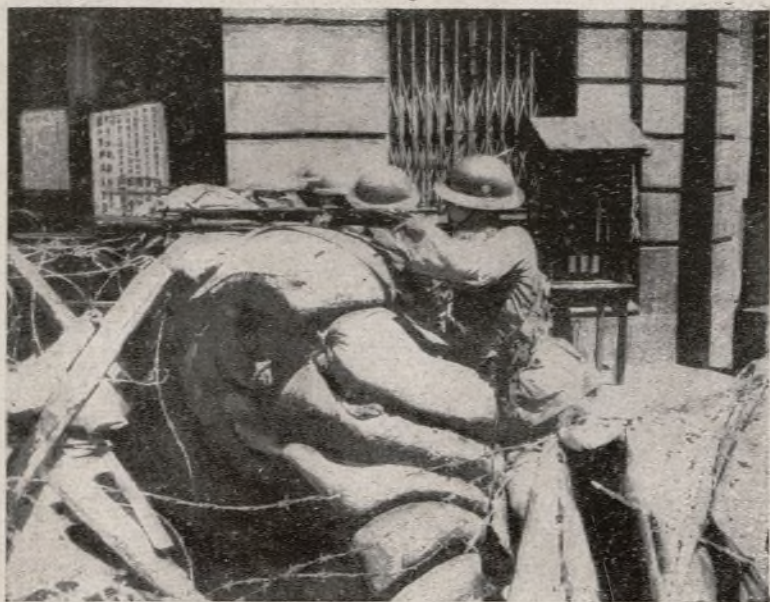
Los primeros siete meses de lucha rompen la leyenda de la invencibilidad del ejército japonés y la otra leyenda de que «el pueblo chino no puede ayudarse y defenderse a sí mismo contra el puño blindado japonés».

Los primeros siete meses de lucha significan la posibilidad real de la organización y realización de una eficaz y activa defensa contra los invasores japoneses, fortalecen la confianza del pueblo chino en sus fuerzas y evidencia su decisión de luchar por su existencia nacional.

**E**L comienzo del segundo semestre de la agresión japonesa (enero de 1938) se caracteriza por el cambio en las actividades del ejército chino y por el gran aumento de su actividad. El Gobierno chino y el alto mando del Ejército chino han sacado las conclusiones de la experiencia de medio año de guerra, han tomado en consideración los errores que hubo en operaciones anteriores, efectúan una mejor organización de la dirección del ejército, cambian algunos jefes y tienen éxitos en la elaboración de un plan único de operaciones. Sobre la base de todo esto, el ejército chino ha obtenido la posibilidad de pasar, en muchos sectores, de la defensiva a la contraofensiva.

El imperialismo japonés que, gracias a la conquista de Nankin, contaba con obligar a China a la capitulación, y con llevar al ejército chino a la derrota, se equivoca en sus cálculos. La conquista de Nankin no ha dado los resultados esperados por los japoneses: el ejército chino se repliega conservando su capacidad combativa y el Gobierno chino ha manifestado su decisión de mantener hasta el fin la lucha contra la agresión japonesa. Los militares japoneses, sorprendidos, han decidido desarrollar una nueva ofensiva para conquistar más a China y a su Gobierno.

Los objetivos en turno de la ofensiva del ejército japonés en la segunda quincena de diciembre del 37, eran Hanchow en el frente de Shanghai y Tsinañ en el del Norte. El 27 de diciembre, los japoneses ocuparon Hanchow y a los dos días el ejército chino pasó a la contraofensiva en todo el terreno del frente Guande-Hanchow. Como resultado de sus insistentes actividades, el ejército chino recuperó Hanchow el 5 de enero. Inquieto por el desarrollo de la contraofensiva del ejército chino, el mando japonés ha completado su ejército en las posiciones amenazadas, interrumpiendo su ofensiva en la provincia Shandun de la parte de Nankin. Solamente concentrando las nuevas fuerzas en las proximidades de Hanchow, el mando japonés logró de nuevo ocupar la ciudad. Los intentos de los japoneses de rechazar la ofensiva del ejército chino en los otros sectores del frente de Shanghai, fueron aún menos eficaces.



Las operaciones militares en China. — No son sólo las tropas regulares quienes toman parte en la guerra contra los invasores japoneses, sino también los voluntarios de la población pacífica. — En la foto: Los luchadores voluntarios detrás de las barricadas en uno de los sectores de Shanghai.





Los invasores japoneses avanzando sobre fuego y metralla en China.

El paso del ejército chino a la contraofensiva en el frente de Shanghai, sus activos movimientos en Hanchow, Guande, Wuhu y Luchow obligaron al mando japonés a interrumpir la ofensiva en el Norte de la parte de Nankin, a lo largo del ferrocarril Tientsin-Pukuo y del gran canal. El ulterior desarrollo de las operaciones ofensivas japonesas en el frente de Shanghai ha fracasado.

La ofensiva contra Tsinaí en el frente del Norte comenzó el 27 de diciembre. Hasta ese día, durante dos meses, el ejército japonés estuvo en la ciudad, en la orilla opuesta del río Amarillo (Juanje). En los ejércitos de la provincia de Shañdun, que defienden la región de Tsinaí, mandados por el general Han-Fu-Chu; este general sostenía desde hace mucho tiempo negociaciones con los japoneses para retirar sin combate sus ejércitos de la provincia de Shañdun, enmascarando su traición con seguridades mentirosas de fidelidad al Gobierno central de China.

Entonces los japoneses ocuparon Tsinan sin oposición de los chinos, cuyo ejército fué previamente retirado. Después de ocupar Tsinan, el ejército japonés ha avanzado al sur, a lo largo del ferrocarril Tientsin-Pukuo, y al este, en dirección de Tsindao. Pero las operaciones del ejército japonés en la provincia de Shandun encuentran una resistencia decidida del ejército chino. El 12 de enero, el ejército japonés, que realiza la ofensiva en el norte de Shañdun, ha llegado al ferrocarril de Fei Shan-Shou Shan-Shi Nin. En la noche del 13 de enero el ejército chino, en un súbito ataque, reconquistó Shi-Nin y prolongando el desarrollo de la ofensiva, llegó el 6 de enero al extremo Oeste de Ian-Shov. Al mismo tiempo, el ejército chino que actúa a lo largo del ferrocarril Tientsin-Pukuo, en tres días de combates, ocupó Tzou Shian y el 16 de enero llegó a Ian Shou desde el Sur. Del Oeste del ferrocarril de Tientsin-Pukuo, el 13 de enero, el ejército chino ocupaba Fei-San y avanzaba a quince kilómetros al Norte de este punto.

La contraofensiva del ejército chino comenzó como resultado del fortalecimiento del sector Shansi del frente, con nuevos destacamentos como consecuencia de la detención y fusilamiento del traidor Han-Fu-Chu y del restablecimiento de la capacidad combativa en el ejército que este traidor corrompió. La contraofensiva del 3 al 6 de enero, fué un gran golpe para el ejército japonés. El golpe fué enérgico y rápido. El ejército chino avanzó treinta y seis kilómetros en tres días que duraron los combates.

A causa de los fracasos en el frente, el mando japonés ha hecho un reagrupamiento del ejército. El 6 de enero el avance chino se detuvo. Al pasar a la ofensiva, con refuerzos concentrados, los japoneses, en los días que van del 6 al 23 de enero, ocuparon de nuevo Tsi-Nin, avanzaron en dirección Sur hasta Tzin-Tzian y recuperaron Shou-Sian.

El 23 de enero el ejército chino pasa de nuevo a la contraofensiva y ha detenido el avance del ejército japonés en todos los sectores. El 26 de enero, el ejército chino ha realizado un buen ataque en dirección de Menn-Nin (noventa kilómetros al Este de Ian Shou). El 29 de enero ocupó Menn-Nin y atacaba Sui-Fu.

A fines de enero el ejército japonés se vió obligado a pasar a la defensiva en todos los sectores de la contraofensiva china.

En otros sectores del frente Norte, las actuaciones de los guerrilleros no permiten desarrollar su actividad al ejército japonés.

Las expediciones contra los destacamentos del VIII Ejército nacional revolucionario que actúan en la retaguardia del ejército japonés, son ineficaces. Los japoneses pierden en los combates con el VIII Ejército, gente y armas. Regiones enteras en los centros de la retaguardia, en los terrenos ocupados por los japoneses, están en realidad en manos de los guerrilleros y son dirigidos por poderes autónomos contra los japoneses.

Al mismo tiempo que se desarrolla la contraofensiva del ejército de tierra, aumenta también la acción combativa de la aviación china. Los aviones chinos realizan eficaces raids contra los aeródromos japoneses en la región Nankin-Wuhu-Guandé, bombardean barcos militares japoneses en el río Yang-Tse, rechazan los intentos de desembarco japonés.

Como consecuencia del aumento de la actividad del ejército chino, el ejército japonés, en la segunda quincena de enero, no logró avanzar en el frente de Shanghai ni en el del Norte.

En los combates de enero, el ejército chino no solamente ha demostrado firmeza en las operaciones defensivas, sino también su capacidad de realizar enérgicos contragolpes. En la ejecución de la contraofensiva, los destacamentos chinos, cada día más audaces, pasan a una táctica de maniobra.

Las medidas del Gobierno chino para expulsar del ejército a los traidores y jefes que no pueden responder de su puesto, han aumentado la capacidad de combate y la moral del ejército chino. Los destacamentos que antes estuvieron bajo la dirección de Han-Fu-Chun y que fueron corrompidos por él, realizan ahora con éxito las operaciones ofensivas. El mando chino ha realizado por primera vez el apoyo mutuo de los frentes. La actividad oportuna del ejército chino en el sector de Shanghai, tuvo por consecuencia la paralización de la ofensiva japonesa en la parte meridional de la provincia de Shañdun.

**E**L mérito histórico de la organización de las fuerzas chinas para la resistencia al agresor japonés, corresponde al Partido Comunista de China. El se muestra como el más activo organizador de la lucha del pueblo chino por la liberación nacional. Infatigable y consecuente, realizando la táctica del frente único nacional, alumbra a todo el pueblo chino el camino de la organización de la lucha eficaz contra los agresores japoneses, el camino de la independencia y la libertad.

Esta heroica obra que atrae y enardece a todo el pueblo chino, presta una influencia destacada al desarrollo de los acontecimientos en la retaguardia y en el frente. La heroica resistencia del ejército chino, la creciente unidad interior en la retaguardia, son grandes pasos en el camino de la creación del poder único del Estado de China, capaz de forjar la gran defensa nacional. Los éxitos en la creación del ejército chino capaz de realizar una defensa activa y de pasar después de la defensiva a la ofensiva, la democratización del régimen político que comenzó a levantar a las amplias masas del pueblo, la lucha decidida contra el enemigo, todo ello es el resultado directo de la política del frente nacional único contra el Japón.

Y esta política de unidad de todo el pueblo chino es la que forjará su victoria final sobre la pandilla japonesa.



La intervención japonesa en China. — En la foto: Un grupo de aviadores chinos en un aeródromo en la región de Shanghai.



# LA PROPAGANDA ENTRE EL ENEMIGO

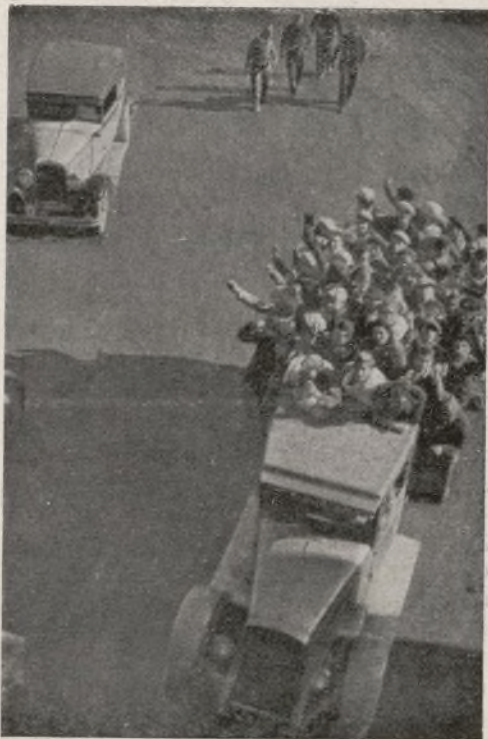
**E**N estos últimos tiempos, entre nosotros y los rebeldes ha tomado forma, cada vez más concreta, amplia y encarnizada, la lucha por medio de la propaganda y de la agitación. Para ellos, como para nosotros, desintegrar a retaguardia y el Ejército es de una importancia capital y decisiva. Hacer más propaganda y mejor, significa abreviar la guerra, hacerla menos cruenta, ganarla rápidamente. A nosotros nos importa más todavía: 1.º Porque tenemos más probabilidades de obtener resultados favorables de la misma por el hecho de que tenemos razón, de que con nuestra causa simpatizan centenares de miles de españoles que están en la zona rebelde, de que tenemos miles de argumentos contundentes para convencer a los débiles e indiferentes, y principalmente porque el régimen de Franco, con su terror, con su entrega al extranjero, con su política antiobrera, antidemocrática y francamente fascista, con la desaparición de los partidos y sindicatos, ha agudizado todas las contradicciones interiores, ha fomentado todos los descontentos. 2.º Porque los síntomas de disgregación entre las tropas de Franco y otras formas diversas de protesta en la retaguardia, demuestran que en la zona rebelde los españoles que comprenden el porqué de la sublevación y de la invasión extranjera, están dispuestos con las armas en la mano a enfrentarse con el enemigo.

## Propaganda en masa

**A**YUDAR al desmoronamiento del Ejército y de la retaguardia del enemigo es una tarea importante. En Guadalajara, en Brunete y en Belchite esta propaganda ha jugado su papel. Este trabajo fué hecho en el pasado por una



Organizando las transmisiones.



Los voluntarios del 19 de julio.

Sección Especial creada cerca del Comisariado General de Guerra por orden del ministro de Defensa Nacional, superando todas las dificultades, todos los obstáculos, todas las incomprensiones, y gracias a la ayuda desinteresada de la Prensa, de los comisarios, de los jefes militares, de las organizaciones políticas y sindicales. Hoy esta propaganda está en manos de los servicios de Información de las unidades de combate que seguramente cumplirán con honor la tarea. Los doscientos millones de octavillas lanzados por los aviones, las docenas de altavoces provistos a los diferentes frentes, la utilización sistemática de los guerrilleros, la organización de un servicio de radio, fueron algunos de los éxitos que hicieron gritar al enemigo de rabia en contra de nosotros y que llevaron a su ejército y a su retaguardia la verdad, la voz de aliento de la República.

Pero esta propaganda debe ser hecha en masa, con la fabricación rápida de centenares de altavoces, de millares de bocinas, de docenas de millares y millones de octavillas.

## Contenido de la propaganda

**S**ÓLO es posible hacer una buena propaganda entre el enemigo estando al corriente de las condiciones militares, sociales, industriales, agrarias, culturales, políticas, sindicales, morales, de la España rebelde y de la España leal.

La diferenciación en el lenguaje, en la forma, en el contenido, es fundamental para dirigirse a los soldados, a las clases, a los oficiales, a los ciudadanos en general, a los falangistas, a los requetés, a los guardias civiles, a los obreros, a los campesinos, a los intelectuales, a los comerciantes, a los industriales, a las mujeres, a

los jóvenes, a los moros, a los italianos y a los alemanes. Crear conflictos, agudizar las contradicciones entre las capas sociales, organizaciones, grupos, individuos, entre inferiores y superiores en el ejército rebelde, entre españoles y extranjeros, entre los extranjeros mismos; comparar nuestra situación con la suya, concretamente desde todos los puntos de vista; concretar la propaganda por capas, por regiones, por localidades, por frentes, sobre la base de hechos concretos y comprobados; durante las operaciones sobre la base de las informaciones inmediatas reaccionar a cada acontecimiento por pequeño que sea.

La retaguardia enemiga está cansada de la guerra. Su odio al extranjero aumenta cada día más por su desfachatez de conquistador y acaparador de las fuentes de riquezas naturales y económicas del país. Falangistas y requetés se pegan tiros, a pesar de estar en el mismo partido, que semeja a Babel. Las masas, cada día más oprimidas, deben pagar los gastos de la guerra y de la invasión con una explotación más intensa, con menos salario, con más horas de trabajo, con la falta absoluta de libertad. Los españoles del ejército fascista son obreros y campesinos obligados a la fuerza a ir al frente, entre los cuales cunde el desorden. Son los moros engañados y traídos a la fuerza del Marruecos donde ruge la revuelta. Son italianos que vinieron a España convencidos de que se trataba de una nueva Abisinia, en donde todas las batallas se reducirían a «paseos militares».

Nosotros, al mismo tiempo que somos implacables con nuestros enemigos, que resistimos y avanzamos utilizando todas las armas en defensa de la República, debemos utilizar esta arma de la propaganda, para transformar el ejército y la retaguardia del enemigo en un aliado poderoso de nuestra guerra nacional de independencia.



Botín tomado al invasor.



# Cómo se organiza una Escuela Divisionaria

UNO de los problemas fundamentales que la República tenía planteados con más fuerza, a partir del 19 de julio de 1936, para oponerse a los generales traidores, era el de los cuadros de mando: superiores, medios e inferiores.

Aquellas magníficas milicias, que no por improvisadas y sin organización apenas, dejaron de cumplir un papel decisivo en la defensa de las libertades del pueblo, revelaron ya en un principio la intensidad de la lucha en un porvenir inmediato y las características de apremio que nos impelman a realizar el máximo esfuerzo para la creación rápida de los mandos que necesitábamos.

Nada fácil resultaba poder dar solución a este apremiante problema que la guerra había planteado con toda su gravedad. Por un lado, la creación del Ejército Popular absorbía el reducido porcentaje de mandos militares que habían permanecido fieles a su promesa de lealtad al Gobierno de la República. Se imponía la necesidad de un ritmo rápido en la transformación de las heroicas Milicias en Ejército Popular. Los jefes y oficiales de mayor confianza en el orden técnico y político hubo que dedicarlos a llevar a cabo dicha transformación, sin la cual las posibilidades de hacer frente con éxito a los mercenarios de Franco y del fascismo internacional tenían posibilidades muy limitadas. Por otra parte, el volumen de mandos necesarios era de tal magnitud, que resultaba materialmente imposible disponer del profesorado necesario, para acometer este problema en toda su amplitud.

No obstante, con los escasos técnicos de que disponía el Gobierno de la República, se establecieron algunas Escuelas Populares de Guerra para la formación de oficiales, las cuales fueron nutriendo y dando a nuestro Ejército la organización y eficacia técnica que no podían darle los abnegados y heroicos mandos de Milicias. En la medida que los cuadros de mando del glorioso Ejército Popular iban nutriéndose, el Ministerio de Defensa Nacional ha ido ampliando la creación de Escuelas de Guerra. Hace algunos meses que ya funcionan las Academias para sargentos. En este orden, es justo afirmar que los progresos alcanzados son óptimos.

El régimen de estas Academias responde a las directrices establecidas por el D. O. que las crea y regula su funcionamiento. No obstante, hay casos dignos de mención, que pueden servir de modelo ejemplar y que muestran cómo ha sido comprendida la misión fundamental que tienen los cuadros de mando inferiores en el Ejército.

Cabe citar entre muchas otras, la Academia de Sargentos de la treintuna División, cuyo funcionamiento, en líneas generales, exponremos brevemente.

**SELECCION DE ALUMNOS.**—La selección de alumnos, como es lógico, se realiza con una especial atención. Se lleva a cabo por los jefes, oficiales y comisarios de la Unidad. Se tiene muy en cuenta el comportamiento del soldado en todos sus aspectos. Esto es realizable merced al cuidado que tanto los jefes como los comisarios dedican al conocimiento de las actividades de cada uno de los soldados de su Unidad lo cual les permite una selección acompañada de las máximas garantías.

La selección va seguida de unas pruebas de cultura general, que además de facilitar el conocimiento intelectual de los alumnos, sirven para fijar la caracterización de cada uno de ellos, para lo que es documento de considerable valor la ficha que proporciona al profesorado el Delegado Político de Compañía y en la que constan las cualidades más sobresalientes del alumno.

**HORARIO.**—El horario por que se rige la Escuela es el siguiente:

Toques		
7	DIANA	Levantarse, recoger las camas y pasar lista.
7,45	PARTE	Se dará verbal al profesor de servicio.
8	FAGINA	Desayuno.
8,30	PELTON	Gimnasia.
9	ALTO	Cesa la instrucción.
9,15	PELTON	Instrucción práctica.
11,15	CLASE	Cultura general.
12,15	ALTO	Cesa la clase.
12,30	FAGINA	Primera comida.
15,30	CLASE	Topografía y fortificación.
16,30	CLASE	Enlaces y transmisiones. Gases. Régimen interior. Educación moral y mando. Código de Justicia militar. Cesan las clases.
19,30	FAGINA	Segunda comida.
20,15	RETRETA	Pasar lista y dar parte al oficial de servicio.
20,30	PARTE.	
21,30	SILENCIO	Empieza el servicio de imaginarias.

**CURSOS.**—La duración de los cursos es de cuarenta días. Asisten a cada uno de ellos ciento ochenta alumnos; sesenta por Brigada. El porcentaje de alumnos promovidos a sargentos es del ochenta y cinco al noventa por ciento. Independientemente de las asignaturas militares, los

Milicianos de la Cultura desarrollan unos cursillos tendentes a proporcionar un más alto nivel cultural, principalmente en aquellas materias relacionadas con los conocimientos militares, como las matemáticas y la geografía.

Con esto se consigue que los mandos salidos de esta Academia posean los más amplios conocimientos para asimilar la técnica militar y aspirar a mandos superiores.

**PROFESORADO.**—El personal docente de la Academia está compuesto por un director y tres profesores; estos últimos, tenientes procedentes de las Escuelas Populares de Guerra, los cuales unen a los conocimientos teóricos, los adquiridos en muchos meses de campaña.

Se puede decir que la labor meritoria del profesorado de la Academia ha alcanzado el grado de madurez, seriedad y entusiasmo necesarios, logrando con ello crear un instrumento eficaz donde se van forjando los futuros mandos que han de llevar a nuestro Ejército a la victoria definitiva.

Para secundar el trabajo de clase, cada uno de los profesores cuenta con varios sargentos procedentes de las anteriores promociones.

El trabajo cultural tiene su complemento adecuado en la educación política a cargo de un Delegado Político, elegido entre los más entusiastas y de mayores conocimientos de la División. La misión de su trabajo consiste en forjar una verdadera conciencia antifascista en todos los alumnos de la Escuela, estudiando las características de nuestra guerra, tanto en su aspecto de lucha contra la invasión extranjera y de defensa de nuestra independencia nacional, como en el contenido de nuestra República democrática.

Las clases se desarrollan por la mañana en campos próximos a la Academia, que reúnan las condiciones necesarias para servir de base a los supuestos tácticos, que luego habrán de ser ampliamente discutidos, haciéndose el juicio crítico de los mismos, en el que intervienen los alumnos de una manera activa.

Por la tarde se dan las clases teóricas en los amplios locales de que dispone la Academia.

Durante los cuarenta días de curso, se desarrollan los programas que a este efecto tiene publicados el Ministerio de Defensa Nacional. Ante la dificultad de proporcionar a los alumnos textos que comprendan las materias necesarias para su preparación, esta Academia ha editado folletos de clara exposición y desarrollo de las cuestiones indispensables para forjar un buen sargento. Todas las clases, incluso las teóricas, están orientadas en un sistema eminentemente práctico, al objeto de ir situando al alumno sobre la realidad en que luego habrá de desenvolverse.

Es también interesante la aportación que dan los Comisarios de la División a las tareas de la Escuela. En cada uno de los cursos desarrollan una serie de conferencias sobre temas relacionados con la guerra que sostenemos. Por creerlo de interés, y para dar una idea de la orientación de las mismas, reproducimos a continuación los temas a desarrollar en el presente curso:

FASCISMO Y ANTIFASCISMO.

EL PAPEL DE LA CLASE OBRERA EN LA LUCHA.

POR QUE SE PRODUJO EL ALZAMIENTO MILITAR DEL 19 DE JULIO.

LA UNIDAD ENTRE EL FRENTE Y LA RETAGUARDIA.

COMO DEBEN SER LOS JEFES DE NUESTRO EJERCITO POPULAR.

LA LABOR DEL COMISARIO.

MISION DE LOS CUADROS MEDIOS.

LA CONCIENCIA POLITICA DE NUESTRO EJERCITO.

POR QUE LUCHAMOS.

LAS CONDICIONES DE LA VICTORIA.

**LOS EXAMENES.**—Al acabar el curso, los alumnos han de realizar unas pruebas finales ante el tribunal de examen, constituido por oficiales del E. M. de la División. Estas pruebas son de carácter teórico y práctico, orientadas más que a averiguar la cultura alcanzada por el alumno, a constatar sus conocimientos militares sobre el mismo terreno.

Como muestra de la excelente preparación obtenida por los alumnos en la Escuela, hay el hecho siguiente: en una de las últimas convocatorias para ingreso en la Escuela Popular de Guerra fueron aprobados los veinticinco aspirantes procedentes de esta Academia, clasificándose, entre dos mil, en los ciento cincuenta primeros puestos y obteniendo entre todos el número uno.

En unos meses han salido de la nada estos viveros de cuadros de cuyo funcionamiento el Ejército Popular puede sentirse satisfecho. Pero es necesario centuplicar los esfuerzos para que estas Escuelas afinen su labor, trabajen incesantemente y nazcan allá donde motivos de índole diversa no las haya dejado germinar todavía.

Uno de los factores que acelerarán nuestra victoria es el que nuestro Ejército pueda contar centenares y millares de buenos cuadros de mando populares.

Orientémonos, pues, hacia el logro de este gran propósito.



# NOCIONES DE TOPOGRAFIA

## INTERPRETACION DE PLANOS

**T**ENIENDO en cuenta la fundamental importancia que en el terreno militar tiene la Topografía, nos proponemos dar, en una serie de artículos sucesivos, aquellos conocimientos primordiales que más interés tienen en dicho terreno, de forma que puedan ser comprendidos fácilmente por todos aquellos a quienes interesen estos temas.

Para conseguir este fin, nos proponemos dar a conocer todos aquellos principios matemáticos elementales que basten para comprender los sistemas topográficos (nociones de Aritmética, Trigonometría, Geometría, etc.), al mismo tiempo que su aplicación, para conseguir una mayor homogeneidad en la explicación, como asimismo se evitará dar definiciones escuetas, que puedan ser confusas, procurando, cuando se llegue a ellas, aclararlas convenientemente.

En el plan propuesto, comenzaremos por lo más interesante y fundamental, que es la interpretación de planos, ampliando después las bases que sean establecidas, a los conceptos sencillos de Topografía de más interés militar (levantamientos, croquis, panorámicas, etc.).

En este primer artículo y siguiendo el plan propuesto, daremos un resumen sobre la explicación de las definiciones más frecuentemente empleadas de las distintas formas y elementos que forman el terreno.

\* \* \*

**E**L esqueleto del terreno está formado por dos clases de accidentes principales: divisorias y vaguadas, salientes y entrantes del terreno. Los salientes del terreno en forma alargada, se llaman divisorias, porque dividen en dos partes las aguas de lluvia que caen sobre ellos y discurren, después, por ambas laderas situadas a los dos lados opuestos de la divisoria. La divisoria, pues, divide las aguas que discurren por dos laderas opuestas que se unen en ellas por sus partes altas.

Los entrantes y vaguadas son aquellas concavidades del terreno, por donde discurre el agua en forma de arroyuelos, torrentes o ríos. Son líneas de unión de dos laderas, y a ellas va a parar el agua que cae sobre aquéllas. Al contrario de las divisorias, las vaguadas reúnen las aguas que descienden por tres laderas opuestas que se unen por sus partes más bajas.

Podemos pues, decir, que una región cualquiera, está formada por una serie de divisorias y vaguadas o corrientes de agua, unidas entre sí por superficies llamadas laderas.

Esta es la descripción esquemática de la superficie terrestre. Naturalmente, las formas que ésta adquiere, aún sujetándose a esta configuración general, son infinitas.

Además, existen casos excepcionales en que no hay divisorias, ni laderas ni vaguadas. Son las superficies horizontales o llanas, que si se encuentran en partes altas forman mesetas, limitadas por laderas, y si se encuentran en partes bajas, forman hoyadas.

Es útil para fines militares, adoptar una clasificación y nomenclatura comunes a los accidentes del terreno. Para ello copiamos a continuación los artículos 29 y 30 del Reglamento Topográfico Artillero, que a estos extremos se refiere, convenientemente aclarados:

El terreno se clasifica atendiendo a su estructura o configuración y a su naturaleza y producciones. Esto es, a su forma y a su materia.

La primera clasificación da lugar a muchas agrupaciones, pero pueden considerarse reunidas en cuatro principales: terreno llano, ondulado o sinuoso, montañoso o montuoso y escarpado o abrupto.

**Llano.**—Es el que no presenta accidentes ni cambios notables de pendientes.

**Ondulado o sinuoso.**—Es el formado por elevaciones y depresiones de poca consideración, y cuyas pendientes son suaves y fácilmente accesibles en todos los sentidos.

**Montañoso o montuoso.**—Es el constituido por alturas cuya elevación o intensidad de pendiente hacen que sea de difícil acceso.

**Escarpado o abrupto.**—Es el montañoso o montuoso, cuando los cambios de pendiente son más bruscos, las cortaduras más frecuentes e inmediatas y las alturas casi inaccesibles.

Las configuraciones que dan lugar a esta clasificación son variadísimas, siendo las principales las siguientes:

**Monte.**—Gran elevación natural del terreno con relación al que le rodea; su parte superior se denomina cima o cumbre, tomando los nombres de cresta, meseta o pico, según que sea alargada, presente una extensión plana o termine en punta. La parte inferior o de unión del monte con el terreno que le rodea se llama pie o base. Las superficies laterales que lo forman, laderas o vertientes y la parte baja de las laderas, faldas. Cuando las laderas se aproximan a la vertical, se distinguen con el nombre de escarpados. La ladera que mira al Sur, suele recibir el nombre de solana y la que mira al Norte, umbría.

**Cerro.**—Nombre que suelen recibir los montes cuando son peñascosos y de pendientes muy pronunciadas.

**Montaña.**—Elevación producida por una serie de montes.

**Sierra.**—Agrupación de varias montañas.

**Cordillera.**—Cadena o serie de varias sierras unas a continuación de otras.

La continuación de las cumbres de los montes constituyen las crestas de las montañas, sierras y cordilleras.

Los puntos más altos de las crestas reciben el nombre de cima y los más bajos se denominan gargantas, cuando son largos y estrechos, y collados en caso contrario. Si estas depresiones proporcionan un fácil paso de un lado a otro de las alturas, reciben el nombre de puertos, y si están

flanqueados por escarpados o laderas de gran pendiente, toman el nombre de desfiladeros.

**Colina.**—Pequeña elevación de terreno desprovista de árboles y arbustos.

**Otero.**—Cerro aislado que domina un llano.

**Loma.**—Altura pequeña y prolongada.

**Ribazo.**—Pequeña cuesta o pendiente que forma el terreno.

**Valle.**—Forma de terreno más o menos llana comprendida entre dos series de alturas; toma el nombre de cañada cuando es estrecho.

**Vega.**—Parte de tierra baja, llana y fértil, atravesada por un curso de agua.

**Ríos y arroyos.**—Corrientes de agua de mayor o menor importancia. El terreno por donde corren se llama cauce, lecho, álveo o madre.

**Torrente.**—Cauce por el que circula el agua en tiempo de lluvia.

**Barranco.**—Grieta profunda que hacen en la tierra las corrientes de agua.

**Orillas o márgenes.**—Son los límites laterales de los ríos; se denominan derecha o izquierda, según el costado de un observador, colocado entre ambos, y mirando en la dirección de la corriente o aguas abajo; la parte del río a espaldas del observador recibe el nombre de aguas arriba.

**Divisoria.**—Línea del terreno que marca la separación de las aguas que se dirigen hacia diferente vertiente o ladera.

**Confluencia.**—Punto de unión de dos ríos.

**Desembocadura.**—Punto de entrada de las aguas de un río en el mar.

**Ria.**—Parte del río próxima a su desembocadura, donde se mezclan sus aguas con las saladas.

**Vados.**—Paraje de un río que, por tener poca profundidad y ser su lecho firme, permite el paso a pie, a caballo o de carruajes.

**Lago.**—Depresión extensa y natural de terreno en donde hay constantemente agua depositada; cuando el agua es de pequeña extensión, recibe el nombre de laguna o charca.

**Pantano.**—Lugar en donde se estanca el agua formando cieno o lodazal más o menos profundo.

**Costa.**—Zona de terreno que linda con el mar; si está constituida por arenales y desciende en forma suave, se llama playa y si, por el contrario, es escarpada y formada por rocas, recibe el nombre de acantilado. Las sinuosidades que forma la costa se llaman: las salientes hacia el mar, cabos, promontorios o puntas, y las entrantes golfos, bahías, radas, abras y calas, según sean de mayor o menor extensión.

La segunda clasificación del terreno, o sea la relativa a su naturaleza o a sus producciones, si bien es variadísimas, puede limitarse a lo siguiente: En cuanto a su naturaleza o constitución, el terreno puede ser compacto o unido, pedregoso o peñascoso, arenisco o arenoso, pantanoso o cenagoso.

En relación a sus producciones o cultivos, se distinguen los abiertos o despejados, de los cubiertos o con arbolado, pudiendo ser éste bosque, monte alto o bajo y cultivo.

Además de los detalles naturales del terreno existen en éste los artificiales, ejecutados por el hombre para las necesidades de la vida; los principales son los siguientes:

Ciudades, villas, pueblos, lugares, aldeas, caseríos y casas aisladas.

**Vías férreas.**—Pueden ser de vía normal o de vía estrecha.

**Carreteras.**—Son, por lo general de ocho, siete y seis metros de anchura; se llaman, respectivamente, de primero, segundo y tercer orden.

**Caminos vecinales.**—Con arreglo a las facilidades o dificultades que presentan para el tránsito de carruajes, caballos o peatones, se denominan caminos de herradura, veredas o sendas.

Cañadas de ganado o vías pecuarias.

Desmontes y terraplenes para salvar desniveles del terreno.

Túneles y viaductos.

Puentes, pontones y alcantarillas.

Acueductos, canales y acequias.

Tapias, cercas, vallados y setos, que sirven para marcar linderos o límites de las propiedades.

Atalayas y faros.

Además de los expresados existen otros muchos, cuyos nombres expresan claramente el objeto a que se refieren.

(Se continuará.)



Al frente a defender la Patria, la libertad y el bienestar.



## UNA VICTORIA DEL CINEMA UNIVERSAL

# "LENIN EN OCTUBRE"

## FILM SOVIÉTICO

POR

F. S.

M  
A  
N  
T  
I  
L  
L  
A



El cinema soviético, el cine productor de «El acorazado Potemkin», «Madre», «La línea general», «Los Marineros de Cronstadt», «Tcha-paieff», entre otras muchas creaciones insuperables, ha respondido al júbilo del pueblo de la U.R.S.S. en el XX aniversario de la revolución socialista aportando un gran film conmemorativo, cuya sola iniciación, en lo que concierne al tema elegido, significaba vencer dificultades insuperables.

La aportación del cinema soviético al XX aniversario es el film «Lenin en Octubre», reconstrucción en estrofas de luz y de sombras de las actividades de Lenin durante los días de la revolución de Octubre. El respeto que merece la figura gigantesca y querida de Lenin, la necesaria exactitud histórica, el tono político de la obra y la aparición en la pantalla de reproducciones vivientes de compañeros de Lenin también vivientes, significaba para el realizador y sus colaboradores una larga serie de problemas que habían de ser estudiados y resueltos con exquisito acierto. Muchos, como el camarada Stalin, iban a ver en la pantalla a los artistas que desempeñaban el propio papel que ellos realizaban en aquellos días gloriosos. Un Stalin, de dos dimensiones, se iba a mover y actuar en el blanco lienzo frente al otro Stalin de «verdad», de carne y hueso, reconstruyendo minutos de vida inolvidables para el auténtico actor de aquel drama.

Un Lenin reencarnado, debía hablar y moverse en presencia de aquellos que estuvieron al lado del verdadero; en aquellos instantes. La dignidad del personaje, la mentalidad en la reproducción de cada gesto, del menor ademán, era precisa no sólo por el comentario de los testigos, sino por el prestigio de la gran figura histórica ante el mundo.

El film nos presenta a Lenin, viajando desde Finlandia en una locomotora, protegido por los maquinistas. Se le busca por todas partes; el Gobierno de Kerensky ha decretado su desaparición de la faz del mundo, como la de sus colaboradores más valiosos. Su primera noche en Petrogrado, llena de preocupaciones por los acontecimientos inminentes, la pasa sobre el suelo, arropado con su abrigo, ante la mirada vigilante y cariñosa de un obrero y su mujer, que le tienen oculto. La vigilia atenta de este camarada, está conseguida con emoción insuperable.

Más tarde, en un nuevo asilo, el genio de la Revolución arriesga todo por reunirse con el Comité, y rodeado de Stalin, Dzerjinski, Sverdlov y Uritski, y desenmascarar a los traidores de la Revolución; Zinoviev y Kamenef, denunciando a Trotsky, a cuya imprudencia o traición se debe el que conozca el Gobierno Kerensky la fecha exacta del comienzo de la sublevación. Lenin, implacable y certero, acusa a los traidores.

Más tarde, en una reunión con Stalin, la libertad y la vida de Lenin corren serio peligro. Un agente de la Ochrana sigue la pista y logra descubrir el hasta entonces seguro refugio. Oficiales sedientos de sangre y soldados autómatas, llenan un camión y parten a detenerle. Pero el heroísmo del chofer, que se entera de tales propósitos, frustra el intento a costa de su vida.

Sobre el mapa de Petrogrado, Lenin despliega su maravillosa estrategia revolucionaria. Las diversas unidades armadas corren al combate sin saber aún que es Lenin quien los manda, pero llenos de una fe ciega en el inolvidable caudillo que los guía. Allí, en esos momentos, Lenin pone en práctica la enseñanza formidable de Marx: «La insurrección es un arte, no un juego; una vez comenzada, debe ser llevada hasta el fin.»

Es preciso acudir al Palacio Smolny. Lenin,

malhumorado, con un pañuelo por la cara para ocultar el rostro, arrastrando una pierna, espera en un banco del vestíbulo que se prepare el Comité. Un soldado bolchevique habla con él: «Dicen que está Lenin por aquí. ¿Le has visto, camarada?» Lenin responde, sonriente, que no. Más tarde, ese mismo soldado, entre los millares de combatientes proletarios que aclaman a su héroe, salta de gozo y abraza a los que le rodean: «¡Hablé con él! ¡He hablado con él!», dice con lágrimas en los ojos. Lenin extiende una mano imperiosa y el silencio más absoluto se hace en el enorme salón.

Entonces, salen de los labios, del corazón del gran caudillo para volar sobre el mundo entero, las cortadas y enérgicas palabras que abrieron una nueva época en la historia:

«Camaradas: la Revolución obrera y campesina cuya necesidad han predicado siempre los bolcheviques, se ha realizado.»

Y estas palabras tienen aún más grandeza al salir por el altavoz de la pantalla, que las grandes escenas de masas del film, casi todas realizadas con maestría genial; como el asalto al Palacio de Invierno, la lectura en fábricas, talleres, trincheras y acorazados de la carta de Lenin sobre la traición de Zinoviev y Kamenef, el ímpetu del pueblo armado, la última reunión del Gobierno Provisional y tantos otros momentos magníficos de esta película, cuya dificultad estriba en la misma grandiosa magnitud del asunto.

Los realizadores Michail Room y uno de los célebres hermanos Vassilief, autores de «Tcha-paieff», han acreditado su maestría y entusiasmo al reflejar con exactitud y animar con claridad hechos históricos que por sí mismos tienen toda la grandeza espectacular que demanda la gran creación artística. Pero lo mejor del film, y es éste un elogio máximo, es la interpretación del artista del pueblo, Tchakin, que encarna a Lenin con admirable dignidad. No pueden agregarse más comentarios para comprender hasta dónde llega la altura de esa interpretación.

La película ha sido acogida con tan extraordinario entusiasmo en la U.R.S.S. que en los catorce primeros días de proyección en Moscú, asistió más de un millón de espectadores.

La expansión por todos los cines de la U.R.S.S., y del mundo entero, llevará a los cuatro puntos cardinales el conocimiento exacto de aquellos instantes «que conmovieron la tierra». Emocionará a todos aquellos que luchan en todos los países por la libertad y la justicia y hará comprender, de paso, el magno servicio que presta a la humanidad la poderosa magia del cinema cuando esa potencia sirve para reflejar las gloriosas epopeyas revolucionarias que son para los oprimidos el símbolo de la paz, del trabajo, de la cultura, de la libertad y del bienestar.



# Sistema de enseñanza práctico de elementos de táctica de infantería

El notable crítico militar inglés Liddell Hart, da a conocer en uno de sus libros, un sistema práctico de enseñanza de los elementos tácticos, cuyo conocimiento juzgamos será muy interesante para nuestros mandos medios. —Por medio de este sistema—dice el autor—podemos enseñar

a los mandos subalternos y a los hombres, que en táctica no existen reglas rígidas, sino un flexible marco de principios generales. Estos se harán familiares por medio de su constante práctica, si hacemos ver y comprender a los soldados cómo realizar estos ejercicios cada vez mejor.

## EJERCICIOS DE PELOTÓN

### I. Demostración de lo que es la seguridad.

**Objeto:** Demostrar la necesidad y empleo de un «brazo avanzado» (guardia avanzada o cuerpo de guardia) siempre que sea de esperar un combate.

**Explicación:** El director (jefe del pelotón) explica que en la guerra estamos siempre en la obscuridad respecto a la exacta posición y movimiento del enemigo, hasta que logramos tomar contacto con él. Aun viéndolo esto, no garantiza que hayamos descubierto su principal fuerza, y por lo tanto, debemos estar siempre preparados para un ataque por sorpresa. De este modo las condiciones en la guerra son parecidas a las existentes en el combate entre dos hombres que tratan de encontrarse y batirse en la obscuridad.

**Realización:** a) El director elige dos hombres, tapándoles los ojos.

b) Los coloca frente a frente, separados por unos cuantos metros y les ordena buscarse mutuamente y evitar que cada uno sea hostilizado por el otro.

c) Cada hombre, automáticamente, extenderá su brazo o brazos buscando a su oponente y preservándose de la sorpresa.

**Crítica:** El director hace ver que de la misma manera que cada hombre en la obscuridad extendió su brazo, en la guerra cada núcleo de tropas, cuando existe la más pequeña posibilidad de encuentro con el enemigo o de ser sorprendido por éste, lanza hacia adelante una parte de su cuerpo principal como vanguardia en la probable dirección del enemigo (divisiones en profundidad). Hace notar que esa formación de seguridad debe ser adoptada invariablemente por cualquier unidad a partir de la sección. Si las unidades son más grandes, cada fracción debe, además, abrirse para evitar la sorpresa o disminuir las pérdidas producidas por el fuego enemigo (dispersión).

Adoptando esta formación de seguridad, el grueso no puede nunca ser sorprendido y destrozado. La porción que primero encuentra al enemigo debe combatirlo tan fuerte como pueda, dando tiempo para la actuación del resto.

### II. Demostración de lo que suponen la fijación y la maniobra decisiva.

#### PRIMERA PARTE.

**Realización:** El director designa a un hombre (es preferible que sea uno grueso) para representar al enemigo y lo coloca frente al pelotón. Designa después dos hombres pequeños, que representan juntos al atacante, el primero como cuerpo de vanguardia y el otro como reserva. El director dice entonces al hombre-vanguardia que sujete al enemigo, y tan pronto como lo hace, el director ordena al segundo hombre que ataque al enemigo por la espalda o de flanco, simulando descargarle un fuerte golpe.

Si el enemigo trata de volverse para enfrenar a su nuevo atacante, el hombre-vanguardia aprovecha la oportunidad para asestarle otro golpe, cogiéndole por la espalda o el flanco.

**Crítica:** El director hace resaltar que la formación de seguridad se aplica igualmente durante el ataque. Pues, en el ataque de grandes unidades, cada grupo de unidades combate en batalla parcial, con su enemigo local.

Así, en el caso de una unidad atacando un puesto defensivo enemigo, la vanguardia avanza directamente sobre el puesto para reconocerle y fijar la atención del enemigo tan intensamente que le permita maniobrar la fuerza de reserva. Esta reserva debe dirigirse sobre el flanco enemigo y lanzarse al ataque, mientras la vanguardia está también combatiendo. Si el defensor, sin embargo, se vuelve para rechazar el nuevo ataque, la vanguardia debe aprovechar la oportunidad y lanzarse al asalto. Esta

iniciativa y empleo alternativo de las fuerzas, sólo se efectuará convenientemente por un entrenamiento cuidadoso de los Jefes de sección.

#### SEGUNDA PARTE.

**Realización:** El director repite la demostración, pero previniendo al hombre-vanguardia que no se precipite sobre el enemigo, sino meramente que lo finja. El defensor, en cuanto se da cuenta, no hace caso del hombre-vanguardia y gira para combatir con el hombre-maniobra.

**Crítica:** El director hace ver, que a menos que el hombre-vanguardia ataque realmente al enemigo, la maniobra es inútil, pues el defensor podrá enfrentarse con cada uno sucesiva y separadamente. Los dos cuerpos deben, pues, atacar al enemigo.

#### TERCERA PARTE.

**Realización:** El director, entonces, coloca al hombre-vanguardia en una posición defensiva y hace que el enemigo lo ataque. Mientras está atacando al hombre-vanguardia, el hombre-maniobra se lanza inesperadamente sobre el flanco o la retaguardia del enemigo, atacándole.

**Crítica:** El director hace ver que los principios prefijados se aplican lo mismo en la defensa que en el ataque; que en la batalla la vanguardia de una unidad fija al enemigo que ataca con su fuego, mientras la reserva contraataca desde una dirección inesperada.



# 75,178 soldados liberados del analfabetismo

## La labor de los Milicianos de la Cultura en los frentes

Con el fin de conocer la magnífica labor educativa realizada por el Ministerio de Instrucción Pública entre nuestros combatientes, hemos sostenido con un camarada responsable de MILICIAS DE LA CULTURA una interesante conversación cuyos puntos fundamentales reproducimos:

—¿Qué motivos impulsaron al Ministerio a la creación de Milicias de la Cultura?

—Una necesidad sentida por nuestros soldados, que era preciso satisfacer. En los primeros momentos de la lucha, cuando una euforia quizá excesiva se extendía por nuestro Ejército en embrión todavía, la mayoría de los soldados recordaban con tristeza la tara de incultura que venían arrastrando desde la infancia. Junto a un éxito militar, cuando crecían sus esperanzas y entreveían para el final de la guerra la realización de unos sueños de cultura y trabajo, el descrecimiento moral para aquellos que se sentían incapaces para comunicarse con los que quedaron atrás. El Ministerio de Instrucción Pública, que desde el primer momento emprendió con todo afán la lucha por la renovación cultural de nuestro pueblo, sintió con desazón la desventaja que recaía sobre los que bregaban en la lucha, y quiso ofrecerles en los momentos de ocio los conocimientos que un Estado reaccionario les negó en su infancia. Y así surgieron las MILICIAS DE LA CULTURA, que, patrocinadas y alentadas continuamente por el Ministerio, han llevado a todos los combatientes el foco inicial de la cultura.

## Un magnífico colaborador del soldado

—¿Organización?

—Al principio, aun con las dificultades de todo lo que surge de nuevo, su organización fué rápida. Teníamos un antecedente: el llamado «Servicio de Cultura del Miliciano», establecido por la F. E. T. E. en febrero de 1937, muchos de cuyos componentes pasaron a formar parte del que con carácter oficial se creaba. Después se ha seguido un proceso de perfeccionamiento hasta ajustarse hoy a la del Ejército Popular. Las inspecciones del frente, instaladas en donde lo está el Cuartel general de cada Ejército, controlan y orientan el trabajo cultural dentro de su jurisdicción, siguiendo las inspiraciones de la Inspección General. En los Cuerpos de Ejército, y escalonadamente en las unidades que componen éstos, existe un responsable, hasta llegar a los Milicianos de Batallón.

En general, los Milicianos de la Cultura son soldados, pero también existe una cantidad considerable de camaradas que, sin estar comprendidos en las movilizaciones, marcharon voluntariamente, guiados por su vocación docente, a compartir los peligros que lleva consigo este trabajo.

—¿Y estos educadores-soldados han encontrado ambiente propicio para su labor en las trincheras y cuarteles?

—¡Ya lo creol El soldado quiere al Miliciano de la Cultura. Siente admiración por él, porque le ve todos los días arrojando el peligro como el que más y satisfaciendo también sus apetencias de saber. Y en cuanto a los Mandos y Comisarios, sus calurosas felicitaciones nos indican que han visto en el Miliciano de la Cultura su mejor colaborador. Junto a ellos y con su constante ayuda realizamos nuestra misión. En todas las unidades, el Miliciano de la Cultura es un colaborador del Mando y del Comisario, que le prestan su apoyo para elevar el nivel cultural de los soldados. Y es natural que así sea para que nuestro propósito pueda fructificar; han de seguir la misma senda, ayudándose mutuamente, convencidos de que éste es el único procedimiento para forjar un Ejército ejemplar.

## Algunos métodos de trabajo

—¿Se han logrado los objetivos propuestos?

—Al principio, la labor de nuestros Milicianos se redujo a una lucha tenaz contra el analfabetismo que imperaba en nuestro Ejército. Había unidades militares con un 95 %

de analfabetos; pronto se redujo considerablemente y hasta en algunas se extinguió por completo.

Nuestras actividades no tenían ni tienen meta; 75,178 soldados liberados del analfabetismo en los seis primeros meses gracias a la actividad constante de 2,047 escuelas, nos alentaron para proseguir en nuestra labor de propagación cultural elevándola a un nivel superior, deseosos de que los soldados supieran algo más que leer y escribir. Surgieron las academias y cursillos de capacitación técnica para que nuestros combatientes pudieran aspirar a los mandos militares. Y para aquellos que, acabada la guerra, volverán a sus pueblos para seguir cultivando la tierra, se abrieron escuelas de campesinos, en las que se les capacita para su pacífico trabajo, inculcándoles modernos métodos de explotar a la Naturaleza hasta obtener de ella todo el rendimiento posible. Cada día se amplía nuestra labor cultural con nuevas tareas. Se organizan conferencias sobre historia de España, se explican los episodios más importantes de la lucha por la libertad y la democracia, se aprovechan los aniversarios de fechas memorables para explicar su significado a los combatientes, como en el reciente aniversario de la primera República y del 16 de febrero, en el aniversario del Ejército Rojo, y como se hará el 14 de abril, aniversario del triunfo de la República. En una palabra, nuestro trabajo tiende a facilitar a los soldados los conocimientos que les permitan comprender más fácilmente los motivos de esta guerra por nuestra libertad, por la democracia y la independencia de nuestra Patria.

—¿Qué material se ha utilizado para facilitar al Miliciano su función educativa?

—Todo lo que era factible hacer se ha hecho. La segunda edición de la Cartilla Escolar Antifascista, ampliada ahora, ha venido a llenar el hueco que el éxito de la primera dejó. Han surgido bibliotecas de Batallón y ambulantes, se han creado Hogares del Soldado, los combatientes han gozado del Arte por medio de nuestros guñoles, sesiones de cine, radio, etc.

## Combatientes de primera línea

—¿Cuántos sacrificios habrán sido necesarios para conseguir todo esto?

—El sacrificio está en los Milicianos. Ellos han hermanado la enseñanza con la guerra, sacrificando incluso sus vidas si era necesario. ¡Cuántos han caído cuando se dirigían a realizar su misión luchando en primera línea! Los nombres de los últimos de que teníamos noticias aparecen en estos telegramas que nos traen la mala nueva de la muerte de los compañeros Felipe Zaera, en el frente de Teruel, y Pedro Casellas Carbonell, en el del Centro.

El recuerdo emocionado de nuestros caídos nos alienta más aún para proseguir en nuestra labor. No dejaremos hasta hacer de nuestro pueblo un pueblo culto, con aquellos conocimientos que las fuerzas de la reacción le han negado, temerosas de que con la luz de la inteligencia fuera capaz de desligarse del yugo a que le tenían sometido.

## Resumen de actividades de los Milicianos de la Cultura hasta fin del año 1937

Escuelas creadas en las trincheras y cuarteles . . . . .	2,047
Soldados del Ejército Popular liberados del analfabetismo . . . . .	75,178
Bibliotecas creadas en el Ejército . . . . .	809
Otra biblioteca ambulante que recorre los frentes con 4,000 volúmenes. Clases individuales . . . . .	362,381
Los Milicianos de la Cultura han dado clases colectivas . . . . .	531,385
Han pronunciado charlas y conferencias en un total de . . . . .	20,077
Academias e internado militares que dirigen los Milicianos de la Cultura . . . . .	20
Cursillos de capacitación de Mandos militares y delegados políticos en los que han intervenido los Milicianos de la Cultura . . . . .	182
Hogares del Soldado . . . . .	117
Artículos publicados en la prensa . . . . .	7,055
Perifoneos murales que han fundado y dirigen . . . . .	4,223
Sesiones cinematográficas en los frentes . . . . .	508
Emisiones de radio . . . . .	200
Actuaciones del guñol . . . . .	78
Al enemigo, para atraerle al campo leal, le han dirigido . . . . .	2,576



# Nubes fascistas sobre las democracias

## UNA OJEADA A LA POLÍTICA INTERNACIONAL

### Primeros pasos

Las guerras y amenazas de guerra que hoy padece el mundo, han podido ser evitadas. Si cuando el Japón invadió Manchucuo (primer paso para la invasión de China) e Italia asaltó a Etiopía (primer escalón de las ambiciones imperialistas del Duce), las grandes democracias les hubieran salido al paso con una demostración de fuerza unida, los



Cañón antitanque cogido a los fasciosos.

gobiernos fascistas hubieran tenido que mantenerse a raya.

No ha sido así. Inglaterra propuso en 1935 sanciones contra Italia, pero su gesto no fué decisivamente respaldado por el entonces ministro de relaciones exteriores de Francia y hoy jefe de un movimiento fascista, Pierre Laval.

Aquellos crímenes cometidos contra dos pueblos pacíficos e indefensos fueron el primer sondeo. Los fascistas descubrieron que, unidos, podían adelantar sus planes de expansión por la guerra. Y se le dió forma al eje Roma-Berlín-Tokio, que no es sólo una alianza política contra la U. R. S. S. y la Tercera Internacional, sino también un pacto militar contra las Democracias, contra los imperios coloniales inglés y francés para arrebatárles sus fuentes de riqueza y utilizar la capacidad de consumo y la mano de obra de millones de hombres que serían sometidos a una nueva esclavitud.

### Guerra de desgaste

ACTUALMENTE descubrimos en el mapa tres focos de guerra, tres puntos donde se encuentran democracias y fascismo; el ansia de libertad de unos pueblos contra las ambiciones de dominio de unas castas. Estos puntos son China, España y la Europa Central.

El Japón ofrece la particularidad de unir a sus tradiciones bárbaras, a un sistema económico feudal, la asimilación de los progresos técnicos importados de Occidente. Desde la Gran Guerra, el Japón no ha cesado de acumular armamentos con la ambición de llegar a ser un día una gran potencia que dominara toda Asia. Y esas armas, fabricadas a costa de millares de obreros sometidos a la servidumbre, fueron luego volcadas sobre China con el objetivo de procurarse los elementos necesarios para la creación de una economía de guerra que le permitiera más tarde expulsar de Asia a las potencias occidentales.

En China es donde chocan hoy de modo más directo los intereses imperiales de las democracias y el fascismo. Las bandas militaristas del Japón aliadas con las de Alemania e Italia, no sólo amenazan la libertad del pueblo chino, sino también los intereses de Inglaterra, Estados Unidos y Francia en el continente asiático. Estas potencias no han sabido unir activamente sus fuerzas para impedir el atropello, pero en ese inmenso territorio poblado de chinos, millones de hombres hacen contra los invasores una guerra de desgaste que no podrá menos que ir aniquilando las fuerzas militares del Japón.

### El aislamiento de Norteamérica

ESTADOS UNIDOS, uno de los principales afectados por el desarrollo imperialista del Japón, vienen observando desde hace años una política de aislamiento de la que el Presidente Roosevelt empieza a despertar. No sólo es para Norteamérica un peligro la presencia de una potencia enemiga y agresiva como el Japón en el Pacífico, sino que el desarrollo de ésta, como potencia económica, lleva aparejada la penetración en los mercados y fuentes de riqueza de Hispanoamérica, de esencial importancia para los Estados Unidos. Es de esperar, pues, que a medida que esta amenaza se acentúe, Roosevelt modifique más y más su política para sumar las enormes fuerzas de que dispone su nación, a las de Inglaterra, Francia y la U. R. S. S., en defensa de la democracia y de la paz.

### Bombardeos diplomáticos

UNA vez realizada la invasión de Etiopía y del Manchucuo, las potencias fascistas comenzaron otra campaña preparatoria en la que Alemania desempeña el papel principal. Era cuestión de bombardear

—diplomáticamente—todo el sistema de seguridad existente. La ofensiva se dirigió contra la S. de N. La U. R. S. S. luchó denodadamente contra los intentos de destruir la seguridad colectiva, pero no fué eficazmente secundada. El resultado fué el «sálvese quien pueda», la anarquía en el orden internacional, el negociar cada uno libremente con quien le diese la gana, la nueva carrera de armamentos impulsada por el miedo a la guerra y la falta de confianza en los tratados. Era lo que buscaban los dirigentes del eje. Era la desbandada de las fuerzas democráticas. En terreno así preparado, estalla en España una sublevación de traidores a las órdenes de Roma y Berlín y viene la invasión de nuestra Patria.

### La «no intervención»

INGLATERRA y Francia inventaron entonces la «no intervención». El miedo a la guerra se convirtió en terror. Se quería «localizar la guerra». Pero Italia y Alemania se valieron del famoso Comité como arma de bloqueo contra la España republicana, e intensificaron más y más sus envíos de armas y hombres a Franco.

Comienza entonces otra fase: Francia e Inglaterra ven en peligro sus imperios africano y asiático. Italia y Alemania proyectan dividirse los Pirineos y emplazar cañones contra Francia, pretenden dominar el Estrecho de Gibraltar y se instalan en Marruecos, Baleares y Canarias. Las comunicaciones marítimas inglesas quedan amenazadas. Con un Mediterráneo dominado por potencias fascistas, los barcos ingleses tendrían que ir a la India dando la vuelta a África por el Atlántico: los del Japón llegarían así más pronto a las colonias inglesas de Asia.

Por su parte, Francia contempla la oscura perspectiva de tener que defender tres frentes en vez de uno (el de España, el de Italia y el de Alemania), mientras que el transporte de sus tropas africanas quedaría seriamente comprometido.

Ante estas realidades amenazantes, los gobiernos francés y británico vacilaron. El temor a una guerra inmediata, la falta de apoyo de los Estados Unidos, la presión de los grupos filofascistas, de los grandes especuladores bancarios y de los armamentistas, pudieron más que los verdaderos intereses de ambas naciones. Se aferraron a la «no intervención». Pero el pueblo español unido sigue resistiendo y los invasores se ven obligados a intensificar el envío de aviones, cañones y soldados.

### Concesiones a los agresores

ITALIA no está sola en esto. Necesita la ayuda abierta de Alemania, y consiente a cambio de ella que Hitler invada y avasalle la nación austriaca. Las masas democráticas del mundo, vibraron, con una sola voz, en un solo gesto de protesta y de indignación; pero otra vez la «prudencia» (el miedo a la guerra, la irresolución de los gobiernos democráticos) se impuso.

En Austria se amplía la conquista de posiciones contra el imperio británico, contra los intereses de las democracias y de la paz. Por la Europa Central pasa la línea imperial aérea de Inglaterra. Allí se instala la Alemania nazi para impedir el paso a



Prácticas de señales con heliógrafo.

sus aviones, como Italia intenta hacer en el Mediterráneo para impedir el paso a sus barcos.

No obstante esta realidad, el Gobierno británico no sólo se niega a parar los pies a los que preparan la guerra contra su nación, sino que se esfuerza en negociar con ellos ofreciéndoles concesiones y ventajas territoriales y financieras a cambio de limitar su acción a ciertas zonas que amenacen directamente a Inglaterra. Chamberlain se desentiende de la suerte de España y de la Europa Central.



Nuestro servicio de teléfono de campaña.

### Chamberlain y su política

SIN embargo, Chamberlain (de la caída de cuyo Gabinete tanto tiene que esperar la paz del mundo), afirma que Inglaterra no se desentenderá de la suerte de Francia, caso que ésta fuera atacada. Pero el problema está en que de un lado Francia ve con alarma la presencia de tropas alemanas e italianas en los Pirineos, y de otro considera la obligación que tiene según pactos militares de defender a Checoslovaquia.

Chamberlain ha buscado a este una solución artificial. Firmando con Roma un pacto de concesiones mutuas trata de arrastrar a Francia a una operación similar consiguiendo al mismo tiempo que Checoslovaquia reconozca la conquista de Etiopía por los italianos, conquista que está lejos de realizarse, pues los ejércitos indígenas que luchan contra los invasores ganan terreno en vez de perderlo.

El primer ministro inglés se empeña en esa política de compromiso con el agresor cuyos planes favorece ya que Italia y Alemania necesitan conquistar bases preparatorias y recibir refuerzos financieros para lanzarse al ataque que esperan será definitivo.

La U. R. S. S. ha solicitado una vez más la acción conjunta de las potencias pacifistas en defensa de España, de la Paz, de todos los pueblos amenazados. Pero la resistencia del «Gobierno nacional» inglés pesa demasiado.

Las castas reaccionarias de Francia e Inglaterra se oponen a la formación de un frente único de las democracias con la U. R. S. S. frente al fascismo.

### Cruce de fascismo y democracia

POR otro lado, la política Chamberlain tiene equivalentes en otros Gobiernos de Estados menores. Es la política pregonada en Bélgica por el ministro de relaciones exteriores Spaat, y que se cifra en esta teoría peregrina: «La formación de un frente de la paz contra el frente fascista es la guerra; en vez de crear un bloque frente a los Estados totalitarios hay que negociar con ellos, «crucarse» con ellos».

Teoría que parece haber sido engendrada en Roma o Berlín, pues ello supone dar nuevas armas al enemigo, permitiendo ganar posiciones económicas y estratégicas para atacar más tarde a fondo a los países que hoy cuentan con armas infinitamente superiores para detenerle en su desenfadada carrera de agresiones.

### Planes graduales

LOS planes del eje Roma-Berlín-Tokio van dirigidos contra tres grandes potencias: Francia, Inglaterra y la U. R. S. S. En la U. R. S. S. amenaza el fascismo ahogar las conquistas socialistas, derrocar a sus fábricas y materias primas. En Francia y la Gran Bretaña intenta destruir el régimen democrático (medio de desarrollar las conquistas sociales de los trabajadores) y arrebatárles sus principales fuentes de riqueza coloniales, su hierba, petróleo, su algodón, su caucho.

Pero estos planes proyectan realizarlos lentamente. Y el intento de dominar en el Medio y en la Europa Central, no es más que el pólido de ganar posiciones dominantes contra las grandes democracias y la Unión Soviética.

### Quinta columna de frontera

ACTUALMENTE los baluartes que se alzan en estas dos zonas contra las ambiciones fascistas son la España Republicana y Checoslovaquia.



# Los servicios en la guerra

por el Mayor ORTEGA

Nuestra guerra no es una guerra como las demás. Es una guerra de un ejército que se ha formado y se ha organizado sobre el mismo campo de batalla, que lucha contra otro ejército organizado desde el comienzo y dirigido por técnicos numerosos.

Nosotros lo hemos tenido que crear todo de la nada y sacar elementos y materiales del caos que se produjo como consecuencia de la rebelión militar fascista.

Un ejército no son sólo las fuerzas combatientes; éstas necesitan un complemento: los servicios. Es decir, los diferentes órganos que han de efectuar todos los trabajos auxiliares y preliminares del combate y así en todo el curso de la campaña, sin interrumpir un solo momento su tarea.

Alimentar, vestir al soldado, municionarlo durante la lucha, evacuar a los heridos y cuidar de su tratamiento, transportar con precisión las tropas y materiales, transmitir órdenes y organizar toda la red de comunicaciones, proporcionar toda clase de elementos de fortificación y de construcción, cuidar de la existencia de medicamentos, entregar el ganado necesario y atender a su cuidado y alimentación, proporcionarse esencias y grasas en lugares estratégicos para impedir la paralización de los transportes, establecer depósitos de municiones y aun, si es necesario, fabricarlos; controlar todo el armamento y velar por su conservación, atender al descanso de los soldados en los momentos de calma, averiguando los lugares más a propósito para los cuarteles, hacer llegar la correspondencia a su destino y tener satisfecho al combatiente pagándole pronto y bien, y después retransmitir el dinero a sus familias. Explotar las demarcaciones señaladas por el Mando para cada Cuerpo de Ejército, no solamente evitando violencias con los campesinos, sino, por el contrario, buscando su colaboración y apoyo, estar presente ante las múltiples demandas de los ciudadanos de la zona de guerra que no encuentran otro amparo que la de las

fuerzas combatientes. Cuidar de los caminos, organizar itinerarios de circulación que impidan los embotellamientos y las interrupciones en la velocidad, organizando parques de automóviles para lograr la más rápida reparación de los mismos, luchando por mantener siempre vías de comunicación hasta en los momentos más difíciles, adelantándose a los acontecimientos con la apertura de nuevas pistas, nuevas carreteras y si es preciso nuevos ferrocarriles, jalonando los caminos y carreteras que conducen a los frentes, acudiendo con todas las fuerzas que la habilidad puede aunar para el abastecimiento de la población civil, organizando la evacuación, no solamente de las personas, sino de las riquezas y víveres, y por último estableciendo un plan de recuperación de todos los objetos y cosas cualquiera que sea su aplicación y uso.

Un Jefe de Servicios de un ejército como el nuestro debe abarcar en principio la responsabilidad de resolver todos estos problemas sin que le imponga la complejidad de los mismos ni la carencia de organización y materiales.

Naturalmente que en una potencia preparada para la guerra todo se encuentra previsto y organizado y los servicios deben funcionar con arreglo a un Reglamento que existe en todos los ejércitos.

Nosotros teníamos también un Reglamento y en él una serie de capítulos para el buen funcionamiento de los diferentes servicios, pero no teníamos servicios ni materiales ni nada. Es natural que a nadie se le ocurrió esperar a combatir hasta el momento de tener acumulado sobre el frente lo necesario para el combate. Sobre la marcha, hay que improvisarlo todo, verlo todo y resolverlo con prontitud y tenacidad.

Hay quien cree que la misión de un Jefe de Servicios es disponer sobre oficios todo el plan

de trabajo. Esto está bien para cuando ya está todo organizado. Entonces el límite es vigilar por el exacto cumplimiento de las obligaciones impuestas a cada uno según las órdenes del Mando. Pero en los casos, aún muy frecuentes, de falta de organización de los diferentes servicios, los Jefes de Servicios deben improvisar, construir, fabricar y movilizar hombres y recursos para suplir con habilidad la carencia de los recursos normales que en otras circunstancias (nación preparada para la guerra) no sería necesario lamentar.

Todos estos servicios están centralizados en el Estado Mayor a través de la 4.ª Sección. El Jefe del E. M. debe descansar en la 4.ª Sección con la confianza de que todo debe ser resuelto en el momento señalado y que los resortes diarios del funcionamiento de un gran Ejército o de una Unidad pequeña, según los casos, funcionan perfectamente.

La 4.ª Sección debe contribuir con todas sus fuerzas a la organización en la práctica de las Jefaturas de los Servicios (Sanidad, Intendencia, Armamento y Munición, Retaguardia y Transportes, Guerra química, Servicio de Correos de Campaña, Transmisiones e Ingenieros, Veterinaria y Farmacia). Es de esta forma como su misión puede desarrollarse en el máximo de rendimiento; en este caso no hay más que atenerse a los Reglamentos vigentes y vigilar el exacto cumplimiento de los mismos.

Pero, sépase bien, allí donde surja un obstáculo, quede detenido un servicio, aparezca un peligro o el pretexto de no ejecutar una orden por falta de medios o materiales, es donde debe acudir el Jefe de Servicios para, de acuerdo con el Mando, resolverlo inmediatamente.

Simplificar la puesta en marcha de los servicios de un Ejército en beneficio de la rapidez, sin que padezca la eficacia ni la economía, sacando de los recursos disponibles el máximo de utilidad, improvisando cuando las dificultades lo requieran. He aquí la medida exacta para el trabajo.

comerciales, a la vez que asegurándose una especie de mandato sobre su Gobierno.

## Proyecto de cuña

PERO esto forma parte de un plan más vasto encomendado por Hitler al mismo Beck. Trátase de crear una alianza en forma de cuña, de pequeños Estados filofascistas, del Báltico al mar Negro (Rumania, Polonia, Lituania, Letonia y Estonia), con el doble fin de crear una avanzada alemana contra la U. R. S. S. y dificultar las operaciones que como resultado del pacto militar franco-soviético y checoslovético, pudieran surgir. Rumania ha incorporado ya a su Constitución una cláusula según la cual cerrará el paso a las tropas soviéticas caso de que éstas tuvieran que venir por territorio rumano en ayuda de Checoslovaquia. Por su parte, Polonia —según declaración expresa de su Embajador en Washington— se opondría al paso de las tropas soviéticas contra Alemania.

Polonia —al menos una Polonia gobernada por un Gobierno como el actual— no se opondría al paso de las tropas alemanas que intentaran atacar a la U. R. S. S.

## Aún es tiempo

TALES son, a grandes rasgos, los factores principales de la actual situación en el mundo. La amenaza del fascismo a las democracias ha llegado a un punto a partir del cual se convertirá en choque directo. Los desórdenes principales del capitalismo son las repetidas crisis económicas y las repetidas guerras en gran escala. El fascismo no puede remediar ninguno de estos males. Por el contrario, busca en la guerra la salida única al primer problema. Por tanto, es la de Italia y Alemania una política esencialmente de guerra.

Una política que permita a los dictadores desviar la atención del interior hacia los conflictos exteriores y mantener esclavizados a fuerza de leyes marciales y métodos terroristas a las masas populares de los respectivos países.

Esta política, trasladada al terreno internacional, es la que amenaza no sólo la democracia de las grandes potencias, sino la existencia misma de estas potencias. Son las riquezas coloniales de Francia e Inglaterra lo que más codician Hitler y Mussolini.

Las democracias tienen hoy fuerzas más que suficientes para mantener a raya a los Gobiernos de Roma, Berlín y Tokio. Todavía estamos a tiempo. El camino ha sido clarísimamente trazado por la U. R. S. S. Aun pueden salir al paso de los bandidos internacionales y evitar así males mayores para la humanidad.

(Continuación de la página 6)

## Organización del terreno

niéndose a la situación de las vanguardias al entrar en contacto con el enemigo.

Si la posición se elige deliberadamente y se prepara antes del contacto con el adversario, el asentamiento de la posición principal se determina teniendo en cuenta los accidentes naturales del suelo, que permitan una más fácil observación, mayor desenfilada de vistas y fuegos y obstáculos más importantes.

Todo sistema defensivo debe ser provisto de obstáculos, empezando por levantar una alambrada a todo lo largo de su frente; además, cada centro de resistencia se rodea de alambradas organizándose para una defensa circular. En las zonas donde sea de prever el ataque de los tanques, la elección del asentamiento de la posición principal estará presidida por la existencia de obstáculos naturales antitanques. Las avenidas de posible acceso de los vehículos han de ser minadas, provistas de defensas accesorias y de armas antitanques.

Todas las posiciones deben poseer abundantes abrigos a prueba. La protección contra bombas de aviación y proyectiles de artillería se obtiene mejor por estructuras de hormigón o abrigos profundos. Estos últimos, sin embargo, se oponen a la rápida salida de la guarnición y por ello no podrán emplearse en línea avanzada.

El camuflaje es factor esencial; su desarrollo estará presidido por la idea de que, en principio, la invisibilidad asegura la protección.

## IV. Unas palabras finales

DEL general R. Normand: «Que los verdaderos combatientes digan muy alto lo que nos costó haber despreciado en otro tiempo esta parte importante de la guerra (se refiere a la fortificación) que permite economizar fuerzas y vidas y que, con los otros tres factores del problema: secreto, fuerza y rapidez, contribuyen poderosamente a la victoria.»



# Disposiciones oficiales

(Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional)

## Decreto sobre recompensas del 23 de enero de 1938

**E**L decreto de cinco de marzo de mil novecientos treinta y siete, señalando las recompensas que pueden otorgarse con motivo de la actual campaña, debe ser modificado, para ponerlo más en consonancia con el espíritu y los deseos de nuestro Ejército popular, manteniendo, incluso, con su actual reglamentación, algunas de las condecoraciones instituidas y creando otras nuevas.

Por lo expuesto,

De acuerdo con el Consejo de Ministros, y a propuesta del Ministro de Defensa Nacional,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo primero. Las recompensas que con motivo de la actual campaña podrán concederse a todos los ciudadanos, tanto civiles como militares, sin distinción de clases ni categorías, serán las siguientes:

- a) Medalla del Deber (honorífica).
- b) Medalla del Valor (pensionada).
- c) Placa del Valor (pensionada).
- d) Medalla de la Libertad (honorífica).
- e) Placa Laureada de Madrid (honorífica).
- f) Medalla de Sufrimientos por la Patria (honorífica).
- g) Medalla de la Segunda Guerra de la Independencia (honorífica).

Art. 2.º La Medalla del Deber premiará los méritos y servicios de guerra notoriamente destacados.

Para poder otorgarla será indispensable haber permanecido, como mínimo, tres meses en territorio de operaciones, figurar en tres hechos de armas y haber tomado parte en alguna fase de ellos, desde puesto de gran peligro, o incorporado a fuerzas armadas.

Art. 3.º La Medalla del Valor se otorgará por hechos y servicios verdaderamente extraordinarios, en las mismas condiciones señaladas para la concesión de la Medalla del Deber, siendo necesario que el propuesto se encuentre en posesión de esta última.

Llevará anexa la pensión del veinte por ciento de la diferencia de sueldo al empleo inmediato durante cinco años, pensión que se percibirá a partir de la revista siguiente a la fecha de antigüedad que se atribuya a la condecoración.

Art. 4.º Los reiterados méritos, expresión de un esfuerzo constante, podrán ser premiados con la Placa del Valor.

Para ello será preciso estar en posesión de la Medalla del Deber y de la del Valor, que hayan sido concedidas en una misma campaña.

También podrán ostentar la Placa del Valor quienes por iniciativa propia y asumiendo funciones rectoras en hechos heroicos y combates, mantengan, con riesgo de su vida, la lealtad de las tropas a sus órdenes en defensa de la Nación, de las instituciones, de la disciplina o de la paz pública.

El expediente que para esta concesión habrá de incoarse se basará en una información que acredite los méritos y aptitudes del interesado.

La Placa del Valor tendrá como pensión anexa la diferencia de sueldo con respecto al del empleo inmediato superior, pensión que subsistirá durante cinco años, a partir de la revista del mes siguiente al hecho por el que la Placa fué otorgada, y sea

cual fuere la situación de quien la hubiese obtenido.

Art. 5.º La Medalla de la Libertad y la Placa Laureada de Madrid se otorgará con arreglo a lo ya dispuesto con respecto a la concesión de las mismas.

Art. 6.º Todas las propuestas para las demás recompensas se resolverán previo expediente, en el cual se exigirán los informes favorables del Jefe y Comisario Político de la Unidad a que pertenezca el interesado, y del Jefe y Comisario político del Ejército del que forme parte.

Art. 7.º Se instituye la Medalla de Sufrimientos por la Patria, así como la Medalla de la Segunda Guerra de la Independencia, ambas honoríficas.

La primera se concederá a los heridos en campaña o en actos con ella relacionados, o en los que se considere como tales, teniendo en cuenta las mayores penalidades y sufrimientos padecidos hasta la curación.

Se otorgará por una sola vez y a la cinta de la Medalla se acumularán tantos pasadores de oro como distinciones se obtengan con posterioridad, inscribiéndose en ellos el lugar y la fecha de la acción.

Esta condecoración será compatible con cualesquiera otras recompensas, de las que por el presente decreto se crean.

También tendrán derecho a la Medalla de Sufrimientos por la Patria las madres que hubieran perdido uno o más hijos en actos de guerra.

La Medalla de la Segunda Guerra de la Independencia se otorgará a cuantos, directa o indirectamente, hayan contribuido de modo eficaz en actos o servicios de guerra, a la lucha contra la invasión fascista extranjera.

A aquellos que más se hayan distinguido por su



La fortificación, arma fundamental para la defensa.

entusiasmo y constancia en la defensa de las libertades del pueblo se les recompensará con una arma u objeto de uso militar, en los que se estampará una dedicatoria de la República a los interesados.

Art. 8.º Como recompensas colectivas se creará el distintivo del Valor y el distintivo de Madrid, que se otorgarán a las Unidades que realicen hechos muy sobresalientes y de trascendencia.

Art. 9.º Queda autorizado el Ministro de Defensa Nacional para dictar las disposiciones reglamentarias encaminadas a la aplicación y desarrollo de este decreto.

Art. 10. Continúa en vigor la facultad concedida al Ministro de Defensa Nacional por decreto de trece de octubre de mil novecientos treinta y siete para otorgar, durante la actual campaña, empleo hasta coronel, debiendo, al hacer uso de esta facultad, dar cuenta a las Cortes, para la ratificación de los ascensos o empleos así otorgados.

Art. 11. Se prohíbe el uso de las antiguas condecoraciones de guerra hasta que, una vez terminada la campaña, o antes si se considera oportuno, resuelva el Gobierno sobre el particular.

Art. 12. Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan a lo preceptuado en este decreto.

### ORDEN CIRCULAR DEL 25 DE MARZO DE 1938

Las circunstancias actuales exigen que, por parte de los organismos del Ejército, se desarrolle una labor intensiva y eficaz, para lograr el ritmo acelerado a que la guerra obliga en cuanto con ella se relaciona.

Para conseguir esto, es indispensable intensificar el trabajo en todos los aspectos, sometiéndose, fuera preciso, a jornadas extraordinarias, con el objeto de que todo se tramite y resuelva con la rapidez deseada, y tomando medidas eficaces contra quienes no cumplan sus deberes con el celo y entusiasmo debidos.

Por estas razones, he dispuesto lo siguiente:

1.º El personal, de cualquier clase o categoría, que cometa una falta de puntualidad en el horario marcado, sufrirá un correctivo, consistente en la privación de pluses, dietas y gratificaciones, durante un número de días igual al de faltas cometidas.

2.º El retraso en el despacho de asuntos, castigado con la privación de dichos emolumentos por tantos días como los que hayan rebasado el plazo normal de ese despacho. Para que todos los trámites se efectúen con la rapidez debida, se bajará el tiempo necesario sobre las horas habituales.

3.º Los jefes de los Centros, Unidades, Dependencias y Organismos que impongan las sanciones consignadas en los artículos anteriores, darán cuenta de las mismas a las autoridades militares a quienes dependan, y a los pagadores habilitados correspondientes, los cuales quedan encargados de efectuar el oportuno descuento. Los jefes serán responsables del exacto cumplimiento de esta orden y quienes la incumplan serán sancionados en la cuantía a la que hubiera correspondido al personal a sus órdenes incurso en falta.



S

liber  
a am  
ampun  
esado  
eros  
Madr  
hecho  
  
le De  
regio  
arru  
  
cedid  
eto  
y se  
omple  
sta  
ficaci  
  
con  
minu  
no,  
  
slefo  
  
188  
r to  
a la  
elero  
se re  
  
nsifi  
lose,  
on  
a re  
con  
y  
  
nte  
tegr  
hora  
en  
dura  
las.  
s, a  
umme  
sado  
dos  
se  
s  
  
Dep  
ncion  
n con  
ares  
illu  
dos  
an  
con  
n di  
perso



